PAN DURO Y NEGRO

Elizaveta Drabkina

Edición: Progreso, Moscú s/f.
Lengua: Castellano.
Digitalización: Koba.
Distribución: http://bolchetvo.blogspot.com/



Índice

PAN DURO Y NEGRO

En memoria de mis padres

¡EXISTE ESE PARTIDO!

La primera nevada

En un frío día de invierno petersburgués, durante las Navidades de 1896, se daba una función de gala en el teatro Mariinski. Se representaba *La dame de pique*. Cantaba, en el papel de Guennan, el famoso Nikolái Fígner.

Después de la actuación del artista, como siempre ocurría, estalló una tempestad de aplausos. Fígner salió a saludar al proscenio. Y desde las galerías del paraíso, dominando el ruido, se oyó una voz fuerte y juvenil:

- ¡Bravo, Fígner! ¡Bravo!

Y con la misma fuerza, admirable precisión y musicalidad, pero en la clave de bajo, esta voz ejecutó varios fragmentos del aria que acababa de cantar Fígner.

En el entreacto, un acomodador del teatro se acercó al grupo de estudiantes que ocupaba los asientos del paraíso y llamó a uno de ellos aparte. Los que acompañaban al estudiante se miraron alarmados. Pero él, mientras hablaba con el acomodador, les hizo un ademán con la mano tranquilizándoles: no pasaba nada y volvería en seguida.

El acomodador le condujo al camarín de Fígner. El cantante retocaba su maquillaje ante el espejo. Cuando entró el estudiante, el célebre artista se sentó al piano y le propuso cantar lo que quisiera. Eligió el epitalamio de la ópera *Nerón*, de Rubinshtéin. Después de escucharle, Fígner le preguntó si deseaba tomar parte en un concurso para el ingreso en el elenco del teatro Mariinski.

- No, repuso el estudiante. No tengo tales deseos.

- ¿Por qué? -inquirió Fígner. Con su oído y su voz naturalmente modulada puede hacer usted una magnífica carrera.

El estudiante se encogió de hombros.

- A cada cual le corresponde lo suyo -dijo-. A uno ser cantante de la ópera de su majestad imperial, a otros...

No terminó la frase, ni fue necesario. Fígner comprendió que el estudiante, al referirse a "otros" tenía en cuenta a su hermana Vera Nikoláevna Fígner, populista, condenada a cadena perpetua en la fortaleza de Shlisselburgo.

- Entonces, adiós -dijo fríamente Fígner.

- Adiós -respondió alegremente el estudiante y, a todo correr, saltando de tres en tres los escalones, volvió a la galería con sus camaradas.

Este estudiante era mi padre, Yákov Davídovich Drabkin, que, en los años de clandestinidad, se llamó "Serguéi Ivánovich Gúsev", nombre por el que es conocido en el Partido.

Su biografía es típica de la nueva generación de Rusia, que emprendió la senda revolucionaria en la década del 90 del siglo pasado.

La primera impresión fuerte de su infancia fue el asesinato de Alejandro II, el proceso contra los populistas y, especialmente, una ilustración que insertó Niva en la que se veía a Zheliábov y a Peróvskaia en el momento que los conducían al lugar de la ejecución. Luego, la coronación de Alejandro III. Los "pogroms" judíos, que señalaron el comienzo del nuevo reinado. Las salvajes escenas desarrolladas ante el palacio del príncipe Kurakin, gran terrateniente y potentado local, que ordenó distribuir entre los campesinos varias cubas de vodka en honor de la coronación. Los cadáveres de los mujiks muertos de la borrachera, tumbados allí mismo, en el prado.

Más tarde, ya en el umbral de la adolescencia, las entrevistas con los últimos populistas. Oye las primeras palabras de amor al pueblo, al mujik, a los pobres. La lectura que se convierte en pasión y que durante largos años deviene una necesidad insuperable. Una aversión instintiva a Dios y a la religión, lo que, después de conocer la doctrina de Darwin, se transforma en convencimiento consciente.

Belinski, Herzen, Písarev, Dobroliúbov, Shevchenko, Nekrásov, Chernishevski... Los círculos escolares, los libros de historia de la Revolución Francesa. El rompimiento con la familia. La labor instructiva con algunos obreros. Entabla conocimiento con el marxismo. Durante cierto tiempo vacila, duda de quién tendrá la razón: si los populistas o los marxistas. El círculo marxista, el

estudio del *Manifiesto Comunista*.

Año 1896. San Petersburgo. El Instituto Tecnológico, la "Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera", creada por Lenin. La lucha en la ilegalidad: se organiza una tipografía con un mimeógrafo; la impresión de proclamas, la distribución de las octavillas todavía frescas, con letras borrosas de color violeta, a direcciones aprendidas de memoria.

Marzo de 1897: participa en una manifestación ante la catedral de Nuestra Señora de Kazán, con motivo de haberse prendido fuego a sí misma, en la fortaleza de Pedro y Pablo, la estudiante Vétrova, empujada al suicidio a causa de los escarnios de que la hacían objeto los carceleros zaristas. Una semana después suena el timbre durante la noche: la policía. Un registro en el que se le encuentran folletos social-demócratas y *Rabóchaia Gazeta* impresa en mimeógrafo. Interrogatorios en la comisaría de policía. Responde que no sabe cómo habían llegado a su poder aquellas ediciones ilegales, ni quién era el remitente de la carta que se le encuentra en el bolsillo, ni puede decir a quién ha conocido durante su permanencia en San Petersburgo, pues no ha conocido a nadie. Seis meses de arresto, en la "prevención", aprovechados para estudiar a fondo El *Capital* y una serie de libros fundamentales. Exilio a Orenburgo.

En 1899 mi padre fue trasladado de Orenburgo a Rostov del Don quedando bajo la vigilancia de la policía. Allí se incorporó inmediatamente a la organización socialdemócrata y pasó a formar parte del Comité del Don. En su labor de propaganda conoció a una joven de ánimo revolucionario, que le fue encomendada, como entonces solía decirse, "para desarrollarla". Se enamoraron y contrajeron matrimonio.

Mis padres unieron su destino en una época agitada: en Rostov comenzaron las detenciones. A fin de no caer en manos de los gendarmes, a raíz de su boda, gestionaron pasaportes para el extranjero y marcharon, primero a Alemania y luego a Bélgica.

La vida les fue difícil -pasaban hambre-, pero interesante. Para ganarse el sustento, mi padre lavaba los cristales de los escaparates de las tiendas. Cuando se acercó la hora de dar a luz, mi madre se colocó en un hospital anexo a un convento de monjas, católico: a las mujeres que durante cierto tiempo cuidaban de otros enfermos y fregaban los suelos se les dispensaba del pago por la asistencia durante el parto.

Mi venida al mundo no modificó el modo de vida de mis padres. Como antes, hacían un trabajo cualquiera y el tiempo libre lo dedicaban a asistir a reuniones y a estudiar literatura. La *Iskra* leninista atraía la atención de los emigrados revolucionarios.

No vivieron mucho tiempo en el extranjero: no les alcanzaba el dinero, y además, les atraía Rusia, la labor revolucionaria.

A mediados de 1902 regresaron a Rostov. Mi padre volvió a formar parte del Comité del Don. Posteriormente recordaba con frecuencia aquellos tiempos.

Mientras las noches de verano eran templadas, las reuniones del Comité se celebraban en la Isla Verde, situada en medio del Don. Al caer la tarde, los miembros del Comité iban llegando uno a uno a la orilla del río, a fin de no llamar la atención de los chivatos, el uno llevando un panecillo, el otro una sandía, quien, un trozo de chorizo, y en una barca preparada de antemano se dirigían a la isla. Allí encendían una hoguera y echaban los anzuelos. Si alguien se acercaba casualmente creía que estaban pescando.

A veces permanecían reunidos hasta la mañana. Aunque la escisión del partido en bolcheviques y mencheviques no se había producido todavía, en el verano de 1902 se dejaba sentir claramente que en el partido había dos tendencias políticas, la revolucionaria y la oportunista. Cada cuestión daba lugar a encarnizadas discusiones.

La enérgica actividad de los futuros bolcheviques dio sus frutos. Del extranjero llegaban sistemáticamente los números de *Iskra*, que se leían y releían hasta su desgaste total. Los círculos y grupos amorfos se fueron convirtiendo en organizaciones de partido rigurosamente centralizadas, sujetas a una férrea disciplina. Se establecieron enlaces con fábricas. Después de prolongados esfuerzos se consiguió montar nuestra tipografía y editar algunos folletos y octavillas ilegales. En los distritos obreros la juventud cantaba a porfía una canción compuesta por Gúsev y que ridiculizaba a los maestros de taller -lacayos de los dueños- odiados por los obreros.

Por ello no es casual que en noviembre de 1902 se desarrollaran en Rostov los memorables acontecimientos que Lenin calificó de embate hacia el auge general de la lucha de los obreros rusos, reivindicando la libertad política. Un conflicto ordinario en los talleres ferroviarios de Vladikavkaz condujo a una huelga de carácter económico, que se convirtió rápidamente en un acontecimiento político.

La muchedumbre de huelguistas llenó durante 11 días el patio de los talleres de ferrocarril. Por primera vez en la historia de la Rusia zarista, se celebraron al aire libre enormes mítines, en los que se reunieron 20.000 y 30.000 personas. Cada día se incorporaban a la huelga los obreros de nuevas empresas. Y todo esto ocurría bajo la dirección del Comité del Partido del Don. Cualquier proclama del Comité u orientación dirigida a las masas, la menor indicación de un orador en un mitin, era una orden que cumplían unánimemente decenas de miles de obreros.

Al segundo día de huelga, Gúsev despertó y se acercó a la ventana. Durante la noche había nevado, y las primeras nieves despedían claros resplandores

bajo los rayos del sol de noviembre. Contemplando la nieve, Gúsev pensó en la octavilla que el Comité del Don debía dirigir a los huelguistas. Su alma le sugirió: "La primera nevada... La primera nevada..." Se acercó a la mesa, se .sentó y escribió lo siguiente:

"La primera nevada y, con ella, el primer estruendo lejano de la revolución que avanza. Los obreros de los talleres de Vladikavkaz han abandonado el trabajo y han presentado sus reivindicaciones. En ellas no hay nada político y revolucionario, pero el propio hecho de una huelga tan grande hace saltar las viejas cadenas herrumbrosas de la autocracia. Y, posiblemente, antes de que llegue la futura "primera nevada", estos mismos obreros, en ordenada muchedumbre, marcharán bajo las rojas banderas de la socialdemocracia a los gritos de "¡Abajo la autocracia! ¡Viva la libertad!", desfilando por las calles de Rostov, que nunca han escuchado los gritos redentores de la libertad. Ellos, y sólo ellos, están en condiciones de derribar el viejo y putrefacto edificio de la autocracia; sólo ellos son capaces de dar la libertad a la Rusia oprimida y hambrienta..."

¡Estas palabras se convirtieron en realidad antes que cayera nuevamente la primera nevada!

Un domingo de marzo de 1903, miles de obreros de Rostov se habían reunido, como de costumbre, en el barranco de Temernítskaia para pelear "a puñetazos", cuando aparecieron cerca del lugar centenar y medio de obreros, miembros del Partido. Unos cincuenta rodearon a un compacto grupo de camaradas que llevaban banderas rojas. Los restantes se mezclaron entre la muchedumbre, a fin de conducirla hacia la ciudad cuando fuera preciso. En el momento fijado de antemano fue desplegada una bandera y un orador se subió a hombros de los obreros. Una voz se impuso a la muchedumbre: "¡Aquí, camaradas!" El fuerte viento hizo ondear las banderas y todos vieron las consignas en ellas escritas: "¡Viva la libertad política!", "¡Viva la jornada de 8 horas!", "¡Abajo la autocracia!"

Miles de obreros se incorporaron a la manifestación. Por hondonadas, barrancos y derrumbaderos, la muchedumbre siguió avanzando cual un torrente, se precipitó hacia abajo, a la línea del ferrocarril y, a los acordes desafinados, pero pujantes de *La Marsellesa*, marchó rápidamente cuesta arriba, hacia la calle principal de la ciudad. A ella se unieron miles de manifestantes.

Los acontecimientos se desarrollaban exactamente según el plan que había trazado Gúsev, por encargo del Comité del Don. Gúsev dirigía el torrente de manifestantes y observaba los manejos de la policía. Tan pronto como los gendarmes concentraron sus fuerzas, dio la orden: "¡Plegad las banderas y dispersaos!"

Los obreros comenzaron a replegarse por las calles laterales, arrojando piedras a los gendarmes y a los cosacos. Durante uno de los choques resultó muerto un comisario de policía.

Aquella misma noche comenzaron las detenciones. A Gúsev, como dirigente de la manifestación, le amenazaba la horca por la muerte del comisario. Antes de que llegaran en su busca, huyó de Rostov.

Dando rodeos, trasladándose de un lugar conspirativo a otro, consiguió llegar a una posada polaca medio derruida, lugar de paso a través de la frontera. Un contrabandista tuerto, salpicando su lenguaje con blasfemias y maldiciones, regateó cada céntimo. Finalmente ajustaron el trato y se pusieron en camino. Durante la noche había helado, bajo los pies crujía la fina capa de hielo. Mi padre marchaba de prisa, sin mirar atrás. ¡Sólo adelante, pronto, adelante!

La escisión

Pugnaba por llegar a Ginebra con el ferviente deseo de conocer a personas de las que tanto había oído hablar, a quienes consideraba sus maestros: Plejánov y Lenin. Pero la entrevista con Plejánov fue para él una amarga decepción: en lugar de un luchador revolucionario se encontró con una persona totalmente ajena, de modales señoriales. Escuchó negligentemente su relato acerca de cómo iban las cosas en Rostov, y sólo se animó cuando alguien propuso organizar una sesión de espiritismo en broma, para los huéspedes que había en la casa de campo de Plejánov.

¡Lenin era bien distinto! Desde la primera entrevista admiró a Gúsev por lo afable, por aquella sencillez peculiar, la formidable serenidad y el pujante intelecto de Lenin. Se encontraron por primera vez en la calle; luego Lenin le invitó a su casa, preguntándole con gran interés y haciendo que relatara una y otra vez los acontecimientos de Rostov.

En Ginebra, supo Gúsev que, en su ausencia, había sido elegido delegado del Comité del Don al II Congreso del Partido.

El Congreso se inauguró en julio de 1903 en Bruselas. A Gúsev se le encomendó acompañar desde Ginebra a Bruselas a varios delegados obreros al Congreso. Se alojaron en una fonda de la parte vieja de la ciudad. Disponían de poco dinero, iban sin afeitar, con la típica camisa rusa y las botas rotas, ofreciendo un brusco contraste con el respetable público de Bruselas.

El Congreso llevaba ya una semana de sesiones cuando se produjo un hecho imprevisto, del que fue culpable Gúsev sin proponérselo. En el tiempo que quedaba libre entre las sesiones, los delegados se divertían como podían. Esto no era un inconveniente, sino que, por el contrario, infundía ánimos y aumentaba la capacidad de trabajo. Se reunían a comer a la misma mesa y se conducían bastante

ruidosamente. A Gúsev, por tener buena voz, le hacían que se sentara al piano y cantase el *Epitalamio*, *La Boda*, de Dargomizhski, y el *Prólogo*, de *Payasos*. Los camaradas insistían en que repitiera las canciones. En la calle, bajo las ventanas del comedor, empezaron a agruparse los curiosos. Esto atrajo la atención de la policía belga, para la cual, sin duda, no habían pasado desapercibidas las típicas figuras de los emigrados políticos rusos. La policía belga se apresuró a comunicar sus observaciones a la Ojrana zarista, que iba a la caza del Congreso.

El primero en darse cuenta de que le seguían fue Gúsev. Dio a conocer sus sospechas a los camaradas. Se comprobó que éstas eran fundadas. Entonces se acordó trasladar las sesiones del Congreso a Londres. Esto no ocurrió sin percances. Algunos delegados fueron llamados a la comisaría de policía, donde dijeron que eran suecos, Gúsev alegó ser un estudiante rumano que había llegado a Bélgica por un asunto amoroso. Varios días después, los delegados llegaron a Londres y el Congreso reanudó su labor.

Fue entonces cuando se exteriorizaron las divergencias existentes entre los "iskristas". La raíz de las mismas se evidenció claramente en la polémica entre Lenin y Mártov sobre el primer párrafo de los Estatutos del Partido, en el que se definía la condición de miembro del Partido.

Para Gúsev, que poseía la experiencia de la lucha en Rusia, no había dudas a este respecto. Habló lacónica y resueltamente. En las actas del Congreso figura lo que sigue: "Me ha correspondido hablar el último. No tengo nada que añadir a lo dicho. Soy partidario de la formulación de Lenin",

La discusión alrededor del primer párrafo de los Estatutos fue la primera explosión de las divergencias que existían en el seno de los "iskristas". Los partidarios de Lenin, al obtener la mayoría, comenzaron a denominarse bolcheviques y los adversarios de Lenin, mencheviques.

Al día siguiente de la sesión de clausura, los delegados bolcheviques se encaminaron al cementerio de Highgate, para depositar una corona en la tumba de Marx. Desde el cementerio fueron a un extenso parque. Se sentaron en una pradera y comenzaron a examinar los planes futuros.

Todos se sentían impresionados por la escisión que acababa de producirse. Para muchos significaba romper con los amigos y con las personas más íntimas. Los ánimos eran buenos, pero se percibía que aquello era duro para no pocos. Lenin estaba tranquilo y firme. Dijo unas palabras y se enderezó el ánimo de los reunidos.

No se sabe lo que hubiera durado la conversación, a no ser por un ocioso fotógrafo que, al ver al singular grupo, quiso plasmarlo en la placa. Como no era conveniente ser fotografiados en víspera de marchar a Rusia, todos se esfumaron como por encanto.

Gúsev marchó con Lenin. Anduvieron por las calles londinenses. Era un día gris, nublado, de los que son frecuentes en las orillas del Támesis. Lenin iba ensimismado en sus pensamientos, silbando entre dientes. Su figura fornida y bien proporcionada irradiaba indomeñable energía. Efectivamente, aquel hombre tenía derecho a pronunciar las históricas palabras: "¡Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia en sus cimientos!"

El mismo día Gúsev abandonó Londres, a fin de recorrer las ciudades meridionales de Rusia e informar del Congreso. Sin embargo; a insistencia del Comité Central del Partido, volvió de nuevo al extranjero, por estar amenazado con pena de muerte en el proceso que un tribunal militar celebraba contra los participantes de la manifestación de marzo en Rostov.

Esta es la juventud de mi padre, que conozco contada de viva voz por él mismo, a través de sus camaradas, y también por los documentos que se conservan en los archivos del Partido.

Ginebra

A raíz de la marcha de mi padre a Rusia, llegó mi madre a Ginebra.

Habían transcurrido cerca de cuatro años desde aquel día de mayo de 1899, que ella siempre recordaba, en que con su amiga Ania subió a la bohardilla, para preparar juntas el examen de Ciencias Naturales. Cuando las cabezas de las muchachas estaban ya febriles de tanto aprender de memoria el número de pistilos, estambres, especies y subespecies, Ania sacó con aire misterioso un pequeño libro manoseado. Era *Rusia clandestina*, de Stepniak-Krávchinski, prohibido por la censura zarista.

Mi madre tomó ansiosamente el libro. El destino de los populistas causó honda impresión a la joven en cuya alma latía una vaga protesta contra la injusticia de la vida que la rodeaba. Decidió seguir su camino. Pero algún tiempo después, conoció a Gúsev, Al saber éste la atracción que ella sentía por "La Voluntad del Pueblo" le explicó que, aunque la abnegación y el heroísmo de los populistas eran merecedores de todo respeto, el camino que habían elegido para la lucha contra la autocracia zarista era erróneo e incluso contraproducente.

Le trajo libros sobre historia de la sociedad humana, entre otros *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels; comenzó a leer con ella y a esclarecerle lo leído. Cuando tuvo cierta preparación, pasaron a estudiar *El Capital*. Ella se hizo marxista, comenzó a coadyuvar a la labor del Partido e ingresó en él.

Luego vino el casamiento, el viaje a Bruselas. De

nuevo en Rusia se entregó de lleno a la lucha ilegal, hizo propaganda entre los obreros y cumplió diferentes misiones encomendadas por el Partido.

Posteriormente, mi mama sirvió en cierto modo a Alexéi Gorki de prototipo de la propagandista Natasha en la novela *La Madre*. Renunciando al parecido físico (Natasha tenía los ojos azules y era rubia, y mama era morena, de ojos oscuros), Gorki le transmitió sus rasgos generales. Me parece estar viendo a mi mama de joven, cuando leo cómo Natasha, "aterida de frío, cansada, pero eternamente alegre y viva", llega a ver a los VIásov. "Su voz era pastosa y clara -escribe Gorki-, la boca pequeña y de labios gordezuelos, y toda ella redondita y lozana. Después de quitarse el abrigo se frotó enérgicamente las coloradas mejillas con las manecitas rojas de frío, mientras entraba presurosa en la habitación, golpeando sonoramente el suelo con los tacones de sus botitas".

Las lecciones que daba mi madre eran también parecidas a las de la propagandista Natasha en casa de Pável Vlásov. Los obreros de aquellos tiempos, especialmente los conscientes, los que tomaban por la senda de la lucha revolucionaria, sentían incontenibles deseos de saber. Después de una dura jornada laboral de 11 y 12 horas, arrancándole horas al sueño, tomaban un libro y abordaban la historia del movimiento revolucionario en diferentes países y ciencias naturales (el origen de las especies, el origen del hombre, etc.). Estudiaban con especial ahínco economía política, que les ayudaba a comprender las leyes del desarrollo de la sociedad capitalista. Era tan grande en los obreros el afán de saber que no temían la cárcel ni el destierro, ni siquiera los trabajos forzados con que les amenazaban por entrevistarse con los propagandistas, y si caían en la cárcel allí continuaban estudiando. No es casual que en los círculos revolucionarios de aquel entonces, las cárceles se llamaran "universidades".

La labor propagandística de mi madre entre los obreros fue interrumpida por tempestuosos acontecimientos en Rostov: la huelga de noviembre y la manifestación de marzo. Después de la huida del padre, mi madre vivió días de zozobra: la casa era constantemente vigilada por agentes de la policía; varias veces registraron el domicilio. Sólo medio año después consiguió marchar al extranjero.

Tenía una dirección de Ginebra, a través de la cual enviaba las cartas al esposo. Debido a su inexperiencia, suponía que aquélla era la dirección de su apartamento. Pero cuando llegó a Ginebra y se presentó en aquella dirección, resultó que Gúsev no vivía ni había estado allí. Por otro lado, los dueños de la casa, a cuyo nombre enviaba las cartas, no lo conocían, e ignoraban el lugar en que residía, ya que a recoger la correspondencia venía un camarada. Así hacían todos los emigrados, a fin de que la policía no pudiera seguirles la pista.

Es fácil imaginar su desesperación al encontrarse en tierra extraña, donde no conocía a nadie, con una criatura de año y medio en los brazos, casi sin dinero y sin saber el idioma. Por fin, con ayuda de los camaradas, mi madre llegó hasta Lenin. Vladímir Ilich y Nadiezhda Konstantínovna vivían en las afueras de Ginebra, en el poblado obrero de Séchéron.

Cuando mama fue a verlos, Nadiezhda Konstantínovna le dijo que Gúsev había marchado a raíz del Congreso a Rusia para misiones de Partido. Al saber esto, mama no pudo contenerse y rompió en sollozos. Nadiezhda Konstantínovna la consoló, estuvo toda la tarde ocupada con nosotros, nos sirvió té, me dio papillas y me puso a dormir en su cama. Le contó a mama que a ella le había ocurrido casi lo mismo: escribió a Vladímir Ilich desde el exilio a Praga y fue a reunirse con él; pero cuando llegó, resultó que vivía en Munich. Hubo que continuar el viaje a aquella ciudad; y una vez allí, también pasó lo suyo hasta que pudo llegar al apartamento en que habitaba Vladímir Ilich. Resultó que él, aprovechando una ocasión, le había enviado un libro en el que estaba su verdadera dirección, pero la persona que se comprometió a hacer llegar el libro a su destino no lo hizo.

Vivimos en casa de los Ilich dos o tres días, y posteriormente estuvimos allí en más de una ocasión. Ocupaban una pequeña casita de dos pisos. En la planta baja estaba la cocina, en la que había una mesa y varias sillas; la cocina hacía las veces de comedor; en ella se recibía a los camaradas que venían. El piso superior tenía dos pequeñas habitaciones, la de Vladímir Ilich y la de Nadiezhda Konstantínovna, en las que había pequeñas camas de hierro, cubiertas con mantas a cuadros, mesas, sillas y armarios.

Me acuerdo vagamente de aquella casa, y este oscuro recuerdo fue probablemente sugerido por los relatos de mis padres. Pero de lo que no me olvidé es del piso y de las patas de las mesas, rectangulares y sin pintar. Recuerdo que una vez "tía Nadia" y yo estábamos sentadas en el suelo. Ella lo empapaba con un trapo y lo raspaba con un cuchillo, y yo observaba con interés cómo surgía bajo el cuchillo la limpia madera amarillenta.

Lo que sí recuerdo nítidamente es la casa en la plaza Plainpalais adonde fuimos a vivir cuando vino mi padre, la costanera, el Puente Nuevo y el rápido y espumoso Arvu. Cierto que la memoria me falló en algo. En una ocasión, quince años después, recordaba con mi padre aquellos tiempos y le describía nuestra estrecha habitación oscura, la camilla de hule, el armario, la mesa, la entrada a la casa, la escalera y a Jeanne, una muchacha alta, ya mayor, que vivía al otro lado del descansillo. Mi padre me dijo que así eran la habitación, el armario, la camilla, y que al otro lado del descansillo vivía, efectivamente, Jeanne, pero que esta Jeanne tenía... cuatro años.

Los bolcheviques, con Lenin al frente, estaban firmemente convencidos de su razón. Las noticias que llegaban de Rusia evidenciaban que todo lo mejor, lo revolucionario que había en el Partido. y en la clase obrera estaba a su lado. Y los bolcheviques empeñaron una tenaz lucha contra los mencheviques, la sostuvieron con ímpetu, sin dejar de combatir, firmemente decididos a conseguir la victoria.

A fin de ayudar a los camaradas llegados de Rusia a comprender a fondo las divergencias existentes, los bolcheviques organizaban controversias con sus adversarios. Vladímir Ilich raramente tomaba parte en ellas, pero esperaba con impaciencia que le contaran cómo habían transcurrido. De ordinario, después de las discusiones, los bolcheviques que participaban en las mismas iban todos juntos a ver a los Ilich, les relataban cómo había estado la pelea con los "meki" (así denominaban a menudo a los mencheviques) y luego entonaban a coro canciones revolucionarias o bien hacían que mi padre cantase acompañado al violín por Piotr Anánievich Krásikov. Vladímir Ilich intervenía con placer en estos conciertos improvisados.

La vida de nuestra familia en Ginebra se prolongó poco tiempo: a comienzos de diciembre de 1904, mi padre marchó a San Petersburgo, donde fue secretario del Comité del Partido de la ciudad y del Buró de comités de la mayoría, que asumió la preparación del Congreso del Partido.

Recuerdo su marcha. Vestía un abrigo negro de paño burdo, llevaba al cuello una bufanda. Me disgustaba aquello, y me sentía a punto de romper a llorar. Pero él me lanzó al aire y, nombrándome por el apodo con que me llamaron a lo largo de toda mi infancia, me dijo alegremente:

- ¡No te aflijas, Elizavet-Gorrioncito!

Mama permaneció algún tiempo conmigo en Ginebra: no había dinero para hacer el viaje a Rusia. Afortunadamente encontró a una familia rusa que regresaba a la patria y necesitaba una acompañante. Mama marchó con esta familia y, en recompensa, le pagaron el viaje hasta la frontera rusa.

De esta manera pudo llegar a Rostov. Una vez conseguido allí algún dinero marchó a San Petersburgo. Esto fue a raíz de los sangrientos sucesos del 9 de enero.

En 1905

Mi padre llegó a San Petersburgo un mes antes de los acontecimientos de enero. Tuvo que pasar algún tiempo "en el espacio", o sea, sin casa ni pasaporte, cambiando constantemente de albergue.

Llegó a la capital en pleno auge de la "gaponada", en el momento en que Gapón había convencido ya a los obreros de que era necesario recurrir al zar en "busca de justicia". Ya se había confeccionado la petición, impregnada de humildad y fe en la intercesión del zar.

Es conocido el sangriento desenlace de estos acontecimientos: la procesión entonando canciones, portando iconos y retratos de Nikolás II; las descargas de fusilería delante del Palacio de Invierno. Pero es poco conocida la tragedia vivida por Lenin y los bolcheviques, que sabían, pues lo estaban viendo y lo comprendían, que la "gaponada" era una tremenda provocación policíaca, y que, aun a sabiendas de ello, se veían impotentes para conjurar el fatal desenlace.

Muchos años después, mi padre me contó lo sucedido en aquellos días trágicos. Esta vez, en su relato faltó la habitual moderación rayana en la ironía. Venciendo con dificultad la emoción, fue recordando cómo llegó a la reunión convocada por Gapón en la carretera de Peterhof. Se celebró en la sala de una posada. Olía a cerveza, a berza agria, a tabaco. A través de las ventanas penetraba la opaca luz de un día de invierno de Petersburgo. La posada no podía dar cabida a cuantos lo deseaban y en la calle quedaron varios miles de obreros.

Gapón subió a un tablado, alzó la cruz, invitó al público a rezar, y luego comenzó a perorar. Su voz era rica en modulaciones. Comenzó en tono grave, rápidamente pasó al agudo y gran parte del discurso estuvo dando gritos histéricos.

- Yo escuchaba y a duras penas podía contener la ira -contaba mi padre-. "¡Maldito Gapón!", se me escapó al escribir una carta aquel mismo día a Vladímir Ilich. ¡Sí, maldito Gapón, el peor de los malditos!

El 7 de enero, las principales fábricas de San Petersburgo -la Putílov, la Obújov, la Semiánnikov- ya estaban en huelga. Miles de personas se echaron a la calle. El paro se generalizó.

- Pasé días enteros en reuniones y entrevistas conspirativas -contaba mi padre-. Había que organizar apresuradamente la agitación entre las masas, desenmascarar a Gapón y luchar contra él. Decidimos dedicar a ello todas las fuerzas. Se acordó que nuestros camaradas se hallaran en la calle durante la manifestación pero que no participasen en ella y, en el momento propicio, intervinieran, tratando de encauzar el movimiento a nuestro favor. Aquella noche me retiré a dormir a hora avanzada, pero no pude conciliar el sueño. Una inquietud me oprimía el corazón: ¿qué ocurriría el día siguiente?

La mañana del 9 de enero mi padre salió de casa cuando aún estaba oscuro. Helaba ligeramente. A lo lejos se oía un rumor confuso y pisadas de caballo ahogadas por la nieve.

Como secretario del Comité del Partido de Petersburgo, mi padre debía asistir aquel día a una entrevista clandestina no lejos de la Avenida de Nievski a fin de dirigir las acciones de los bolcheviques de la capital.

Las primeras noticias que llegaron de los distritos, a eso de las nueve de la mañana, revelaban que los

obreros habían empezado a congregarse. Hacia las once se conoció que la manifestación iba a ponerse en marcha de un momento a otro. Cerca del mediodía llegó a todo correr un mensajero del distrito de Narva con la noticia de que había comenzado el ametrallamiento de la muchedumbre indefensa. Pronto se oyeron en las cercanías el tiroteo y los disparos de la artillería. Mi padre no pudo contenerse y se echó a la calle. Junto al Jardín Alexándrovski y en las calles adyacentes al Palacio de Invierno, los cosacos, armados de picas y sables, acometían a la muchedumbre; por todas partes se veían muertos y heridos, en la nieve ponían su nota escarlata las manchas de sangre.

Mi padre no recordaba el tiempo que estuvo en la calle. Cuando regresó al lugar de la entrevista supo que en la isla Vasílievski los obreros derribaban los postes del telégrafo y levantaban barricadas.

La "camarada Natasha"

Nunca había acudido tanta gente en las citas conspirativas del Comité de Petersburgo como en las primeras semanas que siguieron al 9 de enero. De todos los distritos llegaban camaradas exigiendo armas para los obreros. En fábricas y talleres, los obreros comenzaron a reunir dinero para armamento y a preparar por su cuenta armas blancas. Estaba claro que era necesario crear un órgano especial que se ocupara de lleno de la preparación técnica militar de la insurrección armada.

El Comité del Partido de Petersburgo encomendó este asunto a mi padre. Bajo su dirección fue creado el "Grupo de combate" que se encargaba de la compra, el transporte y la custodia de las armas, del suministro de las mismas y el adiestramiento militar de los obreros pertenecientes a las milicias. Encabezaba este grupo Nikolái Evguénievich Burenin (conocido en el Partido como "Guerman Fiódorovich"). Del núcleo del "Grupo de combate" formaban parte además Sofia Márkovna Pózner ("Tatiana Nikoláevna") y mi madre, Feodosia Ilínichna Drábkina (la "camarada Natasha").

Mi madre acababa de llegar conmigo a la capital. Alquiló la primera habitación que encontró y confiándome a la tutela de la dueña del piso, partió a toda prisa hacia la dirección que traía. Desde allí, dando un rodeo por un complicado camino, pasando de un lugar conspirativo a otro, llegó hasta donde estaba mi padre. Cuando éste le propuso formar parte del "Grupo de combate", mi madre se alegró lo indecible: precisamente un trabajo semejante podía satisfacer su afán de proezas.

Y para mama, y también para mí, comenzó una vida nueva.

Habían encomendado a mama procurar armas, traer revólveres y fulminantes para bombas, desde Finlandia a Rusia, organizar la custodia del armamento, comprobar los depósitos. No se podía traer nada en la mano, para no llamar la atención. Por eso los cartuchos, la dinamita, los fulminantes para las bombas y la gelatina detonante los llevábamos en bolsillos disimulados en nuestros justillos.

Había mucho que hacer. De la mañana a última hora de la noche iba mi madre de un confín a otro de la ciudad, hacía viajes a Víborg y Helsingfors. A esto había que añadir que mama no tenía con quien dejarme y debía llevarme con ella. Por otra parte, pronto se vio que yo podía ser útil. Los gendarmes, que comprobaban los vagones en la estación fronteriza de Beloóstrov, al ver aquella mujer joven con una niña, no podían imaginar siquiera que allí oliera a pólvora. Por eso, en sus viajes a Finlandia por armamento, mama empezó a llevarme con ella. Nadiezhda Konstantínovna Krúpskaia me llamaba en broma "el aparato conspirativo".

Cuando recuerdo este período de nuestra vida, en mi imaginación surge en primer lugar aquel pomposo aditamento montado según la moda de entonces sobre el polisón en la parte trasera del vestido de las damas. A mama le era difícil andar todo el día llevándome de la mano, e ideó que me agarrara a aquella cola.

Hacía frío... Estaba aterida... Quería comer... Todo el día había caído aguanieve... Asida fuertemente a la cola del vestido de mama, la seguía pisando charcos. Así andábamos horas enteras, entrábamos en las casas, subíamos las escaleras. Las personas a quienes visitaba mama hablaban con ella en voz baja, sigilosamente. En mama se operaban asombrosas transformaciones: habiendo salido de casa delgadita, aparecía de repente muy gruesa al salir del primer domicilio que visitábamos; después, una vez en la calle, llamaba a un cochero e íbamos a algún sitio. Pero al cochero, como era costumbre en ella, lo despedía antes de llegar al lugar requerido.

Una vez allí también se conducía de manera extraña: primero subía por la escalera hasta el último piso, esperaba en el descansillo y ponía oído al menor ruido y, sólo después de esto, bajaba y entraba en el piso. La recibía una señora a la que yo conocía. Mama se metía detrás de un biombo, se desvestía y volvía a recobrar su esbeltez.

De nuevo íbamos por la calle. Mama se paraba delante de una joyería, contemplando unos preciosos cristalitos refulgentes. Al comienzo aquello me gustaba, pero luego resultaba aburrido, y estaba a punto de echarme a llorar, aunque sabía que de nada había de servirme. Mama continuaba de pie. A su lado se detenía un hombre parecido a un señor que yo conocía, sólo que el otro tenía barba, y éste iba afeitado. Y, de pronto, me daba cuenta de que mama, en voz muy queda y sin mirar al señor aquel, sino a los cristalitos, decía algo. Y el señor, sin mirar tampoco a mama, respondía, y se marchaba sin volver la vista.

La tarde... Por fin, estábamos en casa... Mama me decía: "Mira, te voy a construir tu habitación". Yo sabía lo que esto significaba: pondría sillas cerca de mi cama, sobre ellas una manta, de manera que yo no viera nada, alguien vendría a verla y hablarían a media voz de cosas interesantes e incomprensibles para mí.

Yo también sentía deseos de hablar, pero sabía que no podía ser. Mama me había inculcado que no había que preguntar ni hablar de nada, y cuando alguna vez me fui de la lengua, me obligaba a sacarla, la untaba de mostaza y agregaba: "Al que no calla, se le unta mostaza".

Pero ni siquiera esto daba siempre resultado. ¡Pobre mama! ¡Cuántas preocupaciones e inquietudes le causaba! A veces nos trasladábamos a una nueva ciudad y yo preguntaba: "Mama, ¿Cómo nos llamarán en esta ciudad?"; o bien se enteraba por la dueña de que yo había dicho: "Antes nos llamábamos Drabkin, y ahora, Jmelnitski".

Mi padre no vivía con nosotras. Si los que actuaban en la clandestinidad debían observar una rigurosa conspiración, para los miembros del "Grupo de combate" las exigencias a este respecto eran especialmente severas. No tenían derecho a frecuentar las reuniones de masas ni a tomar parte en las manifestaciones o entrevistarse con los camaradas que realizaban el trabajo ilegal.

Por esto, mama (y yo con ella) sólo se entrevistaba con mi padre en lugares conspirativos. Si él tenía la más mínima posibilidad, me tomaba en brazos aunque era ya mayorcita, me llevaba a la confitería próxima y me obsequiaba con pasteles hasta hartarme.

Luego, mi padre desapareció por completo. Habían comenzado a seguirle los pasos y, por exigencia de Lenin, se trasladó a Odesa. Llegó allí en el momento de la insurrección en el acorazado Potiomkin. Durante la segunda mitad de 1905, fue secretario del Comité del Partido en Odesa.

Mama y yo quedamos en Petersburgo. En mi memoria se agolpan los recuerdos de las estaciones, los trenes, los incesantes viajes y traslados de ciudad en ciudad. Más tarde supe que durante aquel verano había llevado ocultas en su justillo, cosido con tal fin, fulminantes de mercurio para bombas. El transporte de los fulminantes exigía rigurosa precaución, pues una sacudida podía producir una explosión. Por ello, mama se sentaba muy tiesa en el vagón y, a fin de que no la empujara, me compraba libros y me enseñaba a leer. Así resultó que a los cuatro años ya había aprendido a leer.

Nikolái Evguénievich Burenin, que encabezaba el "Grupo de combate", cuenta en sus memorias:

"Entre los camaradas que trabajaban había una mujer joven, madre de una niña de unos 3 ó 4 años. Nadie conocía su verdadero nombre. Se la llamaba "Natasha", y a la nena, "Lizka".

Natasha era muy joven y linda, se hacía acreedora a la atención y su alegría y afabilidad constantes le granjeaban el favor de todos. Nadie conocía si tenía su apartamento o habitación, pero todos sabían que si había alguna misión arriesgada o importante, Natasha siempre estaba dispuesta a ponerse en camino. Lo admirable era que en todas partes aparecía siempre con su Lizka... Sabíamos que Natasha no tenía nada suyo, carecía de dinero; pero si hacía falta que fuera a algún sitio, la vestían con ropa ajena, le compraban sombreros de moda. Natasha cautivaba a cuantos tropezaba en su camino, especialmente a quienes era preciso seducir".

Estas cualidades de "Natasha" fueron especialmente útiles durante la insurrección armada de diciembre, cuando fue necesario traer a Moscú mecha, cascos y fulminantes.

Las bombas que trajo mama a Moscú eran del modelo llamado "macedonio". Se componían de un casco de hierro, fulminantes de gelatina detonante y mecha.

Al encomendarle llevar las bombas, Leonid Borísovich Krasin, que encabezaba entonces el "Grupo de combate", dio dinero para que se vistiese mejor y mama compró un vestido de moda y un elegante maletín en una lujosa tienda de la Avenida de Nievski. En él escondió los cascos, y los fulminantes y las mechas se los colocó bajo el vestido y con el porte de una señorita ociosa marchó a Moscú.

El tren llegó a Moscú al atardecer. La estación de Nikolái (ahora de Leningrado) estaba ocupada por las tropas. Hileras de soldados armados de fusiles y con la bayoneta calada cubrían a lo largo el vestíbulo. Hubo que pasar a través de un pasillo de fusiles. La plaza Kalanchóvskaia y las calles adyacentes estaban desiertas. Casi sin cesar se oían disparos.

De la estación, mama marchó directamente a la dirección que traía. Allí dejó su "equipaje" y fue a casa de Alexéi Maxímovich Gorki para convenir en que recogieran la carga que tanto esperaban.

Gorki y su esposa, María Fiódorovna Andréeva, vivían entonces en la casa que hace esquina a las calles Mojovaia y Vozdvízhenka, donde se halla ahora la oficina en que recibe el Presidente del Presídium del Soviet Supremo de la URSS.

El espacioso gabinete de Alexéi Maxímovich y el comedor estaban llenos de gente. Todos se conducían allí sencillamente, como en su casa. Unos entraban y salían, otros se iban y regresaban. Quien quería iba al comedor donde estaba la mesa puesta y no cesaba de hervir el samovar. Venía gente de todos los confines de Moscú, habiendo recorrido muchas verstas bajo el frío, y María Fiódorovna hacía todo cuanto estaba a su alcance para que los camaradas pudieran descansar y calentarse.

Al apartamento de Gorki y de Andréeva llegaba información de todos los lugares de la ciudad y en él se entrevistaban los dirigentes de la insurrección. Allí se enseñaba a los grupos de choque a fabricar bombas y a utilizarlas. El adiestramiento se efectuaba en una estrecha habitación -la "pajarera"- situada detrás del gabinete de Alexéi Maxímovich. A Gorki le gustaban mucho los pájaros y los tenía por todas partes. En esta "pajarera" había construido a todo lo ancho de la ventana una jaula en la que había toda clase de pajaros.

Cuando mama llegó a casa de Gorki, el torrente de gente no cesó ni un minuto. Había malas noticias. El regimiento de Semiónov, enviado desde San Petersburgo, dio la ventaja a las fuerzas gubernamentales.

En la ciudad continuaban todavía los combates cuando mama, tras de cumplir una misión, regresó a Petersburgo. En Klin el tren estuvo parado: las milicias revolucionarias habían desmontado la vía. Pero la avería no fue grande y, hora y media después, el tren prosiguió la marcha.

En el cupé contiguo al de mama viajaban un ingeniero de caminos y un oficial. Los dos habían acompañado a Moscú a los del regimiento de Semiónov para aplastar la insurrección.

Ambos, a porfía, hacían objeto de sus galanteos a la hermosa joven vecina, que charlaba con ellos y se reía. Pero su alma rebosaba odio.

En Petersburgo, mama estuvo a punto de caer en una redada policíaca. Había que salir a toda prisa. El nuevo año de 1906 lo recibimos mama y yo en el tren que nos conducía al sur.

El hombre de la barba negra

Después del aplastamiento de la insurrección armada de diciembre, mi padre se trasladó a Moscú, de cuyo Comité del Partido era miembro, a fin de realizar la lucha clandestina.

En septiembre de 1906 fue detenido. Tras de nueve meses de reclusión, fue deportado a Beriózov. Una vez allí, ideó la fuga. A ello le ayudó su voz: en Tobolsk, los aficionados a la música proyectaban poner en escena fragmentos de la ópera *Payasos*, pero no tenían quien cantase el *Prólogo*. Mi padre se ofreció para ello. El jefe de policía le dio autorización para trasladarse a Tobolsk y allí, desde la misma escena, sin quitarse siquiera el maquillaje, se plantó en la calle, montó en un trineo que le estaba esperando y, por el trillado camino abierto en la nieve, marchó velozmente a Omsk.

Desde allí marchó a Moscú. De nuevo se trasladó a Petersburgo, se entrevistó con Sverdlov y trabajó con él durante tres meses en la organización del Partido. Después huyó a Finlandia para ponerse a salvo de una detención. Allí le postró en el lecho una grave enfermedad, adquirida en los años de clandestinidad y de cárcel.

Por entonces, mi mama y yo, después de una serie de peripecias, fuimos a vivir a la capital, a una habitación amueblada, por la que pagábamos un módico alquiler. Su labor de Partido, en aquellos años, consistió principalmente en ocuparse de la fracción bolchevique de la Duma del Estado y ayudarla en la campaña electoral.

Se procuraba el sustento trabajando de correctora en las tipografías de los periódicos. Este trabajo era nocturno y durante el día dedicaba todo el tiempo libre a los asuntos de Partido.

Mama raramente estaba en casa. A veces, venían a verla personas conocidas y, en tales casos, me mandaban de ordinario al corredor.

En cierta ocasión, vino un hombre de mediana estatura. Tenía una larga barba negra y se llamaba Vladimir Ivánovich Múromski. Algo había en su aspecto que suscitaba en mí un interés inexplicable.

-¿Por qué usa usted barba? -le pregunté.

Me respondió rápidamente:

- Porque soy musulmán.

Era muy cariñoso conmigo, me hablaba mucho e incluso me llevó dos o tres veces a los "vuelos", de los que entonces hablaba todo Petersburgo. Eran los primeros vuelos de aeroplano en Rusia. Para verlos había que ir en tranvía hasta Nóvaia Derevnia, desde allí en tren, luego a pie hasta el hipódromo, sacar las entradas, esperar mucho tiempo en la tribuna y considerarse feliz si alguno de los aparatos que estaban en medio del campo, parecidos a estanterías, daba algunos torpes saltos y se elevaba unos cien metros en el aire.

Vladímir Ivánovich estuvo a vernos en varias ocasiones. Luego desapareció. Sólo muchos años después supe por mama que aquél era mi padre. Vivía entonces en la ilegalidad, con pasaporte falso. Primeramente los camaradas le consiguieron el pasaporte de cierto electricista, asegurándole que era de plena confianza. Mi padre alquiló una habitación y entregó el pasaporte para que lo inscribieran, pero, unos días después, se presentó un guardia municipal y le notificó que se personara en la comisaría de policía. Allí dijeron a mi padre que el electricista en cuestión había sido condenado a 15 días de arresto por armar escándalo en un restaurante durante una borrachera, arresto, que tenía que cumplir en un local anexo a la comisaría de policía.

No hubo otro remedio que cumplir el arresto. Pero lo más desagradable para mi padre llegó después. Una vez le llamó el comisario y le dijo:

- ¿Eres electricista?

- Sí, lo soy.

- Pues haznos la instalación eléctrica...

No era posible negarse: hubiera despertado sospechas. Y mi padre decidió probar suerte. Durante una semana engañó a los policías, haciéndose pasar por un meticuloso maestro electrotécnico, descontento unas veces del cable, otras de los

instrumentos, meditando horas enteras "coeficientes", "galvanismos" y otras cosas que su ingenio le dictaba. De esta forma fue dando largas al asunto hasta que cumplió el arresto y fue puesto felizmente en libertad, dejando la comisaría de policía sin instalación eléctrica.

Entonces decidió no recurrir a los pasaportes "de confianza" prefiriendo los de confección propia. Un camarada experto en estos menesteres lavó el texto de un pasaporte (a los especialistas de este género los llamaban "lavanderas") y lo puso a nombre de Vladímir Ivánovich Múromski. A fin de que la policía no pudiera reconocerle, mi padre cambió su aspecto exterior.

¡Este era el secreto de la barba negra que me tenía tan intrigada!

De huéspedes en la calle Marie-Rose

En el verano de 1911, mama marchó para asuntos de Partido al extranjero. Yo fui utilizada de nuevo en calidad de "aparato conspirativo".

Primeramente fuimos a Berlín. Los tilos habían florecido en la Unter den Linden. Anduvimos largamente por las anchas calles rectas, donde se veían las corpulentas figuras de los guardias en los cruces de calles. Luego entramos en una casa, cuyos únicos muebles eran mesas y sillas. Mama habló con alguien. Se abrió la puerta, y en la habitación entró un viejecito muy pulcro con chaleco y chaqueta blancos. Todos se levantaron respetuosamente. El viejecito se presentó a mama, luego preguntó por mí. Mama le dijo algo y el viejecito me acarició la cabeza. Tenía una mano pequeña y suave que olía a jabón perfumado. Yo no sospechaba el "alto honor" que se me hacía: aquel viejecito era nada menos que Carlos Kautsky.

En cambio, Rosa Luxemburgo era muy distinta: cariñosa, alegre, ágil, de gran viveza. Cuando fuimos a verla, su júbilo no tuvo límites. Nos abrazó, celebraba lo mucho que yo había crecido, recordaba Bruselas, la Conferencia de mujeres socialistas en la que conoció a mama. Cojeaba un poquito; tan pronto corría a la cocina como volvía, y sabía hablar de los asuntos, reír y preparar el té, todo a un tiempo.

Luego fuimos con Rosa a la orilla del Mar Alemán. Allí paseamos largo rato. Rosa me enseñó a hacer un herbario. Vivimos allí poco tiempo, pero tan pronto como Rosa aparecía en la orilla, de todas partes venían corriendo hacia ella chiquillos, gatitos y perritos.

Luego marché con mama a París. Allí tenía muchos asuntos que resolver, y de mí se hicieron cargo los Shapoválov, viejos camaradas de Partido.

La vida de Alexandr Sídorovich Shapoválov era formidable. Simple obrero, a comienzos de la década del 90, había organizado por propia iniciativa, un círculo antirreligioso en una fábrica de Petersburgo, luego se adhirió a los populistas y tomó parte en la organización de la *Tipografía Lájtinskaia*, clandestina; posteriormente, rompió con los populistas e ingresó en la "Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera"; estuvo exiliado. En 1905, durante la insurrección en el acorazado *Potiomkin*, fue miembro del Comité de Odesa del Partido, más tarde luchó en las barricadas en Járkov, huyó al extranjero, trabajó en fábricas de Bélgica y Francia, y todo esto sabía relatarlo de manera viva y jugosa, aderezándolo con multitud de detalles. Más tarde, ya en Moscú, su esposa, Lidia Románovna, recordaba que Vladímir Ilich estuvo a verles en su piso de París y, después de escuchar durante varias horas seguidas los relatos de Alexandr Sídorovich, exclamó entusiasmado:

- Oh, vous avez vécu![1]

En París, los Shapoválov llevaban una existencia de emigrados más o menos estable. Vivían no lejos del cinturón de las fortificaciones de París, en una buhardilla, debajo mismo del tejado. El techo estaba inclinado; las ventanas daban directamente al cielo, surcado por el vuelo de las golondrinas; abajo se veía una vía circular, por la que corrían las jadeantes locomotoras dando silbidos.

Alexandr Sídorovich era un calificado obrero metalúrgico y trabajaba en una fábrica. Por otra parte, la expresión "trabajaba" no era del todo exacta, pues a poco de ingresar en una fábrica, Alexandr Sídorovich se alzaba a la lucha contra los amos y los contramaestres. Por ello no duraba mucho tiempo en un mismo lugar. Los breves períodos de trabajo alternaban con largos períodos de desempleo.

En el tiempo que viví con los Shapoválov hubo períodos de lo uno y de lo otro.

Mientras Alexandr Sídorovich tenía trabajo, Lidia Románovna se levantaba por la mañana la primera, hacía el café en un hornillo de alcohol, luego despertaba al marido. Este se vestía, desayunaba rápidamente y metía en su bolsa de lona un paquetito con el almuerzo. Al marchar, besaba a su esposa.

- Au revoir, ma belle[2] -decía.

- Adieu, mon vieux[3] -respondía ella.

Por la tarde, regresaba despeinado, de mal talante. Mientras comía contaba cómo había pasado la jornada. Empleaba divertidas palabrejas francesas, con las que regañaba al "façonniere", (patrono), al "contre-maitre" (contramaestre), "monsieur Vaotoura" (casero- "milano").

Pero una vez regresó al mediodía. Su aspecto parecía decir: "¡Al que me toque le muerdo!"

Lidia Románovna estaba sentada junto a la ventana, zurciendo calcetines. Al ver entrar a Alexandr Sídorovich, alzó la mirada de sus bondadosos ojos castaños.

- ¿Te han echado?

---

[1] ¡Oh, ha vivido usted lo suyo!
[2] ¡Hasta la vista, preciosa!
[3] ¡Adiós, viejo amigo!

- ¡Me han echado!
- Está bien. Descansarás una semana.

El se echó a reír, me agarró y empezó a darme vueltas por la habitación.

- ¡Vámonos a pasear!

Varios días anduvimos callejeando por París. Subimos a la torre de Nôtre Dame de París, contemplamos las enigmáticas quimeras. Estuvimos en el cementerio del Pêre-Lachaise, en Le Mur des Fédérés acribillado a balazos, en la costanera, no lejos del cuartel Lobau, donde los versalleses fusilaron a los luchadores de la Comuna, llegando los chorros de sangre hasta el Sena. Era tanta la sangre que llegó hasta el próximo puente y al siguiente, sin mezclarse con las turbias aguas del caudaloso río.

Entramos en el Louvre y en un sucio comedor para emigrantes en la calle de la Glaciers, denominado en lenguaje popular ruso "Glasiorka". Oímos hablar a Jean Jaurés en un mitin en el Trocadero. Rasgaba el aire con los potentes puños y exclamaba con voz de trueno: "¡Abajo la guerra!"

No dejamos de entrar en el Museo de figuras de cera que, lo confieso, me produjo mayor impresión que el Louvre con sus famosos tesoros.

Uno de aquellos días, Alexandr Sídorovich dijo:

- ¡Basta! Hoy descansamos, y por la tarde iremos allí, luego sabrás adónde...

Después de comer se afeitó, se puso una camisa limpia. Lidia Románovna prendió a su casi único vestido un encaje blanco. A mí me sometieron a un despiadado lavado, me cortaron las uñas, me lavaron los dientes y me hicieron las trenzas muy apretadas.

Por fin terminaron los preparativos y nos pusimos en camino. En lo alto de un ómnibus de caballos llegamos hasta la Puerta de Orléans, y luego, atravesando estrechos callejones, salimos a la calle Marie-Rose, ante una casa que no tenía nada de particular, ennegrecida por el humo.

Una conserje de mal genio nos abrió la puerta. Traspasé el umbral con cierto temor. Pero luego todo resultó de lo más sencillo: las personas que veníamos a ver, Nadiezhda Konstantínovna y su madre, Elizaveta Vasílievna, me conocían y me acogieron como a una antigua amiga.

Nos sentamos en la cocina. Después salió de una habitación un hombre al que llamaban Vladímir Ilich. Se sentó a tomar té con nosotros. De todo lo que allí se habló sólo recuerdo que me preguntó qué era lo que yo más desearía tener. Le respondí: "Un sombrero con cerezas". El quedó extrañado: "¿Para qué quieres las cerezas en el sombrero y no en un cucurucho de papel?" Pero él no me había comprendido: entonces estaban de moda los sombreros adornados con cerezas, ciruelas, albaricoques y casi con un huerto entero. Un sombrero semejante era el colmo de mis ilusiones de chiquilla, pero mama, a pesar de mi insistencia, se negó a comprármelo. Cuando Vladímir Ilich comprendió de lo que se trataba, se echó a reír a carcajadas.

Esto es todo. Yo no sabía que habíamos venido a ver a Lenin, y aunque lo hubiera sabido, no habría comprendido lo que este nombre significaba. Todo fue de lo más habitual: tomamos té con pan tostado y la conversación fue mesurada, interrumpida por explosiones de risa. Mas ¿por qué, no siendo yo más que una tontuela poco despierta, se me quedó tan grabada aquella oscura cocinilla y aquel hombre que estaba sentado enfrente de mí, con barba pelirroja y ojos inteligentes y pícaros?

"Legales" e "ilegales"

Al regreso del extranjero, mama se instaló nuevamente en Petersburgo y, durante varios años, trabajó en la prensa del Partido, en los periódicos *Zvezdá* y *Pravda*, en la revista *Prosveschenie*, en la editorial *Pribói* del Partido.

El sustento se lo procuraba igual que antes, trabajando por las noches de correctora en las tipografías de los periódicos. Los ingresos eran parcos y, había que hacer equilibrios con cada kopek. Por ello alquilaba apartamentos en casas recién construidas, ya que en los primeros años después de edificadas, mientras la casa se iba asentando y las paredes estaban todavía húmedas, estos pisos se alquilaban relativamente baratos.

Precisamente en aquellos años se edificó mucho en el distrito de Peskí (hoy día, calles Soviéticas), no lejos del Palacio Tavrícheski, sede de la Duma del Estado. Los diputados de las fracciones de derecha alquilaban apartamentos en el aristocrático distrito de las calles Sérguievskaia, Furshtádtskaia y Kírochnaia, mientras que los diputados de la curia obrera se alojaban en las casas baratas de Peskí.

En el otoño de 1912 se construyeron dos casas contiguas en la décima Rozhdéstvenskaia. Una de ellas la eligieron los mencheviques, y en la contigua se alojaron los bolcheviques: en el sexto piso, Nikolái Gúrievich Poletáiev, que había sido diputado a la III Duma; en el séptimo piso vivía mi mama; en el cuarto, el diputado a la IV Duma, Román Malinovski. Los chiquillos, hijos de familias bolcheviques, correteábamos constantemente de una casa para otra, pero más que nada nos metíamos en la de los Poletáiev,

Enfrente de la casa iban y venían constantemente los sabuesos; pero como los diputados de la Duma del Estado gozaban de inmunidad parlamentaria y su protección se extendía sobre toda la casa, en nuestro piso y en el de los Poletáiev había siempre gran afluencia de gente bolchevique del Partido.

Estas gentes se dividían en "legales", que venían a cualquier hora del día, e "ilegales", que venían de ordinario al caer de la tarde y desaparecían en la oscuridad de la noche.

De los "legales" nuestro visitante más asiduo era

Vasili Andréievich Shelgunov, uno de los más viejos obreros bolcheviques, que ingresó en el Partido en los años de la "Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera". Era ciego. Habíamos oído decir a nuestros padres que en cierta ocasión, al caer en la cárcel una de tantas veces, Vasili Andréievich sintió un agudo dolor en los ojos. La dirección de la cárcel se negó a que le reconociera un médico y el hombre perdió la vista. Pero incluso ciego y todo no dejó ni un solo día la labor del Partido. Con su andar lento iba por las calles de Petersburgo, golpeando con un bastón, en el que se había practicado una abertura, llevando en su interior octavillas bolcheviques.

Cuando comenzó a salir *Pravda*, Vasili Andréievich pasó a ser su director. El periódico salía con su firma y si la censura le imponía una multa en dinero superior a sus posibilidades, que podía ser saldada con unos meses de encarcelamiento del director, Vasili Andréievich ingresaba en la prisión.

En nuestra casa sucedió lo que ahora en los círculos de estudio de la historia del Partido llaman "combinación del trabajo ilegal con la utilización de las posibilidades legales." Apenas si es necesario explicar que esta "combinación" exigía una concentración constante, enorme sangre fría e intenso trabajo durante el día y la noche. Había tarea para todos, incluso para nosotros, los niños. Formábamos el grupo de chiquillos los hijos de Grigori Ivánovich Petrovski, Piotr y Leonid, Volodia Poletáiev y yo, que habitábamos todos allí mismo, en Peski.

Nosotros llevábamos manuscritos a la tipografía de *Pravda*, situada en la calle Ivánovskaia, y traíamos de allí las galeradas todavía frescas, oliendo a tinta tipográfica. Íbamos unas veces al barrio de Víborg, o bien al de Narva, para entregar una nota o decir de palabra que "Timoféi se ha puesto enfermo", "A Najodka no le gustan los albaricoques", o algo por el estilo; copiábamos con grandes letras de escolar, dejando entre líneas grandes espacios, cartas larguísimas con todo género de noticias familiares: Vasia se casa, la tía Klava ha comprado una casa, Petiúshenka tiene escarlatina. Luego supimos que se trataba de "esqueletos", cartas, en las que se intercalaba un texto secreto entre líneas con tinta simpática.

Por supuesto, nosotros no conocíamos el sentido de las enigmáticas palabras que transmitíamos, ni sabíamos el destino de los "esqueletos". A nosotros nos daban el encargo, lo cumplíamos y nada más. Una rigurosa norma de la conspiración bolchevique rezaba: "Cada uno ha de conocer solamente aquello que *deba* saber, y no lo que *pueda* saber".

Al cumplir estas misiones nos sentíamos auténticos miembros de una organización clandestina, y si salíamos en tropel a la calle, uno de nosotros pronunciaba sin falta a media voz las palabras oídas a los mayores: "Mira a la derecha, mira a la izquierda y mira hacia atrás".

Por mucho que los chiquillos quisiéramos a los "legales" que nos visitaban, los que gozaban de nuestra especial estima eran los "ilegales". Nuestros padres nos prohibían rigurosamente preguntar lo más mínimo acerca de éstos, y con su habitual ingenuidad pensaban que no colegíamos nada. Pero nosotros reconocíamos al "ilegal" al primer golpe de vista y bastaba con que apareciera alguno nuevo para que aguzáramos la vista y el oído.

Por cierto, un "ilegal", el "camarada Abraham", un hombre diligente y siempre hambriento, venía a casa con harta frecuencia al atardecer. Era de baja estatura y complexión robusta. Apenas aparecía y pronunciaba las primeras palabras, quedaba claro que estaba "cansado como un diablo", que tenía "unas ganas locas de dormir" y una "prisa atroz". Se le ponía delante toda la comida que había en casa y, al instante, empezaba a comer, colocando sin falta sobre sus rodillas a alguno de los pequeños, mientras que nosotros, los mayores, escuchábamos boquiabiertos los versos que él declamaba, o fantásticos relatos sobre viajes a la Luna y a otros planetas, a los que prometía visitar con nosotros. Después de la Revolución, reconocí a este "camarada Abraham" en Nikolái Vasílievich Krilenko.

A finales del año 1912, apareció en Petersburgo otro "ilegal" que a los chiquillos nos interesó extraordinariamente. Era moreno, delgado, llevaba lentes, y estaba muy acatarrado. Le vimos, posiblemente, sólo una vez que vino a casa de los Poletáiev. Las habitaciones de los mayores estaban herméticamente cerradas, pero logramos enterarnos como pudimos de que a este "ilegal" le llamaban "camarada Andréi", que había huido del exilio, a fin de "trabajar en la libertad clandestina". Nos intrigaron especialmente unas palabras oídas por casualidad: que Andréi había huido "por la cuerdecita". Esta "cuerdecita" eran postas preparadas de antemano, que se relevaban unas a otras. Según nuestra imaginación infantil, era una especie de cable por el que el "ilegal" salvaba intrépidamente altas montañas y ríos de impetuosa corriente.

Algún tiempo después, el "ilegal" estuvo en casa de los Petrovski y aquella misma tarde fue arrestado. Luego, los mayores tuvieron una acalorada conversación. Alguien pronunció algo que daba escalofríos: la palabra "provocación". Hubo quien recordó, entre otras cosas, que Román Malinovski había dado al "camarada Andréi" (o sea a Yákov Mijáilovich Sverdlov) su gorro de piel. Pero a nadie se le ocurrió pensar que el provocador fuera Malinovski, quien puso su gorro a Sverdlov a fin de que a los agentes de la Ojrana les fuera más fácil seguirla la pista.

Malinovski vivía en nuestra casa. Su rasgo más

saliente eran los amarillos ojos redondos, de gato. Caminaba con sigilo como los felinos. Ocurría a veces que los chiquillos nos hallábamos jugando, sin oír nada, y de pronto aparecía él en la habitación sin causar el menor ruido, sin el más leve susurro.

Los Malinovski vivían modestamente, al igual que todos los diputados: mantas pieceadas, vajilla de porcelana agrietada por los bordes, tenedores de hierro, sopa de coles, patatas, papillas. Pero una vez al mes, cuando se percibían los emolumentos de diputado, Stefa, la esposa de Malinovski, preparaba gran cantidad de masa y freía una montaña de empanadillas de carne y col, las colocaba en una cacerola del tamaño de un cubo, las llevaba en coche a *Pravda* e invitaba allí a todos.

Stefa era cariñosa, afable. Pero en cierta ocasión ocurrió algo insólito: estábamos jugando a los disfraces con sus niños en el apartamento de los Malinovski y, sin pedir permiso, quitamos de la cama del matrimonio la manta pieceada. Debajo de la misma descubrimos un edredón de color rosa, de fina seda. En este momento Stefa entró en la habitación. Se puso lo que se dice hecha un basilisco; nos agarró de los pelos y nos echó a la escalera.

El 19 de febrero de 1914, cuando llegué de la escuela, mama no estaba en casa. Comí y me disponía a preparar los deberes cuando se oyó una llamada brusca y prolongada. Abrí la puerta. Era la policía.

No preguntaron por mama. Comprendí que ya había sido arrestada. El registro fue muy minucioso, golpearon las paredes y el suelo. Duró unas dos horas. Tan pronto como se fueron los policías y se acallaron sus pasos en la escalera, fui a todo correr a casa de los Poletáiev; pero no llamé de golpe, sino que apliqué el oído a la puerta. Llegaron hasta mí voces ahogadas, ruido metálico de espuelas y la pesada respiración de una persona acechando al otro lado de la puerta. También allí estaba la policía. A todo correr, descendí al piso de los Malinovski.

Estaban en casa, y se habían sentado a comer. El se había quitado la chaqueta y estaba en mangas de camisa. Al verme, los dos se pusieron de pie.

- ¿Qué te pasa? ¿Qué ha ocurrido?

- Han detenido a mama.

Entonces Malinovski retiró la silla, me tendió ambas manos, me atrajo hacia sí, me besó en la frente y dijo con voz plañidera, trágica:

- ¡Pobre niña mía! ¡Mi pobre huerfanita!...

¡Y todavía me llamaba huerfanita! ¡Era él quien acababa de entregar a mí madre a la policía!

Durante toda la noche se efectuaron detenciones. Por delación de Malinovski sorprendieron en una redada a la redacción de la revista *Rabótnitsa*, durante una reunión en la que detuvieron a mama y a cuantas estaban relacionadas con los preparativos para la conmemoración de la Jornada Internacional de la Mujer, el 8 de marzo. Con motivo de la Jornada de la Mujer, el gobierno zarista hizo a las obreras de Petersburgo un rico "presente": la enorme cárcel nueva de mujeres, construida según la última palabra de la técnica carcelaria. A ella arrojó a todas las detenidas.

Triste fue caer tras las rejas de la cárcel. Pero lo que más sentían las detenidas era el fracaso de la conmemoración de la Jornada de la Mujer, que tanto trabajo había costado organizar, y de la publicación del primer número de la revista *Rabótnitsa*.

Sin embargo, transcurrieron unos pocos días y supieron que todo estaba en orden. Anna Ilínichna Elizárova (hermana de Lenin) que se había salvado casualmente de la detención, publicó *Rabótnitsa*.

El 8 de marzo, el periódico obrero bolchevique *El camino de la verdad* estuvo dedicado a la Jornada Internacional de la Mujer.

A la hora señalada fueron llegando grupos de obreras y obreros a las salas donde debían celebrarse los mítines. Pero en las puertas había un bando del gobernador, prohibiendo todas las reuniones para el 8 de marzo. Entonces varios miles de obreras y obreros marcharon entonando canciones revolucionarias hacia la avenida Kamennoostrovski. Se izó una bandera roja. Se pararon los tranvías. Pronto salieron de detrás de una esquina destacamentos de policía montada y dispersaron a porrazos la manifestación.

Poco después, volvieron a reunirse los manifestantes. Hasta bien avanzada la noche, en todos los distritos obreros de la ciudad, reinó una animación extraordinaria.

La noticia de la primera acción de masas en la historia de Rusia, con motivo de la Jornada Internacional de la Mujer, recorrió rápidamente la cárcel. En todas las celdas se cantó *La Internacional*. Fue inútil que la vigilancia de la cárcel ordenara silencio: las presas exteriorizaron ruidosamente su júbilo.

A principios de mayo las detenidas por la causa incoada contra la revista *Rabótnitsa* fueron puestas en libertad. Se las desterraba de Petersburgo, a unas durante tres años y otras cinco, prohibiéndoles vivir en centros universitarios y en grandes concentraciones industriales. Habían conseguido tan rápidamente la libertad debido a su valerosa conducta: las detenidas organizaban constantemente obstrucciones en la cárcel. Fue especialmente tumultuosa la del Primero de Mayo: cantaron, golpearon con las escudillas en las puertas y luego declararon la huelga del hambre.

Al sexto día de huelga las pusieron en libertad. Mama llegó a casa, entró apoyándose con las manos en las paredes, muy pálida, con profundas ojeras. Y al instante apareció... ¡Malinovski! ¡Qué amable estuvo con ella! ¡Qué preocupado se sentía por su salud! ¡Cómo dispuso que la prepararan caldo de gallina y le dieran de comer poco a poco, en tanto no se repusiera de la huelga del hambre!

"¡Existe ese Partido!"

Durante mucho tiempo mi mama fue objeto de persecuciones, detenciones y deportaciones. Solamente después de la Revolución de Febrero, pudimos vivir de nuevo juntas. En junio de 1917, fui a reunirme con ella en Petersburgo.

El tren se arrastraba lentamente. El vagón iba lleno de bote en bote; no cabía la punta de un alfiler. De las literas superiores colgaban las piernas; en el suelo, por todas partes, se amontonaba la gente con mochilas, hatillos y sacos. En las estaciones corrían por agua caliente, la bebían a sorbos, mordisqueando un pedacito de azúcar o sin nada. Dormían poco y tanto de día como de noche discutían, suspiraban, hablaban... La conversación giraba en torno "a la tierra", "a la guerra", "a la paz". Luego se pasaba a tratar de los partidos. "Yo considero que los bolcheviques son bandoleros", decía uno. "Mientes, respondía otro, los bolcheviques son mujiks pobres". En nuestro compartimiento un soldado de barba rojiza hablaba de su pueblo, de que allí los mujiks estuvieron espera que te espera y luego decidieron "entregar a cada uno su parte" y ensartar en la horca al terrateniente...

Al fin aparecieron las chimeneas fabriles, los muros renegridos. ¡San Petersburgo! El tren se acercó al andén y vi el rostro de mama sonriente entre lágrimas.

Salimos a la Avenida de Nievski. A la luz de la noche blanca parecían más oscuras las rojas banderas descoloridas. A pesar de lo avanzado de la hora, la Avenida de Nievski estaba llena de gente; en las esquinas y en los cruces de calles se celebraban mítines relámpago.

Mama había alquilado una habitación a los dueños de un piso grande. Por la escalera de servicio, que olía a berza cocida y a gatos, subimos al sexto piso y, sin deshacer los paquetes, nos sentamos a contarnos lo vivido aquellos meses: mama me habló de su última deportación y del regreso a Petersburgo; yo le dije que había ingresado en el Partido.

La revolución de Febrero me sorprendió en Rostov del Don. Las muchachas del colegio, donde yo estudiaba, se apasionaron al instante por el "bendito Kerenski". Todos, hasta los generales cosacos, se pusieron lacitos rojos.

Pero tan pronto como llegó Lenin del extranjero y dio a conocer sus célebres *Tesis de abril*, la cloaca contrarrevolucionaria se puso en movimiento. En los mítines, que se celebraban en el parque de la ciudad, aparecieron, sin que se supiera de donde, unos tipos que se daban golpes de pecho y clamaban que los bolcheviques eran espías alemanes y que había que colgarlos a todos de las farolas.

Afortunadamente llegó a mis manos un número de *Pravda* con un artículo de Lenin. Yo no tenía la menor duda de con quién debía estar. Decidí buscar la organización bolchevique de Rostov y ofrecerme para lo único que podía hacer: ir a las fábricas y repartir en ellas los periódicos bolcheviques.

Desde entonces iba diariamente alrededor de las cinco de la mañana con un paquete de periódicos a los talleres ferroviarios, a la fábrica de tabacos, al puerto, a los elevadores, a los cuarteles. Una muchachita con trenzas podía penetrar fácilmente adonde no podía hacerlo un adulto.

Los miembros del comité bolchevique se fijaron en mí, preguntaron quién era y qué quería. Resultó que conocían a mi padre y a mi madre por la labor clandestina de los años 1900 y 1903. ¡Me dieron el ingreso en la organización del Partido!

Cuando supieron en el gimnasio que era bolchevique, en la clase se desencadenó una tempestad. A manera de boicot dejaron de apuntarme. Pero me examiné felizmente y al día siguiente de recibir el certificado de fin de estudios me marché al Petrogrado revolucionario, adonde ya me llamaba mi madre.

Estuvimos hablando casi toda la noche y, por la mañana, nos dirigimos a la sesión del Primer Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia.

El Congreso se abrió el 3 de junio, en el edificio del Cuerpo de Cadetes, en la isla Vasílievski. Era suficiente entrar en la sala y abarcarla con una rápida mirada para darse cuenta de la diferencia que había entre los delegados que se sentaban a la derecha del presidente, y los que tomaban asiento a la izquierda. A la derecha se veían charreteras de militares de complemento, buenos trajes, algún que otro flamante oficial. A la izquierda predominaban las guerreras de soldado y modestas chaquetas. La extrema izquierda, junto a las ventanas, la ocupaba un grupo cuyos movimientos denotaban la gran cohesión que en él existía. Saltaba a la vista que el grupo era una cosa, y el resto del Congreso, otra.

Aunque los invitados tenían que estar detrás, pudimos colocarnos junto a las ventanas, cerca de aquella gente. Eran los bolcheviques. A algunos de ellos los recordaba, a unos los había conocido en otro tiempo como "legales", a otros como "ilegales", pero tanto a unos como a otros, por lo general, con apellidos y nombres falsos.

- Este es Sverdlov, me dijo mama en voz baja. Ese otro es Podvoiski, aquél, Dzhaparidze, éste es Noguín, aquél, Volodarski, y ese que está ahí -me dijo señalando a un hombre que estaba sentado de medio lado, de manera que sólo veíamos su pujante cabeza, que parecía irradiar luminosas ideas- ése es ¡Lenin!

Aquel día transcurría la segunda sesión del Congreso. Comenzó con la intervención de Pozern, representante del Soviet de diputados obreros y soldados de Minsk. Tan pronto como Pozern declaró

que hablaba en nombre de la fracción bolchevique, la sala se convirtió en una caldera en ebullición. Cada palabra de Pozern era acogida con gran alboroto de gritos y silbidos.

Por la tarde habló el menchevique Irakli Tsereteli, ministro del Gobierno Provisional.

Era alto, esbelto, iba elegantemente vestido de negro. Tsereteli habló en el mejor estilo abogacil y parlamentario, extendiendo las manos hacia la sala, haciendo pausas, pasando de las exclamaciones patéticas al trágico susurro. Al compás de su discurso se movían las melenudas cabezas de los socialrevolucionarios y las cabecitas intelectualoides de los mencheviques.

En esta ocasión, mama y yo nos colocamos más adelante, de manera que pudiéramos ver bien a Lenin. Vladímir Ilich estaba inclinado y escribía rápidamente algo en el cuaderno de apuntes, mirando de vez en cuando a Tsereteli. Yo observaba a Lenin y hacía trabajosamente esfuerzos, tratando de adivinar por qué me era conocida su fisonomía. Por fin, en los hondones de mi memoria, surgió una estrecha calle de París, una casa con paredes renegridas, la pequeña cocina, la mesa cubierta con un hule, el hombre alegre que se reía de mi deseo de tener un sombrero con cerezas" .

Tsereteli hablaba sin cesar.

- En el momento actual -auguraba- en Rusia no hay un partido político capaz de decir: poned en nuestras manos el poder, marchaos, nosotros ocuparemos vuestro lugar. ¡En Rusia no existe ese partido!

Las largas melenas de los socialrevolucionarios se movieron acordes, las barbitas ralas de los mencheviques retemblaron en señal de asentimiento. Pero de pronto rasgó el silencio una voz clara y sonora:

- ¡Existe!

Era Lenin que, desde su puesto, en pie y mirando fijamente a los ojos del venal ministro socialista, exclamó:

- ¡Existe ese partido!

Y en la sala, pasmada de sorpresa, en Rusia, en el mundo entero resonó su voz, llena de fuerza, de pasión, de fuego:

- ¡Existe! ¡Existe ese partido! ¡Es el Partido de los bolcheviques!

Los dibujos de Aliosha Kalénov

Allí mismo, en el Congreso de los Soviets, mama me llevó a ver a Sverdlov durante un intervalo.

Yákov Mijáilovich estaba en el rellano de la escalera, apoyado contra la pared y parecía un capitán en el puente de mando. La gente se acercaba a él, y otras veces era él mismo quien, buscando con la mirada a alguien entre la muchedumbre, le llamaba. La conversación era siempre breve. Se veía que tanto a él como a sus interlocutores les bastaban pocas palabras para entenderse.

Al verme mostró su asombro.

- ¡Qué mayor te has hecho! ¿Cómo? ¿Ya eres miembro del Partido? ¿Cuántos años tiene usted (¡usted!)? ¿Quince?

Luego hablamos de mi trabajo. Yákov Mijáilovich me envió al barrio de Víborg, con Nadiezhda Konstantínovna Krúpskaia.

Durante las elecciones a las Dumas de distrito, nuestro Partido obtuvo en el barrio de Víborg la mayoría de votos. Nadiezhda Konstantínovna comenzó a dirigir allí la sección de cultura e instrucción de la Duma. Toda la sección se alojaba en una pieza, en la que había dos viejas mesas desvencijadas y varias sillas.

Nadiezhda Konstantínovna me dijo que le hacía mucha, muchísima falta gente para trabajar y que me encargaba de organizar un lugar para recreo infantil.

Mi amargura no tuvo límites. ¿Cómo? Yo me disponía poco menos que a levantar barricadas y hacer la revolución y me proponían limpiar los mocos a los críos.

- Precisamente para hacer la revolución, para que el proletariado sepa quiénes son los bolcheviques, tú y yo tenemos que hacer cualquier trabajo que sea, como el de limpiar los mocos a los críos, dijo Nadiezhda Konstantínovna. La Duma del distrito de Víborg es, hasta ahora, la única en el país que se encuentra bajo la influencia de nuestro Partido. Y debemos mostrar a los obreros de Petrogrado y de toda Rusia cómo trabajarán los bolcheviques cuando el proletariado tome en sus manos el poder.

Una vez libre de los quehaceres que tenía entre manos, Nadiezhda Konstantínovna me acompañó a buscar el lugar para la futura plazoleta para juegos. Anduvimos mucho, hasta que al fin encontramos, no lejos del puente del ferrocarril, un solar grande cubierto de hierba marchita. Decidimos organizarlo en aquel lugar, ya que el solar tenía valla y en su interior había un cobertizo de tablas.

Unos jóvenes obreros del barrio de Víborg nos ayudaron a limpiar nuestro solar de maleza y basura, trajimos arena, conseguimos una decena de palas de madera, una pelota, cuatro combas, varias resmas de papel blanco, cajas de acuarelas y de lapiceros de colores. Anuncios pegados por las calles del distrito invitaban a los niños a la plazoleta de recreo.

La inauguración fue señalada para las diez de la mañana. Pero a las ocho la valla estaba ya rodeada de chiquillos, ansiosos de ver las maravillas que les esperaban.

Sin embargo, cuando abrí el postigo sólo se atrevieron a entrar unos treinta. Pero incluso éstos temían constantemente los gritos y las prohibiciones.

Repartí juguetes entre ellos; puse a los pequeñines en la arena. Al principio se asemejaban a pequeños viejecitos, pero poco a poco nació en ellos la alegría. Vistos de lejos, parecían niños corrientes que estaban

jugando. Pero si se acercaba uno a alguna pequeña mamita, que mecía un tronquito de madera envuelto en trapos a modo de pañales, se le oía susurrar:

- ¡Varka: no gimas, no me rompas el alma! ¡Cuando cobre, compraré patatas, las coceré y te pondré un plato lleno, como a una zarina!

Comenzó a llover. Reuní a los chiquillos bajo el cobertizo y les puse a dibujar; había papel, pinceles y lápices para todos.

Cuando cesó la lluvia, recogí los dibujos. Muchos eran indescifrables; en algunos podían verse casas con columnas de humo que llegaban al cielo y monigotes rígidos con las manos estiradas. Pero me llenaron de asombro dos hojas dibujadas por un chiquillo que se llamaba Aliosha Kalénov.

En ellas se repetía una y otra vez el mismo tema: brillantes pinceladas, que en su abigarramiento y extravagancia semejaban pájaros fabulosos, y sobre ellos, de exactitud geométrica, un cuadrado de color azul sucio, igual en todos los dibujos y suspendido en el aire. Todo ello tenía una expresión asombrosa, nada infantil.

Yo sabía que lo dibujado, eran flores. Me lo dijo el propio Aliosha. Mas ¿por qué tenían aquellas flores un aspecto tan raro? Y sobre todo ¿qué significaba el enigmático cuadrado?

No quería preguntárselo al chico: era tan esquivo que mi pregunta podía ahuyentarle. Decidí pedir consejo a Nadiezhda Konstantínovna.

Los dibujos de Aliosha le causaron emoción. Comenzó a hacerme preguntas acerca del chico. Yo no sabía nada de él. Pero tenía un cuaderno de registro de los chicos y hallé su dirección:

- Acércate a su casa -dijo Nadiezhda Konstantínovna- y entérate de cómo vive. Es posible que así hallemos la explicación.

Y de nuevo anduve por las tristes calles del barrio de Víborg. Alrededor todo estaba desnudo, no se divisaba un arbolillo, ni un arbusto. Al fin hallé una desconchada casa de seis pisos, que parecía salida de las páginas de alguna novela de Dostoievski. En ella vivía Aliosha Kalénov. El patio era como un pozo. En el fondo había una escalera con los peldaños agrietados, que descendía a un sótano. Un pasillo largo y oscuro. Al final, una puerta.

Llamé. La puerta se abrió sola. Ante mis ojos apareció una estrecha habitación con una ventana. En la cama, tapados con una manta pieceada, dormían tres niños pequeños. Aliosha Kalénov estaba junto a la. ventana. Me acerqué a él, le saludé y me senté a su lado. Miré a la ventana y vi en la lejana altura el mismo cuadrado de cielo azul sucio que Aliosha había pintado.

Este chico, al que yo echaba unos diez años, tenía ya doce cumplidos. Nunca había salido del barrio de Víborg. Nunca había visto flores, y se las imaginaba como algo indeciblemente hermoso. Creía incluso que las flores cantaban...

A su padre se lo habían llevado de soldado el primer día de la guerra. Pronto llegó un parte notificando su muerte. La madre era lavandera. De la mañana a la noche lavaba para dar de comer a las cuatro criaturas. Aliosha no iba a la escuela y cuidaba de los pequeños.

Cuando le conté todo esto a Nadiezhda Konstantínovna, lo escuchó colocando sus bellas manos temblorosas sobre la mesa y por sus mejillas corrieron en silencio gruesas lágrimas. Al día siguiente me encomendó que por la tarde fuera sin falta al Palacio de Kshesínskaia y llevara los dibujos de Aliosha a Vladímir Ilich.

Era ya muy tarde cuando pude llegar al Palacio de Kshesínskaia. En el edificio y alrededor bullía una enorme muchedumbre. Se acababa de conocer el oprobioso fracaso de la ofensiva emprendida por voluntad de Kerenski, que costó al pueblo muchas vidas de soldados. El Petrogrado obrero hervía de odio al Gobierno Provisional.

Busqué a Vladímir Ilich en la habitación de la esquina del segundo piso. Sus ventanas caían unas al Neva, otras a la Fortaleza de Pedro y Pablo.

Cuando entré, Vladírnir Ilich se hallaba escribiendo sentado a la mesa de despacho, llena de periódicos y libros. Las ventanas estaban abiertas, y a través de ellas llegaba el susurro de la muchedumbre como si fuera el rumor de la resaca.

Sirvió para los dos té de una tetera de esmalte azulado colocada en un rincón. Puso sobre la mesa un platito con azúcar molida y un plato de rebanadas de pan negro. Había poco azúcar. Pusimos una capa de azúcar sobre el pan y tomamos té con "un bocadillo de azúcar", como dijo Vladimir Ilich.

Luego saqué los dibujos de Aliosha. Vladímir Ilich los contempló largo rato.

- Ahí tienes -dijo con enfado, señalando el rosado revestimento de seda de la habitación y el techo de mármol-, para que una amante del zar viviera con este lujo, Aliosha Kalénov carece de infancia.

Tomando una hoja de papel, Vladímir Ilich comenzó a anotar todo lo que había que hacer para mis muchachos de la plazoleta: llevarlos sin falta (subrayó esta palabra con dos rayas), siquiera una vez, fuera de la ciudad; sin falta (de nuevo subrayado dos veces) al Jardín de Verano ("Y que se estrechen los señoritingos"). Conseguir juguetes para ellos. Hablar con Gorki a propósito de los libros de lectura para niños. Enterarse por la gente del distrito de Víborg si es posible plantar flores en el solar de recreo.

A la mañana siguiente, Vladímir Ilich marchó para una semana a Finlandia. Se quedó con los dibujos de Aliosha y su anotación y dijo que de regreso quería ver sin falta al chico.

Pero varios días después se produjeron los acontecimientos del 3 al 5 de julio. Vladímir Ilich volvió apresuradamente a Petrogrado, y luego se vio

obligado a ponerse a cubierto del arresto que le amenazaba y de las represalias por parte del Gobierno Provisional. Los papeles que tenía consigo, incluidos los dibujos de Aliosha Kalénov, desaparecieron.

Después de cambiar varios apartamentos, Vladímir Ilich llegó por fin al henar de Nikolái Alexéievich Emeliánov, obrero bolchevique del distrito de Sestroretsk y vivió allí en una cabaña. Nadiezhda Konstantínovna continuó durante aquellos duros meses, como hasta entonces, trabajando en la Duma del distrito de Víborg. Su actitud era la de siempre, tranquila, pero incluso mis ojos inexpertos captaban el enorme esfuerzo que le costaba aquella aparente tranquilidad.

Yo tenía la certidumbre de que Vladimir Ilich no estaba para pensar en nosotras, y que incluso se había olvidado de lo que quería hacer para mis chiquillos de la plazoleta infantil. Grande fue mi asombro cuando, a finales de julio, Nadiezhda Konstantínovna me dijo que el domingo siguiente debía reunir a los chicos y que iríamos todos juntos a Mustamiaki.

- ¿Y el dinero para los billetes?

- No hace falta. Todo estará preparado.

Efectivamente, en la estación de Finlandia nos esperaba un vagón vacío, que habían preparado nuestros camaradas ferroviarios. Lo engancharon al primer tren que salió, y partimos en medio del jaleo.

En Mustarniaki nos recibió Alexandr Mijáilovich Ignátiev, viejo miembro del Partido. Formamos de a cuatro. Uno de los chicos tenía (no casualmente, por supuesto) un trozo de tela roja que enarboló en un palo. Llegamos hasta la casa con toda solemnidad, llevando la roja bandera. Allí nos esperaban unas estupendas papillas de mijo, té azucarado con leche, buñuelos de harina de avena.

¡Todo aquello se había hecho para nosotros gracias a Vladímir Ilich! Hay que pensar en la situación en que se encontraba entonces: solo, en una cabaña abandonada, sabiendo que en cualquier momento podían prenderle y hacerle pedazos, sin cesar de escribir desde la mañana a la noche artículos, libros y folletos, con el pensamiento puesto tan sólo en el destino de Rusia y del movimiento obrero internacional. ¡Y en situación semejante, se preocupaba de proporcionar un día de felicidad a medio centenar de hijos de proletarios!

Todo aquel día feliz lo pasamos bañándonos, cantando y paseando por el bosque. Los niños alborotaban y se revolcaban en la crecida hierba. Las niñas tejían coronas de flores.

Y sólo Aliosha Kalénov erraba como encantado. Se acercaba en silencio a las flores, las contemplaba, y con las puntas de los dedos acariciaba solícito las corolas.

Convinimos con Ignátiev que vendríamos sin falta otra vez. Pero el torbellino de los acontecimientos políticos impidió que lo hiciéramos. La situación en el país se ponía cada vez más tensa. Comenzó una campaña abierta contra el distrito rojo de Víborg. Los periódicos burgueses exhortaban a terminar con aquel "nido bolchevique". Cuando recordaba a los camaradas las necesidades de la plazoleta de recreo se lamentaban, se rascaban la nuca y me miraban con ojos culpables, pero... no podían hacer nada.

Llegó septiembre. Había que trasladar la plazoleta bajo techado, pero carecíamos de local y recursos. Además eran otros los pensamientos que nos embargaban: toda la juventud proletaria, en la medida de sus fuerzas y su destreza, ayudaba al Partido a preparar el asalto de Octubre.

Da vergüenza, naturalmente, reconocerlo; pero en aquellos días me olvidé por completo de Aliosha Kalénov. Cuál sería mi turbación cuando, ya después de la Revolución de Octubre, tropecé en el pasillo del Smolny con Vladimir Ilich, quien al instante me preguntó por Aliosha Kalénov. No pude contestarle nada.

- ¿Cómo es eso? -dijo Vladímir Hich-. ¡Puede decirse que tienes en tus manos el destino de esta familia, y te has olvidado de ella!

- Sí, pero es que... yo...

- Ve a la comandancia del Smolny y di de mi parte a los camaradas que se preocupen de que la familia Kalénov sea trasladada a un buen apartamento.

Unos días después, estuve en el nuevo piso de los Kalénov. Sin dar crédito a su felicidad, María Vasilievna Kalénova iba por el lujoso gabinete del industrial petrolero Gukásov, que había huido al extranjero, y cambiaba cuidadosamente de lugar con sus hinchadas manos de lavandera las finas figurillas de porcelana. Y Aliosha, como si no viera nada alrededor, abstraído, como hechizado, miraba fijo un esbozo del *Demon*, de Vrúbel, colgado de la pared.

Por fin, a últimos de noviembre, conseguimos que se destinara un edificio a club para la infancia. Eran tres habitaciones del mismo palacete, mirando al cual el gran poeta ruso escribió: "He aquí la entrada principal. En los días solemnes..."

Pero, ahora, los que se acercaban a la entrada principal no eran los delegados campesinos, a los que echara un altivo portero de librea, sino los obreros de Petrogrado y sus hijos. Se trabajaba de lo lindo. Acarreaban leña, fregaban el suelo, colocaban los muebles tal y como nosotros los requeríamos, y en la antigua casa del dignatario zarista se organizó el primer Club infantil obrero "Revolución mundial", de Píter. Los propios niños encendían las estufas, partían la leña, limpiaban el local.

En marzo de 1918 marché a Moscú y el 1 de Mayo regresé a Petrogrado. Estando al pie de la tribuna en la plaza de las Víctimas de la Revolución vi a los chicos de nuestro Club infantil. Llevaban un gran cartel con el dibujo de un obrero en camisa roja. Tendía una mano a un campesino, sostenía en la otra

un pesado martillo y destrozaba con él las cadenas del capital, que rodeaban el globo terráqueo. Un letrero decía: "¡Andate con cuidado, burguesía mundial! ¡Estamos en guardia!" Vino corriendo hacia mí Aliosha Kalénov y me dijo rebosante de júbilo que aquel cartel lo había dibujado él.

Cuando llegué a Petrogrado el verano de 1920, supe que el komsomol Alexéi Kalénov se había alistado voluntario en un destacamento para ir al frente y que había muerto valerosamente cerca de Púlkovo, en un combate librado contra las bandas de Yudénich.

Solo el…

Un cuestionario es siempre algo enojoso. Pero hay cuestionarios y cuestionarios. Las ordinarias hojas de papel con preguntas y respuestas que tuve en mis manos por primera vez contenían un retazo de historia único.

En cierta ocasión, a principios de agosto de 1917, cuando regresaba del trabajo al atardecer, entré en la alcaldía del distrito de Víborg y Nadiezhda Konstantínovna Krúpskaia me dijo que cerrara por unos días el jardín de recreo infantil y ayudara a los camaradas que integraban el secretariado del Congreso del Partido que iba a abrirse.

Aquellos tiempos eran agitados. Acababan de producirse los tumultuosos acontecimientos del 3 al 5 de julio. La redacción de *Pravda* y el Palacio de Kshesínskaia, sede de nuestro Partido, habían sido asaltados. El Gobierno Provisional había ordenado la detención del camarada Lenin y hacía todos los esfuerzos para detenerle. Muchos bolcheviques, soldados y marinos revolucionarios habían sido arrojados a la cárcel. A nuestro camarada Vóinov lo había despedazado en plena calle la salvaje chusma contrarrevolucionaria.

Para asegurar la victoria de la revolución, a finales de julio, se reunió el VI Congreso del Partido. Me encargaron de ayudar a los camaradas ocupados en el Congreso.

Dormí mal toda la noche y me desperté temprano, emocionada; sentía latir mi corazón: aquélla era la primera misión seria que el Partido me encomendaba. Y cuando llegué a la casa de la *Hermandad de Sampsóniev*, donde inició su labor el Congreso, y Yákov Mijáilovich Sverdlov me dijo que trajera un trapo y limpiara las ventanas, yo lo acepté como una importante tarea del Partido.

Mucho antes de la hora señalada, comenzaron a llegar los delegados. Ayudaron a traer sillas y a colocar los bancos. Al fin todo estuvo dispuesto.

El único documento que ha quedado de las labores del Congreso es una pequeña anotación de secretaría: el Partido carecía de dinero para pagar taquígrafas y por otro lado no se podía dar acceso a personas extrañas a aquel Congreso semilegal.

Estas notas de secretaría informan de que el Congreso fue abierto por el más viejo de sus delegados: Mijaíl Stepánovich Olminski. Pronunció el discurso inaugural. Luego fueron leídos saludos de los obreros de Petrogrado. A continuación se eligió la presidencia. Se discutió el orden del día y fue aprobado el reglamento.

Todo sucedió de esta forma. Sin embargo, la concisa anotación no transmite en absoluto la profunda emoción que embargaba a los reunidos allí, en aquella miserable sala con las paredes mal blanqueadas. No relata los encuentros entre los delegados; cómo se miraban fijamente a las caras, sin reconocerse de golpe, en ocasiones, antiguos camaradas de celda carcelaria; como si se tratara de algo habitual recordaban los trágicos acontecimientos vividos conjuntamente: los reveses, las detenciones, los años de prisión en celdas incomunicadas, los motines en la cárcel, las palizas, los trabajos forzados, las huidas; hablaban de la lucha que sostenían ahora en aras de la revolución socialista.

Me encomendaron repartir entre los delegados al Congreso los cuestionarios; luego debía recogerlos y hacer un breve resumen de los mismos.

Aquellas hojas de papel basto constituían un relato acerca de la mejor gente de nuestro Partido, de nuestro pueblo.

Llenaron el cuestionario 171 delegados al Congreso. Habían actuado en el movimiento revolucionario un total de 1.721 años. Les habían arrestado en 541 ocasiones, tres veces a cada uno por término medio. Habían pasado en la cárcel, en el exilio y en trabajos forzados cerca de 500 años. La mitad de ellos poseía instrucción superior o media; la otra mitad había recibido solamente instrucción elemental; algunos definieron su instrucción así: "la obtenida en la cárcel". Tan sólo unos meses antes de este Congreso, muchos de los que me entregaban los cuestionarios gastando bromas estaban en prisión o hacían sonar las cadenas "en el fondo de las minas siberianas".

Ahora, cuando estaban reunidos en su Congreso del partido, la historia daba uno de sus más bruscos virajes. Contra el Partido Bolchevique se alzaron todas las fuerzas del viejo mundo. "Los bolcheviques se han puesto en movimiento", escribía alentada por el odio la prensa burguesa, exhortando al castigo físico de los delegados. Cuando el Congreso llevaba laborando unos cuatro días, en el barrio de Viborg aparecieron unos sujetos sospechosos. Vagaban por las calles, preparando evidentemente una provocación o un ataque, y el Congreso tuvo que trasladar sus sesiones al barrio de Narva. Al contemplar la labor de los delegados, al escuchar las acaloradas discusiones interrumpidas a veces por alegres risas, los informes en que se hacían magistrales análisis de la situación en el país, las intervenciones basadas en hechos y cifras, las mordaces réplicas y las bromas sutiles, nadie hubiera

pensado que todos ellos, absorbidos por una causa común, sabían que les amenazaba un peligro mortal, que a cada uno de ellos, posiblemente, le esperaba morir en aras de la revolución; todos lo sabían y continuaban trabajando con aquella tranquilidad y valentía.

Lenin no estuvo en el Congreso; se ocultaba a causa de la amenaza de detención. El informe político del Comité Central corrió a cargo de Stalin, el de organización lo hizo Sverdlov.

En el segundo o en el tercer día del Congreso se abrió la puerta de la habitación de entrada en que me encontraba y apareció Flerovski, el delegado de Kronstadt, acompañado de un marinero que llevaba en las manos un voluminoso paquete de periódicos. La figura delgada y seca de Flerovski traslucía animación y entusiasmo.

- ¡Por aquí, por aquí! -dijo al marinero, indicándole la puerta que conducía a la sala de sesiones.

El marinero, turbado y sonriendo con orgullo, pasó por delante de mí, llevando con cuidado su paquete. Pude observar que no era ni más ni menos que la insidiosa *Birzhovka* (así solían denominar al periódico *Birzhevíe védomosti*). Todo aquello era de lo más extraño: ¡el buen ánimo que mostraban el marinero y Flerovski no correspondía a la carga que llevaban!

Mientras tanto, el acompasado rumor que llegaba de la sala de sesiones cesó de repente. Se oyeron voces, gritos y exclarnaciones.

Entré en la sala y vi que los delegados rodeaban a Flerovski, el cual repartía entre ellos unos pequeños libritos. Algunos los habían recibido ya y estaban embebidos en su lectura, cada uno a su manera; Olminski, muy inclinado sobre la mesa y removiendo con la mano los alborotados rizos grises; Artiom, el delegado de Járkov, abría desmesuradamente los ojos con una expresión de felicidad en su hermoso e inteligente rostro; el delegado moscovita Usiévich tomó un lapicero y trazó en una hoja de papel rápidos apuntes; Sverdlov daba vueltas a un cigarrillo sin encender y lo golpeaba maquinalmente sobre la caja de cerillas; Sergó Ordzhonikidze no pudo permanecer sentado en su sitio y leía en pie, exclamando de vez en cuando: "¡Acertado! ¡Justo, Vladímir llich!"

Se trataba del folleto *A propósito de las consignas*, en el que V. Lenin planteaba al Partido, como tarea inmediata, la conquista del poder estatal por el proletariado, con el apoyo de los campesinos más pobres. Escrito por Vladímir llich en Razliv, junto a una hacina de heno, el folleto lo habían imprimido en Kronstadt y traído al Congreso todavía húmedo, con un intenso olor a tinta tipográfica. Las tesis que Lenin exponía en él determinaron la marcha y la orientación del Congreso.

En el manifiesto dirigido a todos los trabajadores, a los obreros, soldados y campesinos de Rusia, el Congreso les llamaba a agruparse bajo la bandera de nuestro Partido. "Sólo este Partido, nuestro Partido, continúa estando en su puesto -se decía en el manifiesto-. Sólo él no ha abandonado las barricadas obreras en esta hora decisiva para la libertad… ¡Preparaos para nuevas batallas, camaradas de lucha! ¡Con firmeza, valor y serenidad, sin hacer el juego a la provocación, acumulad energías y formad en las columnas de combate!"

Era ya muy tarde cuando regresamos de la barriada de Narva, donde se celebraban las últimas sesiones del Congreso. Alumbraba la luna. Proyectaban su mancha negra en la tierra las sombras inmóviles de las casas. Con las manos metidas en los bolsillos íbamos por el medio de la calle, al compás de las palabras que resonaban en el alma: "Sólo él... Sólo nuestro Partido..."

Viento de octubre

En aquellos lejanos y maravillosos tiempos, no lejos del Palacio de Kshesínskaia se alzaba un edificio circular, groseramente claveteado, desconchado, que olía a sudor de caballo, a tabaco y a amoníaco, con viejos anuncios pegados. Era el circo *Modern*.

¡Oh, circo *Modern*! ¿Acaso puede olvidarte quien el verano y el otoño del año diecisiete se hallara siquiera una vez en el recinto de tus sucias y desconchadas paredes?

No fue casualidad que alguien (¿Mayakovski?) proclamara entonces: "¡Si quieres a la burguesía resistencia oponer, ven a prisa, camarada, al mitin del *Modern*!" No fue casual que una canción compuesta en aquellos días dijera: "¡La revolución no vio, quien el *Modern* no visitó!" Construido por un azar del destino en el centro mismo de la barriada de los ricos, este enorme circo se convirtió, ya en los primeros días de la revolución, en refugio de los elementos más combativos y decididos del proletariado y de la guarnición de Petrogrado.

¡Allí apenas si se podía respirar de tanta aglomeración! Al sentarse, presionaban de ambos lados de manera que no se podía mover un dedo; los pies descansaban sobre alguien y en la cabeza de uno se sentían los pies de otro. No se encendía la luz eléctrica (de ello se cuidó el Gobierno Provisional; pero resultaban inútiles sus intentos de frustrar de ese modo las reuniones en el *Modern*). Junto a la tribuna del orador arde una antorcha de brea. La llama de un púrpura oscuro vacila bajo la respiración de la muchedumbre; los reflejos del fuego recorren los rostros de la gente, que llena todos los asientos, la pista, los pasillos, los palcos, y casi cuelga de barreras y arañas.

Un orador sucede a otro: son mensajeros del Partido Bolchevique, soldados venidos del frente,

marineros, obreros. El circo retumba, suspira, se alegra y se indigna como un solo hombre.

- Camaradas: ¿dejaremos que el Gobierno Provisional anude al cuello de la revolución el dogal que la estrangule? -pregunta un orador.

- ¡No! ¡No le dejaremos! -responde el circo.

- ¿Permitiremos que continúe la maldita matanza?

- ¡No lo permitiremos! ¡Abajo! ¡Que el propio Kerenski alimente a los piojos en las trincheras, nosotros estarnos ya hartos!

- Camaradas: ¿dejaremos la tierra a los terratenientes?

- ¡No la dejaremos! ¡La ocuparemos nosotros!

- ¿A quién debe pertenecer el poder, camaradas?

- ¡A los, Soviets! ¡Todo el poder a los Soviets!

¡Y llegó Octubre, el gran Octubre del año diecisiete! Los acontecimientos se desarrollaban con un ímpetu creciente. Se presentía un próximo desenlace.

Poco antes, esto no se percibía. Pero ahora, a partir de últimos de septiembre y comienzos de octubre, lo advertían todos, los amigos y los enemigos de la revolución.

"¡La revolución se aproxima! -escribía en aquellos días la prensa burguesa y la de los mencheviques y socialrevolucionarios-. ¡El barómetro anuncia tormenta, no es casual que haya aparecido en el horizonte la sombra de Lenin!"

¿La sombra de Lenin? Se equivocan, señores... ¡No! ¡No es una sombra! ¡Es el propio Lenin, pleno de indomeñable energía y de apasionado anhelo de lucha! Menospreciando el peligro que corría su vida, disfrazado de fogonero, llegó a Petrogrado en una locomotora y se alojó en el barrio de Víborg, en el apartamento de Margarita Vasílievna Fofánova, a fin de dirigir personalmente los preparativos de la insurrección.

¡No, no es una sombra! Es Lenin en persona quien interviene en las sesiones del Comité Central del Partido; desenmascara a los rompehuelgas de la revolución; recuerda la doctrina de Marx acerca de la insurrección como un arte; demuestra que la crisis ha madurado, que todo el futuro de la revolución rusa e internacional se juega a una carta; exige del Partido que se ocupe de un modo dinámico y práctico del aspecto técnico de la insurrección, para mantener en sus manos la iniciativa y, en fecha muy próxima, proceder a las acciones decisivas.

Es Lenin quien, desde la profunda ilegalidad, dirige el trabajo del Partido... Es su voz la que toca a rebato desde las páginas de los periódicos bolcheviques y halla ferviente eco en los corazones de los obreros, de los marinos, de los soldados y de los campesinos.

El regreso de Vladímir Ilich a Petrogrado era conocido tan sólo por un reducido círculo de camaradas. Pero nosotros, los miembros de filas del Partido, aún sin conocer su venida, intuíamos su presencia cercana. Con la energía, la rapidez y la precisión cual si se hubiera puesto en marcha una potente turbina, se pusieron en movimiento todos los resortes del mecanismo del Partido. Y cada uno de sus engranajes, cada tornillo ponía en tensión todas las fuerzas, a fin de alcanzar el objetivo señalado por el Partido.

Te levantas por la mañana, te lavas de cualquier manera, bebes rápidamente un vaso de té, y te pones en marcha. Durante el día hay que hacer un montón de cosas: primero ir al barrio de Víborg; desde allí a Furshtádtskaia 19, al secretariado del Comité Central del Partido; desde allí al Smolny, luego al regimiento de Moscú, a ejercitarse en el campo de tiro puesto a disposición del Estado Mayor de la Guardia Roja; de allí a una reunión de la Unión de la Juventud Obrera en sucias salas de té que ostentan el pomposo título de "Jardín de invierno" o el de *Valle del silencio*; luego, a un mitin en e! Regimiento de ametralladoras o en la fábrica *Novi Léssner* y a una decena de lugares más.

La labor se realizaba con rapidez. Todas las cuestiones se sometían a apasionada discusión, y allí mismo se tomaba acuerdo acerca de ellas. Si había que hacer alguna cosa, alguien ponía manos a la obra y él mismo encontraba sus colaboradores. Y la mayoría de los asuntos se realizaba conjuntamente: que hacía falta apuntarse en la Guardia Roja, todos se inscribían en ella; que era necesario reunir armas, todos las reunían.

¿Se hacía entonces pronóstico del tiempo? Si se hacía, el correspondiente a octubre del año diecisiete sería: "Nubarrones bajos y continuos con intermitencias de lluvia y nieve húmeda. Viento a ráfagas entre moderado y fuerte. Temperatura durante la noche -5, -7, de día, alrededor de los 0 grados".

Pero si se pregunta el tiempo que hacía aquellos días a cualquiera de los que participaron en la Revolución de Octubre, reflexionará, se encogerá de hombros, se sonreirá al recordar, abrirá los brazos y dirá: "¡Estupendo! ¡Verdaderamente formidable! El aire fresco, vivificador... Copos de nieve lozana... Esa neblina agradable de Petrogrado, mezclada con el humo de las hogueras... Y a todo esto se agregaba el viento. Un viento magnífico, alegre, a ráfagas. Precisamente el viento que debía soplar los días en que de la Tierra se barría la suciedad del viejo mundo".

¿Hacía frío? Naturalmente... Al correr por la calle castañeteaban los dientes. No tenía importancia, pues estábamos acostumbrados. En cambio, a los burgueses se les helaban los huesos. iQue sepan, los canallas, lo que son penalidades!

¡Armas, armamento, más armas!... Ayer conseguimos siete fusiles, tres revólveres, una pistola browning sin cartuchos... Más allá de la puerta de Narva, los muchachos se hicieron con dos ametralladoras... Dicen que los cartuchos se pueden conseguir en Nóvaia Derevnia... Y que entregan vendajes en el barrio de Petrogrado... Por todas partes se adiestra a prisa y corriendo a los guardias rojos y a los enfermeros. El instructor, un soldadillo sin bigotes, explica: "Lo más importante es no tener miedo... Deslízate adelante y tira con fusil". Un estudiante de medicina explica como si fuera un trabalenguas: "Sobre la herida se pone gasa, sobre la gasa el algodón, sobre el algodón la venda..." Al instante todos se ponen a vendarse unos a otros. El cursillo es de dos horas.

Noches oscuras, calles en tinieblas... ¡Cómo ha cambiado Petrogrado en los dos meses últimos! Han desaparecido los lacitos rojos que adornaban la solapa de seda del frac y el sucio capote del soldado. De los rostros se ha borrado la expresión de tierno arrobamiento. En la Nievski no se celebran "mítines de perros". Las barriadas burguesas están hundidas en el silencio. Los palacios de los millonarios y de las embajadas extranjeras parecen haber quedado sin vida: las puertas principales tienen echados grandes cerrojos, en las encristaladas ventanas están corridos los tupidos cortinajes.

Sabemos que esta calma es engañosa. La burguesía no duerme, está en vela, cohesiona sus filas. Teje una red de complots contra la revolución...

"¡La demora equivale a la muerte!" Estas palabras resonaban aquellos días por todo el Petrogrado obrero.

¿Cómo, de dónde habían partido estas palabras?

Fue Vladirnir Ilich quien proclamó, en la *Carta a los camaradas bolcheviques que participan en el Congreso Regional de los Soviets de la región del Norte*, que había llegado la hora de actuar, que "la demora equivale a la muerte".

La mañana del 24 de octubre me encontraba en el barrio de Víborg.

Al comienzo iba de un lado a otro para asuntos de la Unión de la Juventud Obrera, luego estuve en el comité regional del Partido. Se hallaba repleto de gente, que iba y venía constantemente con fusiles. Me pusieron a copiar disposiciones sobre entrega de armas, mandatos y algunos otros papeles.

Todo hervía alrededor, como en una caldera. El tiempo corría con increíble rapidez. Era ya más de la media noche cuando oí la voz de Zhenia Egórova:

- Lleve con usted a la muchacha. Pasará más inadvertida.

Me volví y vi en medio de la habitación a Nadiezhda Konstantínovna. Iba a algún lugar y me ordenaron ir con ella. Si nos detenían debíamos decir que se había puesto enferma la abuela y que íbamos en busca de un médico.

Cuando salimos, la noche era profundamente oscura. Del otro lado del Neva llegaba el sordo eco de los disparos. Me pareció que habíamos andado mucho tiempo, hasta llegar a una casa alta al final de la gran avenida Sarnpsónievskaia. Nadiezhda Konstantínovna me ordenó que la aguardara. No tardó en volver, muy alterada.

Sólo mucho después supe que allí vivía Margarita Vasílievna Fofánova, donde pasó su última clandestinidad Vladímir Ilich. Aquella tarde había enviado a Margarita Vasílievna con una carta para los miembros del Comité Central del Partido, la famosa carta que empieza con las palabras: "Escribo estas líneas la tarde del 24, la situación es crítica en extremo. Es claro como la luz del día que hoy todo lo que sea aplazar la insurrección significará verdaderamente la muerte".

Vladímir Ilich marchó al Smolny sin esperar el regreso de Fofánova. Y Nadiezhda Konstantínovna sólo ahora se enteró de que Vladímir Ilich no estaba allí, que se había marchado.

Y de nuevo recorrimos aquellas calles oscuras como boca de lobo. Nadiezhda Konstantínovna se contenía, tratando de no dejar traslucir su zozobra. Pero cuando llegamos al comité del distrito, los camaradas comprendieron, por la expresión de su rostro, que había sucedido algo insólito y se acercaron presurosos a ella. Entonces dijo tan sólo: "Al Smolny, vamos rápidamente al Smolny..." Zhenia Egórova la tomó del brazo y salieron rápidamente en un camión.

No había comenzado todavía a amanecer, pero las tinieblas se esfumaban ya. En la oscuridad se iban perfilando lentamente los contornos de las casas. Cuando salimos al Neva, al este resplandecía una aurora gris, se vislumbraban los escalones de granito, las barcazas agobiadas por la carga de leña, el brillo plomizo de las aguas.

A la salida del puente Liteini, por el lado del barrio de Víborg, estaban en sus puestos los guardias rojos del destacamento de la Fábrica de Cartuchos. Con su aguda perspicacia obrera quitaron del mecanismo del puente chavetas y manivelas. Así se evitó que el Gobierno Provisional, que había inutilizado casi todos los puentes con el fin de cortar a los obreros de la periferia el acceso al centro de la ciudad, pudiese hacer lo propio con el puente Liteini.

En aquel extremo del puente se destacaban, al resplandor de una hoguera, las figuras de los soldados de Kerenski. Les rodeaban los obreros. Se discutía airadamente. Los obreros trataban de persuadir a los soldados de que se pasaran al lado del pueblo.

Llegamos al Smolny a eso de las diez de la mañana del 25 de octubre. Las puertas enrejadas estaban abiertas y enfrente hacía guardia un carro blindado. Alrededor del edificio había leña apilada;

en caso de lucha armada serviría para protegerse. Abajo, cerca de la columnata, los cañones elevaban sus bocas y, junto a ellos, las ametralladoras. Los largos y resonantes pasillos estaban atestados de guardias rojos, soldados y marinos. Se oía el rechinar de las armas, el golpe de las culatas de los fusiles, voces de mando, exclamaciones. Alrededor todo se movía, hacía ruido, gritaba, exigía, actuaba. El "caos", hubiera dicho un observador ajeno al asunto. No, no era un caos, pues cada partícula, como las moléculas de hierro caídas en el campo magnético de un imán, dirigía sus esfuerzos de acuerdo con la voluntad de victoria de la clase obrera que lo dominaba todo.

La vida parecía haberse convertido en un torbellino. Los acontecimientos fueron sucediéndose. Pero en aquel torrente hubo instantes que quedaron grabados para siempre en la memoria de quienes los vivieron: aquéllos en que en la sala de sesiones del Soviet de Petrogrado apareció Vladímir Ilich Lenin, subió rápidamente a la tribuna y todos saltaron de sus asientos gritando llenos de entusiasmo; y luego, cuando con un ademán de la mano detuvo la tempestad de aplausos, y la gente, con la respiración en suspenso, escuchó a Vladímir Ilich: "Camaradas: la revolución obrera y campesina, cuya necesidad han proclamado siempre los bolcheviques, se ha realizado... "; y cuando Vladímir Ilich concluyó, de nuevo gritaron y entonaron llenos de entusiasmo *La Internacional*, y Vladímir Ilich cantó al compás de todos. A su lado se hallaba un soldado con la cabeza vendada, y los rostros de ambos y los de cuantos estaban alrededor, aparecían infinitamente dichosos e inspirados.

Alli, en el Smolny…

Veintiséis de octubre, después de las seis de la mañana. Cuando salí del Smolny estaba todavía oscuro, apenas si había comenzado a clarear el cielo. Las ventanas del Smolny vertían su luz.

A veces, muy cerca, otras, a lo lejos, se oían disparos desordenados. Hundiéndose en los baches pasaban rápidos los camiones, repletos de guardias rojos armados. Chirriaban las motocicletas; los ciclistas distribuían órdenes urgentes del Comité militar revolucionario.

A pesar de lo intempestivo de la hora, las calles estaban animadas. No se veía un burgués. Iban y venían soldados, marinos, obreros. A las puertas de las panaderías las mujeres hacían cola.

En la calle Tavrícheskaia, cerca de la entrada de una casa suntuosa, se había reunido un pequeño grupo de gente. Me acerqué y vi a un marino picado de viruelas que llevaba una cinta de ametralladora cruzada al pecho. Apoyando el fusil contra la pared, sostenía en brazos a un niño de pecho envuelto en trapos.

Alguna desdichada madre no vio, en aquella gran noche, otra cosa que su pena, su desconsuelo. Abandonó a la criatura en el quicio de una puerta. La patrulla de guardias rojos que pasó por delante la recogió.

La gente gritaba: "A una casa de niños... ", "Al orfanato...", "A la comisaría, allí al volver de la esquina…"

El marino no escuchaba. Meditaba profundamente. Por la cara picada de viruelas le rodaban gruesas gotas de sudor.

El crío empezó a gruñir.

- No te aflijas, pequeñín -dijo el marino-. La vida ahora nos pertenece.

Y, dirigiéndose a la gente, agregó:

- Lo llevaré al Smolny. Allí decidirán... Allí todo lo resolverán.

Tenía razón aquel marino. En aquellas horas, allí, en el Smolny, se decidía todo: el destino de la humanidad y la suerte de este pequeño envoltorio.

LA CALDERETA

Un guardia rojo anónimo

Entre los que participaron en el asalto de Octubre hubo un guardia rojo que, con su vigilancia revolucionaria, ayudó a desviar un alevoso golpe por la espalda que habían preparado los enemigos de la revolución.

¿Cómo se llamaba este guardia rojo? Nadie lo sabe. He aquí lo que dice de él una octavilla del Comité militar revolucionario, fechada el 29 de octubre de 1917:

"En tanto que las tenebrosas bandas, dirigidas por Kerenski, trataban de abrirse paso a Petrogrado, mercenarios y lacayos de la contrarrevolución organizaban un complot en la ciudad. Su plan consistía en apoderarse, en la noche del 28 al 29, de los puntos más importantes de la ciudad y poner en libertad a los ministros presos en la Fortaleza de Pedro y Pablo… En el centro del complot estaba el llamado Comité de Salvación… miserables y despreciables conjurados, a sueldo de la burguesía, de los terratenientes y generales, que preparaban un golpe traicionero valiéndose de los kornilovistas... Los conjurados, carentes de todo apoyo en la guarnición y en la población obrera, confiaban exclusivamente en la sorpresa. Pero su plan fue descubierto a tiempo por el alférez Blagonrávov, comisario de la Fortaleza de Pedro y Pablo, gracias a la vigilancia revolucionaria de un guardia rojo, cuyo nombre se sabrá..."

¿Se supo después su nombre? Parece ser que no. Pero se conoce el servicio que prestó a la revolución: De ello habló varios años después Gueorgui Blagonrávov.

En la noche del 28 al 29 de octubre, Blagonrávov se encontraba en la Fortaleza de Pedro y Pablo. A eso de las 3 de la madrugada llegaron unos guardias rojos del servicio de patrulla que conducían a dos hombres:

un militar alto, con un gorro de borrego, y otro, bajo, vestido de paisano. El jefe de la patrulla informó de las circunstancias en que habían sido detenidos aquellos señores.

Aproximadamente una hora antes, el de paisano había llegado en un automóvil al Palacio de Kshesínskaia. El automóvil quedó esperando, y él entró en el palacio. La patrulla sintió sospechas y comenzó a observar lo que pasaba. Al poco rato vio cómo el de paisano salía del palacio acompañado de un militar. Se metieron en el coche y éste se puso en marcha, pero, en aquel momento, fue detenido por la patrulla. A ambos ciudadanos los condujeron a la Fortaleza de Pedro y Pablo. Por el camino, el de paisano intentó sacar algo del bolsillo y arrojarlo, pero no lo consiguió, pues los guardias rojos se dieron cuenta y lo impidieron.

Blagonrávov y sus ayudantes observaban fijamente a los detenidos. El militar estaba muy agitado y constantemente miraba a todos lados. El de paisano se conducía con tranquilidad, pero estaba muy pálido. Este sujeto de paisano resultó ser el socialrevolucionario de derecha Bruderer, miembro del CEC.

Por orden de Blagonrávov se cacheó minuciosamente a los detenidos. En sus bolsillos se halló gran cantidad de documentos y los pusieron encima de la mesa. Se apreció que algunos de ellos habían sido desgarrados hacía poco, otros estaban arrugados. Blagonrávov comenzó a examinarlos. El asunto se fue poniendo en claro. El primer papel que desdobló Blagonrávov era una orden del coronel Paradélov para un alzamiento contra el Gobierno soviético en la mañana del 29 de octubre. En el papel siguiente figuraba la dislocación de las unidades que debían tomar parte en la sublevación.

La fuerza fundamental de la insurrección que se preparaba eran los junkers, alumnos de las escuelas militares.

Hacía tan sólo dos días que estos mismos junkers habían defendido el Palacio de Invierno dando muestras de poca valentía ante el arrojo del pueblo revolucionario. Tan pronto como vieron su pellejo amenazado por un peligro inmediato, se entregaron, implorando perdón de manera degradante. Pidieron que se les dejara en libertad y juraron por su honor que nunca se alzarían contra el Poder de los Soviets.

Aquélla no era palabra de honor, sino de deshonor. Puestos magnánimamente en libertad, los junkers comenzaron al instante a prepararse a la acción armada y al golpe contrarrevolucionario.

Todo esto lo comprendió al instante Blagonrávov por los documentos hallados a los detenidos. Sin perder un momento, se dirigió al Smolny. Encontró a Nikolái Ilich Podvoiski en el Comité militar revolucionario.

Nunca había visto Blagonrávov a Podvoiski tan furioso como cuando le habló de la futura insurrección. Podvoiski examinó rápidamente los documentos y, a los pocos minutos, envió, urgentemente, a todos los Soviets de distrito, a las unidades militares y a las fábricas la advertencia de que se había descubierto la preparación de un motín, con la indicación exacta de las escuelas de junkers y unidades de cosacos que debían tomar parte en él.

El resultado fue que los conjurados, antes de dar comienzo al alzamiento, habían perdido un importantísimo factor del éxito: la sorpresa. Cuando salieron a las calles, chocaron inesperadamente con la resistencia que les opusieron las tropas del Comité militar revolucionario. Al final del día el motín había sido aplastado por completo y arrestados sus participantes.

Este fue el inapreciable servicio prestado a la revolución por un anónimo guardia rojo de la patrulla que custodiaba la zona de la Fortaleza de Pedro y Pablo. ¡Cuántos héroes desconocidos, como éste, hubo, que se presentaron en el Smolny para recibir armas, dando noticia de gente sospechosa, haciendo entrega de los detenidos y volviendo de nuevo al combate!

Kerenski concentró fuerzas en la región de Gátchina y se disponía a asestar de un momento a otro un golpe fulminante a Petrogrado. Los cosacos que le seguían vacilaban, al darse cuenta de que habían sido engañados. Era evidente que si comprendían de lo que se trataba, no iban a disparar.

¿Cuál fue, en estas condiciones, la posición del Gobierno soviético? De ello habló Vladímir Ilich Lenin. "El Gobierno soviético -manifestó- toma todas las medidas pertinentes para evitar el derramamiento de sangre. Si no se consigue evitar que corra la sangre, si los destacamentos de Kerenski, a pesar de todo, comienzan a disparar, el Gobierno soviético no se detendrá ante medidas implacables para aplastar la nueva campaña de Kerenski y Kornílov".

Todos los esfuerzos del Comité militar revolucionario estuvieron enfilados a cumplir estas indicaciones del camarada Lenin. En los arsenales y depósitos se concentraron las armas. Al comité de fábrica de Izhori se le ordenó traer a Petrogrado todas las máquinas blindadas existentes en la fábrica. De las unidades de infantería fueron llamadas al Smolny escuadras de morteros, compuestas de expertos soldados, que sabían enseñar a lanzar bombas. En la puerta de Moscú se cavaron trincheras. En decenas de lugares se prepararon caballos de Frisa para protegerse de la caballería atacante del enemigo. Fusiles, ametralladoras, municiones, ambulancias de sanidad, agitadores, los periódicos *La verdad del soldado* y *Los pobres del campo*, unidades militares firmes y seguras, guardias rojos, todo fue enviado al frente de Gátchina.

Cuando llegué, la sesión del Comité militar revolucionario tocaba a su fin, sus miembros se

disponían ya a dirigirse a las fábricas y a las unidades militares. Pero, en aquel momento, llegó todo sofocado un guardia rojo.

Venía sin gorro. Los cabellos se le habían pegado a la frente húmeda. Traía el capote empapado de agua.

- Camaradas -dijo--. Traigo una noticia muy urgente...

Y dando diente con diente, a causa de la emoción o del frío, contó lo siguiente: hacía hora y media estaba de guardia con sus camaradas cerca de la tipografía donde antes se imprimía el periódico burgués *Riech*, cuando a su hoguera se acercaron tres soldados con capote de infantería, diciendo que eran "soldados campesinos". Sacaron tabaco, ofrecieron de fumar y comenzaron a charlar de esto y de lo de más allá.

- Había en ellos algo que no me gustaba -dijo el guardia rojo-. Cierto que salpicaban a cada momento su lenguaje con dichos pueblerinos. Y su conversación era como si quisieran enterarse de algo. Lo que se dice elementos sospechosos.

Tras de fumar y platicar, los soldados siguieron adelante. El guardia rojo les siguió, protegido por la sombra de las casas. Oyó fragmentos de conversación, no en ruso. Sus dudas se confirmaron: no eran soldados, sino oficiales o junkers disfrazados. ¿Qué querían?

No lejos del Tribunal de distrito, incendiado en los primeros días de la revolución, esperaba a los sedicentes soldados un camión, lleno de cajones de cartuchos. Los soldados se subieron a la parte delantera. Aprovechando la oscuridad, el guardia rojo se agarró a la borda del camión que corría vertiginosamente, saltó a la caja y se escondió detrás de los cajones.

Pasadas unas cuantas calles el camión torció, amortiguó la marcha y se detuvo delante de un cuartel. Se abrieron las puertas y el camión entró al patio. Arrimado al tablero, el guardia rojo miraba a través de las rendijas lo que ocurría alrededor.

Allí se hacían apresurados preparativos para un ataque. En el patio había un gran ajetreo: iban y venían de un lado para otro oficiales y junkers, haciendo rodar los cañones, de las cuadras sacaban caballerías con los cascos envueltos en estopa, cargaban proyectiles en carros.

Todo lo que vino después podía hacerlo solamente un antiguo chiquillo de Petrogrado, acostumbrado a trepar por los tejados y a montar en los topes de los tranvías. No contó cómo había logrado salir del cuartel, pero por el capote era evidente que se vio precisado a tirarse al agua y que le habían tiroteado.

¿Qué significaban las noticias que traía? ¿Preparativos para un nuevo motín antisoviético? ¿El intento de un grupo de oficiales y junkers de abandonar secretamente Petrogrado y unirse a las tropas de Kerenski, o huir al Don, con Krasnov?

El Comité militar revolucionario tomó al instante las medidas necesarias para desarmar y aplastar el nuevo nido contrarrevolucionario descubierto.

- ¿Dónde está el guardia rojo? -preguntó de repente uno de los miembros del Comité militar revolucionario-. Que beba siquiera un poco de té.

Pero el guardia rojo ya no estaba. Una vez cumplido su deber, se eclipsó de la misma forma como había aparecido, sin dar siquiera su nombre.

Un billete verde de tres rublos

El motín de los junkers fue aplastado, pero en el Smolny continuaba la agitación; seguía pasando por él un torrente incesante de obreros, soldados y marinos. En este torrente rodaba yo también, abriéndome paso a través de la gente, corría de un piso al otro, transmitía disposiciones, tan pronto escribía a máquina como a mano. A veces, del Smolny me enviaban a las fábricas y a las unidades militares, con el objeto de conocer cómo iban los asuntos, a comunicar que hacía falta con urgencia gente y armamento.

En cierta ocasión, echaba un vistazo con otros camaradas al número de *Pravda* que acababa de salir y noté una nueva firma al pie de una orden del Comité militar revolucionario publicada en primera página: "El Secretario del Comité militar revolucionario del Soviet de Petrogrado, S. Gúsev".

- Muchachos -dije-. ¡Si éste es mi padre!

Pero nadie mostró interés por mi "descubrimiento" ni yo le di más importancia.

Ya después de la revolución, supe por mama la historia de mi misterioso padre ausente, de aquel hombre de la barba, que venía a vernos y decía llamarse Múromski. Su relato pasó inadvertido para mí; yo estaba absorbida por los acontecimientos que se desarrollaban en mi derredor, y el menor interés por los asuntos familiares lo consideraba una necedad pequeñoburguesa. Y, a los pocos momentos de ver la firma "S. Gúsev", ya lo había olvidado.

No sé cuándo me hubiera encontrado con él, a no ser por una casualidad.

La Revolución de Febrero sorprendió a mi padre en Finlandia. En los días de Octubre trajo a Petrogrado una gran partida de fusiles y cartuchos; luego fue secretario del Comité militar revolucionario y, durante varios días, trabajó sin darse un momento de reposo.

Al cuarto día, aproximadamente, de la Revolución de Octubre, trajeron al Smolny, de algún regimiento, una cocina militar de campaña y comenzaron a repartir comida. Se componía de una escudilla de sopa de coles y otra de papilla. Con pan y todo costaba tres rublos. Organizaron el comedor en el piso bajo, en el local destinado al personal de servicio del antiguo Instituto de doncellas nobles. En él había largas mesas cubiertas de hule, y en la pared

se abrió una ventana para dar la comida.

La puerta del comedor se abría y cerraba constantemente dando portazos, en el aire flotaban el vapor y el humo del tabaco, olía bien a repollo y a pan de centeno tiernecito. Para felicidad mía tenía exactamente tres rublos. Recibí la comida, pagué el dinero, tomé la sopa, la papilla, me comí el pan y sentía todavía un apetito devorador, ¡quería comer más!

Pensando tristemente de dónde sacaría otros tres rublos, continué sentada a la mesa. En aquel momento entró por la puerta un hombre rasurado de pequeña estatura, rodeado de una multitud. Todos le decían algo, le pedían alguna cosa. Aquel hombre, hablando sobre la marcha, recibió la comida y se sentó a la mesa. En una mano sostenía la cuchara y comía, con la otra cogía los papeles que le entregaban, los leía y firmaba con un lapicero.

De pronto oí que alguien le decía:

- ¡Camarada Gúsev!...

"'¡Tate! -me dije-... ¡Este es mi padre!"

Y sin pensar en absoluto lo que hacía, me levanté, rodeé la mesa, me abrí camino hacia Gúsev y le dije:

- Camarada Gúsev: necesito hablar con usted.

Volvió hacia mí su rostro cansado, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

- ¡Le escucho, camarada!

- Camarada Gúsev -le dije-. Soy su hija. Deme tres rublos para comer.

Evidentemente, era tal su estado de fatiga, que de todo lo que dije captó tan sólo la petición de los tres rublos.

- Por favor, camarada -dijo.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó de la cartera un billete verde nuevecito y crujiente de tres rublos, y me lo entregó.

Lo tomé, le di las gracias, recibí otra comida más, comí, y sintiendo más o menos aplacada mi hambre, me dirigí al Estado Mayor de la Guardia Roja del barrio de Víborg.

Mi padre y yo nos hubiésemos olvidado de esta entrevista, mas, parece ser que alguien estuvo presente en ella y la contó a los camaradas. De ello se enteró Vladímir Ilich y, posteriormente, me obligó una y otra vez a repetir la escena de cómo me acerqué, dije que era su hija y mi padre me dio los tres rublos, sentándome después a comer por segunda vez. Vladímir Ilich se reía de aquella manera suya tan peculiar.

La noche buena

Aquella tarde nos reunimos por primera vez en el local de una casa de juego, situada no lejos de Lígovka y requisada por nosotros para la Unión de Juventud Obrera. Ahora comprendo que aquello era un garito abominable, que olía a polvo y a botellas de vino viejas. Pero entonces su sala cubierta de dorados, en la que habíamos decidido organizar el club, y los adornos de terciopelo rojo de algunos gabinetes, nos parecían magníficos.

Estábamos sentados en la habitación del chaflán del segundo piso. Junto a la ventana ponía su nota una ametralladora; los fusiles los sosteníamos entre las rodillas. Se había enzarzado una apasionada discusión acerca de si existiría el amor en el comunismo.

La mayoría compartía la opinión de Monka Sháver de que, en el comunismo, las personas estarían animadas por elevados intereses sociales y no habría lugar para un sentimiento mezquino como el amor de un hombre por una mujer y de una mujer por un hombre. Sólo Sasha Lobánov miraba adelante frunciendo el entrecejo y repetía obstinadamente: "No puede ser que en el comunismo no haya amor... No puede ser..." Pero esto, claro está, lo decía porque él mismo estaba enamorado de Olga Márkova.

De pronto, la pesada cortina de terciopelo se apartó, el viento balanceó la araña, y miles de luces se pusieron bailar entre las fisuras del espejo agujereado por una bala.

En la puerta estaba Lionia Petrovski. Llevaba el gorro echado hacia la nuca, el capote desabrochado.

- ¡Camaradas! -dijo Lionia-. Nos llaman a la Cheka. Inmediatamente... Para toda la noche...

Monka saltó, derribó la silla y dejó caer el fusil.

- ¡Eh! Se desparramaron los guisantes por el blanco plato -dijo burlonamente Fedia Shadúrov, apretándose la correa con la cartuchera.

Como siempre, Fedia estaba tan tranquilo. Por lo demás, a su edad -tenía ya los veinte cumplidos- era comprensible.

- ¡Vamos, muchachos!... ¡Lionia!

Pero Lionia dormía, incómodamente apoyado en un gordezuelo angelito de yeso. Con la mano derecha apretaba la funda del revólver, la izquierda colgaba como un látigo impotente.

- ¡Lionka, despierta!

- Un momento, mama, sólo un momento...

- No querrás un chupete... Venga, despierta, diablo.

En la escalera formamos en columna de a uno, como íbamos de ordinario por la calle: delante Lionia, detrás Fedia, yo en medio. La ametralladora con dos tiradores quedaba en el club: las armas restantes, incluidos los revólveres "bull-dog" rotos, los llevábamos con nosotros.

- Sólo que no os metáis con nadie -advirtió Lionia.

El viento arrastraba la nieve, que se arremolinaba formando torbellinos. Los faroles estaban apagados. Arriba, en el firmamento, entre espaciadas nubes invernales, parecía dar saltos una pequeña luna. Mientras que abajo, por la Lígovka, por la Nievski, como una sombra negra, se arrastraba y removía una informe y nutrida muchedumbre.

Íbamos por el borde de la acera, y el odio agitaba

nuestra alma. Todas las heces de la gran ciudad se habían volcado y las teníamos allí, a nuestro lado: especuladores, oficiales zaristas, merodeadores, prostitutas, bandidos, junkers disfrazados.

Aquella noche, en Petrogrado, la Comisión Extraordinaria llamó a cerca de doscientos guardias rojos de todos los distritos de la ciudad. Se reunieron en una enorme habitación vacía, donde no había otra cosa que una mesa y tapices enrollados y dispuestos a lo largo de las paredes.

A las once en punto, entró Dzerzhinski, estirado como una cuerda tensada.

- Comenzamos -dijo-. Hay muy poco tiempo. Camaradas: Tenemos conocimiento de que en Petrogrado existe una fuerte organización contrarrevolucionaria. Varias veces hemos conseguido dar con los hilos que conducen a ella, pero estos hilos iban a parar invariablemente a las embajadas extranjeras. Hace dos días vino a vernos un soldado, cuyo apellido no menciono todavía, y nos informó de que un tal Semiónov, monárquico en el pasado y ahora socialrevolucionario de derecha, miembro del "Comité de caballeros de San Jorge," le había propuesto prender a Lenin o asesinarlo, prometiéndole por ello veinte mil rublos.

De acuerdo con las declaraciones del soldado, se han realizado registros. Se ha detenido a Semiónov, al médico militar Nekrásov y al coronel Gueiman, del Regimiento checheno. En el registro hecho a Gueiman se le ha encontrado una carta que descubre la existencia de una organización, que se propone preparar una insurrección armada monárquica en Petrogrado. Se ha hallado también un cuaderno de apuntes con direcciones de los conjurados. Su núcleo fundamental lo componen oficiales que se agrupan en las organizaciones "Cruz blanca", "Liga militar", "Unión del águila blanca" y "Liga del ejemplo personal". Reclutan cómplices, han almacenado armas, mantienen enlace con el Don. A una señal convenida se debe producir una insurrección, tomar el Smolny, asesinar al camarada Lenin, ahogar en sangre la revolución socialista.

Camaradas: La lucha esa muerte. Si no decapitamos a la contrarrevolución, nos costará nuestra propia cabeza.

Esta noche, camaradas, liquidaremos el complot contrarrevolucionario y para ello recabamos vuestra ayuda.

Media hora después corríamos veloces en un desbocado camión hacia el extremo de Kamennoostrovski. Por delante pasaban fugaces casas, postes, puentes y cruces de calles, El corazón era embargado por un sentimiento en el que se mezclaban la alegría y el miedo. Cosquilleaba un poquito el recuerdo de cómo Kuzmichov, un obrero ya de edad, comandante de nuestro grupo, había dicho: "Camarada Dzerzhinski, ¿qué voy a hacer con estos mozalbetes imberbes?" Y se sentían deseos de realizar hazañas extraordinarias; en la imaginación aparecían misteriosos subterráneos y cuevas, que ahora iban a abrirse ante nosotros.

Pero no fue una cueva lo que se abrió, sino la sencilla puerta de la escalera de servicio de una casa señorial. Entramos. La habitación de la servidumbre. En el suelo dormían unos junto a otros, los criados. La servidumbre femenina dormía también junta, en camas situadas tras una desteñida cortina de percal.

Monia y Fedia ocuparon las dos salidas: de la escalera y de la habitación. "En nombre de la revolución proletaria...", dijo Kuzmichov, mostrando la orden para el registro y el arresto del ciudadano ex conde Vorontsov, y también para el registro y, según el resultado, la detención de su esposa, la ciudadana excondesa Vorontsova.

En las caras de aquella gente estaba pintado el espanto. Un viejo bigotudo y canoso se ponía con manos temblorosas la librea.

- Este es el mayordomo principal -dije en voz baja yo, como la más instruida de todos nosotros en cuanto a costumbres aristocráticas.

Lionia llevaba una linterna encendida. Pasamos por intrincados y asfixiantes pasillos, enganchándonos con los fusiles en cerrojos y picaportes, por delante de la cocina con paredes revestidas de azulejos, por innumerables despensas; transpusimos una puerta, otra más, la tercera, y de pronto, como sucede en los cuentos, nos encontramos en otro mundo.

Nuestros pies se hundían en algo blando y denso, como el musgo en un viejo bosque de coníferas. Respirábamos un aire saturado de aroma embriagador. A través de las puertas abiertas de par en par, vimos habitaciones de altos techos, ventanas con cortinajes de brocado, el brillo mate de la caoba, los marcos de viejos cuadros oscurecidos, espejos, tapices.

Por fin llegamos al dormitorio. Daba acceso a él una puerta de dos hojas, cubierta por una cortina, delante de la cual dormía la camarera encogida en un sillón. Ya se había despertado y nos recibía echándonos una mirada lobuna.

- Despierte a la señora y al señor -dijo el mayordomo. Pronunció estas palabras con tanto miedo, como si se tratara de volar la casa.

- ¡Ni hablar de eso! -gritó la camarera-. ¡Bribones, judíos, rufianes, bandoleros!

Kuzmichov enrojeció de ira.

- ¡Fuera de aquí! -dijo.

La camarera se agarró a las cortinas como un gato furioso. Hubo que separarla a viva fuerza de allí. Cuando, al fin, se la llevaron, Kuzmichov trató de abrir la puerta, pero ya había sido cerrada desde dentro.

Golpeó con el puño.

- ¡Abran inmediatamente! ¿Me oyen? Abran, o rompo la puerta.

Silencio.
- ¡Venga, muchachos, empujad! -nos ordenó.
Pero, de pronto, las puertas se abrieron de par en par. Ante nosotros apareció la condesa Vorontsova. Estaba envuelta en una nube de encajes blancos, y llevaba sobre los hombros un chal persa. Los rasgados ojos grises mostraban un gélido desprecio.
- ¿Qué desean ustedes, señores?
- ¡Deje paso! -dijo Kuzmichov, apartándola y entrando en el dormitorio.
La luz de la linterna alumbró la ancha cama, que se alzaba como un trono, las almohadas en desorden, los tocadores, las colgaduras de cristal tallado. Yo busqué en la oscuridad la llave de la luz, la encontré y encendí. Por fortuna había corriente. Pero el conde Vorontsov no estaba allí.
- ¿Dónde está su marido? -preguntó Kuzmichov amenazador.
La condesa se sonrió majestuosamente.
- Partió.
- ¡Nos lo vamos a creer!...
Miramos debajo de la cama, revolvimos los colchones, palpamos las paredes. Todo en vano.
- Regístrala -me ordenó Kuzmichov.
- ¿A mí?
Me acerqué a la condesa. Su rostro estaba tan deformado por la cólera, que yo me sentí contrariada. Kuzmichov lo advirtió:
- Cumple la orden -dijo-. Date prisa.
Puse las manos sobre los hombros marmóreos de la condesa y ambas nos estremecimos de odio y repugnancia: ella por mí, por mis manos ásperas, agrietadas por el viento; yo por ella, por aquel cuerpo flexible de serpiente de piel sedosa.
- ¡Busca! -repitió Kuzmichov-. ¡Busca!
Me sobrepuse y comprobé cada frunce de los suntuosos encajes. De pronto, me di cuenta de que la condesa apretaba el codo izquierdo. ¿Por qué sería? Lo levanté ligeramente. La condesa se resistía. Di un tirón, metí violentamente la mano y palpé un apretado rollito.
- ¡Villana! -murmuró la condesa-. ¡Me haces daño!
Trató de apartarme. Pero no la dejé.
- ¡Ten cuidado! -gritó Lionia.
¡Lionia, amigo Lionia! Un cuarto de siglo después, cercado durante la Gran Guerra Patria, siendo renombrado general del Ejército Soviético, montaste en el avión enviado en busca tuya a los combatientes heridos y te quedaste en el campo de batalla, pereciendo a manos de los fascistas.
Lo mismo hiciste entonces, durante el arresto de los Vorontsov, te arrojaste sobre mí y me cubriste con tu cuerpo. En una décima de segundo vi un cañón de revólver que asomaba por una rendija del empapelado. Sonó un disparo, la bala atravesó tu capote, pero ambos teníamos fuertemente agarrada a la condesa.
Con esto quedó terminada la operación en lo fundamental. En nuestras manos estaba el conde Vorontsov, que se había traicionado con el disparo hecho desde su escondrijo, y las direcciones, los apartamentos conspirativos, las claves cifradas, las listas de la organización contrarrevolucionaria enrolladas. Dejamos parte de la gente efectuando un minucioso registro y condujimos a nuestros condes a la Cheka.
Salimos nuevamente a través de la habitación de la servidumbre. Allí ardía el quinqué. Rodeado por la servidumbre del conde, Monia Sháver, sentado a la mesa, hablaba de las tareas del proletariado en la revolución mundial.
De nuevo desfilaron por delante de nosotros las casas, los postes, los puentes y los cruces de calles. En la Cheka había ya mucha gente. Hicimos entrega de los arrestados al comandante, al cual se le cerraban los ojos, enrojecidos de no dormir.
Se había cumplido la tarea. Quedábamos libres.
- Ya veis -dijo Kuzmichov al despedirse de nosotros-. Hemos vivido hasta ver cómo se les encogen las patitas a los burgueses.
Regresamos por la Avenida de Nievskien la que no se veía ni un alma. El viento sacudía como antes una banda de tela roja colgada a través de la calle. Al llegar a la esquina de Liteini, cerca del cine *Soléi*, se veía hormiguear a la gente que todavía quedaba en la calle.
Decidimos pasar lo que restaba de la noche en el club. Pusimos en la estufa la tetera. Era muy agradable beber a sorbitos el agua en una jarrita de hojalata, que olía a herrumbre. La conversación giró, naturalmente, alrededor de los acontecimientos de aquella noche.
Como siempre nos ocurría, la conversación se convirtió en discusión, esta vez acerca de por qué había disparado el conde Vorontsov.
Monka dijo: "Por odio de clase".
Lionia opinó: "Para poner a salvo los documentos".
Yo manifesté: "Por amor a la condesa".
Y de nuevo volvimos al tema abordado ya aquella tarde: ¿Existiría el amor en la sociedad comunista?
Pero esta cuestión continuó sin resolverse: unos minutos después, los partidarios de uno y otro punto de vista se quedaron profundamente dormidos, apretujándose con el fin de calentarse un poco.

"Condensación de la ciencia"

Mama y yo no teníamos apartamento y alquilamos una habitación a la viuda de un funcionario del Ministerio de Finanzas, una pequeña viejecilla que nunca se separaba de su bolso bordado de abalorios.
Tenía otro huésped más, un empleado de la administración de comestibles de la ciudad. En 1905 se había adherido bien al ala derecha de algún partido

de izquierda, o bien al ala izquierda de algún partido de derecha. Estuvo deportado y se consideraba "viejo revolucionario"; pero era lo menos parecido a cualquier revolucionario del pasado, del presente o del futuro.

Nuestras relaciones con él se hicieron amablemente hostiles. No conversábamos, ni siquiera intercambiábamos el saludo. Pero, por estar tanto él como nosotras ausentes de casa días enteros, durante cierto tiempo no hubo problemas.

Después de la Revolución de Octubre, este "viejo revolucionario" tomó parte en el sabotaje de la intelectualidad, dejó de ir al trabajo y se pasaba días enteros en su habitación, echando pestes contra los bolcheviques. Ahora había tomado una nueva costumbre: compraba un montón de periódicos contrarrevolucionarios, subrayaba con lápiz rojo y azul los ataques más duros contra el Poder soviético y nos metía los periódicos por debajo de la puerta.

Al principio nos enfurecía, pero luego pensamos que aquello nos venía de perilla: sin comprar los periódicos contrarrevolucionarios ni prestarles ayuda material, estábamos al corriente de la prensa contrarrevolucionaria. Los periódicos más interesantes los llevábamos al Smolny.

Una tarde que me hallaba en casa, sonó el timbre. Abrí la puerta. Era Sasha Lobánov, ajustador de la fábrica *Arthur Clyde*, que venía a convocarme para una reunión del comité regional de la Unión de la Juventud Obrera. Llegaba directamente desde la fábrica, con la ropa de trabajo llena de grasa.

Sasha estaba helado. Era pronto todavía y le invité a tomar una taza de té. Aceptó de buen grado.

Le dejé en mi habitación y fui a la cocina. Volví con el té caliente y vi a Sasha ante el armario de los libros.

- ¿Son tuyos todos? -me preguntó.

- Míos.

Dividí un pedazo de pan, y partí el azúcar en trozos pequeños.

- ¿Los has leído todos?

- ¡Ni mucho menos!

Sasha tenía la cabeza grande, era un poco torpón y le llamábamos "Sasha el Pensador". En las jornadas de julio, había irrumpido con un numeroso grupo de obreros en una reunión del CEC menchevique, pidiendo la palabra. Cuando Chjeídze, desconcertado, le concedió la palabra, Sasha subió a la tribuna con el fusil en las manos. Fue inútil que Chjeídze tratara de persuadirle de que dejara el arma. Sasha pronunció su discurso sin abandonarla.

No transigía con nada más que con el comunismo. Le llamábamos "el Pensador", porque su imaginación estaba siempre ocupada por fantásticos proyectos de métodos acelerados para edificar el comunismo.

Algo de eso le ocurría en aquellos momentos. Sin tocar el pan, Sasha sorbió varios tragos de té caliente y dijo:

- Escucha, ¿no se podría condensar la ciencia para comprender de una vez todos los libros?

- Seguramente que no es posible.

Sasha se mostró contrariado:

- O sea que se morirá uno sin haber llegado a leer la mitad de los libros.

En el pasillo se oyeron pasos cautelosos, y vi un extremo del periódico que se deslizaba por debajo de la puerta; era el correo diario del vecino.

- ¿Qué es eso? -inquirió Sasha.

- Nada, una tontería.

Me agaché, extraje de la rendija el periódico *La hora de la tarde*, con un artículo marcado con lápiz rojo, cuyo autor era el mordaz literato Borís Mirski.

"...El obrero sedicioso -escribía B. Mirski- cualquier día montará en la Academia de Ciencias un taller de cerrajero e instalará un convoy de saneamiento de letrinas en la sala de actos de la Universidad. Repartirá los libros de las bibliotecas para liar cigarrillos con sus hojas, hará confeccionar pantalones de los lienzos de Rubens y en los laboratorios de química, en lugar de investigar el radio, preparará bebidas alcohólicas…"

Sasha se echó a reír y de nuevo se acercó al armario de los libros.

- Si vivo hasta el comunismo, los leeré... -dijo Sasha.

Pero no vivió hasta el comunismo. El verano de 1918 fue enviado con un destacamento a la provincia de Tambov, por grano para el Petrogrado hambriento. Cayó en manos de los kulaks enfurecidos y fue enterrado vivo.

¡Ganamos la pelea!

Ya en la tarde del 4 de enero de 1918, las calles céntricas de la ciudad se animaron: al día siguiente debía inaugurarse la Asamblea Constituyente. Los socialrevolucionarios de derecha y los mencheviques estaban en mayoría. ¡El fin de los Soviets! -decían con regocijo en la Avenida de Nievski.

La mañana del 5 la excitación continuó aumentando en la ciudad. "¡Hoy, las hienas del capital y sus mercenarios quieren arrancar el Poder de manos de los Soviets!" -escribía *Pravda*. Los periódicos burgueses salieron con titulares que exigían la entrega de todo el Poder a la Asamblea Constituyente.

En las calles, adyacentes al Palacio Tavrícheski se reunieron grupos de estudiantes y oficiales, vestidos elegantemente de paisano. Muchos de ellos llevaban banderas envueltas, en su mayoría blancas, rara vez rojas. Sólo se oía decir: "¡El fin de los Soviets!" "¡El fin de los bolcheviques!"

Pero el Smolny, a pesar de todo, continuaba haciendo su vida ordinaria. De todos los confines de la ciudad llegaban allí obreros, soldados, guardias rojos. Como siempre, nos preocupaban el pan, las armas, los niños; el salario de los obreros, la leña

para las escuelas, la leche para los hospitales.

¡A todo esto vino a añadirse la Constituyente!

- Oye, ¿por qué no te llevas unas cinco invitaciones? -me preguntó un camarada que trabajaba en el Smolny. Tómalas, ¿eh? Lleva a muchachos de vuestra juventud obrera. El acontecimiento es, por así decir, histórico.

- Bueno, ¡dámelas!

A la hora señalada nos hallábamos en el Palacio Tavrícheski. Nuestros asientos de invitados estaban en el "coro". Toda la sala, en forma de anfiteatro, la teníamos ante nosotros como en la palma de la mano. Nos sentamos a la izquierda de la presidencia, encima precisamente de los escaños que debían ocupar los bolcheviques.

La sala aparecía vacía aún, pues continuaban reunidas las fracciones. A eso de las tres aparecieron los socialrevolucionarios de derecha. Se apreciaba que se sentían ya los amos: según ellos, estaban en aplastante mayoría; fuera, en la calle, se había preparado una manifestación que se convertiría en insurrección armada. Los insurrectos se apoderarían del Smolny, arrestarían al Consejo de Comisarios del Pueblo y se adueñarían del Poder.

Los social revolucionarios ocuparon con gran estrépito sus puestos en la extrema derecha. Más allá tomaron asiento solamente algunos demócratas constitucionalistas. A la izquierda de los socialrevolucionarios se sentó la fracción de los mencheviques. Luego, sin dejar de hablar, fueron ocupando sus puestos los socialrevolucionarios de izquierda. Los últimos que entraron fueron los bolcheviques. Tranquilos, alegres, ocuparon el ala extrema de la izquierda de la sala.

Todos se sentían" impacientes. Iba a comenzar la pelea...

¡Y la pelea empezó! En los escaños de los socialrevolucionarios de derecha se levantó el diputado Lordkipanidze y, en nombre de su partido, propuso con recia voz que abriera la Asamblea Constituyente el más viejo de sus miembros. En la izquierda hicieron ruido, se oyeron silbidos, en la derecha y en el centro comenzaron a aplaudir, y subió a la tribuna, como ya había sido tramado, el socialrevolucionario de derecha Shvetsov, un hombre grueso y canoso.

Arreció el griterío. "¡Abajo! ¡Impostor!" -clamaban los bolcheviques pateando y golpeando los pupitres (nosotros les acompañábamos desde el "coro"). Shvetsov agarró la campanilla y comenzó a agitarla, llamando al orden. Pero nosotros ya veíamos que por los peldaños que conducían a la presidencia subía Yákov Mijáilovich Sverdlov.

Ascendía con paso natural, pausado, como si a sus espaldas no hubiera una enfurecida muchedumbre de mil personas, dispuesta a hacerle pedazos allí mismo. Yákov Mijáilovich se acercó a Shvetsov, le apartó con un movimiento del hombro izquierdo, y con voz tranquila, que se sobrepuso al ruido y al griterío, dijo:

- El Comité Central Ejecutivo de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos me ha encomendado abrir la Asamblea Constituyente.

No es casual que Dmitri Zajárovich Manuilski, cuando enumeraba bromeando las "siete maravillas bolcheviques del mundo", citase la voz de Yákov Mijáilovich Sverdlov. Efectivamente, era maravillosa aquella potente voz de bajo, sonora, recia, que flotaba sobre la muchedumbre como el tañido de una gran campana de bronce. Y no era menos maravilla la inquebrantable voluntad de quien poseía aquella voz.

Fue inútil que se enfurecieran en los escaños de la derecha, tratando de obligar a Sverdlov a que abandonase la tribuna. En nombre del Comité Central Ejecutivo de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, que representaban a la mayoría del pueblo trabajador, Yákov Mijáilovich Sverdlov propuso a la Asamblea Constituyente que ratificara los decretos y disposiciones del Consejo de Comisarios del Pueblo y aprobara una declaración proclamando a Rusia República de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, instituida a base de la unión voluntaria de las naciones libres.

Se confisca la tierra a los terratenientes y se entrega sin indemnización a los campesinos -decía la declaración-. Los bancos pasan a poder del Estado; en las fábricas se implanta el control obrero. El Gobierno soviético denuncia los tratados secretos y a toda costa se esfuerza por conseguir una paz justa y democrática entre los pueblos.

- Si la Asamblea Constituyente expresa justamente los deseos del pueblo -dijo Sverdlov-, se unirá a esta declaración. Declaro abierta la Asamblea Constituyente y propongo elegir presidente.

- ¡Todo el poder a los Soviets! -gritaban en los escaños de la izquierda-. ¡Viva la República de los Soviets!

Entonces se levantó nuevamente Lordkipanidze y propuso elegir presidente de la Asamblea Constituyente al líder de los socialrevolucionarios de derecha, Víktor Chernov, amenazando con el rompimiento si no se le elegía.

Skvortsov-Stepánov pidió la palabra en nombre de los bolcheviques.

- ¡Ciudadanos que están sentados a la derecha! -dijo-. El rompimiento hace ya mucho tiempo que se produjo entre nosotros. Ustedes están a un lado de las barricadas con los guardias blancos y los demócratas constitucionalistas; nosotros nos encontramos en el otro lado: con los soldados, los obreros y los campesinos. Entre nosotros todo ha terminado.

En los escaños de la izquierda se oían exclamaciones de aprobación, en los de la derecha, gritos y pataleo. Y como acompañando aquel alboroto, llegó de la calle el estruendo de explosiones dé bombas y algunas salvas de fusilería. Eran

manifestantes contrarrevolucionarios, que, arrojando bombas, trataron de penetrar en el Palacio Tavrícheski, pero fueron dispersados por los guardias rojos.

Se procedió a la elección de presidente. La votación se hizo con bolas. Yikov Mijáilovich Sverdlov anunció el resultado: Chernov había obtenido la mayoría de votos.

- Ruego que ocupe su puesto -dijo Sverdlov.

Chernov subió a toda prisa al estrado presidencial; paseó la mirada de sus ojos bizcos por la Asamblea y empezó a hablar. Habló y habló hasta por los codos. Una y otra hora. Cuando terminó llevaba hablando casi tres horas. Habló de todo lo habido y por haber. De su partido, como si no hubiera existido la despreciable experiencia de la permanencia en el Poder; de los bolcheviques, como si al lado de éstos no estuviera la mayoría del pueblo trabajador. Habló de todo cuanto quiso, pero no dijo ni palabra de la declaración, que el organismo supremo del Poder de los Soviets había presentado ala Asamblea Constituyente para que emitiera su opinión.

Por fin, se agotó el torrente de elocuencia de Chernov. Entonces, los bolcheviques plantearon la cuestión a bocajarro:

- ¿Tiene la Asamblea Constituyente la intención de aprobar la declaración presentada o no? ¿Ratificará la Asamblea Constituyente los decretos soviéticos concernientes a la tierra, la paz, el control obrero, y -sobre todo- reconoce el Poder de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos o no? Por cuanto la Asamblea Constituyente se niega a reconocer el Poder de los Soviets, lanza con ello un reto a todos los trabajadores de Rusia. La mayoría contrarrevolucionaria de la Asamblea Constituyente, elegida según las listas ya caducas de los partidos, representa el pasado de la Revolución y trata de obstaculizar el camino a la clase obrera y al campesinado. No deseando encubrir ni un minuto más los crímenes de los enemigos de la Revolución y del pueblo, la minoría bolchevique abandona esta Asamblea Constituyente.

De nuevo arreciaron los silbidos, el alboroto, el griterío, los aplausos. Los bolcheviques se levantaron de sus asientos y se encaminaron hacia la salida.

¿Qué nos quedaba que hacer a nosotros en el "coro"? Hasta entonces, en la medida de nuestras fuerzas y habilidad, habíamos apoyado con fervor a los bolcheviques, sobre todo mediante ruidos. ¿Y ahora? ¿Qué hacer? ¿Marcharnos? ¿O quizá fuera más acertado quedarse y ver lo que sucedía?

Pero si nos quedábamos ¿no sería interpretado como que teníamos simpatías por los de Chernov?

¿Cómo proceder?

Se halló la solución: mudamos simplemente de lugar, sentándonos en la barandilla, con las piernas colgando. Con ello expresábamos con bastante claridad nuestro desprecio por lo que ocurría y pudimos quedarnos.

Abajo hablaban, peroraban sin cesar. A un cadáver viviente lo sucedía otro: a Chernov le relevó Tsereteli, a éste, Timoféiev, a Timoféiev, otro más, y todos ellos hablaban sin tasa. Ya había pasado la media noche, la una, las dos, las tres, las cuatro de la madrugada, y continuaban hablando.

A las cuatro y media apareció detrás de Chernov un marino alto, de ojos azules.

Se adelantó y dijo:

- Propongo a todos los presentes que abandonen la sala, porque la guardia está cansada.

- ¿Y quién es usted? -preguntó Chernov.

- Soy el jefe de la guardia del Palacio Tavrícheski -dijo el marino.

Era Zhelezniakov, más tarde héroe de la guerra civil, muerto gloriosamente en lucha contra los guardias blancos. El mismo "marino guerrillero Zhelezniak", al que se refiere una canción popular.

Chernov montó en cólera:

- Todos los miembros de la Asamblea Constituyente también están cansados -afirmó-. ¡Pero no hay cansancio que pueda interrumpir nuestra labor, que contempla toda Rusia! La Asamblea Constituyente podrá disolverse solamente si se recurre a la fuerza. Sólo pasando por encima de nuestros cadáveres...

Pero entonces empezó a apagarse lentamente la luz. Al principio se fueron amortiguando las lámparas laterales, luego se fue extinguiendo poco a poco la araña central. La sala se sumergió en la oscuridad. Pusimos atención a lo que ocurría abajo. Golpeteo de pupitres al levantarlos, ruido con los pies, los gritos de Chernov: "¡Nos dirigiremos al mundo civilizado!" Se fue haciendo más y más oscuro, y como si llegaran del otro mundo, de ultratumba, se oyeron las últimas palabras de Chernov:

- De este modo, termina la sesión de hoy de la Asamblea Constituyente.

Al fin dejamos atrás aquella noche interminable. A todo correr, a cual más rápido, echamos escaleras abajo. Un aire fresco y seco nos golpeó el rostro. El jardincillo situado delante del Palacio Tavrícheski estaba lleno de marinos que pateaban alegremente y trataban de desentumecerse después de una guardia tan prolongada.

Apareció Gúsev, sonriente. En medio de las carcajadas y bromas de todos, sacó de la cartera una enorme llave con la corona y el anagrama del Príncipe Potiornkin- Tavrícheski y, dando dos vueltas, cerró el palacio.

- ¡Se acabó! -dijo un joven marino de mejillas coloradas-. ¡Hemos ganado la pelea!...

Cubierto de escarcha, Georgui Blagonrávov, comisario extraordinario de Petrogrado, dio las órdenes en alta voz. Situó a una parte de los marinos

de centinela alrededor del palacio y ordenó a los restantes que fueran al Neva a descargar leña de las gabarras.

¿Y nosotros? ¿Qué hacer? ¡Marchar a casa y acostarnos a dormir? No, no es posible. ¡Iríamos a descargar leña!

- Camaradas: ¡Vamos...! ¡Izquierda! ¡Izquierda! ¡Izquierda!

Lo mas importante…

Una vez cuando íbamos al Smolny para resolver unos asuntos, encontramos a Fedia Shadúrov. Nos dijo que con motivo de haberse descubierto unos complots contrarrevolucionarios se había hecho muy rigurosa la entrega de pases. ¡Qué fastidio! ¡Con la necesidad que teníamos de entrar en el edificio! Pero Monia Sháver, como siempre, halló la solución, pues para eso llevaba un fusil: nos ordenó a Lionia Petrovski y a mí ir delante, y él, al pasar por delante del centinela, dijo: "Llevo detenidos". El centinela nos dejó pasar al instante.

Íbamos encorvados y arrastrábamos pesadamente las piernas, como hacen los que van presos. Pero apenas el centinela dobló la esquina, echamos a correr muertos de risa por la afortunada estratagema y estuvimos a punto de tropezar con un hombre que iba en sentido opuesto.

- ¡Cuidado, camaradas! -dijo una voz conocida.

- ¡Oh! ¡Vladímir Ilich!

Nos preguntó las causas de tanto alborozo. Nos dio vergüenza decir la verdad y urdimos una historia prendida con alfileres. Vladímir Ilich no nos creyó, evidentemente, pero no dijo nada y nos llamó un momento a su despacho.

De este modo se hizo realidad nuestro sueño de estar con el camarada Lenin y exponerle algunas de nuestras ideas. Hacía ya tiempo que las teníamos pensadas, pero lo impedía una circunstancia: se trataba de que nuestros muchachos del distrito de Narva-Peterhof habían estado ya con Vladímir Ilich y, antes de entrar en el gabinete, todavía en el umbral, pronunciaron las siguientes palabras preparadas de antemano: "Paz a las cabañas, guerra a los palacios". Nosotros considerábamos que debíamos decir algo por el estilo, como: "Sobre nosotros soplan torbellinos hostiles..." o bien: "Destruiremos el mundo de la violencia...", pero todavía no habíamos decidido nada.

Sin embargo, ahora, en el despacho de Lenin, nos habíamos olvidado de aquello y ansiábamos hablar con él de lo que entonces llamábamos "el momento actual".

Era por los días del apogeo de las conversaciones con los alemanes para la conclusión del armisticio. Los militaristas germanos se conducían de manera insolente, y cada día presentaban nuevos ultimátums. Por muy duras que fueran estas exigencias, Lenin insistía en que la Rusia Soviética debía aceptarlas cuanto antes, pues de lo contrario, las grandísimas derrotas que la esperaban impondrían después un tratado de paz aún más oneroso y duro.

Con timidez, armándonos de valor y a veces confusos, expusimos a Vladímir Ilich las propuestas hechas por nosotros durante las discusiones acerca de cuestiones internacionales.

Le dijimos que no compartíamos los puntos de vista de los llamados "comunistas de izquierda", y que éramos incondicionalmente partidarios de concertar la paz a toda costa. Pero a este respecto, una vez que los imperialistas alemanes provocaban a las claras el rompimiento de las negociaciones de paz y querían continuar la guerra, ¿no consideraba Vladímir Ilich que tendría sentido hacer que un millón de hombres cavaran un túnel subterráneo bajo la línea del frente, directamente hasta la retaguardia del enemigo? Por este túnel pasaría nuestra gente más valerosa y llamaría al pueblo alemán a hacer la revolución. Y cuando se produjera la revolución en Alemania, tras ella estallaría la revolución en Francia, y entonces...

Pero Vladímir Ilich consideró que no tenía sentido abrir aquel túnel.

¿Probablemente dudaba de que hubiera gente capaz de aquello? Pero nosotros conocemos bien a gente que...

Pero no, Vladímir Ilich no dudaba de que hubiera semejante gente.

Nos dijo que las revoluciones no se hacen por encargo. Las revoluciones son consecuencia de la explosión del descontento de las masas populares. Y no debíamos pensar en túneles, sino en cómo ayudar a la clase obrera de todos los países. El Gobierno soviético ya había prestado esta ayuda, por ejemplo, con la publicación de los tratados secretos. El mundo entero veía ahora que los gobernantes de los países capitalistas son unos bandoleros. Sin túneles de ningún género habíamos ayudado en la práctica, -y recalcó lo de *en la práctica*- a los trabajadores a ver el engaño que representaba la maldita guerra imperialista...

Por lo tanto, nuestro plan ¡no fue aceptado!

- Veo -dijo Vladímir Ilich mirando fijamente a nuestros rostros- que estáis ideando ya nuevos planes.

Su sagacidad nos dejó perplejos.

- Antes de escucharlos, quisiera saber qué os disponéis a ser...

Era evidente que Vladimir Ilich quería agregar: "cuando seáis mayores", pero se contuvo.

Lionia Petrovski dijo que había decidido incorporarse al Ejército Rojo y hacerse jefe militar proletario.

Monia Sháver también tenía la intención de ingresar en las filas del Ejército Rojo, pero sería, sin falta, artillero.

Resultó que yo también había elegido la carrera militar.

Por la expresión del rostro de Vladímir Ilich parecía que nuestras intenciones le gustaban, pero al mismo tiempo abrigaba sus dudas.

- ¿Y cuántos años tenéis? -preguntó.

Musitamos algo de lo que sólo era perceptible: dieci...

- Si tuvierais ya los diecinueve, lo diríais más alto -dijo riéndose Vladímir Ilich-. Consideraremos que tenéis diecisiete.

- (¡Oh, si hubiera sido verdad!)

- Si conocéis el decreto de la creación del Ejército Rojo, sabréis que se admite en el mismo a partir de los dieciocho años -prosiguió Vladímir Ilich-. ¿Os disgusta un poco? ¿Teméis que la revolución mundial se realice sin vosotros?

Vladímir Ilich se levantó y comenzó a pasear por la habitación.

- No sabemos cómo transcurrirán los acontecimientos de los próximos meses -dijo muy serio-. Es posible que tengamos que admitir en el Ejército Rojo incluso a gente de vuestra edad. Pero suceda lo que suceda, hay tarea para todos; así que ¡hay que arremangarse! La burguesía lo estropea todo, lo sabotea todo, a fin de hacer fracasar la revolución obrera. En todos los terrenos tenemos que librar combates decisivos. La clase obrera debe convertirse en la verdadera dueña del país, y la parte más ágil y activa de esa clase es la juventud obrera. Si sabemos organizar de verdad las fuerzas de la clase obrera, nuestra causa será invencible. ¿Y hacemos acaso cuanto es necesario para ello? ¿Cómo marcha, por ejemplo, el trabajo de vuestra Unión de la Juventud?

- Marcha formidablemente bien -contesté sin vacilar.

- ¡Forr.... midablemente bien! -parodió Vladímir Ilich-. ¿Cuántos jóvenes obreros lleváis tras de vosotros?

- ¡Millones! -dijo Monia Sháver, parodiando.

Y entonces supimos lo que significa cuando le dicen a uno lo de: "Te has caído con todo el equipo".

Vladímir Ilich nos criticó la mala organización, la afición a las reuniones, el hablar mucho, la charlatanería huera. Bajo el chaparrón de sus palabras veíamos todas nuestras faltas: acuerdos incumplidos, asuntos no llevados hasta el fin, fábricas en las que no habíamos estado todavía, jóvenes obreros con los que habíamos comenzado a trabajar dejando la labor a mitad del camino.

- El revolucionario debe tener un corazón ardiente, de lo contrario no lo es; debe tener una cabeza serena que razone con sensatez, de lo contrario es un tonto -dijo Vladímir Ilich-. Está obligado igualmente a ser inteligente y a morir en aras de la revolución y a efectuar el trabajo más aburrido, más cotidiano, y por ello el más difícil. Pues lo más importante consiste en llevar siempre con nosotros a la masa inmensa de pueblo trabajador.

Vladímir Ilich miró el reloj y nos dijo que se veía precisado a despedirse de nosotros. Ya nos habíamos levantado para marchar cuando nos preguntó por la causa del júbilo que manifestábamos cuando había tropezado él con nosotros.

Se lo contamos todo y Vladímir Ilich no salía de su asombro.

- ¿Cómo? -preguntó-. ¿Acaso habéis pasado así? ¿Y cómo vais a salir?

- ¡Del mismo modo!

- ¡Varnos! ¡Quiero verlo!

Bajamos hacia la salida, fingiendo de nuevo un aspecto abatido. Vladímir Ilich nos observaba, oculto tras una esquina.

- Llevo detenidos -dijo Monia Sháver al pasar por delante del centinela.

Este hizo un ademán negligente con la mano:

- ¡Pasa!

Tratamos de enterarnos, naturalmente, de cómo había terminado aquello. Posteriormente supimos que aquel mismo día se dieron nuevas instrucciones, en virtud de las cuales, a los arrestados que eran conducidos al Smolny no se les dejaba subir: quedaban en la comandancia, situada en el piso bajo.

La caldereta

Me enviaron a la Comisión Extraordinaria de Petrogrado para descifrar una carta encontrada a un destacado oficial blanco al ser arrestado. La carta era larga y toda ella estaba cifrada. Era necesaria mi ayuda por estar escrita en francés.

- El cifrado es infantil pero da mucho que hacer -dijo el secretario al hacerme entrega de la carta y la clave.

No había sitio libre en ninguna parte, y me dieron asiento ante una pequeña mesita en el gabinete de Moiséi Solomónovich Uritski.

Uritski estaba sentado a su mesa y, al parecer, escribía un artículo. Se hallaba absorbido por el trabajo hasta tal punto que, sin darse cuenta, susurraba una vieja canción de deportados: "Dos kopeks y tres kopeks hacen cinco kopeks".

Se abrió la puerta. Entró un soldado flaco y con aire cansado, que sostenía en sus manos un trapo sucio.

- Camarada Uritski -dijo el soldado.

- ¿Qué hay? -preguntó Moiséi Solomónovich sin alzar la cabeza.

- Traigo unos brillantes.

- ¿Qué brillantes?

- Los hemos encontrado en un registro.

Y desenvolviendo el trapo, mostró en un extremo algo pesado, como si fuera sal gorda.

- Déjelos, camarada -dijo Uritski.

- Me hace falta el peal, pues me lo he quitado del

pie.

Uritski levantó la cabeza, echó una mirada a la habitación y vio que cerca de mí había una caldereta ahumada de soldado.

- Mire -dijo-. Vuélquelos ahí, ya que el dueño no viene por ella.

El soldado deshizo el nudo y saltaron de él cegadoras luces blancas, azules, amarillas, verdes, rojas, liliáceas. Había amatistas, rubíes, esmeraldas, pero más que nada brillantes. Sosteniendo el trapo de un extremo, el soldado los vació en la caldereta y golpearon en su fondo como si fueran garbanzos. Uritski, de pie, miraba sin quitar ojo, pero no al brillo de las frías piedras, sino al rostro sin afeitar del soldado.

- Bueno, me voy -dijo el soldado metiéndose el peal en el bolsillo.

- Gracias, camarada; puede retirarse.

Continuamos trabajando. Cuando terminó de escribir otra página, Moiséi Solomónovich apartó la silla y se puso a andar de un ángulo a otro de la habitación, como en la celda de la cárcel. De nuevo se le oyó susurrar la cantilena: "Dos kopeks y tres kopeks, hacen cinco kopeks".

Ensimismado en sus pensamientos, se agachó, recogió una colilla que había en el suelo, buscó dónde echarla y, sin mirar, la tiró a la caldereta sobre el montón de brillantes.

Al día siguiente fueron entregados en este mismo recipiente al fondo del Estado, a cuenta del cual, en 1921, se adquirió trigo para los hambrientos de la región del Volga.

"¡Camaradas, a las armas!"

La mañana del 24 de febrero hice entrega del servicio a mi relevo en el centro de reclutamiento para el Ejército Rojo Obrero y Campesino.

El centro se había instalado en una villa acondicionada a toda prisa para el caso, que perteneció al millonario Konoválov y estaba ocupada por el Estado Mayor regional de la Guardia Roja. Se retiraron todos los muebles tallados con incrustaciones doradas a las habitaciones traseras, dejando sólo las mesas y las sillas. En las paredes, cubiertas de damasco, se colgaron carteles con el llamamiento en gruesos caracteres trazados con tinta china roja: "¡Todos a las filas del Ejército Rojo!"

Aunque el centro funcionaba día y noche, nos resultaba difícil cumplir nuestras obligaciones. Mucho después de la media noche continuaban llegando incesantemente los que querían alistarse.

Se requería el pasaporte (a los que lo tenían) y, sobre todo, la recomendación del comité fabril, del comité de regimiento o de la asamblea de obreros o soldados, y cursar la solicitud correspondiente.

He aquí una de aquellas solicitudes:

"Con plena conciencia del acto que realizo, dispuesto por completo a sacrificar mi vida en aras de los campesinos pobres y de los obreros y seguro del triunfo de mis ideas, me siento feliz de ingresar en las filas del Ejército Rojo Obrero y Campesino.

Antes, aunque en contra de nuestra voluntad, íbamos de todos modos a morir "por la fe, por el zar y por la patria".

¿Acaso entonces, cuando no teníamos las tierras ni las fábricas en nuestras manos, era Rusia nuestra patria?

En las filas de nuestro Ejército Rojo Obrero y Campesino serviremos al bien, a la justicia y a la seguridad del pueblo trabajador no sólo de Rusia, sino del mundo entero.

Una causa tan grande merece el sacrificio de nuestras vidas. Se puede sacrificar uno en el combate frente a los contrarrevolucionarios bien cebados e insolentes, que por nada del mundo quieren entregar sus bienes robados a quienes despojaron de ellos. El soldado Grigori Lóskutov".

La gente llegaba de manera distinta: unos bromeando, otros con la gravedad pintada en el semblante. Algunos, al alistarse, dirigían unas palabras a los presentes. Venían muchos mozalbetes, que pedían ser enviados a misiones de reconocimiento, llegaban también mujeres. A estas dos últimas categorías las rechazábamos; se enfadaban, lloraban, nos amenazaban diciendo que iban a quejarse de nosotros.

Cuando salí, la ciudad dormía todavía envuelta en la gélida niebla. En los cruces de calles ardían las hogueras. Apenas había transeúntes. Pero ya a esta hora temprana destacamentos de guardias rojos se ejercitaban en medio de la calle. La mayoría eran muy jóvenes, llevaban capotes crecederos y gorros encasquetados hasta las orejas; se caían en la nieve, se levantaban de un salto, daban carreras y se tumbaban de nuevo.

Aquel día era domingo y en el Teatro Mariinski habían organizado por primera vez un espectáculo matinal gratuito para los niños pobres de Petrogrado. Pusieron *La flauta encantada* y *El hada de las muñecas*. Los niños debían llegar al teatro por destacamentos, acompañados de trabajadores de los Soviets de distrito o de la Unión de la Juventud Obrera. Me encomendaron el destacamento del distrito de Víborg.

Estuve pensando si marchar a casa o no, y al fin me fui directamente al club infantil. ¡Ya me lo imaginaba yo! Aunque la reunión de los pequeños había sido señalada para las once, a las puertas del club se veía ya a varios chicos envueltos en las toquillas de sus madres.

Abrí la puerta y dejé entrar a los niños. Conseguí de todas formas echar un sueño en el cuchitril de Dasha, nuestra guardesa. ¡Quién hubiera podido echar otro sueñecito! ¡Pero no era posible!

- ¡Chicos! ¡Por parejas! ¡Agarraos de la mano!

Íbamos formando una cadena sinuosa. Nos pasaron a todo correr los vendedores de periódicos:

- ¡*La Gaceta Roja*! El Consejo de Comisarios del Pueblo ha aceptado las condiciones de paz alemanas. ¡Las tropas del kaiser Guillermo continúan la ofensiva! ¡*La Gaceta Roja* para el burgués es peligrosa! ¡*La Gaceta Roja*! Compren ¡*La Gaceta Roja*!

Por fin llegamos al teatro. Estaba de bote en bote mucho antes de dar comienzo la función. Los niños calladitos, con los ojos relucientes de anhelante curiosidad, se acomodaron ceremoniosamente en los blandos sillones de terciopelo. Las arañas estaban a medio encender. En el teatro no había calefacción y todos permanecían con el abrigo y el gorro puestos. En las afueras de Pskov se combatía contra el enemigo que se esforzaba por, llegar a Petrogrado. Y a pesar de todo eso, aquí, en esta maravillosa sala azul plateada, rebosante de chiquillos proletarios, el ambiente era quizá más festivo que nunca.

Antes de alzarse el telón habló Anatoli Vasílievich Lunacharski. Vestía guerrera y llevaba echado sobre los hombros el capote de soldado. Muy pálido, enflaquecido a causa de las largas noches de insomnio, Anatoli Vasílievich estuvo inspirado al referirse a los hilos de oro que unían el arte al comunismo, al hablar de los niños, que son las flores y la felicidad de nuestra vida.

Cuando volvía con los chiquillos por la calle, de regreso del espectáculo, un sentimiento apenas perceptible me decía que en las horas que habíamos estado en el teatro había ocurrido algo. Pero estaba demasiado cansada y no tenía tiempo de pensar: había que llevar a los chicos, correr a casa para comer, descansar un poco y marchar de nuevo a hacer la guardia.

Por la tarde, camino del centro de reclutamiento, se apoderó de mí con nueva fuerza la misma alarma. Sin saber de dónde, como si hubieran salido de debajo de tierra, aparecieron barbudos barrenderos con delantales blancos y relucientes chapas de cobre, que barrían la nieve y echaban arena en las aceras. En los pisos principales, doncellas con cofia limpiaban los cristales. Los burgueses, que en los últimos tiempos iban escondiéndose por portales y zaguanes, salían a la superficie y prestaban oído, con la esperanza de escuchar el zumbido de las descargas de artillería. Todos ellos, sin disimularlo, esperaban con alegría a los alemanes.

- Se regocija la cloaca de Petrogrado -dijo enfadado un marino con barba de varios días.

Había tanto trabajo, que no me di cuenta de cómo pasó la tarde. A primera hora de la noche apareció de pronto en el centro más de un centenar de hombres. Eran obreros de una pequeña fábrica de alambre y clavos que habían decidido cerrar la empresa e ingresar todos, colectivamente, en el Ejército Rojo.

En el decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo, del 15 de enero de 1918, concerniente a la organización del Ejército Rojo, por el que nos regíamos, se hacía constar que al ingresar en el ejército unidades enteras era necesaria la caución solidaria de todos y la votación nominal. Otro tanto era evidentemente necesario al ingresar toda una fábrica. ¿Pero cómo había que hacerlo? Sin pensarlo mucho, decidimos que todos debían sentarse, unos en las sillas que había y los demás en el suelo, y secundando al presidente del comité de la empresa, repetir las palabras de la resolución aprobada por los obreros de la fábrica Putílov:

"Después de conocer la noticia de la urgente formación del Ejército socialista para el aplastamiento de la contrarrevolución, decidimos por unanimidad: vencer en la lucha frente a la contrarrevolución o morir. ¡Viva el Consejo de Comisarios del Pueblo! ¡Viva el proletariado ruso, el campesinado y el Ejército revolucionario! ¡Viva la revolución mundial! ¡Viva el socialismo!"

Una llamada telefónica interrumpió el solemne silencio: ¡Era Podvoiski!

- Camaradas: Los alemanes han pasado a la ofensiva y avanzan sobre Petrogrado. Ha caído Pskov. La revolución está en peligro. No podemos conocer exactamente las intenciones del enemigo. Puede ser que se limite solamente a Pskov, pero también es posible que el avance de los alemanes lo dirija la contrarrevolución rusa e internacional, que haya decidido aplastar al Petrogrado rojo. Es preciso que todos se alcen a la defensa de la Revolución. Ordeno...

En aquel preciso instante se oyó en la profundidad de la noche el potente silbido de una sirena fabril. Le respondió otra, una tercera. Sonaron más y más sirenas. Nunca había sido hasta entonces tan imperativa, tan imponente esta llamada de la Revolución.

La casa del Estado Mayor distrital de la Guardia Roja, en la que se alojaba nuestro centro de reclutamiento, se había puesto en movimiento. Se oían las pisadas, los golpes metálicos de las armas que se entregaban. De todos los confines del distrito llegaban a todo correr los obreros, que se habían levantado al oír las sirenas. Llamaban incesantemente los teléfonos. Entre los adultos que vestían cazadoras de cuero daban vueltas y correteaban los mismos chiquillos que no habíamos admitido al ejército durante el día. Algunos obreros venían con toda su familia, llegaban talleres y fábricas enteras. En las empresas se celebraban mítines. En todos los lugares donde era posible se recogían palas y azadones para cavar trincheras. Se oían los timbres de los tranvías: por orden del Consejo de defensa revolucionaria de Petrogrado los tranvías debían circular toda la noche.

Un representante del Estado Mayor de la defensa revolucionaria, llegado en motocicleta del Smolny, formó allí mismo destacamentos y los envió unos al Smolny, otros, directamente a la estación del Báltico.

Marchaba un destacamento tras otro perdiéndose en la nebulosa oscuridad. Al Este, el cielo había comenzado a clarear, pero al Oeste, por donde avanzaban las tropas alemanas del kaiser, se había puesto todavía más negro.

¡Arriba, pueblo obrero, despierta,
Nuestro maldito enemigo está en la puerta!

El jardín de verano

Durante el día 25 de febrero cayó una espesa nevada. Por la noche el cielo se despejó, salió la luna. Los guardias rojos del destacamento de la Unión de la Juventud Obrera de Petrogrado esperaban de un momento a otro la orden de incorporarse al frente.

El destacamento estaba acuartelado en el Castillo de los Ingenieros. Ni un sonido penetraba a través de sus gruesos muros. Se cortó la corriente eléctrica. La luz de la luna, abriéndose paso a través de las altas ventanas ojivales, caía sobre la Cruz de Malta, sobre los cascos, las corazas, las armaduras y las viseras.

La orden de partir se retrasaba por algún motivo. A los muchachos les parecía que habían sido olvidados, que todo terminaría sin que ellos realizaran alguna hazaña y de rabia estaban dispuestos a hacer pedazos aquellos cachivaches del medievo.

Al fin se oyeron pasos. Eran camaradas del Estado Mayor. No había cambios en la situación: las tropas alemanas continuaban el avance sobre Petrogrado. El Consejo de Comisarios del Pueblo estaba reunido sin cesar toda la noche. El Estado Mayor Extraordinario, encargado de la defensa revolucionaria de la ciudad, llevaba trabajando también toda la noche, recibía informes de la situación y organizaba los destacamentos obreros.

A un destacamento de la Unión de la Juventud Obrera se le ordenó estar a las doce de la noche en la estación del Báltico, de donde sería lanzado al frente de Narva. La parte fundamental del destacamento iba por ametralladoras, a los demás se les daban dos horas de permiso en la ciudad.

¿Echar una carrera a casa? ¡Acaso, merece la pena! Nuevas despedidas, nuevas lágrimas. Si la vida había regalado dos horas, mejor era despedirse una vez más del querido Petrogrado.

Corrimos ruidosamente a la calle.

- ¡Vamos a la Catedral de Isaac!

- ¡No! -dijo Zhenia Guerr, una muchacha vivaracha de dorados bucles a la que por su inquieto carácter llamaban Chispita-. ¡Vamos al Jardín de Verano!

Con un rápido movimiento hizo una bola de nieve, la arrojó a alguien y echó a correr. A su alcance volaron las bolas de respuesta. Levantando remolinos de nieve, entre gritos y risas, la muchachería pasó el puentecillo sobre el canal Lebiazhi, corrió al jardín y se quedó pasmada.

Por vez primera en muchos meses saturados de borrascas políticas, contemplaban el jardín, los árboles, el cielo nocturno. Alrededor se veía la nieve profunda, refulgente a la diáfana luz de la luna. Había cubierto los senderos, los bancos, las estatuas, tapadas con fundas de madera. Todo era nieve y más nieve, y el hechicero silencio reinante oprimía el corazón.

Cogidos de la mano, los muchachos se sentaron cuidadosamente en la blanda nieve temiendo vulnerar aquel silencio. De lejos llegaba el ruido de los tranvías; el resplandor de las chispas eléctricas alumbraba las copas de los árboles. Todo estaba en silencio. Era triste y dulce al mismo tiempo pensar que aquella hermosura continuaría existiendo y que posiblemente mañana ya no viviéramos ni volviéramos a verla jamás.

El tiempo pasaba. Iba llegando la hora.

Y en aquel momento, alguien rompió a cantar. Coreamos la canción, al principio en voz baja, luego cada vez más alto.

A una canción sucedió la otra, todo lo que sabíamos: sobre la astillita y las barricadas, sobre el buen mozo y la amada Puerta de Narva, sobre la Internacional, que es el género humano.

Aquellos jóvenes tenían de 16 a 18 años. Ardían en deseos de ir al frente, llenos de pasión por defender el Petrogrado revolucionario, aunque fuera a costa de su muerte anónima, con la idea de encender en las tropas alemanas la insurrección contra los tiranos.

Tuvieron la dicha de pertenecer a una generación que, sin pensarlo, iba a la muerte en aras de la Revolución, y si la muerte no era necesaria, volvían de nuevo a la vida con la misma alegría y sencillez, dispuestos a ir otra vez al combate a la primera llamada del Partido.

Viaje de Petersburgo a Moscú

A comienzos de marzo, la Rusia Soviética, gracias a la sabia política de Lenin, salió de la guerra. En Brest se concertó la paz con los militaristas alemanes. A los pocos días, el Gobierno soviético se trasladó a Moscú, convertido en capital de la República Socialista Soviética de Rusia.

Y heme aquí, en la plataforma de la estación de Nikoláiev, colocando nuestro sencillo equipaje; espero a mama, que debe venir desde el Smolny.

La estación estaba llena de gente, de una apretada muchedumbre. Aquí y allá se veían cajones con los asuntos de los diferentes comisariados del pueblo. En coches, en camiones, montada en carros, iba llegando gente y más gente. Este llevaba una máquina de escribir, aquél, un paquete de libros atado con

balduque. Casi nadie portaba equipaje. Lo más, un maletín de mano, o simplemente una cartera con una muda interior y un pedazo de jabón.

¡A Moscú! ¡A Moscú!

Apenas partió el tren con los delegados al Cuarto Congreso de los Soviets, llegó un nuevo convoy. Había sido formado de cualquier manera: de vagones amarillos, azules, verdes, con los vidrios rotos en algunos casos, y tapada la abertura con madera terciada. Durante todo aquel día calentó el primer sol de marzo; de las techumbres de hierro colgaban los retorcidos carámbanos sucios de herrumbre.

Al fin apareció mama. Traía con dificultad un gran envoltorio. Venía con los cabellos en desorden y el sombrero ladeado.

- ¡Ay! no te enfades, muñequita -dijo al ver mi cara-. No he podido venir antes. Y además, comprendes, tenía que reunir estos documentos. Por eso no he tenido tiempo de recoger los víveres.

- Bien -dije-. Vamos aprisa, de lo contrario perderemos el tren.

Quedaban minutos contados. Llegamos a nuestro vagón al sonar la segunda señal. No habíamos hecho más que pisar el estribo cuando el tren se puso en marcha. En el andén, que se iba alejando de nosotras, sonaron los acordes de *La Internacional*. Todo el tren empezó a cantarla al unísono.

Un agudo dolor cortaba el alma. ¡Nos vamos, Petrogradó, pero estamos contigo! ¡Siempre contigo!

Fatigada de las impresiones del día, me encaramé a la litera de arriba y al instante me quedé dormida.

Cuando desperté, el vagón estaba silencioso y oscuro, hacía calor. Encima de la puerta, tras el cristal, chorreaba un cabo de vela. Abajo se encendían las rojas lucecillas de los cigarros.

Me eché el abrigo sobre los hombros y salí a la plataforma. El frío picaba en las mejillas. Las estrellas se habían extinguido y poco a poco salió el sol. Por la blanda nieve rosada corría veloz la sombra del tren, unas veces elevándose por los montículos, otras desapareciendo en las hondonadas azulencas.

El tren amortiguó la marcha y llegó a una pequeña estación. Cerca de la barrera, sosteniendo por la brida a una caballería que se echaba a un lado espantada, había un viejo con un abrigo gris, sujeto por una cuerda. Calzaba esparteñas.

- Un tren tras otro se dirige a Moscú -dijo-. Se arrastran como cucarachas. No comprendo a qué viene esto.

- ¿Que a qué viene esto? -replicó un soldado con una estrella roja de confección propia en la visera, que se paseaba cerca de los vagones-. ¿Ha oído usted el proverbio: "Petersburgo es la cabeza, Moscú el corazón? ¡Pues los bolcheviques van hacia dentro, al corazón mismo de Rusia!

El corazón de Rusia

Al llegar a Moscú nos proporcionaron una pequeña habitación a mama y a mí en el hotel Nacional. Había sido incautado hacía poco. En los establecimientos comerciales todavía se leían los viejos rótulos de las tiendas: Lapin, Perlov, Krestóvnikov y el "New York City Bank". Pero a la entrada ya había aparecido una tablilla que decía: "Primera casa de los Soviets".

- Hoy descansen -nos dijo el camarada encargado de recibirnos.

Pero nosotras estábamos impacientes. Nos arreglamos en un momento y decidimos ir a ver la ciudad.

Nos hallábamos en el centro mismo del Moscú de los nobles y de los mercaderes. Enfrente del Nacional, en medio de la calzada, había un oratorio. A la izquierda estaba el Club de la Nobleza, oculto a nuestra vista por la destartalada iglesia de Paraskeva Piátnitsa. A ambos lados de Ojotni Riad había casas bajitas, dedicadas a tiendas y almacenes. Olía a pescado, a berza agria, a podrido. Gallardos vendedores vestidos con una especie de pelliza azul de paño, sujeta con un cinturón grana, iban y venían pregonando su mercancía.

Por la angosta y empinada calle Tverskaia subimos a la plaza de Skóbelev (actualmente Soviétskaia) donde el chaflán opuesto a la casa del antiguo General Gobernador, convertida en Casa del Soviet de Moscú, se encontraba el hotel *Dresden*, estado mayor de las organizaciones del Partido de Moscú. Pero allí no encontramos a nadie; a aquella hora el Soviet de Moscú celebraba una sesión en la que Vladímir Ilich Lenin intervenía por primera vez, después de su llegada a Moscú.

- No hay otro remedio -dijo mama- que ir a comer a algún sitio. ¡Vamos!

De nuevo vagamos por calles desconocidas. Teníamos poco dinero y no nos atrevimos a entrar en un restaurant. Por fin, encontramos casualmente un comedor vegetariano. Se llamaba: Yo no me como a nadie.

- Pues yo me comería a cualquiera, y con gran placer -dijo mama cuando salimos, después de haber comido "filete de repollo" y "albóndigas de nabo".

Anduvimos todavía largo tiempo por las calles, escuchando las conversaciones, fijándonos en la gente que iba de un lado para otro.

Un señor canoso, vestido con abrigo de pieles y cuello de castor, con perilla de las que entonces llamaban "a la Boulanger", pisa con sus botas de goma y gesto aprensivo la sucia acera, cubierta de colillas y cáscaras de pepitas de girasol. Pasa a toda prisa por delante un camión erizado de bayonetas de los guardias rojos, y el señor murmura entre dientes: ¡Rufianes!"

Una dama con abrigo de astracán y blanquísima dentadura, dice a su acompañante: "Ayer, incluso

Nikolái Petróvich, a pesar de estar presente la anciana princesa, exclamó desesperado, durante el té de la tarde, que esto es increíble, imposible. ¡Pensar que vive ahora como Ivashka, el último de sus barrenderos!

Cerca del monumento a Skóbelev, se celebra un mitin relámpago. El orador grita con voz de falsete: "¡Traidores! ¡Han vendido a Rusia!" Un pequeño vejete mueve la cabeza "¡Vaya lengua! ¡De hierro puro! ¿Cómo no le saltarán los dientes?" Un joven con aspecto de obrero, dice: "Ahora no habrá ni ricos ni pobres". Y prosigue: "Se ha concertado la paz. La tierra, los bancos, las fábricas, todo ha pasado a ser del pueblo". "Has dicho la verdad, le apoya un soldado de barba crecida. El pueblo es ignorante, rústico, pero ahora no le arrancarán lo que ha tomado en sus manos. El pueblo ha comprendido que los burgueses hacían su agosto a costa de él".

Atardecía. En las casas empezaron a encenderse las luces. Como sucede en una ciudad desconocida, nos sentimos un poco tristes y solas.

Pero a la entrada del *Nacional* nos esperaba Víktor Pávlovich Noguín.

- ¿Dónde han estado ustedes? –dijo-. Vamos inmediatamente a ver a los Smidóvich, allí les esperan.

Los Smidóvieh eran una numerosa y unida familia, compuesta de muchos hermanos, hermanas y primos carnales. A esta familia pertenecía mucha gente destacada: los magníficos bolcheviques Sofia Nikoláievna y Piotr Guermoguénovich Smidóvich, el escritor Veresáev.

En un tranvía lleno hasta los topes llegamos a un callejón no lejos de Pliuschija. Una casa baja, de madera, con los suelos sin pintar y fregados hasta dejarlos blancos como la leche. El comedor. De cadenas de bronce colgadas del techo pende una gran lámpara eléctrica -que antes fuera de petróleo- con un depósito de porcelana azul y una abertura en la pantalla. Hierve un enorme samovar. Los dueños reciben con particular cordialidad a los huéspedes y les obsequian con té y buñuelos. Sobre la puerta suena casi sin cesar la campanilla: incesantemente llegan nuevos invitados.

Todos están muy animados: Moscú vive hoy un día extraordinario: es el aniversario de la Revolución de Febrero, a Moscú se ha trasladado el Gobierno, Vladímir Ilich ha hablado en la sesión del Soviet de Moscú. Casi todos los presentes habían estado en la sesión y se encontraban bajo la impresión de lo vivido.

"¿Han oído ustedes cómo ha hablado Ilich?" -exclamaban masticando apresuradamente los buñuelos y quemándose con el té caliente. "¡Y cómo le escuchaban!" "Al principio estaba emocionado, ¿lo notaron?" "Asombroso intelecto el suyo y admirable capacidad para destacar lo fundamental, lo decisivo". ¿Se han dado ustedes cuenta de que en la palabra "Burzhuásia" pone el acento en la a?" "Todavía dice socialdemócrata"; así se decía allá por el año 90 y él lo conserva". "Yo no le había visto desde el Segundo Congreso de los Soviets. Ha adelgazado desde entonces. Se ve que está muy fatigado. Y de todos modos, sigue teniendo esa energía suya, peculiar, indomeñable". "Sí, es cierto. Hoy estaba sentado junto a mí un obrero; era la primera vez, claro está, que oía a Lenin, y dijo: "Es un hombre flexible, revolucionario" ".

Sonó de nuevo la campanilla. Llegó Mijail Stepánovich Olrninski; grande, entrecano, guapo y con gana de broma como siempre.

Se detuvo cerca del umbral, agitó un periódico y gritó con entusiasmo:

- ¡El periódico *Izvestia*! ¡Acaba de salir! ¡El primer número en Moscú! ¡Un artículo de Lenin titulado *La principal tarea de nuestros días*! ¡Y qué articulo! ¡Un articulazo! ¡Todo un programa!

... Ahora cualquiera que haya estudiado las obras de Lenin conoce este artículo. Le sirven de epígrafe las palabras del gran poeta demócrata ruso:

¡Eres mísera y opulenta,
Eres vigorosa e impotente,
Madrecita Rusia!

Lenin había meditado este artículo en el tren, durante el viaje de Petersburgo a Moscú. La locomotora daba prolongados pitidos, tras las ventanas blanqueaban los nevados campos.

Allí, entre aquellos campos, estaba Rusia; soplaba el viento; por sus espacios esteparios se apretujaban las isbas cubiertas de paja; los niños lloraban pidiendo pan; en las fábricas las máquinas se cubrían de escarcha mortal; apenas si podían marchar los trenes, llenos de desertores y de gente con sacos; el Don ardía en el fuego de la sedición contrarrevolucionaria; desde el Sur y Oeste avanzaban los alemanes; en las embajadas extranjeras se urdían complots contra la Revolución.

Pero, al mismo tiempo, los combatientes de las primeras unidades del Ejército Rojo emplazaban en los altozanos los cañones, se atrincheraban para caso de ataque por sorpresa del enemigo; en el campo se hacía el reparto de las tierras de los latifundistas; los comités de fábrica se hacían cargo de las empresas; a la luz de candiles, obreras y obreros hambrientos, que estudiaban en las escuelas de liquidación del analfabetismo, repetían las palabras escritas con tiza en el encerado: "No somos señores. No somos esclavos".

Todas las fuerzas del viejo mundo entonaban un responso a Rusia, y Lenin planteaba al Partido, a la clase obrera, al pueblo la gran tarea: "...lograr a toda costa que Rusia deje de ser mísera e impotente para convertirse en vigorosa y opulenta en el pleno sentido de la palabra".

MOSCÚ, 1918

Lilas blancas

La primavera de 1918 llegó pronto y fue buena; A comienzos de abril ya no había nieve y la tierra estaba seca. Durante todo el mes calentó el sol; alrededor de las tumbas recientes, junto a la muralla del Kremlin, creció una espesa hierba esmeraldina. Sobre los canteles del 1° de Mayo, que adornaban la ciudad, tronó la primera tormenta.

En mayo las lilas florecían impetuosamente, como nunca se había visto en Moscú. Quizá fuera aquél un buen año de lilas; pudo suceder que nadie las podara y por ello crecieran tanto. El hecho es que estas flores, de tonalidades lila, azul-grisáceas y blancas, cubrían con sus exuberantes racimos los arbustos en el jardín de la Plaza del Teatro y en los bulevares moscovitas. Las lilas se vendían o se cambiaban. Niños harapientos y flacos tendían implorantes a los transeúntes brazadas de lilas frescas, recién cortadas, pidiendo a cambio una rebanada de pan o un puñado de mijo.

Una temprana mañana de mayo me encaminaba al trabajo. Durante la noche había llovido y los charcos reflejaban miles de soles. En la esquina estaba una muchacha con una cesta de flores. Su agobiada figurilla denotaba tanta desesperación que no pude contenerme y le entregué el último pedazo de pan que me quedaba a cambio de un ramillete de lilas blancas.

Trabajaba por entonces con Yákov Mijáilovich Sverdlov en el Kremlin. La presidencia del Comité Central Ejecutivo ocupaba tres pequeñas habitaciones en el segundo piso del Edificio de Disposiciones Judiciales. A la izquierda se encontraba el despacho de Sverdlov, a la derecha el de Varlaam Alexándrovich Avanésov, secretario del Comité Central Ejecutivo. En la habitación del centro, que se comunicaba con las otras, estábamos Grisha, el ordenanza y yo. Los muebles eran mesas y sillas de oficina con altos respaldos. En las paredes quedaban las oscuras huellas rectangulares que dejaran los retratos de los zares.

En lugar de escribanías había ordinarios tinteros de vidrio. Tan sólo en la habitación de Yákov Mijáilovich había, sin que nadie supiera quién los había puesto allí, un voluminoso pisapapeles y un jarrón de porcelana con un paisaje del castillo de Chillon en el que decidí colocar las flores.

Cuando entré, Yákov Mijáilovich estaba ya en su gabinete y hablaba por el teléfono oficial con el Consejo de Comisarios del Pueblo.

- Sí, Vladímir Ilich -decía-. Ahora acabo de llegar del Comisariado del Pueblo de la Alimentación... -Sin mirar al cuaderno de apuntes mencionaba en puds y libras las cantidades de cereales recibidos-... Hoy toca suministrar a Petrogrado que lleva dos días sin abastecimiento... En Moscú no daremos nada mañana, y pasado sacaremos de donde sea a razón de medio cuarto de libra... Las noticias de Kostromá son malas, verdaderamente desastrosas. Hace ya tiempo que se comieron la simiente; ahora comen tortas de orujo y corteza de abedul...

Mientras tanto, puse agua en el jarrón y coloqué en él las flores. Yákov Mijáilovich las miró y, prosiguiendo la conversación telefónica, dijo de repente:

- Florecen las lilas, Vladímir Ilich. Unas lilas magníficas. ¡Qué le hubiera costado a ese viejo Dios hacer las cosas al revés: que las lilas florecieran en agosto y el centeno madurase en mayo!

Gachas "con nada"

Grisha, el ordenanza, olió las flores.

- ¿Sabes lo que comería ahora? -dijo-. ¡Patatas con aceite! Pero vertiendo el aceite en un cuenco, echarle sal y mojar allí con las patatas.

Miré por la ventana. La sombra del cañón situado a la entrada del Arsenal caía a la izquierda, o sea que quedaba todavía mucho tiempo hasta la hora de la comida. Por el patio empedrado de adoquines un hombre vestido de uniforme recamado en oro reluciente al sol, iba dando con solemnidad grandes pasos con sus zancudas piernas. Incluso desde lejos se adivinaba la altiva y fría expresión de su semblante. Era el conde von Mirbach, embajador alemán que venía al Kremlin para presentar las pretensiones de turno de la Alemania del Kaiser a la Rusia Soviética.

Llamaban sin cesar los teléfonos, se sucedían unos a otros los visitantes, llegaba correspondencia. Al fin, el viejo reloj con péndulo de cobre del despacho de Avanésov, dio un sonoro y acompasado golpe: ¡La una, la hora del almuerzo!

El comedor estaba en el mismo edificio, en una oscura habitación situada junto a la cocina. Para llegar hasta allí era necesario recorrer interminables pasillos y escaleras. La comida consistía siempre en lo mismo: sopa de arenques con legumbres secas y gachas de mijo, que suscitaban la eterna disputa filológica de si eran gachas "con nada", gachas "sin todo" o gachas "sin nada".

La vajilla era por el contrario de una rara variedad: escudillas, platos y calderetas, cacharros de arcilla, loza, hojalata, porcelana e incluso de plata. A veces se comía la sopa en una escudilla de arcilla con cuchara de plata y a veces se comía con gusto gachas con una cuchara de madera en un finísimo plato, que podía ser incluso de porcelana de Sevres.

Allí comían todos: Comisarios del Pueblo, personal del Consejo de Comisarios del Pueblo y del Comité Central Ejecutivo y visitantes del Kremlin.

En aquel lugar, sentados alrededor de una mesa de madera sin pintar se podía oír hablar en idiomas extranjeros: allí venían también camaradas llegados a la Rusia Soviética desde el extranjero, ex prisioneros

de guerra que se habían hecho bolcheviques, emigrados políticos, como los húngaros, Bela Kun y Tibor Szamuelly, el polaco Julian Marchlewski, el suizo Platten, los franceses Jeanne Labourbe y Jacques Sadoul, el americano Robert Minor, el alemán Hugo Eberlein, un camarada chino que se nombraba Sasha.

Casi a diario venía a comer el Comisario del Pueblo de Abastos, Alexandr Dmítrievich Tsiurupa. Recibía su comida, ponía cuidadosamente los platos sobre la mesa y comía hasta la última migaja, incluso aunque la sopa fuera líquida del todo y las gachas de mijo estuvieran amargas. Luego, permanecía un poco sentado, y ponía sobre sus rodillas las amarillentas y huesudas manos, faltándole, evidentemente, las fuerzas necesarias para incorporarse.

Hablaba en voz baja, sorda. Daba la impresión de ser un hombre de carácter suave, condescendiente. Pero con qué férrea voluntad resonó su voz cuando, entre los gritos y alaridos de los socialrevolucionarios de derecha y los mencheviques, que exigían la libertad de comercio y la elevación de precios de los cereales, en beneficio de los kulaks, Tsiurupa declaró que el Poder soviético nunca renunciaría al monopolio de los cereales.

Yákov Mijáilovich no iba al comedor: los Sverdlov tenían niños pequeños y por este motivo llevaban la comida a casa. También la llevaba la familia Uliánov. Pero el propio Vladímir Ilich frecuentaba el comedor. De ordinario venía con algún camarada, bien para alimentarle un poco más, bien con el fin de dedicar unos minutos más a hablar con él. Algunas veces, allí mismo, en el comedor, retiraba el plato y hacía anotaciones o escribía un telegrama. Así lo hizo, por ejemplo, una vez que vino con Ivanov, viejo obrero de la fábrica Putílov, y puso un telegrama a los obreros de Petrogrado.

"... ¡Camaradas obreros! Recordad que la Revolución pasa por un trance crítico. Recordad que la Revolución la podéis salvar *solamente vosotros*: nadie más.

... la causa de la Revolución, la salvación de la Revolución está en vuestras manos.

El tiempo apremia: al mes de mayo, excesivamente duro, le sucederán junio y julio, aún más duros, y posiblemente todavía parte de agosto".

Pero por muy difícil que fuera la situación, en el comedor la gente siempre bromeaba y reía. La conversación era de ordinario general, y a veces, cuando se mezclaban en ella los visitantes, tomaba el cariz más inesperado.

El día que vino al comedor con Ivanov, el obrero de la Putílov, Vladímir Ilich empezó a hablar de la necesidad de atraer al Partido a los obreros y a los campesinos pobres. Un campesino barbirrojo, de penetrante mirada, que comía sentado frente a él, dijo de pronto:

- No, camarada Lenin, no se puede obrar así. Es imposible pertenecer a un solo partido.

- ¿Por qué es imposible? -dijo asombrado Vladímir Ilich.

- Porque cada uno de nosotros lleva dentro varios partidos.

- ¿Cómo es eso?

- De lo más sencillo. Yo, por ejemplo. Si me dicen: "Ve a luchar contra los alemanes", responderé: "No voy". Por tanto resulta que soy bolchevique. Y si me dicen: "Entrega el trigo", yo diré: "No lo doy". Y en tal caso me comportaría como un socialrevolucionario. Y es posible que si me preguntan algo más haya en mí también un menchevique.

¡Había que oír las carcajadas de Vladímir Ilich!

Esta conversación tuvo una continuación original.

... A los tres meses del atentado contra Vladímir Ilich, seguían recibiéndose, procedentes de todos los confines del país, cartas, telegramas, resoluciones de reuniones y asambleas campesinas, en los que se expresaba el deseo de un pronto restablecimiento, y el odio hacia quienes habían atentado contra él. Entre otras, se recibió una resolución de la asamblea habida en una aldea perdida, creo que de la provincia de Perm o de Viatka. Con la carta enviaron un tarrito de manteca.

"...Enviamos un saludo de todo corazón al camarada Lenin -se decía en la resolución-. Que no piensen las bestias de presa del capital que van a estrangular la Revolución obrera y campesina armando la mano de asesinos a sueldo. El traicionero disparo hecho contra el camarada Lenin no ha sembrado confusión en nuestras filas; por el contrario, ha encendido en ellas la sed de venganza. Los campesinos decimos a todos los que quieran oírlo: "Que no aparezcan ante nosotros las fuerzas de la contrarrevolución; y si aparecen y levantan su siniestra cabeza contrarrevolucionaria, que sepan que tenemos ya preparada la tumba para ellos". ¡Enviamos un caluroso saludo al Ejército Rojo Soviético y afirmamos que arrebataremos el pan a los kulaks, daremos de comer a los combatientes del Ejército y a sus familias y organizaremos células de comunistas bolcheviques, para que se pongan en práctica acertadamente todos los decretos. Cúrese, querido camarada Lenin, líder de la Revolución mundial, y coma usted gachas, pero no "con nada", sino con manteca, para que se restablezca lo antes posible por el bien del proletariado mundial. ¡Viva la inexorable guerra de clases! ¡Viva el Poder soviético!".

El triangulo de cartón

Hacia el veintitantos de mayo se recibió en la Cheka una petición de Nífonov, obrero de la fábrica *Kauchuk*, al que para estrechar a la burguesía habían alojado en la casa N° 1 de la travesía Molochni. Nífonov notificó que en esta casa había una clínica

privada, que era visitada por unos señores sospechosos, los cuales "no tienen aspecto de enfermos, sino de oficiales con tratamiento de usía."

Por aquellos días, una joven moscovita pidió a un conocido suyo, comandante del Regimiento letón que custodiaba el Kremlin, que comunicase al camarada Dzerzhinski que, para fecha próxima, en Moscú, se fraguaba una insurrección contrarrevolucionaria. Se había enterado de ello por su hermana, que trabajaba en el hospital de la Comunidad de la Intercesión, y la hermana a su vez lo había sabido por un cadete hospitalizado en aquel establecimiento que se había enamorado de ella. El cadete estaba muy excitado, decía que "todo Moscú sería regado de sangre" y le pidió que se marchara para un mes a la aldea, a fin de no poner en peligro su vida.

Se vigiló estrechamente al cadete. Se constató que visitaba con frecuencia una casa de la travesía Mali Lióvshinski, número 3, apartamento 9, y que en este lugar se reunía constantemente mucha gente. Se acordó practicar detenciones. Al llegar allí el grupo encargado de ello descubrió en el piso a trece ex oficiales de los regimientos de la guardia. Durante los primeros interrogatorios los detenidos se negaron a hacer declaraciones, trataron de salir del apuro, mintieron. Se consiguió establecer tan sólo que pertenecían a una organización contrarrevolucionaria denominada: "Unión para la defensa de la patria y la libertad".

Durante el registro se recogió del suelo un escrito hecho trizas. Se unieron los pedazos en la mesa de Félix Edmúndovich Dzerzhinski quien, con Lacis, trató de restablecer su texto. Me llamaron, pues conocía idiomas, y me daba maña para descifrar rápidamente documentos extranjeros.

La nota estaba hecha alternativamente en francés y en inglés. Faltaban muchos trozos, en algunos se conservaban solamente fragmentos de frases o palabras aisladas cuya idea no era posible comprender: "triángulo", "terciopelo"; "O.K.", "As". Este "As" era el más frecuente. ¿Se trataba de algún "as" o era el comienzo de un apellido?

A pesar de todo se consiguió descifrar en lo fundamental el escrito. Ajustando cuidadosamente los pedazos rotos se estableció que era una información de la organización clandestina contrarrevolucionaria moscovita, al parecer, destinada al Don. Su autor informaba de que en Moscú actuaban dos grupos contrarrevolucionarios. Uno (al que él pertenecía) se apoyaba en un amplio bloque de partidos políticos; desde el democonstitucionalista hasta el menchevique, y se orientaba hacia las potencias de la Entente: Inglaterra, Francia, Estados Unidos de América. El segundo, considerando que el desembarco de los aliados en Rusia era pura fantasía, había establecido contacto con el embajador alemán, conde Mirbach. Según los cálculos de este grupo contrarrevolucionario, los alemanes debían ocupar Moscú en la primera mitad de junio. El autor del escrito acariciaba esta perspectiva. La renuncia a utilizar a los alemanes la calificaba de "probidad estúpida" y razonaba de la manera siguiente: que los alemanes ocupen Moscú y derriben a los bolcheviques y etilos, los partidarios de la Entente, declararán entonces la guerra a los alemanes y abrirán el frente en el Volga.

Cuando se descifró este pasaje, Dzerzhinski tuvo un gesto de asco.

- ¡Qué canallas! Judas es un cachorrillo comparado con ellos...

Retiró con repugnancia los trozos de papel, se pasó la mano por el rostro y dijo, dirigiéndose a Lacis:

- La situación, Martín Yánovich, es muy peligrosa. Hay que actuar inmediatamente...

¡Y qué coincidencia tan inverosímil! A mi regreso de la Cheka me encontré en la plaza del Teatro, a mi compañera de colegio Angelina Derental, a la que no veía desde hacía tres años. Se alegró mucho de verme. Me dijo que había muerto su madre y que ella y su hermana Ariadna se habían trasladado a Moscú, a casa de su famoso hermano Zhenia. Este había sido viceministro del Gobierno Kerenski; ahora se había reintegrado a la abogacía.

Angelina me invitó a ir con ella. Era jueves, día en que el famoso hermano recibía a sus amistades. Sentí rabia y me dije para mis adentros: "Los canallas tienen días fijos para sus recepciones". Luego pensé: "¡Iré!"

Nos abrió la puerta una doncella. Llegaban voces del comedor. Angelina me presentó: "Señores, una amiga de colegio".

Tomaban té con pastas y la conversación giraba alrededor de la tragedia de la intelectualidad rusa. Un vejete de cabellos revueltos con la barba a lo Mijailovski, sosteniendo en alto un vaso de té sin apurar del todo afirmaba que, efectivamente, se sentía culpable. El, viejo socialista ruso, se arrepentía públicamente: se consideraba, en parte, culpable de que la intelectualidad rusa hubiera sobre estimado, divinizado al pueblo, considerando que tenía contraída una deuda insaldable ante él. Y de todos modos, aunque el pueblo ruso resultó ignorante, grosero, cruel, él, viejo intelectual...

En aquel momento todos comenzaron a vociferar, gritando a porfía: "¡No había que haber matado a Rasputin!", "¡No se debía haber matado a Stolypin!", "¡No se tenía que haber dado la libertad a los campesinos!", "¡Si se colgara de un pobo a un mujik de cada tres habría orden!"

Ariadna exclamó de repente:

- ¡Si ustedes supieran, señores, lo que me hastía todo esto! Siento deseos de enrollarme como un erizo y dormir cien años, para despertarme y que alrededor

no haya bolcheviques ni mencheviques. ¡Incluso los trogloditas, cualquier cosa sería mejor!

Se acercó al piano y lo destapó, pero no se puso a tocar, sino que pasó bruscamente el puño por las teclas.

El célebre hermano Zhenia, sentado a mi lado, callaba, mirando a los presentes con fría y calculadora mirada. Luego sacó una cigarrera de plata, la abrió para tomar un cigarro y vi metido tras la goma un triángulo de cartón con las iniciales "O.K." marcadas claramente. Eran las mismas letras que más de una vez aparecieron en el escrito de los contrarrevolucionarios que actuaban en la clandestinidad.

¡Así que éstos eran los asuntos de que se ocupaba el famoso hermano!

"La Montaña" y "La Gironda"

Iván Ivánovich Skvortsov-Stepánov estaba con Yákov Mijáilovich.

Marxista instruido, hombre de amplios y multifacéticos conocimientos, incluso ahora, quitándole horas al sueño, escribía un libro acerca de Marat.

- Algún día -decía- los futuros historiadores estudiarán de la misma manera nuestra época. Cuando lean las actas de las sesiones del Comité Central Ejecutivo de Rusia pensarán seguramente en la Convención Nacional de la Gran Revolución Francesa. Dispondrán de un material clásico para confrontar y contraponer los dos tipos de revolución: la burguesa y la proletaria. ¡Cuántas cosas profundas e interesantes descubrirán, aunque sólo sea comparando a los girondinos y a los montagnards de la Revolución Francesa con la Gironda compuesta por los mencheviques y socialrevolucionarios de derecha, la Charca, formada por los S.R. de izquierda, y la Montaña bolchevique de nuestros días! Examinando aunque sólo sea el aspecto puramente externo, la sala de sesiones de la Convención Nacional y- la del Comité Central Ejecutivo, comprenderán la razón que asistía a Victor Hugo al decir que cada idea necesita expresión externa, cada principio precisa de la envoltura visible que le corresponde...

En la novela *El año 93* Victor Hugo hizo una elocuente descripción de los atributos con que la Convención Nacional Francesa ornamentó su sala de sesiones en el Palacio de las Tullerías: enormes banderas tricolores que se apoyaban en una especie de altar con el rótulo *Ley*; el texto de la *Declaración de derechos* dibujado en un tablero; unas enormes fasces de lictor de la altura de una columna; estatuas colosales colocadas de cara a los diputados: Licurgo, a la derecha del Presidente, Solón a la izquierda, Platón sobre los escaños de la Montaña.

El Comité Central Ejecutivo de Rusia, que fue Asamblea constituyente y legislativa y Convención de la Gran Revolución Proletaria, eligió para sus sesiones el primer local que encontró, ventajoso por estar situado en el centro de Moscú, hallarse libre y sin que nadie lo necesitara. Se habilitó la sala del restaurant *Metropol*. Eso era lo de menos. Lo que hacía falta era que estuviera preparada cuanto antes. Había que sacar las mesitas, colocar sillas. Era necesario colocar una mesa grande para la presidencia en el estrado donde tocaba Ia orquesta y traer de algún sitio la tribuna para el orador.

Allí no había estatuas, galerías ni palcos. La Montaña y la Gironda de la revolución rusa se sentaron en una fila, en sillas iguales, separadas en unos lugares para dejar paso y, en otros, pegadas las unas a las otras. Los bolcheviques ocupaban los lugares situados a la izquierda de la presidencia, los socialrevolucionarios de izquierda tomaban asiento en el centro, los mencheviques y los S.R. de derecha se situaron en el ala diestra de la sala.

Las sesiones se celebraban una o dos veces por semana. Comenzaban de ordinario a las nueve o las diez de la noche y terminaban cerca de las doce. Sverdlov presidía siempre.

Antes de las sesiones plenarias del CECR, se reunía la fracción bolchevique en el local vecino del antiguo café *Metropol*.

En las reuniones de la fracción reinaban siempre el ruido y la animación. Las cuestiones se resolvían rápidamente, aunque no faltaban acalorados debates. Se votaban las tesis fundamentales del informe o resolución que se pensaba presentar al CECR, se designaba a los oradores. Dimitri Zajárovich Manuilski divertía a todos, representando con asombrosa maestría a Carlos Kautsky, quien con enorme monotonía trataba de demostrar que la Revolución de Octubre se había hecho "no de acuerdo con Marx", y por ello los bolcheviques eran excomulgados por la sagrada iglesia de la II Internacional y serían arrojados al infierno, donde en lugar de ser asados en la parrilla se les debería aplicar un castigo aún más atroz para ellos: ¡la lectura en alta voz de las obras del propio Kautsky, de Víctor Adler y de Eduardo Bernstein!

Finalizada la sesión de la fracción se encaminaban todos a la sala. Presidía Sverdlov. Vladímir Ilich, si no tenía que informar, se sentaba en cualquier lugar, a un lado, en los peldaños, leyendo algún papel y atendiendo al mismo tiempo al que estaba en el uso de la palabra.

Sverdlov declaró abierta la sesión del CECR y empezó a dar lectura al orden del día. Al instante, como impulsado por un muelle, Mártov saltó del asiento y, con voz ronca, protestó de que en el orden del día figurasen las cuestiones que habían sido incluidas y de que faltaran las que no habían sido incorporadas al mismo. Kogan Bernstein, líder de los S.R. de derecha, enderezó desde su asiento un

discurso sobre la dictadura y la democracia. Los S.R. de izquierda se ponían como furias con los de derecha y los mencheviques, pero se negaban a apoyar a los bolcheviques. Sujánov, que se titulaba "menchevique-internacionalista", estirando las piernas y echándose sobre el respaldo de la silla, lanzaba mordaces réplicas. Los bolcheviques gritaban: "¡Al asunto!, ¡Al asunto!"

Por fin, fue aprobado el orden del día. Se concedió la palabra para informar a Lenin, Tsiurupa, Sverdlov y Gukovski, vicecomisario del Pueblo de Finanzas. La sala continuó alborotando. Interrumpían al informante con gritos desde los asientos. A veces la algazara se convertía en duelo de palabras entre el orador bolchevique y la oposición menchevique y socialrevolucionaria.

Comenzaron los debates. Mártov subió a toda prisa a la tribuna.

- El ciudadano Lenin -comenzó diciendo- ha hablado como un Quijote, como un hombre que cree que basta la conquista del poder político para implantar el socialismo... Pero ni un solo socialista alemán ha pensado ni imaginado nada semejante… Incluso el partido obrero inglés, el cual... Si se tratara de un país avanzado, como los Estados Unidos... La masa que ha tomado el poder en nuestro país se compone de un proletariado cuyas condiciones sociales no han madurado todavía para ejercerlo en el sentido de la dictadura socialista...

Luego subió a la tribuna el rechoncho Dan, vestido con guerrera de médico militar.

- En nuestro, gracias a Dios, no Parlamento... -comenzó burlonamente su discurso.

A continuación, se concedió la palabra a Sujánov. Torciendo el largo y amarillento rostro, dijo con monótono acento rencoroso:

- Si hemos de enjuiciar las tareas presentes, pueden formularse en una consigna que si ahora no la apoya toda Rusia, mañana la apoyará todo el país. Esta consigna dice: "¡Abajo la autocracia de los guardias rojos y viva el régimen democrático!"

En la sala se armó gran alboroto. Los bolcheviques saltaban de sus asientos, exigían que se llamara al orden al orador. Sujánov gritó algo con voz aguda y cortante. Sverdlov agitó en alto la campanilla y dijo:

- ¡Se concede la palabra al camarada Lenin!

Vladímir Ilich subió diligentemente a la tribuna, sacó el reloj de bolsillo, lo colocó delante de él y desplegando las pequeñas hojas, en que había tomado sus notas, comenzó a hablar.

¡El trabajo marcha!

Hacía medio año que Vladímir Ilich, en las palabras finales para su libro *El Estado y la Revolución*, había escrito lo siguiente: "es más agradable y provechoso vivir la "experiencia de la revolución" que escribir acerca de ella".

Ahora se entregaba por completo a "vivir" esta "agradable y provechosa" experiencia. En cada una de sus palabras, en cada movimiento, se dejaba sentir la exuberante energía de un hombre que se sentía totalmente feliz de su difícil e intensa vida.

Durante una sesión se sentó a su lado un camarada de los Urales y le contó que los obreros de una vieja fábrica situada no lejos de Kishtim habían sacado en una carretilla al administrador del viejo dueño y elegido a su director. Una vez en el despacho, el nuevo director obrero, antes de sentarse en el sillón, extendió sobre él una toalla limpia y explicó: "El sillón es ahora del pueblo". Vladímir Ilich escuchó el relato y dijo con satisfacción:

- ¡Derribar a la burguesía es formidable!

Vladimir Ilich acababa de cumplir 48 años. Era fuerte, robusto, ágil. Sus gestos y entonaciones eran fogosos y enérgicos. Los movimientos, precisos, rápidos, expresivos. Al hablar desde la tribuna, se inclinaba impetuosamente hacia adelante, echaba las manos hacia atrás o abría los brazos en el aire y daba la sensación de ser un experto patinador, un nadador. Para un hombre de su generación, en la que el deporte no estaba de moda, la afición al ejercicio físico propia de Vladímir Ilich era una manifestación de las cualidades específicas de su carácter.

Cualquiera que con él se encontrara percibía el vigor extraordinario que emanaba de su persona.

En cierta ocasión, en los comienzos de la primavera del año 1918, a raíz del traslado del Gobierno soviético a Moscú, vino a ver a Vladímir Ilich una delegación de obreros de la central eléctrica de Moscú. A su regreso, los delegados convocaron una asamblea a fin de informar de la conversación sostenida con Lenin. Entre la multitud se oyó una voz: "¿Y cómo es Lenin?"

El jefe de la delegación reflexionó, luego respondió con aplomo:

- Yo calculo que llega aproximadamente al millón de voltios.

Es necesario recordar la Rusia de entonces, con sus centrales de poca potencia, en las que apenas palpitaba la vida, para comprender lo que significaba "llegar al millón de voltios".

Era un hombre de grandes ideas, nunca secas, frías, sin vida, que se desarrollaran por sí solas; sus pensamientos estaban plenos de sentido, de pasión, de acción, de fogoso temperamento. Era el pensamiento audaz del luchador, del revolucionario. Y a este pensamiento, que le dominaba constantemente, se supeditaba todo él.

Una vez, seguramente a mediados de junio, Vladímir Ilich y Nadiezhda Konstantínovna marcharon a pasar la tarde del sábado a la casa de campo, no lejos de Tarásovka, Y me llevaron con ellos. Después de la cena, fuimos a pasear. Se pegaron a nosotros unos chiquillos de los campesinos

que llevaban un gracioso perrito de lanas.

Vladímir Ilich ideó un juego, como si el cachorrillo fuera un enorme perro de presa, capaz de derribar a un hombre con sólo tocarle con las patas. Echó a correr; el perrillo ladraba y le agarraba. Vladímir Ilich cayó en la hierba y los chiquillos se echaron, gritando, encima de él. Parecía que se hubiera olvidado de todo lo que ocurría en el mundo, salvo de aquella bulla.

Así llegamos al lindero del bosque. Allí había un roble carbonizado, fulminado por un rayo.

Vladímir Ilich miró al roble y al instante se transfiguró por completo. Apretando los puños, como si tratara de golpear a un adversario que discutiera con él, dijo:

- No, a nosotros no ha de ocurrirnos eso. Sabremos eludir el curso ordinario de revoluciones como las de 1794 y 1849, ¡y venceremos a la burguesía!

Frecuentemente se operaban en él inesperados cambios de pensamiento y lejanas asociaciones. Las taquígrafas se encontraban con dificultades para, descifrar los textos de sus discursos y para él era un tormento mayor aún corregir tantas tonterías como ellas escribían a veces.

Era asombrosa su destreza para conversar simultáneamente con varios interlocutores. De súbito, hacía preguntas rápidas, breves, a todos, exigiendo respuestas claras y exactas y, al instante, volvía a hacer nuevas preguntas:

- ¿Ha tomado usted medidas? ¿Cuáles? ¿Cuándo? ¿Qué día y a qué hora?

O bien:

- ¿Lo han comprobado ustedes? ¿Cuánto? ¿A quién ha sido entregado? ¿Quién responde de ello?

Su discurso, especialmente cuando abordaba las cuestiones más cardinales, para realizar tareas que a otros les parecían imposibles e irrealizables, o cuando lo impelía la ira, era de lo más expresivo:

- Apretad con más rabia... Con todas las fuerzas... Con energía... Con superenergía... Con energía ultrarrabiosa...

- Inmediata e incondicionalmente... Nada de aplazamientos... Medidas resueltas... Medidas despiadadas... Las más draconianas...

- Esto es un caos de cifras... Montones de cifras, de materia prima sin digerir... Las cifras crudas os dominan, y no al revés...

El asunto es insignificante y resulta ridículo dedicarle ni siquiera una hora. Rutinarismo... Pseudocientifismo... Carroña...

- Es la ultradesvergüenza... Archiinútil. .. Archimentira...

- ¡Nada de práctico!... ¡Bagatelas! ¡Nimiedades!... Tetraos soñolientos... Han echado a perder el asunto... Eso es negligencia y no dirección.

- Esto no es marxismo, sino idiotismo izquierdista… Histeria intelectual... Melindres de señorita... Idiotismo puro...

Si se reía, lo hacía con toda el alma, pero si se irritaba, se ponía furioso. No habla piedad para nadie.

Esta ira, despiadada, furiosa, de ordinario no la suscitaban las acciones de los enemigos de clase: hacia ellos se mantenía latente en su alma un rescoldo de odio permanente. Lo más frecuente era que las explosiones de ira las provocaran el burocratismo desalmado y la falta de atención a las necesidades del pueblo y a la causa de la Revolución por parte de ciertos funcionarios de los Soviets.

En cuanto tenía conocimiento de hechos semejantes cursaba un telegrama a los culpables:

"El Comité de 42 organizaciones de obreros hambrientos de Petrogrado y Moscú se queja de su desorden. Exijo de Vd. la máxima energía, que no aborde de manera formal los asuntos y socorra por todos los medios a los obreros hambrientos. En caso de incumplimiento, arrestaré a todo el personal de sus establecimientos y lo entregaré a los tribunales. He cursado una disposición urgente para que se aumente el número de locomotoras y vagones. Debe cargar inmediatamente los dos trenes que tiene, a razón de 30 vagones cada uno. Telegrafíe dando cuenta del cumplimiento.

Está Vd. obligado a recibir el trigo de los campesinos durante el día y la noche. Si se confirma que después de las 4 cesa la recepción, obligando a los campesinos a esperar hasta la mañana siguiente, será usted fusilado.

El Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo Lenin.

Lenin escuchaba atentamente a cuantos se le acercaban y luego recordaba a menudo a las personas que había recibido, entusiasmándole su hondo juicio popular.

-... Le escuché con verdadero agrado cuando refirió cómo había intervenido en la asamblea: "Basta -dijo- de implorar la salvación contra el hambre, la espada y el fuego, y vamos a requisar el grano a los kulaks, a hacer tejas para nuestras casas y a inscribirnos en el Ejército Rojo".

Tras de oír palabras rusas, certeras y adecuadas, las repetía; como si se deleitara en ellas y las mirase por todos los lados; y de pronto, recordaba estas palabras en la conversación con los camaradas:

-... Y en esto me dice: "Antes iba a la fábrica a doblar el espinazo, ahora voy a enderezarlo".

-- "Dicen que el pueblo ha descubierto un nuevo talento: el talento de vencer".

-... Y decía con voz de bajo y recalcando la "o": "Fui al Glavtop, al Volgotop, al Centrotop. Pataleé y pataleé, pero sin combustible me quedé"[4].

-... Y refiere: "Algunos kulaks aguardan la caída

[4] Top: denominación abreviada de "tóplivo", combustible.

del Poder soviético. ¡Pero no lo verán sus ojos, como el cerdo no verá nunca sus orejas!"

Amaba mucho al pueblo. No a cierto Pueblo con letra mayúscula, ficticio, atusado y bien peinado, sino al verdadero pueblo, lleno de vida, al que trabaja y sufre, unas veces grande y otras débil, al pueblo compuesto de millones de personas sencillas que hacen la historia de la humanidad.

Un atardecer, probablemente del mes de junio, me encontraba en la plaza frente al Soviet de Moscú. Hacía poco que se había demolido el monumento a Skóbelev y, en el lugar en que debía erigirse el obelisco a la Libertad, habían montado un entarimado. Estaba hablando un obrero ya entrado en años, que era escuchado atentamente por la multitud que le rodeaba.

- El kulak ha engendrado al especulador, decía. El especulador ha traído el hambre, el hambre nos ha traído el desbarajuste. Por lo tanto, hay que arrancar la raíz y así acabaremos con las ramas.

- ¡Eso es precisamente! -oí decir a una voz conocida-. ¡Hay que arrancar la raíz!

Volví la cara. Vladímir llich, con su abrigo rozado y su gorro, se había fundido con la muchedumbre.

A su lado estaba Nadiezhda Konstantínovna. Vladímir Ilich le dijo:

- Con qué exactitud y acierto ha formulado la clave de la cuestión. ¡He ahí de quién deben aprender nuestros agitadores e informantes!

Lenin envidiaba a las personas que podían viajar por todo el país. Hablaba de buen grado y con alegría en las amplias asambleas de masas, bien se tratara de mítines o de reuniones conjuntas del CECR y el Soviet de Moscú, de comités fabriles, sindicales y otras organizaciones obreras que se celebraban una o dos veces al mes en el Gran Teatro.

Al hablar en estas reuniones solía permanecer poco tiempo en la tribuna, pues en ella se sentía separado del auditorio. Salía al proscenio, se metía las manos en los bolsillos, andaba por la escena, se acercaba al extremo de la rampa, hablaba directamente a la sala, como si se dirigiese a cada uno de los presentes por separado, aconsejándose de él, convenciéndole, conversando con él como con un camarada, con un amigo, despertando en él los más elevados y nobles sentimientos, formulando las tareas planteadas ante el Partido y el pueblo.

- El tema a que tengo que referirme hoy es esta tremenda crisis... Y de esta crisis, del hambre que se nos echa encima debo hablar, de conformidad con la tarea que tenemos planteada con motivo de la situación general.

Habló de las causas del hambre, de cómo, a causa del hambre, de un lado, estallaban sublevaciones y motines de gente atormentada por ella y de otro, se propagaban como un incendio, de un confín a otro de Rusia, insurrecciones contrarrevolucionarias, sostenidas con el dinero de los imperialistas anglo-franceses y los esfuerzos de los socialrevolucionarios de derecha y los mencheviques.

- ¿Qué vía existe para combatir el hambre? -preguntaba Lenin. Y archiconvencido de su justeza contestaba-: La unidad de los obreros, la organización de destacamentos obreros, la organización de los hambrientos de las zonas no agrarias que padecen hambre. A ellos les llamamos en ayuda... y les decimos: a la cruzada por el pan, a la cruzada contra los especuladores, contra los kulaks...

En aquellos momentos, cada ademán de Lenin estaba saturado de voluntad, de energía, tendía a un fin. Y toda la sala, a excepción del pequeño grupo que se hallaba en el rincón de la derecha, vivía al unísono con él, con sus sentimientos y su pensamiento en tensión.

Mas he aquí que Lenin se dirigía a los mencheviques y a los S.R. de derecha. Y en él despertaba de súbito el polemista furioso. Caía despiadadamente sobre ellos como traidores de la Revolución; hablaba de su cobardía, de su mezquindad y de su servilismo ante la burguesía; demostraba que se hallaban impregnados de los miasmas del cadáver de la sociedad burguesa en descomposición. Sus palabras rebosaban ira, desprecio y odio, sarcasmo demoledor.

- ¡Que graznen los mentecatos "socialistas" -exclamó-, que se irrite y enfurezca la burguesía! Únicamente los que cierran los ojos para no ver y se tapan los oídos para no oír, pueden dejar de observar que en todo el mundo han empezado las convulsiones del parto de la vieja sociedad capitalista, preñada de socialismo… Tenemos derecho a enorgullecernos y considerarnos felices por el hecho de que nos haya tocado en suerte ser los primeros en derribar, en un rincón de la Tierra, a la fiera salvaje, al capitalismo, que anegó el mundo en sangre y llevó a la humanidad al hambre y al embrutecimiento y que ineludiblemente perecerá pronto, por brutalmente monstruosas que sean las manifestaciones de su furia en la agonía.

En aquella hora, en que la República Soviética atravesaba uno de los más duros períodos de su historia, Lenin se dirigió a los trabajadores, hablándoles con un optimismo desbordante de fe en el triunfo:

- Camaradas: el trabajo ha marchado y continúa marchando... A trabajar todos juntos. Venceremos al hambre y conquistaremos el socialismo.

El viático

Es de noche. Por la tierra se extiende un tenue manto de niebla. Pero en el cielo no hay tranquilidad. Llamaradas azules iluminan el horizonte. O son relámpagos sin trueno o es el resplandor de un lejano tiroteo.

Hoy, 29 de mayo, todos los miembros de la organización del Partido de Moscú están movilizados. En los comités de distrito del Partido les han dividido en destacamentos. Al nuestro le ha correspondido patrullar Vozdvízhenka y Arbat: desde el Kremlin hasta el mercado de Smolensk.

A las dos de la madrugada vimos a un sacerdote con sotana que, procedente de la Molchánovka, cruzaba Arbat. Delante de él marchaba un chiquillo con vestimenta eclesiástica.

Llamamos al sacerdote. Este se detuvo. Cuando nos aproximamos nos explicó que se dirigía a administrar el viático a un agonizante.

No sé por qué, pero infundió sospechas a nuestro comandante. Aunque había claridad, como sucede en las noches de mayo en Moscú, el comandante encendió de pronto la linterna eléctrica, enfocó el rostro del sacerdote y le agarró la barba. Esta se desprendió. El falso sacerdote dio un salto atrás tratando de huir, pero fue atrapado. Le conducimos a la Lubianka.

La comandancia estaba repleta de gente. Constantemente llegaban coches con detenidos. Aquella noche fue liquidada la organización contrarrevolucionaria "Unión para la defensa de la patria y la libertad".

Su Estado Mayor Central se encontraba en Ostózhenka, en la travesía Molóchnaia. Los conjurados habían formado una organización con ramificaciones, dividida en grupos de cinco personas rigurosamente clandestinos. Cada miembro de la organización conocía a otros cuatro, y a nadie más. Las entrevistas se celebraban en apartamentos clandestinos; de consigna servía un triángulo recortado de una tarjeta de visita con las iniciales "O.K."

- Su técnica conspirativa está muy depurada -dijo Félix Edmúndovich Dzerzhinski al hablar de la marcha de las investigaciones acerca del complot-. No parece que sea de oficialitos... Aquí se adivina otra mano.

Y, efectivamente, en los interrogatorios, los detenidos manifestaron que a la cabeza del complot había alguien muy importante, cuya actuación era rigurosamente clandestina, conocido por los conjurados de filas sólo por el apodo de "As". Los que le habían visto contaban que era de estatura más que regular, moreno, con bigotito recortado, de tez oscura; al hablar miraba por encima al interlocutor; su andar era lobuno, iba con la cabeza gacha, prestando oído.

Por esta descripción no era difícil reconocer a Borís Sávinkov.

"Continua la sesión…"

El 14 de junio, solicitó ser recibida urgentemente por Yákov Mijáilovich Sverdlov, una mujer delgadita, de ojos azules, con un sombrerito de panamá a cuadros. Me dijo que venía de Samara, de parte de Valerián Kúibishev.

Sverdlov la recibió al instante. Conversaron largo rato. Luego oí que hablaba por el teléfono oficial con Lenin. A continuación llamó a su despacho a Avanésov. Seguidamente me encomendó poner en conocimiento de todos los miembros del OECR que por la tarde se convocaba sesión extraordinaria.

En la reunión de la fracción bolchevique se concedió la palabra a Evguenia Solomónovna Kogan. En medio del silencio general refirió con detalles la rendición del cuerpo de ejército blanco-checoslovaco en Samara, del traidor papel que durante el golpe y despues de él desempeñaron los mencheviques y los socialrevolucionarios.

La sesión del CECR comenzó a las diez de la noche. El alumbrado eléctrico era débil y se mezclaba con la difusa luz vespertina que penetraba a través del polvoriento techo encristalado.

Sobre la mesa de la presidencia lucía un quinqué que alumbraba el rostro de Lenin y la figura encogida, larga y enjuta de Mártov, sentado en la primera fila de sillas. La parte restante de la sala estaba en la penumbra, como si pusiera de relieve que los dos hombres sobre los que caía la luz eran los personajes principales del histórico drama que iba a desarrollarse.

Sverdlov agarró la campanilla, se levantó y, mirando a la sala, dijo:

- La presidencia propone incluir en la agenda de esta sesión del CECR un punto concerniente a la actuación contra el Poder soviético de partidos, que forman parte de los Soviets.

Mártov saltó:

- Y yo propongo completar el orden del día con el asunto de las detenciones en masa de obreros moscovitas, efectuadas durante la jornada de ayer.

¿Intuiría que para él y su partido era ésta la última sesión del CECR a la que asistían?

¡De seguro que sí! Experto político, no podía dejar de comprender que la historia había entrado en una nueva etapa, en la que los mencheviques no podían seguir permaneciendo en los organismos de la dictadura del proletariado. Se encontraban ya al otro lado de las barricadas. El arma de la crítica hacía tiempo que había sido sustituida por la crítica mediante las armas.

La revolución proletaria no podía seguir tolerando por más tiempo en los Soviets a quienes, en Samara, Ufá, Cheliábinsk, Omsk, Novo-Nikoláevsk y Vladivostok, organizaban golpes contrarrevolucionarios, bajo la bandera de la Asamblea Constituyente; a quienes en los centros industriales habían organizado "conferencias obreras" amañadas, que exhortaban a las huelgas y al sabotaje; a quienes se habían aliado a los guardias blancos, a japoneses, alemanes, ingleses y franceses para luchar contra el Poder soviético. No había que

tolerar por más tiempo que, en el seno de los Soviets, la contrarrevolución interpelara a la Revolución, la cubriera de lodo, difamara cada una de sus medidas, exhortara abiertamente a derrocar la dictadura del proletariado.

Tras de llamar al orden a la agitada asamblea, Sverdlov planteó la siguiente cuestión: "¿Quién está en pro de que se excluya de los Soviets a los partidos contrarrevolucionarios de los S.R. de derecha y los mencheviques?" El asunto se sometía a votación.

Los bolcheviques se levantaron y alzaron sus brazos. Los socialrevolucionarios de izquierda, como correspondía a la Charca, en parte se abstuvieron y en parte votaron en contra. Los socialrevolucionarios de derecha y los mencheviques lanzaban aullidos, pateaban, agarraban las sillas y las movían con gesto amenazador.

- El acuerdo se ha tomado por aplastante mayoría de votos -dijo Sverdlov-. Ruego a los miembros de los partidos contrarrevolucionarios excluidos de los Soviets que abandonen la sala de sesiones del CECR de los Soviets de diputados obreros, campesinos y soldados rojos.

Los mencheviques y los socialrevolucionarios saltaron de sus asientos vociferando maldiciones, contra los "dictadores", "bonapartistas", "usurpadores", "ocupantes". Mártov, con voz ronca, jadeante, agarró el abrigo, tratando de ponérselo, pero sus brazos temblorosos no acertaban a entrar en las mangas.

Lenin, de pie, muy pálido, contemplaba a Mártov. ¿Qué pensaría en aquel instante? ¿Recordaría que algo más de dos decenios atrás él y Mártov, amigos, colaboradores y compañeros de lucha, habían emprendido la senda de la revolución? ¿Vería ante sí al Mártov de la época de la vieja Iskra, al publicista y orador de talento? ¿O tendría presente otra noche de verano, catorce años atrás, cuando al discutirse en el II Congreso del Partido el proyecto de Estatutos surgió entre Mártov y él una divergencia, tan insignificante a primera vista, pero tan irreconciliable desde el punto de vista de los principios, como ha demostrado la experiencia histórica, acerca de la condición de miembro del Partido? ¿Debe ser miembro del Partido el verdadero revolucionario proletario, que entrega su vida a la causa del Partido, o el profesor o abogado, que una vez cada varios meses saca del chaleco un par de billetes de tres rublos y, en secreto, a través de segundas y terceras manos, los dona a la caja del Partido, para que otros hagan la revolución? Había transcurrido casi un decenio y medio y resultaba que una de las formulaciones para los Estatutos era el punto de partida del camino que conducía a la revolución, y la otra, a la contrarrevolución.

Mártov continuó luchando con su malhadado abrigo. En aquel momento aparecía trágico. A un socialrevolucionario de izquierda le pareció ridículo. Echándose sobre el respaldo de la silla, se reía a carcajadas y señalaba con el dedo a Mártov. Este se volvió hacia él enfurecido.

-… En vano se regodea usted, joven -dijo con voz ronca-. ¡Antes de que pasen tres meses seguirá usted nuestro camino!

Sacudió con rabia el maldito abrigo, se lo terció al brazo y marchó tambaleándose hacia la salida. Lenin, pálido como antes, le acompañó con una larga mirada. Mártov abrió la puerta y salió.

¡Habría que oír los ampulosos discursos con que la revolución burguesa hubiera acogido su victoria sobre los adversarios políticos!

- Camaradas -dijo Yákov Mijáilovich Sverdlov, agitando animoso la campanilla-: Continúa la sesión. El punto siguiente del orden del día es...

¡Recuerda!

A principios del verano del año 1918 se inauguraron los Primeros Cursos moscovitas de instrucción militar general. Se hacían en una lujosa villa señorial situada en la Travesía del Telégrafo, no lejos de Chistie Prudí. Antes había sido la sede del estado mayor del grupo anarquista "Huracán de la muerte". En el mes de abril, con motivo de desarmar a los anarquistas, la villa fue cercada; a las dos horas de tiroteo el "Huracán" se entregó. Fue arrojado de allí y el hotel se habilitó para los cursos.

La enseñanza se efectuaba, como diríamos ahora, "simultáneamente con el trabajo". Las clases eran nocturnas.

- ¡A formar! ¡Alineación derecha! ¡De dos en fondo! Al hombro... ¡armas! ¡De frente, march! ¡Un, dos, tres!

Una vez que uno ha decidido hacerse soldado del Ejército Rojo Obrero y Campesino, como dice riéndose Iván Fiédorovich Kudriashov, jefe de instrucción militar de los cursos, "debe saberlo todo". En un mes había que aprender la instrucción en orden cerrado, conocer el fusil, las ametralladoras de diversos sistemas, adiestrarse en el lanzamiento de granadas y aprender a minar.

La instrucción se hacía a veces en el patio, pero lo más frecuente era en el bulevar de Chistie Prudí. El lugar de concentración del enemigo imaginario era la Central de Correos. Desde allí, unas veces por la derecha, otras por la izquierda o por detrás aparecía la invisible caballería y era necesario desplegarse en un instante y rechazarla.

Dos veces por semana íbamos al tiro, formados y armados de fusiles: los miércoles, a la Escuela militar Alexandr, y los sábados a la Jodinka. Cuando íbamos a la Jodinka tomábamos herramientas para fortificar. Marchábamos cantando, formados, marcando con fuerza el paso. La divisa era el proverbio predilecto de Kudriashov: "¡Aunque vayas solo, estás obligado a marcar el paso!"

La instrucción se alternaba con el estudio del fusil

y de la ametralladora. A las nueve de la noche, el trompeta tocaba retreta. Todos formaban en el patio y se daba el parte a Borís Tal, jefe del estado mayor.

Después de romper filas, si se disponía de tiempo libre, podía permanecerse allí, cantar las canciones preferidas, tocar la pianola y hablar hasta la mañana siguiente si se quería. Allí se hablaba de todo; se discutía, se recitaban versos.

En cierta ocasión, nuestro comandante vino acompañado de un hombre de elevada estatura y complexión robusta, que llevaba una camisa de satén. Hay personas a las que se puede modelar de una masa cualquiera. A uno como aquél sólo se le podía esculpir en mármol.

Tendió a todos, uno por uno, su enorme y cálida mano y con voz de bajo profundo dijo:

- Mayakovski. Poeta.

Este nombre era entonces tan desconocido que alguien, extrañado, lo tomó por un seudónimo.

- ¡Vaya, le va bien! Tampoco le vendría mal llamarse Kalanchevski.

Mayakovski sonrió amistosamente, y en seguida llenó la casa con su corpachón y su honda voz de bajo.

Sin quitarse el cigarrillo de entre los dientes recorrió las habitaciones, palpó la funda de una "Maxim", dio vueltas en sus manos a una granada "limoncito", como se las llamaba, echó una mirada desdeñosa a un brillante cuadro, obra de Alexandr Benua, se detuvo ante unas máximas, inscritas a todo lo largo del muro sobre el papel pintado:

¡RECUERDA!

¡PERDER TIEMPO EN LA GUERRA ES PERDER TU SANGRE!

¡NO BASTA CON RECHAZAR EL GOLPE, ES PRECISO GOLPEAR UNO MISMO!

¡NO ES SUFICIENTE RECHAZAR AL ENEMIGO, HAY QUE ANIQUILARLO!

¡LA RETIRADA ES TU PERDICIÓN; LA SALVACIÓN ESTA EN EL ATAQUE!

¡RECUÉRDALO!

La habitación núm. 237

Unos días después de haber sido excluidos de los Soviets los socialrevolucionarios de derecha y los mencheviques, la sede del Presídium del CECR fue trasladada a la Segunda Casa de los Soviets. El motivo fue lo ocurrido a un campesino siberiano que llegó a Moscú para ver a Sverdlov.

Para entrar en el Kremlin era necesario pedir un pase en la Puerta de la Trinidad. Entonces no se había pensado todavía en las llamadas telefónicas ni en pedir informes, y la entrega de pases dependía del que estuviera de guardia en la garita. Al Kremlin llegaba la gente más diversa, desde secretarios de comités provinciales y jefes de ejército hasta peregrinas, ansiosas de postrarse de hinojos ante los iconos de las catedrales del Kremlin.

Al principio, los salvaconductos se extendían sin dificultad; pero después de descubrir el complot de la "Unión para la defensa de la patria y la libertad" y producirse la sublevación del cuerpo de ejército checoslovaco empezaron a tomarse más precauciones. En aquellos días se presentó a nosotros el mencionado campesino.

Tenía un aspecto típicamente de aldeano siberiano: alto, de esbelta figura, la barba corrida, la casaca gris. Se quitó el gorro, se paró en el umbral y alzó los ojos al rincón de la cámara buscando la hornacina.

- ¿Qué quiere, camarada? -pregunté.

- Vengo a ver a Sverdlov, Yákov Mijáilovich.

- ¿Para qué asunto?

-Eso sólo se lo diré a él.

Le invité a sentarse, mientras Yákov Mijáilovich quedaba libre. Se sentó en un extremo de la silla y aguardó en silencio, mirando a uno y a otro lado.

- Pase -le dije, cuando llegó su turno.

El dio muestras de inquietud.

- ¿Yákov Mijáilovich estará ahí en persona?

- Naturalmente.

De pronto se sentó en el suelo y comenzó a quitarse sus polvorientas y gastadas botas, con gruesas medias suelas. Yo miraba sin acertar a comprender nada.

Rebuscó en el bolsillo y sacó un cuchillo, rajó la caña y extrajo de los forros un mapa doblado en no menos de 16 pliegues. Hizo otro tanto con la otra bota y, tras de hallar en ella algunos documentos, pasó al despacho.

A los pocos minutos las puertas del despacho se abrieron de par en par. Sverdlov salió precipitadamente llevando de la mano al siberiano descalzo, quien iba un tanto turbado con las botas descosidas bajo el brazo.

- Voy arriba -dijo Yákov Mijáilovich sobre la marcha.

Esto significaba que iba a ver a Lenin.

Más tarde supe que aquel extraordinario visitante había venido a ver a Sverdlov directamente desde Siberia. En los topes, en los estribos y techos de los vagones, deslizándose a través de las líneas de los frentes de los blancos y de los rojos, trajo a Moscú la primera noticia de los camaradas que actuaban en Siberia en la clandestinidad. En el mapa, oculto en su bota, con signos que él conocía, figuraban datos acerca de las tropas del enemigo y de la situación de los destacamentos guerrilleros que se formaban.

- Entregarás este mapa en mano a Yákov Mijáilovich Sverdlov -le había dicho al despedirle Iván Adólfovich Teodoróvich, quien en primavera había ido a Siberia a fin de cargar grano con destino a los centros obreros. Quedó cortado por la sublevación del cuerpo de ejército checoslovaco y se convirtió en uno de los organizadores del

movimiento guerrillero en Siberia.

Cerca de tres semanas tardó Egor Trofímovich Chernij en llegar a Moscú, sin dormir ni apenas comer… Y cuando parecía que todos los obstáculos habían sido salvados y se encontraba junto al objetivo, al solicitar el pase, en la garita situada ante la Puerta de la Trinidad le respondieron: "¡No se puede pasar!"

Al segundo día consiguió, al fin, el pase. Pero es difícil transmitir la irritación de Yákov Mijáilovich, y la ira de Vladímir Ilich, al conocer las pruebas que había sufrido Chernij. Y al instante decidieron que el despacho del Presidente del CECR debía ser trasladado inmediatamente del Kremlin al centro de la ciudad.

El propio Sverdlov fue a la Segunda Casa de los Soviets y eligió para despacho la sala que hacía esquina en el segundo piso, cuyas ventanas daban a la plaza que, posteriormente, recibió su nombre.

Fue inútil que los hombres encargados de proteger a los dirigentes advirtieran del peligro que entrañaba aquella decisión, adoptada casi al día siguiente del asesinato de Volodarski. Sverdlov no cedió.

- Es asunto decidido -respondió rechazando todas las objeciones-. Hacen falta dos mesas. Colocad sin falta bancos en el pasillo. Quiten los cortinajes y demás estorbos. Y que esté preparado, no para el viernes ni el jueves, sino mañana mismo. Sin falta, mañana a las nueve.

Aquel mismo día retiraron de la sala los pesados muebles, colocaron dos mesas y unas cuantas sillas y en el rincón del pasillo se habilitó una sala para los visitantes. A la entrada del hotel, junto a la puerta giratoria de cristales, se colgó la siguiente tablilla escrita con tinta roja: "Despacho del Presidente del CECR. Habitación núm. 237". En esta habitación recibía a diario Yákov Mijáilovich Sverdlov, y la gente comenzó a afluir para compartir sus preocupaciones, sus inquietudes, sus esperanzas, sus dudas, sus alegrías y amarguras, su desaliento y sus sueños.

"Le escucho, camarada"

Cuando colocaron los muebles en la habitación núm. 237, pusieron la mesa de Sverdlov paralela a la ventana, de manera que la luz cayera sobre el rostro del visitante y la cara de Sverdlov quedase en la penumbra.

Al darse cuenta de esto, Sverdlov se enfadó:

- ¿Acaso puede conversar una persona con confianza si ustedes la tratan de esa manera? -Y él mismo colocó la mesa perpendicular a la ventana.

Cualquiera podía llegar y ser recibido. Una rigurosa regla establecida por Sverdlov decía: "Ni un solo obrero, ni un solo campesino debe marcharse sin haber obtenido una respuesta exhaustiva acerca del asunto que le interese".

Yákov Mijáilovich recordaba a cualquier persona que hubiera estado con él, aunque sólo fuera una vez, la recordaba siempre y en todos sus aspectos: su carácter, facultades, biografía, sus lados fuertes y débiles. De cualquier funcionario que ocupara un cargo de cierta importancia en el Partido podía decir: "Ese es un buen organizador; el año 1905 trabajó en Tula, luego en Moscú; estuvo en la cárcel central de Oriol y fue deportado a Yakutia. Ese otro no es buen organizador, pero es un agitador formidable..."

Poseía Sverdlov un gran sentido para captar el carácter y las facultades de las personas.

En cierta ocasión vino a verle un muchacho alto, delgado, de unos 18 años. Sus robustas manos enrojecidas le salían de las bocamangas de la guerrera, demasiado cortas. Tenía los cabellos ondulados en desorden y grandes ojos muy abiertos, de soñador. y efectivamente, era un soñador.

- Llevo noches enteras sin dormir, camarada Sverdlov. No hago más que pensar y pensar. Y he llegado a la siguiente conclusión: se puede terminar con la burguesía de una manera asombrosamente sencilla.

¿Qué se le había ocurrido? ¡Abolir de golpe todo el dinero! Entregar a cada trabajador en lugar de dinero unos billetitos a cambio de los cuales recibiría los productos y artículos que necesitase.

¿Y qué sería de la burguesía? ¡Le llegaría de golpe su fin! Antes, el burgués compraba con dinero; ahora, se quedaría a dos velas. El burgués tendría que trabajar o marcharse de la Rusia Soviética. ¡Que se fuera! ¡Y si quería llevarse su dinero que se lo llevase, aunque fuera por vagones! ¡No necesitamos el dinero!

Lo mismo ocurría con los campesinos. Ahora el campesino necesitaba dinero. Según la nueva fórmula, si le hacían falta unas botas, hierro o alguna otra cosa más entregaría grano, leche y a cambio recibiría bonos. ¡De esta forma al no haber dinero, no habría tampoco especulación!

Yákov Mijáilovich disimuló una sonrisa y explicó al muchacho lo absurdo de su plan.

- Piense, por ejemplo, en que el kulak tiene muchos productos y el campesino pobre posee pocos. El kulak obtendrá un montón de billetes y el campesino pobre, ninguno. Y todo continuará como antes...

Luego se interesó por saber quién era el muchacho. Resultó que se trataba de un obrero de Tver.

- Trabajo en las manufacturas, de tintorero. Soy comunista. Me alisté voluntario en el Ejército Rojo. Y cuando nos dijeron que había que organizar un destacamento e ir a luchar contra los guardias blancos, me enrolé en seguida para dar la batalla a la burguesía.

Había venido a ver a Sverdlov desde la estación, pues aquella tarde enviaban a su destacamento a Samara para hacer frente al cuerpo de ejército

checoslovaco.

- Vamos a ponernos de acuerdo -dijo Yákov Mijáilovich-. Cuando derroten a los blancos venga a Moscú y pase a verme. Le enviaré a la Academia Socialista de Ciencias Sociales. Allí conocerá la doctrina de Marx.

- ¿El Carlos Marx que se ve en los retratos con una barba, camarada Sverdlov?

- El mismo. Así que le espero, camarada.

Una vez que se marchó, Sverdlov llamó por el teléfono oficial, como solía hacer con frecuencia.

- Vladímir Ilich, acabo de hablar con un muchacho admirable...

En cierta ocasión llegaron dos campesinos vestidos con chaquetas raídas hasta más no poder. Con ellos venía un chiquillo de ojos azules y cabellos claros, descalzo, extenuado. El camisoncillo que llevaba, cosido de una blusa de mujer, estaba todo remendado.

- Venimos para lo del huérfano -camarada Sverdlov. Pusieron delante al chiquillo y éste abrió desmesuradamente los ojos contemplando la lámpara con pantalla de cristal.

Yákov Mijáilovich escuchó atentamente el relato. Fue una larga narración acerca de la aldea de Bolótino, en la que, según dijeron, todo el bienestar de los campesinos pobres consistía en ir tirando como fuera: la isba estaba maltrecha, la mesa, sin patas, las puertas sin goznes. Decían que los campesinos estaban tan amedrentados que ni siquiera osaban aparecer por las asambleas y si iban se quedaban a un lado y daban sumisamente su conformidad a los acuerdos de los ricachones que llevaban la voz cantante.

Nikita Gorbunov había regresado del frente a la aldea, tras de librarse de la coyunda del soldado. Se alojó en una casucha medio derruida de las afueras de la aldea y animó a los campesinos a meter en cintura a los kulaks. Convocó una asamblea, propuso organizar un comité de campesinos pobres y fue elegido presidente del mismo.

Ahora los campesinos pobres tenían todo el poder en sus manos. Había mucha actividad. Todo el comité de campesinos pobres, con Gorbunov a la cabeza, ingresó en un destacamento de requisa del trigo. Se hicieron registros. El grano declarado se incautaba trasladándolo a un granero común. Una parte se enviaba a la ciudad. Otra se repartía entre los campesinos pobres.

Los kulaks, viendo que no tenían escapatoria, se debatían como lobos cazados en una trampa. Amenazaron a Gorbunov. Gritaron en la asamblea: "¡Te pasas de listo, hermano! ¡Tienes dos caras! ¡Ten cuidado, no tengas que arrepentirte! ¡Será tarde!" A esto, Gorbunov respondió que aunque dijeran que iban avenir a las doce de la noche y que ahorcarían a todos los del comité, no se marcharía de allí; defendería los intereses de los campesinos pobres y no los de los kulaks.

A altas horas de la noche, los kulaks Iliá Obaímov y Fiódor Velikánov llegaron sigilosamente a la casucha en que dormía Nikita Gorbunov con su familia, arrancaron una tabla de la puerta de entrada, descorrieron el cerrojo y penetraron en la casa. Iban enmascarados, llevaban hachas y un gran farol encendido. Degollaron a Nikita, a su mujer y a cuatro hijos. Sólo el más pequeño se deslizó envuelto en una zamarra debajo de la cama, se escondió allí y se quedó dormido. Por la mañana temprano el chiquillo dejó su zamarra, tomó en brazos el gatito y salió llorando a la calle. Ofrecía el gato por tres kopeks. A la gente le extrañó que el chiquillo vendiera el gatito. Entonces el pequeño contó que habían degollado al padre y a la madre... Fueron a la casa, encontraron a los muertos y, luego a los asesinos. A éstos se les obligó a relatar con todo detalle su crimen ante la asamblea y luego fueron fusilados.

- Al pequeño, camarada Sverdlov, no tenemos dónde llevarlo porque todos estamos hambrientos. Hemos decidido traerle a Moscú y pedir al Poder soviético central que se preocupe de él. El camisón que lleva es de una blusa de su madre. Era de su ajuar de novia, la guardaba en el baúl. Toda la ropa restante de los muertos está manchada de sangre y desgarrada.

Mientras que los campesinos se daban invariablemente el nombre de "andarines", los obreros decían "somos delegados..." o "somos representantes... Hablaban también de la falta de pan, pero lo más frecuente era que estas conversaciones giraran alrededor de la organización de destacamentos para procurar comestibles. Y tanto en la sala para los visitantes, como en la conversación con Sverdlov se conducían con seguridad y desembarazo, hablaban de igual a igual y no como solicitantes.

Llegaron unos obreros textiles comunistas de la provincia de Ivánovo-Voznesensk. Yákov Mijáilovich les conoció al instante por el acento.

- ¡Ah, de Ivánovo! ¡Pasen, siéntense!

Por su aspecto parecían campesinos. En todos sus ademanes se advertía que procedían de la aldea. Pero tan pronto como empezaban a hablar se comprendía que se trataba de obreros.

Les preocupaba mucho la situación existente en su fábrica. Hacía dos semanas que un empleado, en estado de embriaguez, se había ido de la lengua acerca de ciertos pagos a los antiguos dueños. La comisión de control de la fábrica decidió comprobar los libros de caja. Fueron descubiertas irregularidades por valor de varios centenares de miles de rublos. Se dirigieron al Consejo Económico recabando el envío de un inspector, quien deshizo todo un embrollo de descarada rapiña y sustracción

sistemática de recursos de la empresa por parte de los antiguos amos.

- Quizás nada de esto hubiera ocurrido -dijeron los delegados-, pero preside el comité fabril un tal Vdovkin, que se deja llevar por la administración del dueño y dice a los obreros: ¿Cómo vais a trabajar, si andáis hambrientos? Han estropeado a la gente hasta el extremo que da pena verla. Muchos obreros holgazanean cuanto pueden, procuran trabajar como sea su turno, llegar tarde y marcharse lo antes posible. Los miembros del comité fabril, en lugar de procurar que haya orden, andan por la fábrica como las cigüeñas por el pantano, sin ver ni comprender nada; y si lo ven y lo comprenden, no tienen ningún interés en indicar a los obreros los defectos que existen.

Y por si fuera poco, andan husmeando de un lado para otro individuos sospechosos, enviados de los mencheviques. Incitan a los obreros a que exijan el pago completo del mes de mayo, cuando la fábrica ha trabajado solamente doce días. En la reunión se pusieron a gritar que los obreros no tienen la culpa de que la fábrica haya parado. Pero no hay la menor posibilidad de satisfacer esas exigencias: la caja no tiene dinero, lo han robado los lacayos de los amos.

Lo que pensamos, camarada Sverdlov, de los dueños y de Vdovkin es que a estos perros ya es hora de atarlos más corto y meterlos en chirona. Ya es tiempo de implantar orden en la fábrica, despidiendo al que quiera holgazanear, castigándole de acuerdo con la ley revolucionaria.

Incendios de Moscú

Del día 28 de junio guardo un recuerdo particular. Era viernes. Sverdlov recibía como de ordinario. Yo estaba en el pasillo y preguntaba a los visitantes quiénes eran, de dónde venían y qué asunto les traía. De pronto, se oyó alboroto del lado de la escalera y, al final del pasillo, apareció un grupo; eran unas treinta o cuarenta personas.

Delante venían mujeres, de mal talante, desgreñadas, dando voces. Todas llevaban pañuelos grises de algodón, caídos sobre la nuca, remangadas las blusas negras, las faldas recogidas y con los puños crispados. Al andar miraban sin pestañear adelante, con los rostros encendidos de hosquedad.

Los hombres se mantenían detrás. Guardaban silencio frunciendo el ceño. Aquel pesado silencio resultaba más angustioso que el griterío de las mujeres.

- ¡Queremos ver a Sverdlov! -gritaban las mujeres.

Los visitantes se apretaron amedrentados contra la pared. Instintivamente intercepté la puerta.

- ¡Quita de ahí, mocosa! -dijo la que iba a la cabeza de todos.

Y ruda, amenazadora, como si hubiera llegado de la Plaza Roja el día del motín de los tiradores, me apartó con su vigoroso brazo y abrió de par en par la puerta del despacho.

¿Quién sabe lo que hubiera ocurrido si Yákov Mijáilovich hubiera perdido por un momento la serenidad o hubiera acogido a aquella enfurecida muchedumbre con un grito hostil? Pero Sverdlov, auténtico revolucionario proletario, inteligente y valeroso, que amaba y comprendía al pueblo, supo hallar en aquel momento extraordinario las palabras más precisas y acertadas.

Se puso en pie y dijo:

- ¡Yo soy Sverdlov! Pasen si me necesitan.

- ¡Pues claro que pasamos! -gritó la mujer alta y ruda que iba en cabeza.

La habitación resultaba pequeña. Los de atrás presionaban, empujaban.

Con la misma serenidad, Sverdlov empezó a poner orden: invitó a unos a que se sentaran, propuso a otros que se apartasen a un lado; a unos cuantos les invitó a colocarse en primera fila. Incluso corrió la mesa hacia la ventana para hacer un poco más de sitio. Alguien se puso a ayudarle.

Y aquella gente, que hacía un instante se mostraba hostil, que esperaba tropezar con una muralla y estaba dispuesta a arrollarla con su pecho, derribando y rompiendo todo alrededor, había cambiado. Su actitud no era todavía amigable, pero ya no era adversa, despiadada hasta la insensatez.

- ¿De qué se trata, camaradas? -demandó Sverdlov-. Les escucho. Hablen.

- Lo que ocurre está claro -dijo la que se hallaba al frente de todos-. ¡Que pasamos hambre!

La situación que Moscú atravesaba entonces no podía ser peor. En todo el mes de junio se había entregado por cada cartilla de obrero menos de 5 libras de pan moreno acidulento, mezclado con paja y salvado; el suministro correspondiente a las otras cartillas era menor aún. Los cuatro días últimos no se había facilitado pan.

Antes, al menos, los obreros podían marchar al campo y traer un poco de harina o pan. Ahora los comités de campesinos pobres habían prohibido las ventas a particulares. Solamente se podía comprar grano bajo cuerda a los kulaks, a precios exorbitantes. Pero incluso si se compraba era imposible traerlo: era necesario tomar el tren al asalto, y en los caminos había destacamentos que impedían el paso. Y resultó que todas las calamidades del hambre se ensañaron con los obreros, con los pobres.

¡Esto les venía de perilla a los mencheviques! ¿Quién mejor que ellos podía demostrar que era imposible la victoria de la revolución? ¿Quién si no ellos poseía un arsenal de argumentos de todo género para fundamentar que la transformación socialista de Rusia era una utopía? ¿Quién disponía de duchos oradores políticos que venían entrenándose durante decenio y medio en la obra de sembrar el pánico y la

desconfianza en la revolución?

Comprendiendo que era imposible vencer al Poder soviético en lucha franca, decidieron hacer estallar los Soviets desde dentro, crearon un organismo llamado a derribarlos y restablecer la dictadura de la burguesía.

Componían este organismo los falsos "Burós de obreros mandatarios" creados por los mencheviques en Petrogrado, Moscú, Tula, Nizhni-Nóvgorod y otras ciudades, contraponiéndolos a los Soviets de diputados obreros y campesinos.

El 4 de julio, día en que debía inaugurarse el V Congreso de los Soviets de toda Rusia, los mencheviques convocaron el ficticio "Congreso de obreros mandatarios de Rusia".

Los expulsados de los Soviets y los supuestos "delegados de los obreros" iban por fábricas y talleres, susurraban la palabra "pan" y llamaban a la huelga.

El 26 de junio, uno de estos "delegados obreros" se había presentado en la fábrica Jacqueau. Dijo llamarse Píotr Afanásiev y ser tornero de la fábrica Bromley. Afanásiev decía que mientras los obreros pasaban hambre, los comisarios se hartaban de comer. ¡Que os entreguen pan y, si no lo dan, abandonad el trabajo!

En una asamblea de obreros consiguió hacer pasar una resolución:

"Los obreros de la fábrica Jacqueau manifestamos que si no recibimos pan, no trabajaremos. Exigimos que nos paguen los días trabajados, y cuando nos den pan, iremos al trabajo".

Esto no era, naturalmente, todo lo que quería el "delegado obrero", pero como primer paso bastaba.

En las primeras horas de la mañana del 28 de junio, dicho "delegado" se presentó de nuevo en la fábrica. No consiguió entrar, pues le detuvieron en la puerta. De ello se enteraron los centros mencheviques. Llegó a la fábrica casi toda la camarilla menchevique, organizó un mitin y propuso enviar al CECR y a la Cheka, a Sverdlov y a Dzerzhinski, una delegación para exigir que Afanásiev fuera puesto en libertad. Las intenciones estaban claras: incitar a los obreros contra los organismos soviéticos y, tan pronto prendiese la chispa, atizar el fuego.

Los obreros que cayeron en la provocación fueron a ver a Yákov Mijáilovich Sverdlov. ¿En qué pensaban? ¿Qué embargaría su ánimo cuando bajo las curiosas miradas de los transeúntes marchaban desde la Puerta de Spásskaia por la empedrada calzada? ¿Tenían esperanza en el éxito? ¿Se disponían a ofrecer resistencia? ¿Tenían miedo a la cárcel? Fuese lo uno o lo otro, lo que menos esperaban era que habían de ser recibidos tranquilamente por un hombre afable, que les diría con amabilidad: "¿De qué se trata, camaradas? Les escucho. Hablen".

Cuando comenzaron a hablar, la ira que les había traído allí, se exteriorizó de nuevo. El hambre. No hay pan. Las criaturas se mueren. Uno de ellos dijo que había ido a una aldea, logró una pequeña porción de harina para los críos, pero los destacamentos de vigilancia se lo quitaron en el camino. Los bolcheviques se jactaban de que cuando derribaran a los "provisionales" habría nubes de bizcochos y lluvias de pasteles, y el resultado era que no había ni una piedra que echarse a la boca.

Clavando en Sverdlov la mirada de sus ojos obscuros y ardientes, la que se hallaba delante dijo sin alzar la voz:

- Antes de comprometerte a llevar una carga, mira si puedes con ella...

Las pasiones se enardecieron especialmente cuando la conversación giró en torno al arresto de Afanásiev, ¿Qué era aquello? Había venido uno de los suyos, un obrero, que comprendía las cosas; había abierto los ojos a la gente; dio su consejo, prometió ayudar y habían detenido a aquel hombre como en los tiempos de Nicolás, arrojándolo ala prisión. ¿Dónde está la libertad?

En la fábrica se habían reunido los obreros en huelga y habían enviado a sus delegados para exigir que Afanásiev fuera puesto en libertad inmediatamente.

- Está bien -dijo Sverdlov.

Se puso al teléfono y, en voz muy alta, para que todos le oyeran, dijo:

- Póngame con Dzerzhinski... Félix Edmúndovich, le ruego que venga ahora mismo a la Segunda Casa de los Soviets.

Mientras llegó Dzerzhinski, de nuevo se alivió un poco el ambiente. Todos tenían sed. Una de las mujeres de la fábrica y yo trajimos un cubo de agua y jarros.

Dzerzhinski llegó rápidamente. Lo comprendió todo al instante.

- Camarada Dzerzhinski, dijo Sverdlov, ésta es una delegación de la fábrica Jacqueau. Los obreros piden que se ponga inmediatamente en libertad al detenido Afanásiev y se les entregue. Le pido que dé la orden necesaria para ello. Yo voy a la fábrica con la delegación.

- Está bien, camarada Sverdlov.

Desde allí mismo, Dzerzhinski ordenó por teléfono poner en libertad a Afanásiev y el envío de dos camiones al *Metropol*.

Dando brincos en los baches y dejando un rastro de polvo amarillento, los camiones atravesaron el, campo de Vorontsov, la Taganka, la barriada de Spásskaia, y llegaron a la puerta de la fábrica.

- ¡Hemos llegado!... ¡Bajad!

El patio de la fábrica rebosaba de gentío. Los obreros estaban cansados a consecuencia del calor y de tanto esperar, pero nadie se había marchado. La muchedumbre abrió paso silenciosamente a Sverdlov

y luego, con el mismo silencio, le rodeó.

Apenas Sverdlov se acercó a la improvisada tribuna, formada con unos barriles y tablas, se detuvo a la puerta un coche ligero.

- ¡Afanásiev! ¡Ha llegado Afanásiev! -gritó la muchedumbre.

Afanásiev había sido detenido en el momento en que los mencheviques, con otros partidos, habían organizado un complot contrarrevolucionario con ramificaciones. Había ido a la cárcel convencido de que no estaría en ella mucho tiempo: de un día para otro se produciría un complot antisoviético. Ya se había acordado declarar una huelga general política en Moscú, Petrogrado, en todos los centros industriales de importancia y en ferrocarriles. Se había calculado que, en el caos de la huelga general, el "Congreso de obreros mandatarios de Rusia", apoyado por los intervencionistas, tomaría el poder.

Cuando se abrieron las puertas de la celda, lo montaron en un coche ligero y lo condujeron a la fábrica Jacqueau, Afanásiev pensó que ya se había producido el golpe contrarrevolucionario y que iban a felicitarlo en representación del partido de los vencedores, de quienes habían derribado la dictadura del proletariado.

¡Y aquello le perdió! Pronunció un discurso mostrando su satisfacción por la "victoria de la democracia", el "fin de los Soviets", el "comienzo de una nueva era". Patentizó su agradecimiento a los "queridos aliados" por la ayuda prestada, afirmó que Rusia pondría fin al "oprobio de Brest" y reanudaría la guerra contra Alemania.

Era asombroso observar cómo iban cambiando ante la vista de todos los semblantes de los obreros que escuchaban a Afanásiev.

Al principio, le contemplaban con evidente benevolencia: él había sufrido por los obreros y, gracias a ellos, había salido de la cárcel. Luego, en sus rostros se reflejó el asombro. A medida que Afanásiev iba mostrando su entusiasmo, el asombro fue creciendo más y más. Hacía dos días, al exhortarles a cesar el trabajo, Afanásiev juraba y rejuraba que la huelga era por el pan y no contra el Poder soviético. Y ahora, desde aquel mismo lugar, se embriagaba con la ficticia caída de los bolcheviques y la reanudación de la guerra contra Alemania.

Entre la muchedumbre se extendió un murmullo amenazador.

- ¡Ha llegado el momento! -dijo satisfecho Sverdlov.

Saltó ágilmente a la tribuna, avanzó por una tabla que se curvaba bajo su peso y se colocó al lado de Afanásiev. Este se calló, quedóse boquiabierto, adoptando la clásica pose con que después se ha representado miles de veces al menchevique, atónito por la victoria de la revolución proletaria.

- ¡Ahí lo tenéis, camaradas! -dijo Sverdlov-. El señor menchevique nos ha mostrado la libertad que quiere su partido: la libertad de invitar al capital de los aliados, la libertad para que los antiguos dueños recobren las fábricas y los talleres, la libertad para que el terrateniente se apoderase nuevamente de la tierra, la libertad para que el kulak cobre 500 rublos por un "pud" de harina, la libertad para que Krasnov y Skoropadski ahorquen a los obreros. Habéis visto cómo los mencheviques se deshicieron en cumplidos ante vosotros, haciéndose los inocentes, pero ponedles el dedo en la boca y, como el sollo, os arrancarán hasta la última falange...

- ¡Ya lo hemos oído -gritó una voz desde las filas de atrás-. Mejor es que nos traigas pan.

- ¡No estorbes! -le respondieron a coro.

Sverdlov explicó por qué era necesario el monopolio de las cereales, por qué no había que permitir la libertad de comercio. Sus palabras fueron acogidas ya con réplicas de aprobación. "¡Justo! ¡Unos tienen sacos almacenados y otros no tienen nada!" "¡Con semejante libertad de comercio la burguesía se llenará los bolsillos y los pobres pasarán cada vez más hambre!"

Sverdlov exhortó a organizarse, a cohesionar las filas de la clase obrera, a inscribirse en los destacamentos para procurar víveres y en el Ejército Rojo.

Y cuando preguntó quiénes estaban en pro del monopolio de los cereales, se alzó un bosque de brazos.

Lo mismo sucedió cuando un obrero jovencito, flacucho y endeble, saltó al tablado y con voz sonora propuso a los obreros presentarse todos al día siguiente al trabajo, condenando a los que no lo hicieran como elementos que actuaban contra la clase obrera y hacían el juego a la contrarrevolución.

Todos se olvidaron de Afanásiev y ni siquiera advirtieron cómo se lo llevaron al mismo lugar de donde lo habían traído.

De este modo se dio por terminada la asamblea. Rodeando a Sverdlov la gente se encaminó lentamente hacia la salida.

De pronto, sin saber de dónde, apareció un chiquillo de cabellos azafranados y revueltos, un auténtico Stiopka-Rastriopka del cuento ruso.

- ¡Camaradas! -gritó-: ¡Lenin ha venido a la Símonovka! ¡Dense prisa!

Todos echaron tras él, a cual más rápido. Había que recorrer un buen trecho.

Entonces existía la siguiente costumbre; los viernes, el Comité de Moscú del Partido celebraba mítines abiertos en los distritos obreros, fábricas y talleres, en los que hablaban los más destacados oradores bolcheviques. Se elegían para los mítines los temas más candentes, los que inquietaban a las masas populares. El viernes 28 de junio el tema era "La guerra civil".

En el largo comedor de la fábrica AMO[5] se congregaron más de dos mil obreros del arrabal de Símonovka. Se concedió la palabra al camarada Lenin. Cuando cesaron los primeros aplausos y Lenin empezó a hablar, pareció que una ola se deslizara por encima de la muchedumbre. La cresta se elevó primeramente no lejos de la tribuna, en la tercera o cuarta fila, y fue corriendo hacia las últimas filas. La muchedumbre se encrespó. Una hilera tras otra se ponía de puntillas para ver y escuchar mejor a Vladímir Ilich.

Era evidente que aquel día Lenin había hablado mucho: su voz denotaba cansancio, pero reinaba tal silencio que se le oía en las filas más apartadas. Decía que el presente era duro y que esperaban días más difíciles todavía; que por delante estaba la guerra, una guerra sangrienta. Y aunque la guerra es, en general, odiosa al Partido de los comunistas, el Partido llamaba a los obreros a esta guerra, pues era una guerra sagrada, una guerra civil, la guerra de la clase obrera contra sus opresores.

...Yo me encontraba cerca de aquella mujer que el mismo día, hacía tan sólo unas horas, había irrumpido en el despacho de Sverdlov, al frente de los huelguistas de la fábrica Jacqueau. Su rostro aparecía airado. Luego, durante el discurso del menchevique Afanásiev, su cara era completamente distinta: denotaba enojo, duda.

Volví a mirarla cuando escuchaba a Lenin. Se había quitado el pañuelo de la cabeza y vi a una hermosa mujer rusa, de ojos grises, profundos y cejas oscuras y bien arqueadas.

Fuera por el cansancio o a causa de la emoción, en aquel momento estaba muy pálida. Escuchaba atentamente a Lenin, poniendo en ello los cinco sentidos. Aquel hermoso rostro se encendió cuando Lenin dijo:

- El pueblo está cansado y se le puede empujar, claro está, a cualquier insensatez, incluso contra Skoropadski, pues la masa del pueblo es ignorante.

Cuantas veces había escuchado a Lenin en las últimas semanas, se había referido al hambre que nos amenazaba y a la necesidad de alzar a los campesinos pobres contra los kulaks para arrancarles el trigo; y siempre encontraba nuevas palabras, nuevas imágenes, las más cercanas y comprensibles para quienes hablaba en aquel momento.

Y aunque la gente le oía decir que se avecinaban nuevas dificultades, nuevas luchas y nuevas víctimas, que en aras de la victoria tendría que sacrificarlo todo, posiblemente hasta la vida, embargaba su alma un sentimiento de inmensa y luminosa dicha. No veía ya peligros ni dificultades. ¡Lo importante era que venciese la Revolución! ¡Con qué impresionante fuerza resonaba en aquellos momentos *La Internacional*!

La mañana del 2 de julio se vio ya claro el fracaso de la huelga general que habían intentado organizar los mencheviques. En el despacho de Sverdlov sonaba el teléfono sin cesar: le comunicaban que los obreros se habían incorporado al trabajo en todas partes. En algunos lugares, es cierto, habían celebrado mítines, pero de ahí no pasaron.

Después de las diez sonó de nuevo el teléfono. Una voz lejana y a duras penas comprensible gritaba algo. Sólo podía entenderse la palabra "¡incendio!"

Subí a toda prisa al tejado del "Metropol". El cielo estaba lleno de leves nubes blancas. Sólo del lado de la barriada de Símonovka aparecía grisáceo. De pronto, en aquel fondo gris se elevó una enorme columna de humo y llamas y se oyó el estruendo de una sorda explosión. Las blancas nubes rizosas se tiñeron de púrpura y luego fueron envueltas por el humo oscuro.

Cuando bajé ya se sabía que ardían los almacenes de mercancías, los depósitos y las instalaciones ferroviarias en la estación de Símonovka. Ya habían explotado unos cuantos bidones de ácido y sustancias etéreas; corrían riesgo de explotar los polvorines que había en las proximidades de Símonovka. Se envió allí a todos los servicios contra incendios de Moscú.

Yákov Mijáilovich daba instrucciones con serenidad. Se mandó a los soldados rojos en ayuda de los bomberos.

Entró un motociclista. Yákov Mijáilovich me miró.

- Vaya a la fábrica Jacqueau. Usted conoce el camino. Entérese de cómo van las cosas allí.

Ya en la Taganka nos dio en las narices el olor a quemado. La población de la Vorontsóvskaia se había echado a la calle La gente contemplaba alarmada el cielo gris-púrpura. Se oyeron de nuevo explosiones. Nos azotó un viento caliente y seco.

Sobre la fábrica Jacqueau se arremolinaban nubes de vapor, a través de las cuales se distinguían confusamente las figuras humanas. El ruido del incendio era tal que no se percibía el de la gran máquina de los bomberos. El siniestro se había producido muy cerca de allí.

Entramos en el patio. Los obreros de la fábrica, formando cadena, iban pasando cubos de agua de unas manos a otras.

Hubo cierta interrupción. Una enérgica voz de mujer que me era conocida gritó:

¡Eh, daos prisa! ¡Que parecéis mencheviques tocándose las narices!

Noche tormentosa

El incendio en Símonovka no cesó durante todo el día. A veces se conseguía dominar las llamas; pero, poco después, resurgían con nueva fuerza. A los bomberos que, desfallecidos a causa de los inhumanos esfuerzos, comenzaba a humearles la ropa, los retiraban a un lado, les echaban agua. Luego

[5] Base de la actual fábrica de automóviles *Lijachov*.

se lanzaban de nuevo a las llamas.

Al atardecer, se sofocó el incendio. En el lugar del siniestro se veían los trozos de hierro y los montones de madera humeante. De vez en cuando corrían sobre ellos pequeñas llamaradas azules.

Comenzaron a llegar los delegados al V Congreso de los Soviets. La inscripción de los delegados bolcheviques se hacía en el "Metropol"; los socialrevolucionarios de izquierda se inscribían en el antiguo edificio del Seminario, situado en la Sadóvaia-Karétnaia, local al que se dio el nombre de Tercera Casa de los Soviets.

Cuando Varlaam Alexándrovich Avanésov, secretario del CEC de toda Rusia, apareció en el Seminario, para convenir algunas pequeñas cuestiones de organización, lo recibieron con hostil silencio. Al salir, tropezó en la puerta con María Spiridónova, líder del partido de los socialrevolucionarios de izquierda. Clavó en él la mirada y continuó su camino sin responder al saludo.

Era ya cerca de medianoche. Había cesado la tormenta. Abrí la ventana. La habitación se inundó de un aire húmedo y fresco.

Sobre la mesa sonó el teléfono. Sverdlov agarró el auricular. Dzerzhinski le informaba de que llegaban noticias de todos los distritos de una nueva provocación. En distintos puntos de Moscú, preferentemente en la periferia obrera, gente desconocida montada en automóviles efectuaba registros y quitaba a la población chaquetas, abrigos, vestidos y otras ropas.

Sverdlov esbozó al instante el texto de un telefonema, en el que en nombre del CEC de toda Rusia y de la Cheka se ordenaba la detención de los atracadores.

Sentada junto a la ventana, transmití el telefonema a los distritos. El resplandor de los relámpagos iluminaba el negro cielo de la noche.

En la habitación se hablaba ruidosa y animadamente. Había mucha gente; unos estaban sentados en el diván, otros en periódicos extendidos en el suelo. Trajeron un cubo con agua hervida. Los de Astraján sacaron de una mochila esturión ahumado. También apareció pan, pero era poco. Por ello cortaron el pescado en gruesas lonchas y el pan en finas rebanadas. Hacía las veces de ama de casa Klavdia Ivánovna Kirsánova, alegre y con las mejillas sonrosadas.

Recordaban el exilio en Narim, en Shlisselburgo, los trabajos forzados en el Amur: en "Kolesuja". Todos ellos eran luchadores bolcheviques de la clandestinidad, a propósito de los cuales se decía en broma que cuando estaban en libertad vivían realquilados; pero que estaban domiciliados preferentemente en las cárceles y en el exilio. Aún no había aparecido la expresión "viejo bolchevique": los cuadros del Partido eran tan jóvenes que no se les podía aplicar la palabra "viejo". Baste recordar que el término medio de la edad de los delegados al VI Congreso del Partido era de 29 años y el más viejo de los delegados contaba 47. Cuando se quería decir de alguien que estaba con Lenin desde la escisión del Partido y que no se había desviado un solo día del camino leninista, se expresaba con estas palabras: "Es un bolchevique firme como el granito". Tales eran los bolcheviques que se encontraban en la habitación.

Cundían los relámpagos. Se oyó un tiroteo lejano; eran patrullas de soldados rojos que desarmaban a los atracadores.

Yákov Erman se asomó a la ventana y respiró con ansia el aire fresco.

- ¡Oh! -exclamó-. ¡Cómo me gustan las noches tormentosas!

¡A un Erman habían de gustarle por fuerza las noches tormentosas! Durante la Asamblea Democrática, cuando Kerenski maldijo desde la escena del Teatro Alexandrinski a los "esclavos en rebeldía" interrumpió sus palabras una voz muy potente, que acaso cedía tan sólo a la de Sverdlov: - ¡Canalla!

Se armó un escándalo colosal; Kerenski no ya amarillo, sino verdoso, gritó con voz chillona: - ¿Quién ha osado decir semejante cosa?

En un palco del entresuelo se levantó un hombre fornido con la cabeza afeitada y dijo imperturbable:

- Erman, delegado de Tsaritsin.

Era un hombretón de anchos hombros. Podría vivir hasta los 100 años. Pero dos semanas después del V Congreso de los Soviets fue asesinado en el muelle de Tsaritsin por una banda de golfos contrarrevolucionarios.

Cerca de las dos de la noche vino un bolchevique que trabajaba en la Tercera Casa de los Soviets. Dijo que, según sus cálculos, el número de socialrevolucionarios de izquierda, delegados al Congreso, sería de 300 a 400. Su fracción estaba reunida constantemente: los miembros del Comité Central del Partido se sucedían unos a otros en el uso de la palabra. Reinaba gran excitación y evidentemente tramaban algo.

De la calle llegó nuevamente ruido de disparos.

A eso de las cuatro se presentó el jefe de la guardia del Gran Teatro, donde debía reunirse el Congreso de los Soviets. Comunicó que debajo del escenario se había descubierto una máquina infernal.

Yákov Mijáilovich fue con él al teatro. Regresó a la media hora y dijo que la máquina infernal había sido descargada.

Eran ya más de las cuatro de la madrugada, el cielo empezaba a clarear. Unos cuantos relámpagos iluminaron el horizonte por última vez. La noche tempestuosa estaba terminando.

- No obstante, vamos a echar un sueño -dijo

Yákov Mijáilovich-. ¡Por la mañana habrá combate!

El alzamiento

Todo el V Congreso lo pasé en el ángulo del escenario desde donde aparece el coro de aldeanos de la terrateniente Lárina. Estaba encargada de recibir la correspondencia urgente que llegara y de entregarla a los miembros de la presidencia a quienes estuviera destinada.

Desde mi asiento se veía el palco del cuerpo diplomático donde se encontraba el embajador alemán, conde von Mirbach, alto, derecho y seco, con aspecto de un hombre que hubiera caído en una casa de fieras, pero lo suficiente bien educado para no dejar traslucir su desdén ni siquiera hacia los monos.

Hasta mí llegaba el ruido de las voces. Sverdlov abría el Congreso. Un socialrevolucionario de izquierda con voz de tenorcillo y modulaciones de cuerno inglés exige que se rompa el Tratado de Brest. Se oye hablar en tono mesurado a Danishevski, representante del proletariado de Letonia. Dice que por muy dura que sea la paz, la clase obrera letona comprende que la revolución rusa no tenía otra salida que suscribirla.

En la sala se levanta una tempestad. Los socialrevolucionarios de izquierda permanecen casi todo el tiempo de pie: tan pronto gritan como aplauden a sus oradores. Sube a la tribuna María Spiridónova. Agita su pequeño puño; se oyen solamente sus gritos y el rugir de la sala.

En contra de lo que esperaban, los socialrevolucionarios de izquierda resultaron en minoría absoluta: contaban con menos del tercio de los votos. Y tratan de contrarrestar la debilidad numérica gritando con voz estentórea:

- ¡Venid a pedirnos pan! ¡Os ajustaremos las cuentas! ¡No, os lo daremos! ¡Pedídselo a Mirbach!

De las filas bolcheviques responden burlonamente:

- ¡Lo que debéis hacer es ir a combatir! ¿No gritáis que queréis la guerra? ¡Luchad pues contra los checoslovacos! ¡Os resulta más fácil luchar contra los campesinos pobres!

Hacía poco tiempo, tan sólo medio año, que el partido de los socialrevolucionarios de izquierda ocupaba en la Asamblea Constituyente los escaños del ala izquierda. En el Comité Central Ejecutivo sus miembros se sentaban ya en el centro. Ahora, en el V Congreso de los Soviets, ocupaban la extrema derecha, marchando inexorablemente en pos de quienes ya habían recorrido este camino y fueron a parar al otro lado de la barricada. Una vez en la extrema derecha, se acercaban de lleno a la raya en que bastaba dar un solo paso para encontrarse en el campo de la contrarrevolución.

Se había dado este paso.

El segundo día de sesiones Lenin informó de la gestión del Consejo de Comisarios del Pueblo. Los socialrevolucionarios de izquierda habían tramado no dejarle hablar. Pataleaban, gritaban, interrumpían a Lenin a los gritos de: "¡Kerenski!, ¡Mirbach!"

Pero la fuerza del pensamiento y la fascinación de Lenin eran tan grandes que el arrebato socialrevolucionario de izquierda se esfumó. Sus gritos se hicieron cada vez más raros, se fue atenuando el ruido; algunos pasajes del discurso de Lenin los asordaban los aplausos no sólo de los bolcheviques, sino incluso de una parte de sus adversarios.

En los debates, los líderes socialrevolucionarios de izquierda trataron de desatar de nuevo las pasiones. El primero en hablar fue Borís Kamkov, quien al referirse a las concentraciones de campesinos pobres dijo que eran concentraciones de holgazanes de la aldea. Rojo a más no poder de tanto gritar manifestó:

- Arrojaremos por la borda a vuestros destacamentos de requisa de víveres y también a vuestros comités de campesinos pobres.

Y, entre tanto, los socialrevolucionarios de izquierda fraguaban un golpe, mediante el cual pensaban colocar a la Revolución ante un hecho consumado y arrastrar al país a la guerra con Alemania en contra de la voluntad del pueblo.

Este golpe fue el asesinato de Mirbach.

Son conocidas las circunstancias de aquel asesinato: tras de amañar con ayuda del socialrevolucionario de izquierda Alexandróvich, que trabajaba en la Cheka, documentos falsos con la firma apócrifa de Dzerzhinski, Bliumkin y Andréev afiliados al partido de los SR de izquierda, se personaron en la embajada alemana, llamaron a Mirbach y arrojaron una bomba ocasionándole la muerte. Ellos lograron ponerse a salvo.

El asesinato de Mirbach fue la señal para el alzamiento. El destacamento de Popov, alojado en los cuarteles de Pokrovski, arrestó a Dzerzhinski cuando fue al estado mayor de aquella unidad para detener a Bliumkin y a Andréiev. Los amotinados se apoderaron de Telégrafos. Se transmitieron a toda Rusia telegramas del CC de los SR de izquierda exhortando a no obedecer las órdenes del Gobierno de Lenin. Los sublevados se adueñaron de una parte de los barrios céntricos de Moscú.

Al mismo tiempo, la fracción socialrevolucionaria de izquierda en el V Congreso encabezada por María Spiridónova, se encaminó al Gran Teatro en espera, evidentemente, de una señal desde fuera para sublevarse allí mismo, en la sala de sesiones y arrestar a Lenin y al Gobierno soviético.

El Consejo de Comisarios del Pueblo hizo llegar un telefonema redactado por Lenin a todos los distritos, en el que proponía movilizar a los funcionarios del Partido y exhortaba a las masas a aplastar la sublevación que podía ser aprovechada

por los guardias blancos. Todo el Moscú proletario se puso en pie.

Aquellos históricos acontecimientos se plasmaban para mí en un incesante torrente de cartas. Venían en sobres pegados a toda prisa e incluso sin sobre. Unas daban detalles minuciosos del asesinato de Mirbach; otras se referían a la detención de Dzerzhinski y de otros bolcheviques; otras cartas daban noticias de la concentración de unidades del Ejército Rojo y de la movilización de los comunistas y de los obreros de las fábricas de Moscú para aplastar la sublevación.

Yákov Mijáilovich me dio una nota diciendo que le entregara las cartas solamente a él y de manera que pasara desapercibido. Las leía con el rabillo del ojo. Desde lejos parecía que sólo absorbía su atención lo que estaba ocurriendo en la sala. Los bolcheviques que estaban en la presidencia se inclinaban hacia Sverdlov o hablaban entre sí. En ocasiones, uno de ellos se levantaba, iba hasta el fondo del escenario, luego volvía. ¡Quién podía creer que así, sonriéndose, paseando tranquilamente a la vista de los SR de izquierda que estaban allí sentados, los bolcheviques organizaban con los camaradas de la ciudad el cerco del Gran Teatro por las unidades del Ejército Rojo y el arresto de la fracción socialrevolucionaria de izquierda del Congreso!

Después de recibir un sobre, Sverdlov se levantó y dijo:

- Camaradas: se cita a una reunión a la fracción bolchevique del Congreso. Ruego a los miembros bolcheviques del Congreso y a los invitados pertenecientes al Partido Bolchevique aquí presentes que se trasladen a la Segunda Casa de los Soviets. Después de la reunión de la fracción continuará la sesión del Congreso.

(De hecho, la fracción se reunió en el local de los Cursos para los trabajadores del Partido, en la calle Málaia Dmítrovka 6. Yákov Mijáilovich dio adrede una dirección falsa.)

Todas las salidas de la sala y de cada palco estaban bloqueadas por soldados rojos de unidades de confianza. Para pasar había que mostrar a la guardia el carnet del Partido o la tarjeta roja que acreditaba la pertenencia a la fracción bolchevique.

En unos 15 minutos todos los bolcheviques abandonaron la sala de sesiones del Gran Teatro. Los SR de izquierda en lugar de apresar a los bolcheviques, quedaron ellos mismos arrestados.

¡Cuánto se rieron en la fracción bolchevique! Resultó cierto aquello "¡no caves un hoyo a los demás, no sea que tú mismo caigas en él!"

Sverdlov se refirió brevemente al plan que tenían los socialrevolucionarios de izquierda de disolver el Congreso de los Soviets, arrestar al gobierno y declarar la guerra a Alemania. Al instante, sin discusión, se aprobó la propuesta de tomar medidas de urgencia para liquidar el alzamiento contrarrevolucionario. Todos los delegados se distribuyeron por los distritos a fin de ayudar a las fuerzas locales.

Yo era enlace del grupo enviado a los Primeros Cursos militares moscovitas, en los que había estudiado. En este grupo había cuatro camaradas, entre ellos uno de baja estatura, y rostro corriente y rosado, al que ya había visto en el despacho de Sverdlov. Era Mijaíl Vasílievich Frunze, delegado de Ivánovo-Voznesensk.

No había que ir lejos, el local de los Cursos era un palacete en el callejón de Arjánguelski (Telegrafni), no lejos de Chístie Prudí. Pero el camino era peligroso: allí, al lado, se habían apostado los sublevados y podíamos caer directamente en sus garras. Sin embargo, todo resultó a pedir de boca.

Nada más llegar, Mijaíl Vasílievich pidió el plano del distrito. Al ver que no lo teníamos solicitó una hoja de papel. Nadie tenía ni una cuartilla, a excepción de nuestro poeta Andriusha Dubrovin que, dando un suspiro, entregó a Mijaíl Vasílievich toda su intangible reserva: un cartel anunciador del circo con el reverso en blanco.

Mijaíl Vasílievich trazó allí mismo a lápiz un plano del lugar, marcando en él flechas indicadoras de las direcciones en que teníamos que atacar. Nadie conocía a Frunze, pero en seguida nos dimos cuenta de que se trataba de un jefe militar y nos pusimos a sus órdenes.

En la calle había comenzado el tiroteo. Los amotinados combatían cobardemente: disparaban contra los soldados rojos atacantes un par de ráfagas de ametralladora y luego se retiraban.

Hacia el mediodía, la zona de la estación de Kursk había quedado limpia de insurgentes. El estado mayor de los sediciosos, cercado en los cuarteles de Pokrovski, decidió, después de un breve tiroteo, cesar la lucha. Envió al estado mayor de las tropas atacantes una delegación, la cuál manifestó que los amotinados estaban de acuerdo en entregarse, pero bajo determinadas condiciones. Se contestó que las tropas soviéticas no entablaban negociación alguna con los traidores y se les propuso poner inmediatamente en libertad a Dzerzhinski, Smidóvich, y Lacis, y deponer las armas incondicionalmente.

Cerca de las once de la mañana nuestro destacamento dio también por terminadas sus operaciones. De pronto, escuchamos un zumbido sobre nuestras cabezas. Hacia el Este volaba un pequeño avión, parecido a una estantería. Y al instante vimos marchar en la misma dirección una columna de automóviles abigarrados con guardias rojos.

Ocurría que una parte de los amotinados, después de la derrota, se las había arreglado para huir de Moscú en automóvil y a caballo, llevándose cañones y ametralladoras. A la caza de ellos se enviaron

tropas y aviones soviéticos.

Orgullosos de la victoria regresamos a los Cursos con los trofeos conseguidos: tres ametralladoras y un carro de mano repleto de fusiles. En las Puertas Miasnítskie oímos hablar en magiar: eran combatientes del Destacamento Internacional que habían participado en la lucha para arrojar a los insurrectos de la Central de Telégrafos.

Era un día caluroso, de sol. Piaban los pájaros en los árboles del bulevar Chístie Prudí. El aroma de los tilos floridos embalsamaba el ambiente. Parecía que no hubiera habido recientes combates. En la plazoleta, delante de las puertas de Telégrafos, dormía plácidamente sobre las piedras el camarada Bela Kun, jefe del Destacamento Internacional.

Dormía tan profundamente al calor del sol que no oía el abrir y cerrar de las puertas ni a los que entraban en el edificio saltando por encima de él.

En una noche el Moscú proletario había organizado cerca de un centenar de destacamentos bien pertrechados para aplastar el alzamiento de los SR de izquierda. Hasta entonces, nunca se había visto en la ciudad semejante orden y vigilancia. Moscú estaba literalmente cercado por un doble anillo de milicias obreras. Ni un solo transeúnte podía esquivarlas, ni siquiera en los más apartados callejones.

Al llegar la noche, el alzamiento había sido aplastado totalmente. Por las calles pasaban destacamentos armados. La gente iba animosa, marcando firmemente el paso, sin síntomas de cansancio. Entonaba canciones y hablaba de buena gana con quienes se agolpaban en las aceras.

En la esquina de las Puertas Miasnítskie, un hombre fornido que vestía una cazadora manchada de grasa hacía un análisis histórico de los acontecimientos de los últimos meses.

Finalizando su discurso, dijo:

El panorama que tenemos ante nosotros está claro. Los socialistas de toda laya se han pasado poco a poco, uno tras otro, al campo de la contrarrevolución.

- ¡Uno tras otro! -repitió satisfecho Vladimir Ilich cuando le transmitieron esta expresión, que le gustó enormemente.

... Después de entregar las armas, marché a toda prisa al trabajo. Toda despeinada, sucia, entré en la habitación núm. 237.

Yákov Mijáilovich conversaba por teléfono. Cuando terminó de hablar, se dispuso a fumar. Sus movimientos eran un tanto pausados y la mano con la cerilla encendida no acertó en seguida con la punta del cigarrillo.

- En Yaroslavl hay un alzamiento -dijo-. La ciudad está en llamas. Al frente de los amotinados se encuentra Borís Savinkov...

El plan "anaconda"

El 6 de julio comenzó el alzamiento contrarrevolucionario en Yaroslavl. El 7 en Ríbinsk, el 8 en Múrom. Ese mismo día Kem y la parte norte del ferrocarril de Múrmansk fueron tomados por las tropas anglo-francesas y se produjo la unión de los grupos del Volga y de Siberia del cuerpo de ejército checoslovaco.

No se sabía cuál sería la actitud de los alemanes. El cadáver de Mirbach fue enviado a Alemania en un ataúd de cinc. Berlín guardaba silencio todavía.

Los socialrevolucionarios de izquierda arrestados continuaban aún en el Gran Teatro. El edificio estaba rodeado por los fusileros letones que habían montado un verdadero campamento con cañones, ametralladoras y cocina de campaña en la Plaza del Teatro.

Por aquellos días fui varias veces al Gran Teatro. Sverdlov me encargó de repartir periódicos entre los arrestados. En el escenario, que tenía las luces apagadas, había una ametralladora que apuntaba a la sala medio a obscuras. Los sillones estaban en desorden. El suelo se hallaba lleno de colillas y papeles arrugados. Los arrestados, en cuanto se enteraron del fracaso de la sublevación, se abatieron y desalentaron. ¡Dónde habían ido a parar sus bríos de la víspera!

El 8 por la mañana se trasladó a los arrestados a otro lugar. Se ventiló y puso en orden la sala. Después de comer, se reanudaron las sesiones del Congreso. Una vez aprobada la expulsión de los Soviets de los SR de izquierda, que se habían solidarizado con el levantamiento de los días 6 y 7 de julio, el Congreso pasó a examinar el proyecto de Constitución.

Los bolcheviques continuaban ocupando, como antes, el ala izquierda de la sala. Los asientos de la derecha, que antes ocuparan los SR de izquierda, estaban vacíos. Nadie quiso sentarse en ellos.

La sesión se hallaba en todo su auge cuando, de repente, se produjeron dos explosiones, una tras de otra, brilló el resplandor del fuego y la araña que pendía del techo comenzó a balancearse. Olía a pólvora. Todos saltaron de los asientos; unos corrieron hacia la salida, otros tomaron las armas. Pero desde la escena, imponiéndose al movimiento y al ruido, se oyó la voz de Sverdlov:

- ¡Tranquilidad, camaradas! ¡Continúa la sesión!

Luego se supo que a uno de los soldados rojos de guardia a la entrada del tercer piso se le habían desprendido las granadas que llevaba sujetas a la cintura. En la sala del Gran Teatro, con sus magníficas condiciones acústicas, la explosión resonó con la misma fuerza que si hubiera estallado una bomba de gran potencia.

El 14 de julio, a las 11 de la noche, el Dr. Riedzler, en funciones de representante diplomático alemán, se presentó a Chicherin, Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros, y le hizo entrega de

la exigencia del gobierno alemán de enviar a Moscú un batallón de soldados alemanes de uniforme, a fin de proteger la embajada alemana.

Al día siguiente, en el "Metropol", se celebró una sesión del CEC de toda Rusia de la nueva legislatura. Se componía de bolcheviques, a excepción de dos o tres socialrevolucionarios maximalistas.

En medio de un gran silencio, los miembros del CEC de toda Rusia escucharon un comunicado de Lenin acerca de la exigencia alemana.

-... no podemos satisfacer en ningún caso ni bajo ninguna condición semejante deseo -decía Lenin-, pues ello sería, objetivamente, el comienzo de la ocupación de Rusia por tropas extranjeras.

A semejante paso tendríamos que responder como respondemos a la rebelión de los checoslovacos o a las acciones militares de los ingleses en el Norte: con una intensa movilización, llamando a todos los obreros y campesinos adultos a la resistencia armada...

La historia de nuestra revolución conoce muchos momentos plenos de trágico patetismo. Uno de los más grandes fue cuando los bolcheviques miembros del CEC de toda Rusia -quizás no más de 40 a 50 personas-, levantaron unánimemente la mano aprobando la negativa del Consejo de Comisarios del Pueblo de satisfacer la exigencia alemana.

No se sabía cómo responderían los alemanes. Yaroslavl ardía en llamas. Las unidades checoslovacas atacaban en Simbirsk. El ejército voluntario se aproximaba a Armavir. Los ingleses continuaban desembarcando tropas y se acercaban al Onega.

El 25 de julio, unidades del cuerpo de ejército checoslovaco ocuparon Ekaterinburgo. Ese mismo día entraron en Bakú las tropas inglesas invitadas por los SR de derecha y los dashnakos que se habían apoderado de la dirección del Soviet de Bakú.

Las patrullas de soldados rojos capturaban todas las noches en las calles de Moscú a centenares de sujetos sospechosos: ficticios "italianos", que hablaban sólo en polaco; "maestras" ucranianas contrabandistas; oficiales de los guardias blancos; frailes portadores de alcohol; panaderos con sacos de raciones "legítimas"; libreros ambulantes con literatura subversiva.

A uno de los detenidos se le encontró un plano de Moscú. La ciudad estaba dividida en cuadrículas. Los centros oficiales y los depósitos de artillería estaban señalados con círculos rojos. Cerca de las rayas trazadas a lápiz se veía un fino polvo de grafito, clara señal de que las habían trazado muy recientemente.

Estaba claro que en algún sitio, muy cerca de allí, tendía sus redes una organización contrarrevolucionaria. Al conjuro de la misma mano que había trazado las cuadrículas en el plano de Moscú, en el país estallaban sublevaciones de kulaks, se tocaba a rebato, se enviaban mensajeros portadores de llamamientos a alzarse contra el Poder soviético, se disparaba contra los aisladores de los postes del telégrafo, para destrozarlos, ardían los sembrados, se asesinaba a traición a los comunistas y a los miembros de los comités de campesinos pobres.

Algunos hilos del complot que caían en manos de la Cheka conducían invariablemente a las embajadas extranjeras.

Félix Edmúndovich Dzerzhinski, que trabajaba día y noche, al subir por la escalera perdió el conocimiento debido al cansancio y la inanición, pero apenas volvió en sí, pasó a su despacho y reanudó el trabajo.

El 2 de agosto, las tropas anglo-norteamericanas ocuparon Arjánguelsk. El día 3, se publicó una declaración de los gobiernos inglés, norteamericano y japonés, con motivo de la intervención conjunta de los aliados en Rusia.

Y así, un día tras otro: complot de los guardias blancos en Nóvgorod, sublevación de los SR en Izhevsk, caída de Ekaterinodar, anexión de Batum, Kars y Ardagán por Turquía.

Si se traza una línea uniendo los puntos ocupados por las tropas inglesas, francesas, alemanas, norteamericanas, japonesas y de los guardias blancos, se obtiene un círculo cerrado.

La contrarrevolución internacional cercaba a la joven República Socialista. Había decidido emplear contra ésta el plan estratégico utilizado por las tropas inglesas contra los Estados Unidos de América durante la guerra de independencia.

Este plan se llamaba "Anaconda".

¡La patria socialista en peligro!

Regresamos de los ejercicios de tiro cubiertos de polvo. En las copas de los árboles reverberaban los dorados reflejos de la puesta del sol. Aquel día, como otros muchos, la población de Moscú no recibió no ya el cuarterón de pan del racionamiento, sino ni siquiera la mitad de esto.

- ¡Vamos al Gran Teatro!

- ¿Y el pase?

- Entraremos con el carnet del Partido...

- En el Gran Teatro se celebraba una reunión extraordinaria conjunta del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, el Soviet de Moscú y las organizaciones obreras. Había venido tanta gente que la sala y todos los pisos y galerías estaban repletos: había gente incluso en los pasillos, en el foso de la orquesta y entre bastidores.

Costaba trabajo creer que hacía menos de un año, en esta sala, se había reunido la Asamblea Estatal de Moscú. En la tribuna que ahora ocupaba Lenin, se encontraba entonces el general Kornílov. Entornando rabioso los rasgados ojos calmucos y pronunciando con dureza cada sílaba prometió aplastar la

revolución socialista rusa a sangre y fuego. En la primera fila de butacas estaba repanchigado el millonario moscovita Riabushinski, el mismo que pronunciara aquellas palabras saturadas de odio feroz: "La revolución será estrangulada por la descarnada garra del hambre". En un palco reservado, estaba entonces Borís Savinkov, cuya experiencia de terrorista profesional era una garantía de que la revolución había de ser ahogada por el dogal de los complots.

La contrarrevolución rusa cumplía largamente sus amenazas. Cada uno de los que estaban ahora en la sala había mirado cara a cara a la muerte el año transcurrido. Todos sabían que, por muy difíciles que hubieran sido los meses vividos, por delante esperaban pruebas todavía más rigurosas, una lucha aún más dura. Y, sabiéndolo, cada uno decía para sus adentros: "Antes la muerte que la esclavitud".

La sala escuchaba a Lenin en medio de un silencio solemne.

Vladímir Ilich hablaba aquella tarde algo más despacio que de ordinario. Esta lentitud subrayaba con particular fuerza toda la tensión del momento que atravesaba la República de los Soviets. Sólo en los movimientos de las manos que al principio se agarraron fuertemente a los bordes de la tribuna y después se levantaron con la impetuosa e inconfundible vehemencia de Lenin, se expresaban la emoción, la alarma y la esperanza que le embargaban.

- La cuestión se ha planteado de manera que están puestas a una carta todas las conquistas de los obreros y de los campesinos -nos decía-.... Al realizar nuestra labor social, hemos actuado contra el imperialismo del mundo entero. Esta lucha la comprenden cada día mejor los trabajadores de todos los países y su indignación presente acerca más y más la futura revolución. Por esto precisamente se lucha, porque nuestra República es el único país del mundo que no ha ido de la mano del imperialismo, no ha permitido la matanza de millones de seres humanos en aras de la dominación del mundo por los franceses o los alemanes...

Sverdlov leyó una resolución que sonó como una llamada, como un juramento. Declaraba la Patria socialista en peligro y planteaba, como tareas a las que todo debía subordinarse, movilizar al proletariado, emprender una vasta cruzada por el pan, armar a los obreros y poner en tensión todas las fuerzas para la campaña militar contra la burguesía contrarrevolucionaria bajo la consigna: ¡LA MUERTE O LA VICTORIA!

- ¿Quién está en pro?

Se alzan miles de brazos.

¿Quién está en contra?

¡Nadie!

¡Sólo la Gran Revolución proletaria es capaz de infundir en millones de personas tal firmeza, valentía, intrepidez y coraje!

PAN DURO Y NEGRO

Al frente

A la noche siguiente, nuestro destacamento salía para el Frente del Este.

Quizá fuera ésta la última vez que pasara por las calles de Moscú. A pesar de lo avanzado de la hora, la ciudad vivía su nueva e inquieta vida. En el edificio de la Oficina de Comisarios del Ejército estaban encendidas todas las luces. En dirección opuesta a la que llevábamos, pasó un cañón, arrastrado por cuatro caballos. Un carro cargado de cajones de proyectiles hacía gran estruendo. En calles y plazas realizaban ejercicios nocturnos los que hacían la instrucción militar obligatoria.

Entre nosotros había soldados que pasaron en las trincheras casi toda la guerra imperialista y muchachillos imberbes que se separaban de los padres por primera vez en su vida. Había algunos que no sabían lo que era viajar en tren. Para muchos todo era nuevo: el apeadero de la vía de circunvalación donde se formaba nuestro convoy; la carga nocturna; el relincho de los caballos en la oscuridad; los vagones de mercancías acondicionados para conducir pasajeros con sus literas de madera y las puertas abiertas, delante de las cuales flotaban los techos de las casas inundados de luz del sol saliente.

¡Adiós, Moscú! ¡Adiós!

Pasados los arrabales de la ciudad, el convoy tomó en dirección Este. La locomotora dio un prolongado silbido, aceleró la marcha, las ruedas golpearon acompasadamente en las junturas.

A los pocos días el tren llegó a un apeadero que había sido incendiado por los guardias blancos en retirada, después de la reciente sublevación en Múrom. Aquí supimos que Kazán, adonde se dirigía nuestro destacamento, había sido tomado por unidades de checos blancos.

El enemigo se había acercado a Moscú. El peligro que amenazaba a la República Soviética era mayor. Tanto más fuertes, valientes e inexorables debíamos sentirnos todos y cada uno de nosotros. ¡*La muerte o la victoria*!

Un puente sobre el Volga

Entablamos combate sobre la marcha.

Nuestro convoy se acercó a la estación de Sviazhsk, repleta de convoyes ferroviarios. A la derecha sonó una ráfaga de ametralladora.

Al extremo del andén se encontraba Mezhláuk, representante del estado mayor de la agrupación de tropas de Sviazhsk, quien gritó, agitando una banderita roja de señales:

- ¡Que venga el comandante!

Kudriashov saltó del tren y corrió hacia Mezhláuk. Le dijo unas palabras, indicando hacía el lugar de donde se oía el tiroteo. Kudriashov estrechó

la mano a Mezhláuk y saltó al vagón.

El tren continuó adelante sin detenerse. A una media versta apareció un gran puente ferroviario. El tiroteo se oía con mayor precisión cada vez. Abajo, al pie de la alta y escarpada orilla brillaba una ancha franja de agua: era el Volga.

- Los blancos tratan de apoderarse del puente -dijo Kudriashov transmitiendo las palabras de Mezhláuk-. La entrega del puente significará abrir a las bandas blancas el camino que conduce a Nizhni y a Moscú. ¡Ni un paso atrás!

Apoyándose en los brazos, se subió al techo del vagón y corrió a lo largo del convoy para notificar la situación a los demás vagones.

- Disparan cerca de aquí -dijo alguien.

- ¡Que va! -respondió Piotr Vasílievich Kazmín, ducho soldado, que había combatido en la guerra imperialista-. No es a menos de dos verstas. Donde hay agua se oye de lejos.

En aquel momento, en el vagón de al lado chasqueó una pistola de señales. El tren aminoró la marcha, pero nosotros, sin aguardar a que parase, empezamos a saltar al terraplén, tomando sobre la marcha las ametralladoras y los cajones de munición.

El destacamento se apeó rápidamente. ¡Qué útil resultaba entonces el adiestramiento recibido en Moscú en el bulevar de Chístie Prudí y afianzado durante la instrucción realizada en el camino! Nos lanzamos en la dirección en que se oían los disparos. Corríamos por un campo lleno de arbustos. A nuestra izquierda negreaba el bosque. A la derecha teníamos el Volga.

Pronto apareció entre los matorrales una fila de fusileros que avanzaba sobre nosotros. Nos tendimos en el suelo.

- ¡Preparados para el combate! -ordenó Kudriashov.

Se oyó el chasquido de los cerrojos de los fusiles, La formación se aproximaba. Nuestros dedos temblaban en los gatillos. Ahora sedaría la orden de "¡Fuego!" Pero sonó la orden de "¡Alto!"

A nuestro encuentro venía a todo correr gente llena de pánico con el uniforme de los soldados rojos. Los rostros reflejaban espanto. La mayoría había arrojado los fusiles. Muchos huían descalzos.

Kudriashov corrió a cortarles el paso.

- ¡Alto! ¿Qué pasa?

- ¡Los checos!

Era absurdo pretender parar a lasque huían. Nos echamos adelante. A unos trescientos pasos sucedió lo que en las conferencias de instrucción militar se llamaba "entrar en contacto con el enemigo". Ya nos acercábamos al bosque cuando, entre los árboles, vimos azulear los uniformes de los checos. Estos marchaban de pie, riéndose y conversando unos con otros, como si no estuvieran combatiendo, sino lejos, en la retaguardia, realizando ejercicios tácticos. Conversando alegremente aparecieron por el lado del puente.

Dejamos que los checos blancos se aproximasen y les enderezamos una descarga de nuestros fusiles. El enemigo, tan seguro de sí mismo hasta entonces, rompió en precipitada huída.

Animados por el éxito, perseguimos a los checos hasta que llegaron a la estrecha franja de la orilla, bordeada de sauces. Casi junto al agua había una batería abandonada y, a su lado, una cocina de campaña volcada. Las olas amarillentas rompían en la orilla. Las blancas gaviotas volaban a ras de las aguas. Detrás, a la pálida luz del crepúsculo, envuelto en la neblina del Volga, parecía flotar en el aire el puente, aquel puente cuya defensa se había convertido para nosotros en una cuestión de vida o muerte.

"Puerto Arturo"

Así terminó nuestro primer combate. Kudriashov ordenó hacer alto, comprobar las armas, levantar la cocina de campaña, hacer gachas y enlazar con la unidad del flanco izquierdo.

La busca de la unidad vecina nos llevó mucho tiempo. Al fin la encontramos a unas dos verstas de nosotros. Se le daba el nombre de regimiento, aunque no contaba más de un centenar de fusiles. No tenía montados puestos de vigilancia y tan sólo había unos centinelas soñolientos que dejaron que nos acercáramos sin preguntar siquiera quiénes éramos.

Para llegar hasta ellos había que atravesar un bosque ralo y campos sin segar. A la pregunta de dónde encontrar al comandante, el centinela, que se paseaba cerca del fusil tirado en el suelo, respondió:

- En "Puerto Arturo" -y señaló a un elevado granero que se divisaba no lejos de allí.

Del granero llegaban los sones de un acordeón. Cuando entramos en aquel lugar nadie volvió la cara hacia nosotros. Junto al acordeonista, que manejaba el teclado con embeleso, estaba sentado un hombre joven con los ojos entornados y en camisa, con tirantes. En sus botas rotas y polvorientas brillaban plateadas espuelas. Era el comandante del regimiento. Sobre la paja, junto al muro, se habían acomodado los soldados rojos; unos dormían, otros jugaban a la baraja.

- ¿Se está bien a la sombra, eh? -dijo uno de los nuestros-. Mientras tanto los blancos toman el puente.

- ¡Qué importa el puente! -respondió el acordeonista-. Hemos entregado Kazán sin importarnos... Y con nuevos bríos siguió tocando su acordeón.

- Bastos son triunfos -dijeron al lado.

- Camarada comandante... -empezó a decir uno de los nuestros.

Pero en lugar de responder, el comandante siguió con los ojos entornados, apático, y prefirió lanzar unos juramentos. Los que jugaban a las cartas

estallaron en risotadas.

Nosotros quedamos pasmados. ¿Qué hacer?

Poseíamos una sola arma para atraer a nuestro lado a aquella unidad del Ejército Rojo que parecía desmoralizada, totalmente descompuesta. ¡Esta arma era la palabra bolchevique, franca y honesta!

Colocamos un cajón en el centro del granero. Aliosha Krímov se subió a él.

- Camaradas -comenzó diciendo-: La situación que tenemos en este momento es la más decisiva...

- Ahora son triunfos copas -dijeron a un lado.

El rostro resplandeciente de Aliosha, en el que sólo empezaba a apuntar la barba, se puso rojo.

- Camaradas -prosiguió-: ¿Es que no vamos a saber defendernos? ¿Vamos a entregar otra vez a los capitalistas nuestra libertad, nuestra tierra, nuestras fábricas y talleres?

Aliosha hizo una pausa. El acordeonista, burlándose de él a las claras, tarareó acompañándose:

Me salvéis, o no me salvéis, la vida no me importa...

- Cuando nos enviaron los moscovitas. -resonó la voz de Aliosha-, nos dijeron: "Regresad con la victoria. Y si no traéis la victoria, no volváis, mejor será que traigan los ataúdes con vuestros cadáveres". Esto lo dijo un pueblo que se desploma de hambre, pero sostiene fuertemente en sus manos la bandera de la Revolución...

El acordeonista continuaba como hasta entonces, dándole al teclado; seguían jugando a las cartas. Pero ahora en algunos rostros podía leerse ya el interés por lo que decía el orador.

- No hemos comenzado la Revolución para entregar el país a los opresores -dijo Aliosha-. Debemos decir que nuestra patria socialista se encuentra en peligro; tenemos la obligación de luchar para salvar a la Rusia Soviética. Vosotros, soldados rojos, debéis tomar con coraje las armas. La Revolución no consiste en que cada uno pueda tomar algo para vivir bien en su casa. ¡No! La Revolución consiste en que a cada obrero y a cada campesino se le despierta la conciencia, su alma se serena y dice: "¡Hasta ahora he vivido como un gusano, ahora estoy despierto, no soy un esclavo del zar y del capital, soy un ciudadano de la República de los Soviets, soy un hijo de la clase obrera, y todas mis fuerzas, toda mi sangre deben ser puestas al servicio de la clase obrera y de los campesinos!"

Por primera vez rompieron a aplaudir. Ahora le había llegado el turno de hablar a Sasha Sochenkov. Era un chiquillo delgaducho, rubio, de un lugar cerca de Viatka, y que se había incorporado a nuestro destacamento por el camino. Compuesta por él o aprendida de memoria, lo cierto es que sabía una conversación en verso entre dos obreros, un cobarde y un héroe, y que recitaba siempre con éxito en los vagones del convoy y en las estaciones, durante las paradas.

Sasha empezó con voz de falsete:

Camarada, estoy bajo las armas
La voz del mando llama a luchar.
Pero mi vida... ¡Ay! Siento perderla,
Me apena estas filas dejar.
Bien que yo exponga la vida
Por la dicha y la libertad.
¿Para qué, entonces, lo que llena la vida?
¿Qué falta al huerto la lluvia le hará?

Sasha cambió de voz y alzó con arrogancia la cabeza:

Camarada, en ti habla el cobarde
Y no eres digno combatiente.
Mira cómo brilla la libertad
Con su luz resplandeciente.
Caerá la maldición sobre quienes
Tiemblen en los últimos momentos,
De nuevo la opresión, la servidumbre,
Cárceles, ejecuciones y tormentos...

Alzando sobre su cabeza el puño fuertemente apretado, Sasha terminó:

¡A las armas, camarada! ¡Adelante sin miedo!
¡Unámonos! ¡Resucitemos!
¡Quién resucite, no morirá
En los tormentosos tiempos!

A cada una de las estrofas que Sasha iba diciendo, parecía derretirse el hielo que nos separaba de aquellos soldados rojos. Era cada vez mayor el número de caras que miraban atentamente. El acordeonista dejó a un lado su instrumento. Abrió los ojos soñolientos el comandante. Los que estaban enfrascados en el juego dejaron la baraja y se volvieron hacia Sasha.

Y henos ya a todos sentados en la paja, rodeados de los soldados rojos; bebimos aromático té -una infusión de hierbas del bosque-; hablamos de Moscú, de la última sesión del CEC de toda Rusia y del Soviet de la capital, escuchamos el relato que ellos nos hicieron de sus andanzas.

Se trataba del regimiento de Briansk, restos del Ejército zarista. Concertada la paz, gran parte de los soldados marchó a sus casas; los restantes se fundieron con el Ejército Rojo. Pero en los estados mayores se olvidaron de este regimiento, que vagaba de un lado para otro por las guarniciones de las provincias, abandonado a su suerte, hasta que cayó en Kazán, de donde fue a parar a las cercanías de Sviazhsk. Y durante todo el tiempo, según la tradición que se conservaba todavía de la época del ejército zarista, el regimiento llamaba a cada uno de

sus cuarteles "Puerto Arturo".

Camaradas, ¿y qué quiere decir "Puerto Arturo"? -preguntó Aliosha, después de escuchar la historia-. "Puerto Arturo" recuerda una derrota, una traición. Y ahora, camaradas, debemos vencer, solamente vencer. Por ello cambiemos el nombre de "Puerto Arturo" por el de "Nuevo Puerto Arturo". ¿Quién está a favor? Aprobado por unanimidad.

De este modo, aquel granero desconocido empezó a llamarse "Nuevo Puerto Arturo". Con este nombre figuró desde entonces en los informes y partes. Y si se conservan los mapas de operaciones de la agrupación de fuerzas de la orilla izquierda, que actuaron en los accesos de Kazán, posiblemente se vea en ellos un pequeño círculo, cerca del cual está escrito este nombre, sorprendente e incomprensible para los ajenos al asunto.

Soldados de la revolución

La juventud integraba no menos de la tercera parte de nuestros destacamentos obreros. La mayoría de los muchachos tenían 17 y 18 años, pero incluso los había de 16 y 14 años. Su aspecto era el de muchachillos torpones, a los que sentaban como sacos los capotes y les estaban grandes las botas. Los había traviesos e impacientes, inteligentes y aturdidos; otros eran bruscos. Los muchachos miraban al mundo con curiosa prevención. Soñaban con la revolución mundial, pero cuando podían me tiraban de la trenza. Su principal preocupación era mostrar que eran hombres, héroes, valientes. En el combate se arriesgaban y no retrocedían, ni siquiera después que se ordenaba retirada. Kudriashov se enfadaba terriblemente en estos casos y llamaba a los culpables,

- Deja ya, hermano, de hacerte el orgulloso -decía-. El combate es una tarea de todos, de camaradas.

Las noches eran oscuras, sin estrellas. Al amanecer, el Volga aparecía cubierto de una densa capa de niebla. Hacía frío. No encendíamos hogueras y dando diente con diente nos apretábamos estrechamente los unos contra los otros, contando los minutos que faltaban para que terminara la noche; hasta que al fin el cielo empezaba a clarear; la niebla se elevaba formando columnas; el Este se encendía con colores de ámbar y sobre este fondo empezaban a perfilarse los contornos del puente sobre el Volga. Si en nuestra orilla no había combate, en el puente se divisaban confusos puntos; a medida que iban acercándose se veía una cabalgata atravesando rápidamente el puente.

Delante, a lomos de un caballo negro, galopaba una mujer con guerrera de soldado y una ancha falda azul a cuadros. Se mantenía airosamente en la silla y corría audazmente a través de los campos labrados; las herraduras del corcel arrancaban negros terrones. Era Larisa Réisner, jefe del servicio de reconocimiento del Ejército. La hermosa amazona tenía el rostro curtido por el viento. Sus ojos eran de un gris claro; de las sienes le arrancaban dos trenzas de pelo castaño que se unían en la nuca; una severa arruga cruzaba su frente despejada.

Acompañaban a Larisa Réisner soldados de una compañía del Batallón Internacional agregada al servicio de reconocimiento. Se apearon e informáronse de la situación. Se hablaba en mal ruso, en húngaro, en alemán o en checo. Allí mismo se tomaban decisiones, entablar combate de reconocimiento, hacer prisioneros o enviar exploradores a la retaguardia del enemigo...

Nosotros patrullábamos o sosteníamos combate. No eran de gran importancia, pero se caracterizaban por su extremada dureza. Si retrocedíamos a nuestras posiciones de partida, encontrábamos muertos a nuestros heridos: los blancos los habían rematado a bayonetazos.

Desde Kazán cruzaban secretamente la línea del frente comunistas y obreros. Referían que se detenía en masa, ahorcaba y fusilaba sin formación de causa. De una ciudad desconocida, de la que casi todos tan sólo sabíamos algo por las viejas canciones, Kazán se convirtió para nosotros en una ciudadela, donde se atormentaba a nuestros hermanos, cuya vida dependía ahora de nuestra decisión de vencer al enemigo.

En uno de los combates hicimos un prisionero y le condujimos a "Nuevo Puerto Arturo", que se había convertido en punto de convergencia de los destacamentos que combatían en las orillas del Volga. Era un alumno de liceo, de rostro enjuto, pálido, con grandes orejas que le daban un aspecto de murciélago.

En la mesa alumbraba un cabo de vela; el viento animaba la llama, y por las paredes danzaban fantásticas sombras. El prisionero nos miraba con ojos llenos de odio. Se negó a contestar a las preguntas y, cuando salió del granero -lo conducían al Estado Mayor del Ejército y él creía que lo llevaban a fusilar- gritó:

- ¡Viva la Asamblea Constituyente!

Unas veces por la mañana, otras por la tarde, según lo permitiera el desarrollo de los combates, en nuestro sector se reunía la gente: llegaban "de la orilla opuesta" miembros del Consejo militar revolucionario y comisarios políticos. Nuestro granero adquirió pronto un aspecto confortable, soviético, comunista. Se quitó de allí la paja, se barrió el suelo, se colocó una bandera roja y se colgaron pancartas rojas con consignas, que aprobamos después de acalorados debates:

¡RECUERDA QUIEN ERAS, Y ENTONCES COMPRENDERÁS LO QUE TE ESPERA SI NO VENCES!

TU ERES UN SOLDADO DE LA

REVOLUCIÓN. ¡ESO QUIERE DECIR QUE TU COMANDANTE EN JEFE ES LA REVOLUCIÓN!

PARA TERMINAR CON LA GUERRA ES PRECISO EXTERMINARA LOS QUE NECESITAN LA GUERRA. ¡LA GUERRA LA NECESITAN LOS RICOS!

TU ORACIÓN SE COMPONE TAN SOLO DE SEIS PALABRAS: "¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS!"

TUS ORDENANZAS MILITARES SE COMPONEN DE OCHO: "¡PAZ A LAS CABAÑAS, GUERRA A LOS PALACIOS!"

Se discutió acerca de las dos últimas consignas: ¿Se podía, en este caso, emplear la palabra "oración" y merecía la pena escribir "Ordenanzas militares?" Esto no era del gusto de todos, pero a nadie se le ocurrió nada mejor.

En cierta ocasión se presentó en "Nuevo Puerto Arturo" un hombre llegado "de la otra orilla". Su rostro eslavo era atractivo y de facciones delicadas. Llevaba vestimenta militar de distinto origen: pantalones austríacos, guerrera alemana y botas rusas.

Aquel día el frente estaba tranquilo. Con este motivo "Nuevo Puerto Arturo" se llenó de gente libre de servicio. Aquello resultó una especie de velada espontánea de aficionados al arte.

Entre nosotros había mucha gente de talento, desde un poeta que compuso el poema de seis líneas "Tres suspiros" (por qué suspira el capitalista, por qué suspira el pequeño burgués y por qué suspira el proletario) hasta un cantante que interpretó, acompañado por una orquesta formada con dos peines de bolsillo, las arias de *Demon* y de *Boris Godunov*.

Cuando el programa tocaba a su fin, el que había venido se levantó y con una tímida sonrisa pidió permiso para relatar una historia. Todos le abrieron paso con gusto. El hombre se sentó en un taburete y comenzó su relato.

- En la primavera del año 1915 - empezó a decir-, encontrándome yo en Galitzia Oriental, llamé, no importa con qué motivo, saco de heces de perro a nuestro capellán y fui a dar con mis huesos al calabozo. La mazmorra era como la de todas las cárceles: nos comían las chinches y había un insoportable hedor a excrementos. Ya estaba dispuesto a aburrirme los días que tuviera que esperar hasta el juicio, hasta que me enviaran a una compañía de castigo al frente. Pero cuando entré en la celda oí de pronto una voz conocida que dijo: "¡Buenos días, pan Hášek!" ¡Mira por dónde! Ante mí tenía a un viejo amigo mío, con el que había bebido más de una jarra de cerveza en la hostería "La copa". Su nombre no les dirá nada a ustedes, pero recuérdenlo, pues lo merece más que Alejandro Magno. Es el nombre del intrépido héroe, el viejo y bravo soldado Švejk, "Nosotros en Budeiovitsi..." -comenzó a decir Švejk, como si acabáramos de despedirnos media hora antes.

...En aquel momento el rostro del narrador adquirió una expresión mezcla de simpleza y malicia, de buena fe y agudo ingenio. Ante nosotros estaba, restregándose las reumáticas rodillas, Švejk, el mismo bravo soldado Švejk a quien ahora conoce el mundo entero y entonces casi desconocido. De aquella manera que le era tan característica, con infinidad de detalles y digresiones, nos contó cómo se encontró en la hostería "La copa" con un agente de la policía secreta, cómo éste le condujo a la comisaría, cómo comenzó la guerra y las aventuras que vivió el bravo soldado Švejk...

El relato estaba lejos de la perfección a que llegó unos años después, en las páginas del inmortal libro de Hášek. Las imágenes que posteriormente adquirieron relieve, entonces estaban sólo esbozadas con tenues perfiles. Pero Jaroslav Hášek se reencarnaba con tan profundo sentido artístico en sus héroes, que desfilaban ante nosotros como si los estuviéramos viendo: oficialillos austríacos, petimetres de cabeza huera, curas libertinos, glotones, chivatos, gente lasciva y, ante todo, el propio Švejk.

Al principio, todo nos parecía simplemente cómico. Pero después, paulatinamente, a través de la trama singular de lo grotesco, empezamos a percibir la terrible verdad de la vida. Y no de una vida cualquiera lejana, desconocida, sino de la que habíamos dejado atrás cada uno de nosotros y contra cuyo retorno luchábamos ahora con las armas en la mano. Uno reconocía en alguno de aquellos soberbios oficiales austríacos a su antiguo comandante de compañía en el ejército zarista. Otro, al oír las órdenes absurdas, recordaba cómo lo mandaban a él al matadero. Para unos tenía una fuerza particular la descripción de la cárcel; otros la hallaban en los relatos de los cuarteles y de su vida siendo ordenanza.

El estado de ánimo del auditorio se transmitió a Jaroslav Hášek, La suave ironía que al principio acompañaba a su narración se convirtió en fustigante sarcasmo lleno de ira.

Ya nadie reía. Todos escuchaban conteniendo la respiración. Jaroslav Hášek finalizó su relato en medio de un profundo y emocionante silencio.

En aquel momento se levantó Piotr Vasílievich Kazmín, hombre rudo, que nunca sonreía. En la época de Kerenski fue condenado a fusilamiento por agitación bolchevique en el frente. Pero la Revolución de Octubre impidió que la condena se cumpliera.

- Yo creo, camaradas -dijo-, que después de escuchar el informe acerca del camarada Švejk, debemos aprobar una resolución, manifestando al camarada Švejk que cumpliremos con nuestro deber.

Kazán será nuestro, y después de Kazán todo el Volga caerá en nuestro poder. Y tú, camarada Švejk, sigue pronto el ejemplo del proletariado ruso; derriba a tus parásitos, los burgueses y los generales, para que triunfe la revolución mundial.

El 30 de agosto

Hacia el veinte de agosto, nuestro destacamento, con el contiguo de Govorkov, fue trasladado a la orilla derecha del Volga. Ocupábamos posiciones no lejos de un profundo barranco cubierto de bosque. Teníamos por delante campo abierto y se divisaba un vasto horizonte. El terreno era ligeramente ondulado. A la izquierda, a través de la niebla grisazulenca, brillaban las aguas del Volga y a lo lejos se vislumbraba una oscura franja de tupidos bosques.

Al otro lado del barranco negreaban las techumbres de paja de una pequeña aldea. Eran numerosas las aldeas que había alrededor. En algunas de ellas a los rojos nos miraban de reojo, en otras nos acogían con más agrado. Una vez, vino una diputación de la aldea inmediata y pidió "numeritos recientes". Al principio no comprendíamos de qué se trataba. Resultó que querían periódicos.

Nuestros agitadores recorrían las aldeas. Se celebraban reuniones en distintas isbas. Las mujeres se arrimaban contra la pared, y desde las banquetas de las estufas nos miraban los niños con los ojos desmesuradamente abiertos. Cuando oscurecía se encendía una astilla. Las chispas caían crepitando en una tina con agua.

Al segundo o tercer día de nuestra estancia en la orilla derecha, me enviaron a hacer un reconocimiento a la retaguardia del enemigo. Por la noche me llevaron en una lancha aguas abajo a unas diez verstas de la línea del frente, y me desembarcaron en la orilla. Debía penetrar en la aldea de Vorobiovka y luego en el pueblo de Nizhni Uslón. Llevaba un vestido color marrón y si caía en manos de los blancos tenía que decir que era alumna de liceo y había huido de Moscú, donde mis padres habían sido detenidos por los bolcheviques, y que trataba de llegar a Kazán en busca de unos parientes.

En Vorobiovka encontré inmediatamente a la persona que necesitaba y me facilitó los informes que había reunido. Pero en Uslón no encontré a nadie en el lugar convenido y anduve por el pueblo. Las calles estaban desiertas. En la plaza, delante de la iglesia, había una horca de la que colgaba un hombre con los pies descalzos. Los ojos del ahorcado los habían picado ya los pájaros. En su pecho colgaba un cartel en el que habían escrito con letras mayúsculas:

"MIEMBRO DEL COMITÉ DE POBRES"

Por la carretera de Simbirsk marchaban lentamente convoyes de blancos. El enemigo concentraba fuerzas frente a nuestro flanco derecho. Apenas tuve tiempo de volver y entregar los informes cuando a lo lejos, a la derecha, se oyó una explosión de gran potencia. Más tarde se supo que una de las unidades de la división del teniente coronel Kappel, que luchaba contra nosotros, había atacado la estación de Tiurlema y volado un tren cargado de proyectiles de artillería.

Anochecía cuando, de la aldea situada al otro lado del barranco, llegó a todo correr un chiquillo y, lleno de emoción, nos contó que los blancos habían llegado al pueblo. Informarnos de ello al Estado Mayor del ejército y esperamos órdenes. La noche se hizo oscura y fría. Empezó a llover. Se oía el murmullo de los chorros que corrían hacia el barranco. Ocultos tras los árboles y los almiares de heno, sosteníamos apretados los fusiles y escudriñábamos en la profunda oscuridad. Los campesinos de las aldeas vecinas estaban a nuestro lado armados de estacas y horcas.

El combate empezó cerca del amanecer, lejos, en nuestro flanco derecho y por detrás. El tiroteo era frecuente en ocasiones; en otras disparaban de vez en cuando. De pronto, de la parte guarnecida por el Regimiento número 2, a unos 150 pasos, aparecieron los de Kappel que avanzaban sobre nosotros. Se acercaban formando una compacta muralla: delante iban los soldados empuñando los fusiles con la bayoneta calada; detrás, pistola en mano, seguían oficiales de negro uniforme.

Cuando los de Kappel estaban ya encima de nuestras posiciones, abrieron fuego nuestras ametralladoras desde los nidos donde estaban enmascaradas. Desde el Volga abrió fuego la artillería de nuestra flotilla. El ataque de los de Kappel fracasó, el combate se fue alejando hasta el Sur, hacia la zona del enemigo, y al mediodía cesó por completo.

Luego supimos que para aquel día, el 29 de agosto, los blancos habían planeado una operación que debía culminar con la toma del puente sobre el Volga, después de lo cual quedaría expedito el camino directo a Moscú. Pero, en lugar de derrotar a los rojos, los de Kappel se vieron obligados a retroceder a toda prisa.

La mañana del 30 de agosto brillaba un sol cegador. Todos estábamos bajo la impresión de los acontecimientos de la víspera. Nadie esperaba una desgracia inmediata. Las tropas se dedicaban a la instrucción. La consigna de aquel día era: "Aprende en tus errores y en los del enemigo".

¡Y de pronto, se dio la voz de alarma!

De Sviazhsk llegó a caballo el jefe de la Sección Política de! ejército, Iván Dmítrievich Chugurin. Llevando por la brida al caballo fue a lo largo de la línea del frente y, pasando de un grupo de combatientes a otro, repetía las mismas palabras:

- ¡Han atentado contra Vladímir llich! El camarada Lenin ha sido herido de gravedad. En

Petrogrado han asesinado al camarada Uritski. Camaradas: ¡hemos de vengarnos del enemigo!

¡A Kazán!

¡Cuánto se había vivido y sufrido aquel año, cuánto se había pensado y sentido! Pero todo lo ocurrido hasta entonces parecía ser pálido ante la noticia del atentado contra Vladímir llich.

Iván Dmítrievich Chugurin recorrió la línea del frente, y los combatientes, con lágrimas en los ojos, le decían lo que había que escribir en la resolución.

- Escribe, camarada Chugurin, que ante los pérfidos atentados contra los jefes del proletariado, juramos aniquilar despiadadamente a los bandidos blancos -dijo un soldado rojo.

- Y lo principal: que tomaremos Kazán, agregó otro.

- Y escribe: "Querido camarada Lenin: ¡Que la próxima limpieza del Volga y Siberia de venales asalariados del capital cure sus heridas" -pidió un tercero.

La inquietud no se manifestaba en decaimiento, sino en rabiosa y sombría inspiración. La gente atacaba con rabia, llena de coraje; se efectuaban desembarcos, se enganchaban de los cañones, tirando de las piezas por el resbaladizo barro arcilloso, allí donde se derrengaban los caballos. El ejército ansiaba ya tomar Kazán; pero ahora ardía en deseos de lanzarse al combate.

El tres de septiembre se oyó de la parte de Kazán intenso tiroteo. Creímos que actuaban allí nuestras unidades de desembarco. Resultó que los obreros se habían sublevado en la ciudad. Los blancos consiguieron aplastar la insurrección. Pero su triunfo no fue muy duradero.

Por la noche fui nuevamente de reconocimiento a Nizhni Uslón, En las afueras del pueblo ardían hogueras, vivaqueaban unidades de los blancos. Se veía muchas más fogatas de las necesarias para los soldados que había. Parecía que habían sido prendidas adrede, para dar la impresión de que allí estaban concentradas grandes fuerzas.

Los soldados se hallaban tendidos en el suelo, y contemplaban sombríos el fuego. Eran en su mayoría campesinos pobres y alumnos de liceo movilizados a la fuerza. El mando checoslovaco, previendo la inevitable derrota, retiró a segunda línea a sus fuerzas regulares, colocando bajo el golpe a estas otras, condenadas a perecer.

Algunos días después, en aquel lugar, en los accesos a Nizhni Uslón, nuestros camilleros recogieron agonizante a Govorkov, comandante del destacamento de Súdogda.

El destacamento de Govorkov había estado todo aquel mes a nuestro flanco. Se componía de obreros del vidrio de la vieja fábrica de Súdogda.

Govorkov tenía unos 30 años. Había trabajado en la fábrica desde pequeño; luego combatió en la guerra imperialista. Le gustaba mucho dibujar y, para después de la victoria de la revolución mundial, pensaba estudiar en una escuela de dibujo.

Una bala le había atravesado el pecho. Cuando le desnudaron le encontraron una carta dirigida: "¡A todos! ¡A todos!" Su legado a los camaradas era que se vengaran de los guardias blancos cada uno de la manera que pudiera.

"Esta carta la recibiréis después de mi muerte -escribió-. Para entonces, Govorkov habrá dejado de existir".

El ataque a Uslón fue el comienzo de la ofensiva de nuestras tropas sobre Kazán. Con el fuego de nuestra artillería el enemigo fue arrojado de Uslón y Krásnaia Gorka; con el ataque mancomunado de las tropas soviéticas, en estrecha cooperación con la flotilla del Volga y la aviación, se limpió definitivamente Kazán; nuestros marinos, con audaces operaciones de desembarco, cooperaron al éxito fulminante de las unidades rojas y provocaron la huida del enemigo preso de pánico. Conocí todo esto y muchas cosas más a través de los relatos oídos en el puesto de sanidad cuando recobré el conocimiento después de una contusión.

El puesto de cura de urgencia estaba instalado en una gran isba. Había heridos por todas partes: en bancos, en camastros, en el suelo. El sol entraba de refilón por la ventana. En el vano de la puerta, que se abrió de repente, apareció un soldado, cubierto de barro y de sangre. Se quitó el gorro y gritó:

- ¡Camaradas! ¡Hermanos! ¡Kazán es nuestra! ¡Vamos a Simbirsk!

"Los doce"

A mediados de septiembre me enviaron en un convoy sanitario a la retaguardia.

Hacía días de transparente claridad otoñal. Volaban en hileras los gansos salvajes, y se oía el lejano crotorar de las grullas. Una niña con un vestido de colorines que le llegaba a los talones y un pañuelo anudado a la cabeza como las mujeres, les hacía ademanes con su manita para que regresaran en primavera y gritaba con voz sonora: "¡Buen viaje!"

El tren marchaba lentamente. Cuando llegaba a las estaciones trataba de montar en él gente con sacos que gritaba y blasfemaba salvajemente. La guardia lo impedía y los viajeros caían de rodillas, se las ingeniaban para agarrarse a las portezuelas, se metían debajo de los vagones, se subían a los techos y a los topes.

Una noche el tren permaneció parado largo tiempo en un apeadero. Allí no había gente con sacos. Por el andén pasaron dos ferroviarios que llevaban sendos faroles. Uno de ellos decía con voz alegre: "37,2 de temperatura; 90 pulsaciones. La herida cura bien". Se referían al estado de salud de

Lenin.

¡Por fin, brillaron a lo lejos las cúpulas de las catedrales! ¡Moscú, Moscú!

Casi a la carrera, a través de toda la ciudad, llegué a mi casa. Mama no estaba allí; se encontraba cumpliendo una misión. Me arreglé en un dos por tres y fui a buscar a los amigos y camaradas. ¡Ay! iUnos habían marchado al frente, otros a distintos lugares!

Afligida y triste deambulé por las calles. En la Mojovaia, junto a los montones de libros viejos que vendían al lado de la Universidad de Moscú, elegía libros un muchacho alto, fornido, vestido con capote de soldado. ¡Dios mío! ¡Era Lionia! ¡Lionia! ¡Lionia Petrovski! ¡Cómo había crecido! ¡Estaba hecho un hombre!

Lionia me llevó a su casa. Acababa de regresar del Frente Sur y soñaba con ingresar en la Academia del Estado Mayor. Teníamos muchas cosas que contarnos.

Grigori Ivánovich Petrovski, el padre de Lionia, era entonces Comisario del Pueblo del Interior. El Comisariado se encontraba en la travesía Nastásinski. Los Petrovski vivían allí mismo, en un edificio del patio, y ocupaban un apartamento de dos pequeñas habitaciones, en las que apenas cabían las camas y las mesas.

La madre de Lionia, Domna Fedótovna, nos pasó a la cocina, nos dio de comer una sabrosisima "kasha" de cebada y nos sirvió té dulce. Comimos, charlamos, nos reímos, recordamos a Petrogrado y el frente. Como siempre, empezamos a discutir por discutir: ¿Qué frente era el mejor? ¿Dónde se reñían los combates más importantes? ¿En qué frente se derrotaría antes a los blancos? ¿En qué país comenzaría la revolución mundial?

Hubiéramos estado discutiendo toda la tarde si Domna Fedótovna no nos hubiera mandado a dar un paseo para que no le estorbásemos. ¿Adónde ir? Llamó nuestra atención un cartel que anunciaba la inauguración del Palacio Obrero Carlos Liebknecht. ¡Vamos!

Era preciso poseer la generosa y espléndida fantasía del primer año de la Revolución para llamar palacio a aquella larga y destartalada cochera en el patio trasero de una sombría casa de ladrillo, cerca de la cárcel Butírskaia. Allí había tan sólo un telón rojo de terciopelo, un par de focos para alumbrar la escena, un tablado a modo de escenario, sillas y unos bancos de madera.

El local se llenó de bote en bote, en lo fundamental, de obreros de las fábricas cercanas. Se veía que la inauguración del Palacio Obrero constituía para ellos un gran acontecimiento. Todos se habían engalanado, cada uno a su manera: unos llevaban la típica camisa rusa de satén color escarlata o azul y cordón de seda, anudado a la cintura; otros vestían terno, o sea chaqueta, pantalón y chaleco; las mujeres llevaban chales de Cachemira. El aire olía a naftalina y a aceite de engrasar máquinas, con el que las elegantes, a falta de otra cosa, se untaban los cabellos.

La inauguración se retrasaba y, en toda la sala, la conversación giraba alrededor del mismo tema: ¡el pan!

Un mes antes, el Soviet de Moscú, debido a la situación de hambre que había, autorizó que todo el que viniera a Moscú pudiera traer pud y medio de grano. Como cabía esperar esto produjo un gran desconcierto. Hubo que abolir la disposición, a la que los especuladores denominaron "voluntad de pud y medio". En torno a esto giraban las conversaciones.

- La abolición es justa -decían unos, y contaban las calamidades que habían soportado en los viajes que hicieron para traer pan-. En los trenes se arma cada jaleo que da miedo recordarlo; llegas a Rtíshevo o a Arzamás y allí te dicen que en varias leguas a la redonda han arramblado con todo. Hay que ir de pueblo en pueblo. Recorres veinte aldeas y no consigues comprar una libra de grano ni de harina. Sólo pueden comprar los especuladores a los kulaks. Y cuando nuestro compañero, el obrero, se dirige al kulak, éste se sonríe socarronamente: vosotros mismos sufrís las consecuencias. "Vuestro dinero no me hace falta; tengo sacos enteros de billetes, de los "kerenskis" y de los "leninskis". Si venís por harina, traed calzado; por un par de botas, si me convienen, quizá os demos un pud de harinita..."

- Bien sabe exprimir el jugo a los pobres -suspiró una mujer que llevaba un pañuelito blanco de percal.

Pero otra, joven, de ojos grandes y boca lasciva rodeada de cáscaras de pipas de girasol, le objetó:

- Pues nosotros hemos tenido suerte en el viaje.

Nadie la apoyó.

- El sistema del pud y medio no ha hecho más que llenar el bolsillo a los burgueses y hacer pasar más hambre a los pobres...

Por fin se descorrió el telón y comenzó la parte oficial. Según la costumbre de entonces, se empezó por dar lectura al parte del estado de salud de Vladímir Ilich. Luego se concedió la palabra al encargado de hacer el "informe sobre la situación actual",

Era de los que entonces se llamaban "informantes con tiburón", porque no podían pasar sin referirse constantemente a los "tiburones" y a las "hidras" del imperialismo mundial.

Embriagado de su propia elocuencia, nuestro informante hablaba por los codos, derrochando larguísimas frases altisonantes:

- Esos tiburones de la tiranía, coronados por la gracia capitalista -exclamaba- los que sobre montones de huesos humanos levantan con cemento amasado con sangre lujosas mansiones, erigen castillos y palacios, beben vino, devoran el pan, mientras que a su lado el obrero se muere de hambre,

habita en fríos sótanos, cae muerto a los pies del amo. Y éste se yergue sobre su cuerpo exánime y bebe triunfante vino espumoso a la salud del tirano, y los parásitos gritan con servilismo, abriendo la boca lo más posible: "¡Hurra...!"

Al principio toda esta verborrea era incluso del agrado del auditorio. "¡Qué manera de darle a la lengua!" -decía. Pero luego empezó a cansar a la gente.

- ¡Cuánta palabrería huera! -dijo alguien enfadado.

- Es verdad -le respondieron-, que es una monserga.

Ya no se escuchaba al orador. La atmósfera cargada y el cansancio trajeron las preocupaciones a la mente de la gente. Se hablaba de que el invierno se echaba encima, que no había pan, ni leña para calentarse.

¿Cómo viviremos? ¿Nos salvaremos de ésta?

- Se ve que tiene la tripa llena, a juzgar por cómo raja -dijo una voz maliciosa.

- Estamos cansados de oír la misma canción. Mejor haría con traernos pan -terció otro.

Por fin, el orador resumió. Satisfechos de que hubiera terminado, le aplaudieron.

Corrieron el telón y lo descorrieron nuevamente. Ahora la mesa de la presidencia la habían puesto a un lado y en el centro colocaron un piano de cola.

- ¡Mirad qué cajón -exclamaron en la sala. ¿Qué van a hacer ahora?

Comenzó el concierto. Un joven estrecho de hombros, casi un niño, vestido con un traje que le venía grande, interpretó la Rapsodia número 2 de Liszt, Una cantante interpretó la romanza de Dargomizhski "No nos casaron en la iglesia…" Luego le tocó el turno a un bajo. Hizo reír a todos con la famosa "Pulga" y emocionó con la balada "Ante el voivoda"... Le aplaudieron clamorosamente, igual que a los demás.

El programa lo presentaba el presidente del Soviet de distrito, un hombre vigoroso con manos de martillador. Al anunciar el siguiente número, manifestó:

- Camaradas: ahora va actuar el artista del Teatro de Drama, camarada Darialski...

De una puerta lateral salió un hombre joven, rubio, en smoking, esbelto, elegante y guapo. Salió al proscenio y dijo con profunda voz pectoral:

- Voy a leerles, camaradas, el poema de Alexandr Blok "Los doce".

Le aplaudieron con ganas. ¡"Los doce", pues "Los doce"! Nadie sabía, claro está, de lo que se trataba: el poema de Blok acababa de aparecer y era conocido tan sólo por un círculo muy reducido.

El actor se retiró unos cuantos pasos de la rampa y quedó bajo la brillante luz de los focos. Bajó la cabeza y empezó a decir en tono bajo:

La negra noche...

Luego levantó la cabeza y con voz sonora, más que dijo, cantó;

La blanca nieve…

Ahora mantenía la cabeza erguida, inclinándose ligeramente hacia atrás. En su voz tendida se escuchó el ulular de la nevasca desencadenada:

¡Vi-en-to, vi-en-to!...
El hombre no se tiene en pie...

Poseía una manera de interpretar marcadamente expresiva, silbaba las eses, dejando caer otras palabras con la pesadez le losas.

Ahora, la expresión del actor se había tornado dura. El brazo derecho, doblado a la altura del codo, marcaba ritmo de marcha. Mesuradamente, con solemnidad, pronunció claramente:

De edificio
a edificio
tendido
hay un cable,
En el cable un cartel...

De pronto, echó bruscamente el cuerpo hacia adelante y, levantando la mano, gritó, como si llamara para que le siguieran a un asalto:

¡Todo
el poder
a la Asamblea
Constituyente!

Lo que ocurrió en aquel momento fue algo inenarrable. De un solo impulso, la gente saltó de los asientos; todos se abalanzaron adelante, jadeantes de odio, gritando, bramando: "¡Abajo!" "¡Fuera!" "¡Que lo echen!" Al resplandor de la luz de la escena se vieron fugazmente los rostros llenos de ira y los puños agitándose en el aire.

El presidente salió a la rampa, cubrió con su cuerpo al asustado actor y gritó: "¡Camaradas!" ¡Tranquilidad! ¡No son más que versos!" Pero nadie quería calmarse. Todos en pie, apretaban los puños y, de un extremo a otro de la sala, retumbaban gritos amenazadores: "¡Abajo la Constituyente!", "¡Viva el Poder soviético!", "¡Viva el Consejo de Comisarios del Pueblo!", "¡Viva Lenin!"

Monumento a Robespierre

En cierta ocasión nuestros muchachos de la Unión de la Juventud armaron un alboroto increíble:

- ¡Es una vergüenza! ¡Pronto será el aniversario de la Revolución y hay que ver lo que está pasando!

¡Como bajo el régimen zarista!

- ¿Qué había ocurrido? ¿Qué pasaba?

- ¡Te imaginas! Por todo Moscú han colgado retratos de burgueses. Jetas mofletudas, lustrosas, con monóculo; y ellos se repantigan y con descaro muestran los dientes a la revolución proletaria.

- ¡No digas tonterías! Eso no puede ser.

- ¿Que no puede ser? ¡Vamos y lo veréis!

Fuimos… En la travesía Stoléshnikov, en la Neglínnaia y en la Tverskaia habían colgado enormes anuncios de cigarrillos "Sir" a todo lo largo de las fachadas. En ellos se veía a un mundano gentleman con monóculo. Fumaba un cigarrillo y arrojaba una bocanada de humo.

- ¿Qué dices ahora?

- Efectivamente, es una vergüenza.

Decidimos ir a protestar al Soviet de Moscú. Nos escucharon con atención, cosa poco frecuente incluso en aquellos tiempos poco burocráticos; tomaron nota de lo que decíamos y prometieron descolgar inmediatamente aquellos carteles o embadurnarlos. Al día siguiente, en efecto, aparecieron en las calles obreros con cubos de pintura. A grandes brochazos liquidaron aquellas fisonomías burguesas y demás anuncios, con el asenso de los espectadores: "Han colgado ahí esa porquería ensuciando toda la ciudad. Puro mercantilismo. ¡Como si a la gente no le hiciera falta otra cosa!"

Durante el mes siguiente, en Moscú, se inauguraron probablemente más monumentos que a todo lo largo de su historia precedente y futura.

Un domingo, precisamente cuando se celebraba el I Congreso del Komsomol, se inauguraron de golpe cuatro monumentos: a Shevchenko, a Koltsov, a Nikitin y a Robespierre.

- ¿A dónde vamos? -se preguntaban los muchachos en la residencia de los delegados al Congreso-. ¿Al de Koltsov? "¡Animo, Sivka!" No, no es de nuestra época. ¿Al de Nikitin? "Me cayeron en suerte tristes canciones...", tampoco nos va. Merece la pena contemplar a Shevchenko, y mejor aún a Robespierre: "El interés del pueblo es el interés común; el interés de los ricos es un interés privado". "Es necesario dotar a los descamisados de armas, pasión, conocimientos. O exterminamos a los enemigos interiores y exteriores de la República, o perecemos con ella". En una palabra: ¡Incorruptible! ¡Vamos, camaradas, al monumento a Robespierre!

Se había decidido erigirlo en el Jardín de Alejandro. Cuando llegamos, el monumento estaba tapado con un trozo de tela y el pedestal rodeado de guirnaldas de flores naturales. Se habían congregado no menos de cinco mil personas. Los representantes de los distritos obreros llegaron portando banderas rojas y coronas de crisantemos blancos y color lila.

Apareció Piotr Guermoguénovich Smidóvich, presidente del Soviet de Moscú. La orquesta interpretó *La Marsellesa*. Smidóvich tiró de la tela y el monumento a Robespierre quedó descubierto a los presentes. Se concedió la palabra al comunista francés Jacques Sadoul.

Dos meses atrás, Jacques Sadoul era todavía funcionario de la misión militar francesa. Su biografía era poco corriente. Abogado, hijo de una combatiente de la Comuna de París, ingresó siendo muy joven en las filas del Partido Socialista y fue elegido secretario de la federación de dicho partido en el departamento de Vienne. Durante la primera guerra mundial, se adhirió a los social-patriotas, trabajó en el Ministerio de Abastos, siendo la mano derecha del rabioso chovinista Albert Thomas, quien le envió en septiembre de 1917 a la misión francesa en Rusia como hombre capaz de hacer entrar en razón a los obreros rusos y persuadirles de que continuaran siendo carne de cañón para los imperialistas de la Entente.

Cuando Sadoul llegó a Rusia y se entrevistó con Lenin y otros bolcheviques, cuando vio con sus propios ojos la revolución rusa, comenzó a apartarse de las posiciones del social-patriotismo francés. Sus nuevos puntos de vista los expuso en una serie de cartas enviadas a Francia, que luego reunió en un libro bajo el título de *¡Viva la Revolución Proletaria!* En agosto de 1918, Sadoul rompió definitivamente con la misión militar francesa e ingresó en el Partido Comunista,

Era un auténtico francés, alegre, vivo, ingenioso, galante. Al pasar junto a él por Moscú, con guerrera y enormes zapatones de soldado, Sadoul inclinaba su elegante figura, te tendía la mano al atravesar la calle, lo que te hacía darte cuenta de repente de que eras una dama.

Jacques Sadoul se encontraba al pie del monumento a Robespierre y dirigiéndose al pueblo ruso pronunciaba un discurso como comunista y como francés.

- La burguesía ha tratado por todos los medios de minimizar la importancia de la Revolución Francesa y deshonrar a Maximiliano Robespierre -decía-. A nadie odiaba tanto como a este honesto y fiel revolucionario. El Poder soviético erige un monumento a Robespierre, mientras que Francia carece de un monumento semejante. La burguesía ha calumniado a Robespierre del misma modo que ahora difama a nuestros jefes. Robespierre sabía que solamente se puede organizar el nuevo régimen destruyendo todo lo viejo. Al ejercer el terror rojo, no era más que un ejecutor de la voluntad del pueblo, cuya ardiente ira expresaba. ¡Viva la Revolución Francesa pasada y futura!

- ¡Hurra! -gritaron alrededor-. ¡Viva la Revolución! ¡Viva el comunismo! ¡Viva el proletariado francés!

La orquesta tocó *La Marsellesa*. Mantearon a Sadoul, le besaron, la gente le invitaba a su casa.

En unos días se erigieron, poco menos que en todas las plazas de Moscú, monumentos a revolucionarios, poetas y escritores. Sólo unos cuantos estaban fundidos en bronce; la mayoría eran de hormigón, de un hormigón de pésima calidad. En todas las secciones artísticas había entonces camaradas que, no se sabe por qué motivo, veían el camino real del arte proletario en el futurismo. Por tal motivo los monumentos tenían forma de cubos rectangulares, coronados por troncos achatados representando las cabezas. El tiempo, con su acción destructora, terminó de afearlos por completo. Pero a nosotros, aquellas primeras obras de la Revolución nos parecían hermosísimas, y éramos sinceros de verdad al decir llenos de entusiasmo que los monumentos perdurarían en la eternidad.

Todo esto lo miraba de reojo la roña intelectual, de la que Chéjov decía mofándose: "Es muy inteligente, educado, se ha graduado en la Universidad, incluso se lava por detrás de las orejas". Esta roña oía conferencias filosóficas de Shpet, se consideraba admiradora de la escuela fenomenológica de Husserl, aplaudía los "Jalones", a Miliukov, a Struve y a Tugán-Baranovski, asistía a los estrenos de obras de Maeterlink, leía con pasión a Vladímir Soloviov, declamaba los versos de Viacheslav Ivanov; de día visitaba las inauguraciones del "Mundo del arte" y "La Sota de Oros" y terminaba las noches con cupleteras en los reservados del "Yar", Por todo eso suponía que ella, y sólo ella, era la sal de la tierra rusa. No habiendo sabido o podido todavía unirse a Denikin o Kolchak, participaba en la medida de sus fuerzas en los complots contrarrevolucionarios, usaba de sarcasmos y urdía algo.

Esta roña parecía que palpaba los monumentos con su mordaz mirada, percibía su fealdad, descubría las manchas causadas por la humedad, señalaba con el dedo los defectos y grietas del deleznable hormigón y profetizaba triunfante que los monumentos se vendrían abajo rápidamente. Esto era verdad, pero sólo su verdad, la verdad de los parásitos.

¿Y nuestra verdad? ¿En qué consistía? En que el proletariado llamaba a las grandes figuras del pasado a situarse a su lado, en sus filas. Y las más preclaras mentes, los mejores corazones de la humanidad marcharon con la clase obrera al asedio de los bastiones del capitalismo.

Allí donde hay combates, hay víctimas. La noche del 7 de noviembre de 1918 el monumento a Maximiliano Robespierre, alzado junto a la muralla del Kremlin, fue volado por una mano criminal...

¡Que sea pronto!

Esto sucedió al atardecer, uno de los últimos sábados que precedieron a las fiestas de Octubre. No recuerdo por qué motivo iba yo corriendo por el recinto del Kremlin. De pronto vi a Vladímir Ilich y a Nadiezhda Konstantínovna. Iban agarrados de la mano, se reían, conversaban, miraban de vez en cuando el cielo teñido de los tintes rosáceos del ocaso.

- ¡Ven a tomar té con nosotros! -me gritó Nadiezhda Konstantínovna,

- Con miel -agregó Vladímir Ilich-. Somos miembros del sindicato y por ello nos correspondió.

Por el camino invitaron también a otros camaradas que fueron contentos a casa de los "Ilich".

Tomamos el té en la cocina, exactamente igual que en otros tiempos, en el apartamento de París, en la calle de Marie-Rose. Sobre la mesa había la misma vajilla diversa; el hule estaba también cruzado por una red de arrugas y grietas.

Vladírnir Ilich salía muy poco después de haber sido herido y por ello preguntaba ansiosamente a todos acerca de lo que ocurría en el mundo. ¡Y ya lo creo que había de qué hablar! ¡La primera sesión de la primera Academia de Ciencias Sociales del mundo, el I Congreso del Komsomol y... muchas otras cosas, todas ellas primeras!

Vladímir Ilich escuchaba, hacía preguntas, cruzaba alegres miradas con Nadiezhda Konstantínovna. Se interesaba en particular por lo que hablaba el pueblo, por el obrero de Prójorovka que dijo: "El Poder soviético ha empezado con la bolsa vacía, y, no obstante, aunque sólo sea un cuarterón de pan, ha dado de comer hasta la nueva cosecha"; por una delegada del I Congreso de Obreras, que contaba lo siguiente: "He dejado la carretilla para entregarme por entero al trabajo de organización".

- ¿Eso dijo: "entregarme... al trabajo de organización"? -inquirió de nuevo Vladimir Ilich.

- Sí, así.

- ¡Qué interesante! ¿Verdad, Nadia? ¿Y cómo es esa mujer, joven o vieja?

- De unos 25 años. Tiene tres hijos...

Nadiezhda Konstantínovna sirvió a todos otro vaso de té. Llamaron a la puerta. Era el secretario del Consejo de Comisarios del Pueblo, Nikolái Petróvich Gorbunov. Traía un sobre envuelto en un trozo de seda negra.

- Vladirnir Ilich, ha llegado un camarada de Norteamérica y ha traído esto para usted -dijo.

Vladímir Tlich rasgó la seda con el cuchillo, abrió el sobre y sacó la carta escrita en una hoja de papel fino. En la mesa continuaba la conversación.

De pronto, Nadiezhda Konstantínovna saltó del asiento.

- ¡Volodia! ¿Qué te pasa?

Vladímir Ilich estaba muy pálido, los labios se le pusieron como la cera. Todos dirigieron sus miradas a su hombro izquierdo, en el que se alojaban todavía las balas de los SR. Pero él hizo un signo negativo

con la cabeza.

- No, no es nada... Escuchen. Y con voz ahogada empezó a leer:

"San Francisco de California. 4.VII.1918.

Desde la cárcel.

A todos mis camaradas y hermanos obreros de Rusia:

¡Saludo, camaradas, vuestros afanes, vuestra magnífica lucha!

Os saludo, obreros rusos, en medio del infortunio, en los reveses y en vuestro dolor.

Quiero deciros que estoy con todo mí ser a vuestro lado; que en mí, en mi modesta persona, tenéis un sincero y ardiente partidario de vuestra gran causa.

No pasa un solo día sin que piense en vosotros. Vuestros grandes esfuerzos e intensos anhelos trasladan mi imaginación a vuestro lado.

Vuestros sinceros afanes están encaminados a dar auténtica libertad a un gran pueblo mártir.

Trescientos años habéis sufrido vosotros y vuestros abuelos el yugo de una bárbara tiranía.

Esto es suficiente para que os sintáis impulsados directamente al objetivo y bebáis de la cristalina fuente de libertad que poseéis.

Soy partidario vuestro, sigo vuestra senda en la medida que las condiciones de mi vida actual me lo permiten, y estas condiciones son tales que no brindan demasiadas posibilidades para hacerlo que quisiera.

Me causan pena vuestras amarguras, sufro cuando sufrís adversidades, y vuestras victorias me causan júbilo.

Mi situación personal es muy grave; pero esto afecta tan sólo a mi salvación propia. Me interesa mucho más que se salve lo que ha conseguido la clase obrera de Rusia en su lucha. Se ha liberado de la dura esclavitud del pasado, y ahora hace brillantes y magníficos intentos de edificar el nuevo reino de la libertad.

Mi corazón tiende hacia vosotros, hacia la formidable labor que realizáis, hacia vuestro noble empeño.

Deseo que se robustezca aún más vuestro admirable espíritu revolucionario, que imprime su sello a vuestras honestas intenciones y nobles esfuerzos.

La más grande desdicha de mi vida es que no puedo, con vosotros, tomar parte en vuestra gloriosa labor.

Entrego este mensaje a un camarada ruso que regresa a Rusia para unirse a los luchadores rusos en su gran labor.

Lo entrego de propia mano en la "Bastilla de San Francisco" con la esperanza de que lo recibáis.

Tengo fe y confianza en que la reorganización de vuestra joven economía será coronada por brillantes éxitos.

Os envío desde aquí, desde mi prisión, cordiales felicitaciones y fraternales saludos.

Estoy con vosotros sincera, honrada y fraternalmente, con la causa de la liberación de la esclavitud capitalista.

Tom Mooney".

Vladímir Ilich terminó la lectura. La emoción no dejó hablar a nadie durante largo rato.

- ¿Para qué fecha ha sido fijada la ejecución? -preguntó con voz velada Nadiezhda Konstantinovna.

- Para el 12 de diciembre -respondió Gorbunov.

Tom Mooney, socialista norteamericano, obrero fundidor, adversario de la guerra, había sido calumniado y condenado a muerte por suponer que junto con su amigo Billings había arrojado una bomba durante un desfile militar en San Francisco, en julio de 1916.

Hacía ya más de dos años que los trabajadores del mundo entero, entre ellos los obreros rusos, venían exigiendo la anulación de la condena y la liberación de Mooney.

- ¿Recuerdas, Nadia, que te conté que en el Congreso de la II Internacional, en Copenhague, Tom Mooney y yo paseamos en barca toda una noche por los fiordos? -dijo Vladímir Ilich-, Tom entonó canciones de los obreros norteamericanos y nosotros le enseñamos la *Dubínushka*.

Vladímir Ilich se levantó, se acercó a la ventana y miró fijamente la difusa oscuridad vespertina; luego se volvió.

- ¡Que sea pronto! -exclamó-. ¡Creo que daría mil veces la vida con tal de que fuera cuanto antes!

Todos comprendieron en lo que estaba pensando: en la victoria de la revolución proletaria en el mundo entero.

Se sentó a la mesa, tomó un vaso, lo mantuvo en sus manos un poco y lo volvió a dejar, sin haber tomado ni un sorbo.

- Voy a trabajar un poco -dijo levantándose.

Nadiezhda Konstantínovna le miró.

- Ve -dijo con suave acento-. Yo también tengo que ir a un asunto.

Me llevó con ella a pie a Jarnóvniki, al albergue infantil de Rukavíshnikov, y hasta bien entrada la noche se ocupó de las calamidades que había allí: la pésima comida, las sábanas rotas, los piojos, la falta de leña y de manuales de estudio…

Nuestra hoguera…

Cuando Vladímir Ilich, pensando en la revolución mundial, exclamó: "¡Que sea pronto! ¡Creo que daría mil veces la vida con tal de que fuera cuanto antes!", expresó lo que pensaban las mejores mentes de la Rusia de entonces.

Se acercaba el primer aniversario del día en que el Partido del proletariado revolucionario tomó en sus manos el poder, y a través de durísimas pruebas

condujo al país por la vía del socialismo. Cada día, a lo largo de este gran año, saturado de tragedia, los obreros y campesinos rusos tenían fijas sus miradas en Occidente, esperando la hora en que estallara allí la revolución socialista.

Al principio sólo llegaba de Occidente el tronar de los cañones de la primera guerra mundial. En la primavera, el ejército alemán pasó a la ofensiva. Las ruidosas victorias de los primeros días se tornaron rápidamente en una derrota casi catastrófica. En septiembre empezó la ofensiva de los ejércitos de la Entente. El frente alemán fue roto, las tropas aliadas rebasaron la línea principal de defensa del enemigo. La fuerza colosal del ejército alemán se desplomaba rápidamente. El 29 de septiembre fue rota la "línea Hindenburg". Ese mismo día capituló Bulgaria y, tras ella, Turquía y Austria-Hungría.

El tiempo pasaba. Y con más y más frecuencia, con el tronar de los cañones, empezaron a filtrarse otros rumores de Occidente: el ruido de los pasos de las manifestaciones obreras, *La Internacional*, exclamaciones de "¡Abajo la guerra imperialista!", "¡Viva la Revolución rusa!"

La República Soviética estaba cortada de todo el mundo. Para conocer algo de lo que ocurría en Occidente, radistas armados de paciencia, desde estaciones de radio de poca potencia, montadas en el Palacio de Táurida, en Púlkovo, en Moscú, en Penza, trataban día y noche de captar en el éter noticias sobre los combates en Reims y Amiens, los discursos antisoviéticos de Lloyd George y Clemenceau, las huelgas en Alemania, los motines de hambrientos en Bulgaria, las sublevaciones de soldados en el ejército francés, los desórdenes del arroz en el Japón.

Había poco papel, eran insuficientes los periódicos. La gente se apiñaba en las calles, cerca de las vitrinas de los almacenes, donde se colgaban escritas a mano en largas tiras de papel las "Noticias revolucionarias de ROST". Estas noticias se leían en alta voz y, al instante, se comentaban:

-... Yo estuve prisionero en Alemania. Vi lo que el pueblo sufre allí.

-... En cuanto a Austria-Hungría, no tengo la menor duda. Allí el asunto está maduro.

-... Hemos acordado dar al destacamento el nombre de Carlos Marx e ingresar del primero al último.

-... He conocido a los búlgaros. Gente buena y hermosa. Un pueblo orgulloso.

-... Ya es la hora, hermano, ya es la hora... ¡Se acerca el último combate, el combate decisivo!

No pasaba día sin que a la Rusia Soviética llegaran noticias de agitaciones populares en todos los confines del globo terráqueo. Las ondas traían los nombres de más y más lugares, en los que estallaban luchas revolucionarias. Los radistas los confundían a menudo y quienes leían los partes de ROST, trataban de dilucidar el enigma de la "ciudad francesa de Kishamisha" o quién era el "conocido escritor norteamericano Uprosinkler", que resultó ser Upton SincIair.

Pero en los radiogramas alemanes se filtró en cierta ocasión una frase en la que las mentes perspicaces captaron al instante algo muy grave: "En Bulgaria no han ocurrido acontecimientos dignos de mención". Al día siguiente, se supo que los soldados búlgaros abandonaban el frente a millares, que habían formado Soviets de Diputados Soldados, emprendiendo la marcha en dirección a Sofía. En Moscú, gentes que no se conocían de nada unas a otras se daban con alegría apretones de manos y decían: "¡Comienza a ser realidad!"

En los primeros días de octubre, el tiempo enfrió de repente. Una tarde, al salir de una reunión de la juventud, quedamos sorprendidos al ver que mientras habíamos estado discutiendo y cantando, la nieve lo había cubierto todo con su blanco manto.

- ¡Qué formidable! ¡Cuando hace frío y se es joven se sienten deseos de cantar!

Agarrados unos a otros fuimos en hilera marcando anchos pasos, entonando una canción que habíamos compuesto durante nuestra reunión:

Nuestra hoguera en la niebla alumbra,
Por todas partes la Revolución,
No quebrantarán el poder de los trabajadores,
Si todos vamos juntos a la lucha...
Nuestra hoguera arde y brilla,
Las chispas lejos vuelan audaces.
Y los obreros en Occidente
Revoluciones hacen...

Cerca de la Puerta de Petrovski nos llamó un soldado rojo.

Tiritando de frío hacía guardia ante una panadería.

- ¿Tenéis un poco de tabaco, camaradas?

Encontramos tabaco.

Liamos un grueso cigarrillo, encendimos una cerilla. El soldado rojo dio una larga chupada; luego, preguntó:

- ¿Qué tal, por allá?

- ¿Por dónde?

- En Bulgaria.

- En Bulgaria están bien. Ha volado la corona de la cabeza del rey y mañana le volará también la cabeza de los hombros.

- ¿Y qué hay de los austríacos?

- También se alzan los austríacos, los turcos y los alemanes. ¡Cada vez se atiza más el incendio mundial!

Seguimos adelante.

Pasará la noche, y al despuntar la mañana
Las armas tenemos que forjar,
Para que el poder del capital

En el mundo no exista más...

Los que aquellos días se hallaban en las fábricas y talleres, quienes hablaban con los obreros y soldados rojos, señalaban unánimemente el estado de ánimo triunfal, lleno de orgullo, que embargaba al pueblo. Los trascendentales acontecimientos históricos confirmaron plenamente que era justo el camino elegido. La gente veía que los duros sacrificios y privaciones que soportó aquel año no fueron vanos. Sabía que tenía que afrontar todavía no pocas tormentas, grandes tempestades, pero miraba al futuro con tranquilidad y segura de sus fuerzas.

- Ahora nuestra causa es sólo una: la de vencer - dijo en un mitin en la fábrica Bromley uno de los más viejos obreros. Sus palabras se ahogaron entre atronadores aplausos.

Los acontecimientos continuaban desarrollándose. Carlos Liebknecht fue liberado de presidio... En Viena y Budapest se formaron Soviets de Diputados Obreros y Soldados... Los marinos sublevados mataron al dictador húngaro Tisza... En Bulgaria fue proclamada la República. El fantasma de la revolución recorría Alemania...

En el mundo hubo poca gente que lo pasara más duro que los obreros rusos de entonces: a lo largo de muchos meses recibían un cuarterón al día e incluso medio cuarterón de un pan que parecía arcilla mezclada con paja, y una cola de sardina para cuatro personas. Y a pesar de ello, cada noticia de los éxitos de la lucha revolucionaria del proletariado mundial suscitaba manifestaciones de masas y mítines en todo el país.

La plaza situada delante del Soviet de Moscú bullía constantemente. A una columna de manifestantes le seguía otra. Los acordes de la orquesta que se alejaba se confundían con los de la que se iba acercando. En un extremo de la plaza, cantaban las últimas estrofas de *La Internacional*, y en el otro confín, empezaban a escucharse las primeras.

Se aproximaban los festejos del primer aniversario de Octubre. En toda la ciudad se oía el martilleo; se clavaban carteles, banderas, cuadros, retratos. Por la noche resonaba el tintineo de los tranvías que transportaban patatas; las repartían entre la población a través de los comités de vecinos. En los escaparates de las tiendas se montaban exposiciones: "La Tierra y los planetas", "Anatomía humana", "¿Existen Dios y el espíritu?" En el edificio de la antigua Duma del Estado, al lado de la capilla de Nuestra Señora de Iver aparecieron, labradas en piedra, las palabras de Marx: "La religión es el opio del pueblo". Habían pintado el Monasterio de la Pasión y los tenderetes de madera en Ojotni Riad con abigarradas figuras y letreros que decían: "El que no trabaja, no come".

Por todas partes estaban reunidas comisiones que confeccionaban el programa de los festejos. Un camarada con los cabellos revueltos nos dijo, en nombre de la Sección de Artes Plásticas del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, que existía el propósito de dividir las fiestas en tres partes: la lucha, la victoria y el júbilo de la victoria.

- Al principio, culmina el estado de ánimo de las masas -decía sacudiendo su revuelta cabellera-, luego, llega a su apogeo y, como resultado, desemboca en el júbilo...

El Soviet de Moscú tomó el acuerdo de hacer lo posible para suministrar una comida el 7 de noviembre a toda la población trabajadora de Moscú: pan, sopa de coles con carne o pescado. Y dos vasos de té con azúcar.

Se acordó distribuir a toda la población civil, sin distinción de clases, a razón de dos libras de pan, dos libras de pescado, media libra de mantequilla y otra media de confitura. Y sucedió algo inaudito: nosotros, que nos pronunciábamos con tanta pasión contra los mencheviques, defendiendo la necesidad de implantar un racionamiento de clase, nos sentíamos felices de que, en la gran fecha del 7 de noviembre, recibieran productos alimenticios todos sin excepción y en cantidades iguales. ¡Aquello era el prototipo de las futuras victorias del socialismo!

Y llegó el 6 de noviembre. Exactamente al mediodía se oyó el sonido prolongado de las sirenas de las fábricas de Moscú. La vida laboral de la capital quedó paralizada. El gentío llenaba las calles y, expresándose con el lenguaje del camarada de la Sección de Artes Plásticas del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, "culminaba" sin darse cuenta de los sentimientos que le embargaban: de lucha, de victoria o de júbilo de la victoria.

Por la noche se encendieron las iluminaciones. En la Plaza Roja hablaban los oradores desde el lugar donde se erigía el antiguo patíbulo. Luego, se prendió fuego allí a un pelele que simbolizaba el viejo mundo.

A las tres de la tarde se abrió el VI Congreso Extraordinario de los Soviets, que coincidió con el aniversario de la Revolución de Octubre. La sala del Gran Teatro fue revestida de rojo y de la araña central pendían guirnaldas y cintas con inscripciones "¡Viva la alianza de los obreros y los campesinos pobres!", "¡La Revolución es la fuerza motriz de la historia!"

En aquel Congreso, ¡por primera vez!, no había ni "izquierdas" ni "derechas". De un extremo a otro, ocupaban la sala los bolcheviques. La escena tenía montadas las decoraciones de la Cámara de las Facetas, de la ópera *Borís Godunov*.

Al invitar a los camaradas a pasar desde bastidores para ocupar su puesto en la presidencia, Sverdlov dijo riendo:... "¡Pasen, camaradas

boyardos!"

Pronunció unas palabras de apertura del Congreso. Al hacerse el silencio, comenzó con la frase: "Se concede la palabra..."

Después ya no se oyó nada; tal fue el entusiasmo que se apoderó de la sala. Respondiendo al ambiente, en los cinco pisos se encendieron más lámparas.

Vladímir Ilich se levantó de las filas traseras de la presidencia, se dirigió a la tribuna, desdobló sus cuartillas, sacó el reloj, miró la hora y empezó a hablar...

Su discurso fue interrumpido reiteradas veces por los aplausos; al final, la sala estalló en una clamorosa ovación que parecía no tener fin.

Con una nueva ovación fueron acogidos los telegramas de Liebknecht, Mehring y del grupo "Espartaco" recibidos por el Congreso. "¡Vuestra lucha es la nuestra! -escribían los camaradas-. ¡Vuestra victoria es nuestra victoria! ¡Que la fortuna os acompañe en todas las tempestades del presente y del futuro!" "¡La República Soviética Rusa se ha convertido en bandera de la Internacional en lucha! -decía el telegrama de Carlos Liebknecht-. ¡Ella inspira a los demás, infunde valor a los vacilantes, decuplica la audacia y la decisión de todos! Está rodeada de calumnias y odio, pero, por encima de los torrentes de lodo, se eleva la gran obra de la gigantesca energía y de los más nobles ideales, el nuevo mundo, un mundo mejor que comienza".

Al llegar la noche, se encendieron castillos de fuegos artificiales. En el edificio del Teatro de Opera Zimin (posteriormente Filial del Gran Teatro) se representaba la ópera de Beethoven *Fidelio*. El director, Fiódor Komissarzhevski, puso en escena el espectáculo de manera que lo que ocurría en la escena se entrelazaba con el presente. Ante los emocionados espectadores desfilaron las escenas de los presos políticos, del asesinato del tirano; la escena en que el pueblo sublevado libera a Florestán, su jefe, a quien el criminal gobernador Pizarro había arrojado a la prisión. El héroe de la ópera saludó a los presentes pronunciando unas palabras que terminaban con el llamamiento: "¡Paz a las cabañas, guerra a los palacios!" Al final, los personajes, al unísono con la sala, cantaron *La Internacional*.

El 7 de noviembre fue un día despejado, con un sol resplandeciente. Empezó con la inauguración por Lenin del monumento a Marx y Engels en la Plaza de la Revolución. Desde allí, se trasladó a la Plaza Roja con todos los delegados al Congreso de los Soviets. Todos se situaron al lado de la lápida conmemorativa, cubierta de seda roja, en memoria de las víctimas de la Revolución de Octubre. Sverdlov anunció que se había encomendado descubrir la lápida al hombre más querido y entrañable de todos: ¡al camarada Lenin!

Vladímir Ilich cortó con la tijera el precinto, cayó la tela, y ante los presentes apareció una blanca figura alada que sostenía una palma con la inscripción: "A los caídos en la lucha por la paz y la fraternidad de los pueblos".

Se inclinaron las banderas, se oyeron los acordes de una marcha fúnebre, todos se descubrieron.

- Camaradas -dijo Lenin en su discurso-: inauguramos un monumento a los combatientes de vanguardia de la Revolución de Octubre de 1917. Los mejores trabajadores ofrendaron su vida, iniciando el alzamiento para liberar del imperialismo a los pueblos, para que cesen las guerras entre los pueblos, para acabar con el dominio del capital, en aras del socialismo... Honremos la memoria de los luchadores de Octubre, jurando al pie de este monumento que seguiremos su camino y secundaremos su valentía y su heroísmo. Que su consigna sea la nuestra, la consigna de los obreros insurgentes de todos los países. Esta consigna es "la victoria o la muerte".

Y toda la plaza repitió como un eco las palabras de Lenin: "¡la victoria o la muerte!"

"Cuento de invierno"

Siempre había visto a Sverdlov ágil, impetuoso, rápido. Pero en los días de noviembre de 1918, no parecía que andaba sino que volaba, sin sentir la tierra bajo sus pies. En un día se las arreglaba para estar en diez sitios: presidir el CEC de toda Rusia, asistir a la sesión del Consejo de Comisarios del Pueblo, hablar en un mitin en un cuartel de soldados rojos, recibir a los campesinos de la provincia de Tambov, conversar con un grupo de comunistas que se dirigían al Frente Sur, arreglar el ingreso de un camarada enfermo en un sanatorio, estudiar a fondo -subrayándolo a lápiz- un nuevo articulo de Lenin y resolver otros mil asuntos.

¿Cuándo dormía? ¿Es que acaso dormía? En cada uno de sus movimientos se percibía una energía indomable. De ordinario comedido, tan cuidadoso, ahora todo lo hacía con ruidoso júbilo.

- ¡Hay que ver lo que está pasando! -exclamaba-. Y todo esto no es mito ni fantasía, sino la más pura realidad. ¡Y qué pueblo el nuestro! ¡Es de oro! ¡Maravillosas cualidades humanas las suyas!

En cierta ocasión vinieron a verle Peterson, comisario de la división de tiradores letona, y Berzin, comandante de un grupo de artillería, el mismo a quien Lockhart, enviado inglés en Rusia, había propuesto que se adhiriera al complot contrarrevolucionario, ayudando a derribar al Gobierno soviético y matar a Lenin y a Sverdlov, prometiéndole a cambio cinco o seis millones de rublos zaristas.

Berzin dio una respuesta evasiva y al instante informó del asunto a Peters, miembro de la dirección de la Cheka. A indicación de Peters, Berzin aparentó aceptarlo todo, se entrevistó varias veces con Lockhart, con el cónsul general francés, Grenar, con

Colomatiano, ex cónsul general norteamericano, y de este modo penetró en el centro del complot, conoció a sus partícipes, recibió de Lockhart un millón y pico a cuenta de lo prometido y... ¡Lo entregó todo a la Cheka!

Yo vi el dinero cuando Peterson y Berzin lo trajeron para mostrarlo a Sverdlov. Estaba metido en un saco gris de lienzo. Peterson lo traía a la espalda, como se cargan los sacos de patatas. Desató la cuerda que sujetaba la boca del saco y volcó sobre el diván un montón de paquetes manoseados. Según dijo Lockhart este dinero había sido reunido para el complot "por gente rusa rica" a cambio de cheques, que debía pagar posteriormente el Gobierno inglés.

Sverdlov tomó un trozo de periódico, se acercó al diván en que estaba el millón y, protegiéndose la mano con el papel, agarró un paquete, a fin de examinar más de cerca el dinero con sus ojos miopes.

- Repugna tomarlo con las manos -dijo.

El complot de Lockhart fue liquidado. Algunos confabulados lograron escabullirse; a los restantes se les arrestó, entregándolos a los tribunales. Por el rostro de Berzin vagaba una sonrisa entre turbada y feliz.

- ¡El imbécil de Lockhart! -dijo Yákov Mijáilovich, mirando a Berzin-. ¡A quién fue a reclutar!

A comienzos de noviembre, Sverdlov marchó para unos días a Petrogrado a fin de asistir al Congreso de campesinos pobres. Regresó contento y animado hasta más no poder. Estaba siempre dispuesto a contar y recontar decenas de veces lo que sucedió allí.

Incluso en los tiempos en que se celebró, tan abundantes en prodigios, el Congreso parecía un milagro. En lugar de los cinco o seis mil delegados que se esperaba vinieron más de diez mil. Se habilitó para el Congreso el Palacio de Invierno, pero la mansión de los zares resultó pequeña, y la primera sesión se celebró al aire libre, en la Plaza de Uritski. Luega sesionó en la Casa del Pueblo, en las dos salas simultáneamente. El Congreso acordó organizar regimientos modelo de pobres del campo para los que cada comité campesino destacaría a dos hombres, los más fuertes y dignos de ello. Con gran entusiasmo, el Congreso eligió una delegación para enviarla a Alemania y Austria, incorporando a la misma a Máximo Gorki. La delegación debía transmitir a los obreros alemanes y austríacos un saludo de los campesinos pobres de Rusia. Hay que conocer la Rusia de entonces para tener una idea de lo mucho que habían avanzado, en un solo año de revolución socialista, los mujiks de Pskov, Olonets, Nóvgorod y Cherepovets, reunidos en aquel congreso.

Entre tanto, la situación en Alemania se hacía más tensa cada día. Era evidente que en fecha próxima se producirían acontecimientos decisivos. Todos soñaban con que la revolución en Alemania se produjera el 7 de noviembre, el mismo día que en Rusia.

En la víspera de la fiesta se captó un radiograma concerniente a una insurrección de marinos en Kiel. Al día siguiente se supo que se habían formado los primeros Soviets en Alemania. En todo el país se exigía el derrocamiento de la monarquía de Guillermo y la firma inmediata de la paz.

Poco antes de esto, la socialdemocracia alemana hizo un desesperado intento de salvar la monarquía Philipp Scheidemann, uno de los líderes del partido socialdemócrata, pasó a formar parte del Gobierno. Pero nadie podía detener la tempestad revolucionaria que se venía encima.

La emisora de Moscú recibió la orden de transmitir inmediatamente a Lenin y Sverdlov cualquier radiograma importante que consiguiera captar.

El nueve de noviembre, un ciclista trajo al Gran Teatro, donde se celebraba el VI Congreso de los Soviets, una información transmitida por radio Londres, en la que se decía que en Berlín se había declarado la huelga general. Ante el Palacio Imperial se había reunido una multitud obrera y Liebknecht había proclamado a Alemania República socialista. La noticia fue acogida con tan estruendosa ovación que en lo alto de la sala osciló la gran araña de cristal.

Una hora después llegó otro ciclista. Traía nuevas noticias: Philipp Scheidemann, el ex ministro del Gobierno del Kaiser, había proclamado desde una ventana del Reichstag la "República Democrática Alemana Libre".

Al leer este radiograma, Vladímir Ilich se puso sombrío.

- Si la gallina imita al gallo no augura nada bueno -dijo.

Todos vivían en la anhelante espera de lo que iba a suceder. Se sentía la impresión de que habían vuelto los tiempos del Smolny.

Cuando llegué al trabajo, la mañana del 10 de noviembre, Sverdlov se encontraba ya en su despacho. Estaba sentado a la mesa, echando un vistazo a la correspondencia que se había acumulado durante las fiestas; pero cada cuarto de hora llamaba por teléfono a la estación de radio y a ROST, en demanda de nuevas noticias. No las había. Finalmente, no pudiendo contenerse, dejó la pluma y empezó a pasearse por la habitación, como hacen las personas que han estado largo tiempo en la cárcel: de un ángulo al otro.

- No puedo trabajar -dijo, y empezó a leer en voz alta *Cuento de invierno*. Reine era su poeta preferido. Yákov Mijáilovich leía de memoria los versos en alemán.

Ein neues Lied, ein besseres Lied,
O Freunde, will ich euch dichten...
... Una nueva canción, la mejor canción
Empezamos ahora, amigos:
Un cielo de la Tierra haremos,
Y será nuestro paraíso.
¡Dadnos la felicidad en vida!
¡Basta de lágrimas y tormentos!
Ya las manos laboriosas
No alimentarán la barriga del perezoso.
Y habrá pan para todos...

Se detuvo en la estrofa "Es wächst hienieden Brot genug...", luego silbó y dijo:

- Brot... pan... Y si...

Se dirigió rápido al teléfono, pidió que conectaran con el despacho de Lenin.

- ¡Vladímir Ilich! iVladímir Ilich! ¿Y si pruebo a llamar por el teléfono directo a Liebknecht? ¿Sí?... ¡Voy!

Regresó a las dos horas. Sus inteligentes ojos negros sonreían; llevaba la gorra echada hacia la nuca, el cuello de la cazadora desabrochado. Acababa de hablar con Berlín por el Hughes, El empleado de servicio en el Ministerio de Asuntos Extranjeros de Alemania, al saber que llamaba Moscú, hizo intentos de eludir la conversación, pero Sverdlov exigió que inmediatamente buscara a Liebknecht y le trajera al aparato. A la media hora, el empleado se acercó de nuevo al aparato y comenzó a disculparse: era imposible encontrar a Liebknecht por intervenir en mítines en diversos distritos de Berlín.

... Estos detalles no los conocí de pronto. Cuando Sverdlov llegó de la Central de Telégrafos, se puso inmediatamente al teléfono oficial, enlazó con Tsiurupa, Comisario del Pueblo de Abastos y le dijo:

- ¡Alexandr Dmítrievich! ¡Por fin le encuentro! ¿Cómo anda el asunto del pan? ¡Envié sin dilación el primer convoy a Berlín!

Pan duro y negro

¡Pan! ¡Pan para los trabajadores alemanes!

Cuando comenzaron a desarrollarse los acontecimientos en Alemania, Vladímir Ilich, no restablecido todavía de la herida, por prescripción facultativa, vivía fuera de la ciudad. La forzada ociosidad le atormentaba, y quería ir a toda costa a Moscú. El uno de octubre escribió una nota a Sverdlov en la que proponía convocar para el día siguiente una sesión conjunta del CEC de toda Rusia, el Soviet de Moscú y las organizaciones obreras, a fin de adoptar medidas prácticas para ayudar al proletariado alemán.

"...Convoque la reunión para el miércoles a las 2 -escribió Vladímir Ilich al final de la carta-. ...Concédame un cuarto de hora para la apertura; iré y regresaré de nuevo. Mañana por la mañana envíe un coche a que me recoja, (por teléfono diga solamente: *de acuerdo*).

Saludos, Lenin".

Nadiezhda Konstantínovna Krúpskaia habla en sus recuerdos del vivo deseo que tenía Vladímir Ilich de hablar en aquella reunión.

"Ilich no obtuvo el consentimiento para desplazarse, a pesar de su apasionado ruego en este sentido, pues cuidaban rigurosamente de su salud. La sesión conjunta se convocó para el día 3, jueves, y el día 2, miércoles, Ilich escribió una carta a la reunión...

Ilich sabía que no enviarían el coche a recogerle, y de todos modos permaneció aquel día sentado junto a la carretera y esperó... "¡A lo mejor lo envían!"... "

En esta carta, que fue leída en la sesión conjunta del CEC de toda Rusia y de los representantes de los trabajadores de Moscú, Vladimir Ilich Lenin llamaba a los obreros y campesinos rusos a poner en tensión todas las fuerzas para ayudar a los trabajadores alemanes en las duras pruebas que se avecinaban, a decuplicar los esfuerzos para acopiar grano y crear en cada elevador una reserva destinada a la ayuda a los obreros alemanes, si las circunstancias de la lucha para liberarse del imperialismo les colocaban en una situación difícil.

"Demostremos que el obrero ruso sabe trabajar con redoblada energía, luchar y morir con mayor abnegación, aun cuando se trate no sólo de la revolución rusa, sino también de la revolución obrera internacional" -escribía Vladímir Ilich.

¡La clase obrera y los campesinos rusos respondieron a Lenin como siempre!

El pueblo, atormentado por la guerra, por la desorganización, el hambre, la intervención y las sublevaciones contrarrevolucionarias, decidió sin vacilar compartir su pan con el pueblo alemán.

En todas partes se acordó compartir los víveres: Petrogrado hambriento, Kostromá sin pan, Yaroslavl en ruinas.

- Nuestro deber, camaradas, consiste en ayudar a los obreros alemanes, en último extremo a cuenta de la patria socialista, con el pedazo de pan que tal vez tengamos que arrancar al kulak con el fusil -dijo en un mitin un obrero de la fábrica "Dux".

- Compartiremos con vosotros el último pedazo de pan, hermanos proletarios alemanes -declaró el Soviet de Petrogrado.

Por los campos rusos, cubiertos con las primeras nieves, se arrastraban los convoyes de los mujiks con sacos de cereal. Las banderas rojas anunciaban que el grano iba destinado al fondo Lenin, al fondo Liebknecht, al fondo de la revolución mundial.

No faltaron, naturalmente, los que entonces llamábamos "protestones".

- ¡Nosotros mismos estamos hambrientos! ¡No tenemos qué echarnos a la boca, estamos a punto de hincar el pico y los bolcheviques mandan el último

pan que nos queda a los alemanes!

Tuve ocasión de escuchar semejantes juicios durante un mitin en la fábrica Giraud. Mas en aquel momento subió a la tribuna una obrera ya entrada en años.

- Yo, mujeres, hablo como madre. Aunque una madre pase hambre dará de comer a sus hijos. ¡Y nuestra Rusia es ahora la madre de todas las revoluciones! ¿Acaso el pueblo ruso va a dejar de preocuparse de toda su familia para pensar solamente en su panza?

En los elevadores se formaban reservas de harina y cereal. El pueblo recogía pan negro de centeno y lo secaba, convirtiéndolo en galleta.

¡Pan duro y negro! Lo traían en pequeñas porciones a los comités distritales del Partido y del Komsomol, a los Sindicatos y Comités de Fábrica; llegaba envuelto en un trapo blanco y lo colocaban cuidadosamente sobre la mesa, para que no se desperdiciara ni una de sus valiosas migajas.

¡Cuántas cosas podría contar cada uno de aquellos trozos de pan duro y seco! Una delgada barra negra y seca, de forma geométrica regular. Es una ración de un cuarterón partida por la mitad. Otro pedazo, seco, con un lado casi redondo, fue alguna vez el cantero de un pan. Este pan no se cuece en Moscú, procede de la aldea. Puede ser que quien lo trajo a Moscú tuviera que pasar más de una noche colgado del estribo o apretujarse contra el techo de hierro del vagón. Otro pedazo de pan seco es un poco más claro que los demás. Es el que corresponde a las cartillas de racionamiento infantil. ¿Quién lo habría traído: una madre o un hijo? Esta es una tortita de avena; cada tres días dan avena en lugar de pan por los cupones de las cartillas.

El pan duro y negro, una vez reunido, se empaquetaba en cucuruchos, se ataba con bramante y se colocaba en armarios. Allí debía esperar hasta que hubiera posibilidad de enviarlo para socorrer a los hermanos de otro país.

¡...Aquel era el pan, el pan sagrado, que la Rusia hambrienta enviaba a los trabajadores de Alemania!

A los camaradas y hermanos

Los dos primeros convoyes para Alemania fueron enviados por el Gobierno soviético el 11 de noviembre. En la estación de mercancías de Alejandro (ahora de Bielorrusia) se preparaban nuevos convoyes. Además de la harina, se cargaban sacos de pan duro y negro.

Acompañaban los convoyes delegaciones de trabajadores de la Rusia Soviética. Fui incorporada a una de las delegaciones y se me encargó transmitir un saludo del Komsomol ruso a la juventud obrera alemana. Los camaradas me envidiaban, aunque no demasiado: todos estaban convencidos de que de un día para otro irían también a Berlín para luchar por una Alemania socialista libre.

Mientras tanto, todos estudiaban alemán. Las librerías de ocasión juntó a la muralla de Kitáigorod en unos días vendieron todos los manuales existentes. Con frecuencia, al llegar por la tarde al Comité del Komsomol, solía verse a algún muchachillo flacucho, con el tupé revuelto, el fusil colocado entre las rodillas, aprendiendo de memoria frases alemanas, a cual más absurdas, como los famosos diálogos del manual autodidacta Margot:

"¿Niños, qué ruido es ése de la habitación contigua?" "Es nuestro tío, que está comiendo queso".

Yo también necesitaba aprender alemán, y resolví pedir ayuda a una dama menchevizada que me daba lecciones cuando mama y yo vivíamos exiladas en Ekaterinburgo. Después de escucharme, la dama preguntó con retintín:

- ¿Y para qué te hace falta estudiar el idioma alemán? Tú ya sabrás decir todo lo que te haga falta.

Y subrayando un grosero acento ruso pronunció unas cuantas frases: "Wer ist Kautsky?" - "Kautsky ist Renegat" - "Und wer ist der echte Marxist?" - "Lenin ist der echte Marxist"[6].

(La obra de Lenin *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* no se había publicado aún, pero Pravda insertó un artículo con ese título de Vladímir Ilich, en el que daba a Kautsky los calificativos de renegado y de lacayo, y ponía al desnudo su apostasía del marxismo revolucionario. Hay que conocer el respeto que sentían los mencheviques rusos por Kautsky, este "Papa" de la II Internacional, para comprender la indignación de la dama menchevizada.)

Por supuesto que las lecciones de alemán no dieron resultado alguno.

El 13 de noviembre se celebró en el "Metropol" la primera sesión del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, de la sexta legislatura. Se aprobó una disposición que anulaba el tratado de paz de Brest-Litovsk,

Ya al abrirse la sesión se percibía la excitación que reinaba entre los presentes. Los ojos brillaban y las sonrisas iluminaban los rostros; se cruzaban efusivos apretones de manos y se hablaba a media voz.

Había, transcurrido menos de un año desde que Vladímir Ilich Lenin, con el arrojo político que le caracterizaba, propuso concertar a toda costa la paz con Alemania del Kaiser. La prensa burguesa le denigró con este motivo. Los llamados "izquierdistas" vociferaban histéricamente: "Mejor es perecer en combate desigual que seguir viviendo a costa de una oprobiosa paz con el vampiro". Pero nada pudo hacer vacilar la serena decisión leninista

[6] ¿Quién es Kautsky? - "Kautsky es un renegado". "¿Quién es un marxista verdadero?" - "Lenin es un marxista verdadero".

de no aceptar combate cuando éste es ventajoso solamente para el enemigo. Había que conseguir una tregua. Era necesario acumular fuerzas. Ganar tiempo, cediendo terreno, puesto que el tiempo obraría a nuestro favor.

Y la historia había demostrado palpablemente toda la sagacidad del gran jefe de la revolución proletaria. La Alemania del Kaiser había caído; en el edificio de la embajada alemana, en la travesía Dénezhnaia, en Moscú, sobre el que la víspera ondeara todavía el estandarte imperial, flameaba la bandera roja; la había enarbolado el Soviet Alemán de Diputados Obreros y Soldados, formado por los prisioneros alemanes que se hallaban en Rusia.

Aquellos días se encontraban con frecuencia en las calles de Moscú soldados alemanes y austríacos ex prisioneros que regresaban a la patria. Siempre les rodeaba una multitud de simpatizantes. Cada uno trataba de explicarles como podía las ideas de la revolución rusa. Unos lo hacían mediante palabras: "Tú, hermano, deshazte de los burgueses y escucha a los bolcheviques. Bolchevique es bueno y menchevique es malo. El menchevique ante el bolchevique es como un piojo ante un halcón". Otros recurrían a las gesticulaciones y la mímica: "¡Lenin es así! -decía un agitador voluntario, estirándose todo él y levantando la mano lo más que podía-. ¡Y Scheidemann y Kautsky son así!" -y agachándose, bajaba la mano casi a ras del suelo.

Los soldados alemanes escuchaban cohibidos, con timidez; luego se animaban, empezaban a hablar, queriendo explicar algo a los que les rodeaban, se arrancaban unos a otros los galones y, sonriendo con gesto infantil, se ponían en lugar de las escarapelas del Kaiser estrellitas rojas que de buena gana les daban nuestros soldados rojos.

Sverdlov habló al final de la sesión del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, en la que se anuló el tratado de Brest-Litovsk.

- Permítanme comunicar -dijo alegremente- que usurpé un poco del poder del CEC de toda Rusia, cuando de conformidad con la voluntad palmariamente expresada por el VI Congreso de los Soviets, dispuse enviar cincuenta vagones de cereal a Alemania. No abrigo duda de que no condenaréis mi acción.

- ¡Envie más! -se oyó gritar desde los asientos. Y la asamblea estalló en una tempestad de aplausos.

Unos días después, una nublada mañana de noviembre, partía de la estación de Alejandro en dirección a Occidente otro convoy cargado de cereales. Llevaba 14 vagones de harina y uno de pan duro y negro. En este vagón se puso un cartel en tela roja con inscripciones en ruso y en alemán: "El proletariado de Moscú, a los camaradas y hermanos, los obreros alemanes".

A la cola del tren engancharon un vagón de viajeros al que se bautizó con el nombre de "El Arca de Noé". En él iba la gente más diversa: la guardia de soldados rojos, delegados de los obreros de Moscú, comunistas alemanes, austríacos, checos y húngaros que regresaban a su patria, camaradas franceses, ingleses y norteamericanos que habían resuelto abrirse paso a través de Alemania al Frente de Occidente para hacer agitación entre las tropas aliadas.

Todo el camino fuimos cantando "Stepán Razin", "La Carmañola", la balada de John-Grano de Cebada, y una canción alemana de la época de la revolución del 1848 que se refería a Lola Montes, la favorita de Luís de Baviera, a la guillotina y a la República mundial. Actuaban también solistas. Según la costumbre de los obreros ingleses, acompañábamos a cada uno de ellos con unánimes exclamaciones: "¡Por Dios, que porquería canta!"

Pero nuestra alegría era sólo exterior y no podía acallar la inquietud que todos sentíamos por el futuro de Alemania. El socialdemócrata Fritz Ebert, Presidente del nuevo Gobierno alemán, del llamado "Consejo de plenipotenciarios del pueblo", prohibió que se armara a los obreros. Haase, jefe del Partido Socialdemócrata Independiente, que entró a formar parte del Gobierno de Ebert, peroraba en el sentido de que, "cuando las condiciones lo permitieran, el socialismo podría implantarse sin convulsiones en Alemania". El Gobierno de Ebert se negó a permitir que entrara de nuevo en Berlín la legación diplomática de la Rusia Soviética, expulsada de Alemania por Philipp Scheidemann en vísperas de la Revolución de noviembre. Al tercer día de viaje, nuestro convoy dejó atrás Smolensk. Cuando faltaba poco para llegar a Orsha, contemplamos un horrendo espectáculo: a lo largo de la vía, en dirección opuesta a la que nevábamos -de Oeste a Este- iba una compacta hilera negra de gentes harapientas, demacradas, con mochilas y sacos al hombro. Arrastraban fatigosamente las piernas. Ocultaban en las mangas sus manos ateridas de frío; sus rostros estaban ennegrecidos. De vez en cuando, uno caía y se quedaba en la nieve. A veces, entre el abrumador silencio, se escuchaba la salvaje risotada de un loco. Cuando nuestro convoy llegó a la altura de ellos, nos tendieron las manos, implorando un pedazo de pan.

Eran prisioneros de guerra rusos, que regresaban de los campos alemanes y austríacos. A raíz de la revolución las puertas de los campos fueron abiertas y dejaron marchar a los prisioneros. Y miles, decenas de miles de ellos caminaban ahora por Rusia, pensando solamente en llegar a casa.

Cerca del siguiente apeadero ardían las hogueras; alrededor se veía sentados o tumbados a los prisioneros de guerra. Constantemente negaba más gente. Se quitaban la ropa raída, sacudianse los insectos en el fuego y, se tumbaban allí mismo, en tierra. Las vías de la estación estaban repletas de

vagones con inscripciones en alemán: "Para oficiales alemanes" y "Para soldados alemanes".

Nuestro tren llegó a Orsha muy de noche. El jefe del convoy fue a buscar al jefe local para recibir indicaciones. Anduvo durante dos horas. Regresó con el ceño fruncido y de mal talante.

- ¡Menuda novedad! -dijo-. Los alemanes no admiten nuestro pan, lo rechazan.

- ¿Cómo es eso? ¡No puede ser!

Nos contó que apartados en unas vías no lejos de la nuestra, se encontraban los primeros trenes con trigo que habíamos enviado a Alemania. Cuando llegaron a Verzhbolovo, nuestros representantes se dirigieron a Kovno, al Soviet de Soldados alemán.

- Pero ese Soviet es como un rábano, rojo por fuera y blanco por dentro -nos dijo-. De él forman parte los soldados y los señores oficiales. Cuando los nuestros fueron a verles, los del Soviet se encogieron de hombros y dijeron que carecían de instrucciones y no podían dejar pasar el pan. Al día siguiente enviaron a un ordenanza con un mensaje en el que decían: marchaos con vuestro pan bolchevique de vuelta, no lo necesitamos. Y hubo que regresara Orsha.

La noche transcurrió en inquietante espera. Por la mañana, los nuestros fueron a indagar. Volvieron pronto, con un genio de demonios.

- ¡Mirad, leed! -exclamaron mostrando *Zvezdá*, el periódico de Smolensk.

Zvezdá había publicado la conversación sostenida por cable directo entre el presidente del Soviet de Diputados Obreros y Soldados Alemanes en Moscú y el "independiente" Hugo Haase, miembro del Gobierno alemán:

"Ruego comunicar al Gobierno ruso lo siguiente -manifestaba Haase-. En cuanto a la propuesta de enviar harina, el gabinete me ha encargado patentizarle el más sentido reconocimiento del Gobierno popular alemán. Estimamos tanto más ese sacrificio por cuanto nosotros y el mundo entero conocemos la aguda necesidad que sufre la población de San Petersburgo y Moscú. Por fortuna, debido a las gestiones emprendidas por nosotros ante el Presidente Wilson, se ha abierto la posibilidad de recibir comestibles de allende el océano. Por ello estamos en condiciones de renunciar en provecho de la población rusa al generoso ofrecimiento del Gobierno ruso, que merece todo género de agradecimientos..."

- ¡Eso quiere decir que estos canallas han traicionado la revolución! -dijo uno de los nuestros.

- ¡Y todavía se compadecen del pueblo ruso, los canallas! -replicó otro-. ¡Y ellos quizás se estuvieran tan repantigados en el Reichstag, mientras los generales alemanes colgaban al pueblo ruso de todos los pobos!

El mismo periódico insertaba la respuesta de Chicherin, Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros, a la declaración de Haase:

"Los obreros revolucionarios de Rusia, que han acogido entusiasmados la revolución alemana, enviaron de momento dos trenes con harina a los obreros de Alemania, preparando ulteriores envíos. Por su parte, el Gobierno alemán, remitiéndose a la promesa del Presidente Wilson de enviar a Alemania provisiones, se ha negado a admitir la harina enviada por los obreros rusos... Considerando, sin embargo, que la solidaridad obrera internacional constituye una eficiente fuerza del pueblo trabajador y de los gobiernos obreros, una fuerza que, además, obtendrá sin duda la victoria definitiva sobre la fuerza del dólar, el Gobierno ruso de obreros y campesinos espera el momento propicio en que la Alemania obrera despliegue toda su potencia revolucionaria y reafirme su declaración solemne de que las masas revolucionarias de Rusia apoyarán con todas sus fuerzas y recursos a las masas trabajadoras revolucionarias de Alemania".

¿Qué nos quedaba que hacer, ante aquella situación, a los que habíamos llegado a Orsha con el convoy de harina y pan? Los camaradas alemanes, húngaros y austríacos se echaron a la espalda los macutos y decidieron continuar adelante. Los restantes esperaron indicaciones de Moscú.

Moscú guardaba silencio. Al atardecer, la obrera de Moscú, Masha Nóvikova, y yo decidimos acercarnos a la estación, lavarnos y cambiarnos de ropa en el lavabo para señoras. Nuestro convoy se encontraba en la sexta vía, no lejos de los depósitos. Tuvimos que pasar por debajo de los vagones que llenaban las vías.

Cuando, por fin, llegamos a la estación arribaba al andén un tren del Este y de él salieron oficiales y soldados alemanes vestidos de uniforme con galones. No parecían en absoluto prisioneros de guerra que regresaran de Rusia. Luego supimos que se trataba de una de las unidades alemanas de ocupación mandadas por oficiales contrarrevolucionarios que por orden de Hindenburg eran trasladadas a los Países Bálticos para formar un ejército de guardias blancos.

Sin conocer esto, nos dirigimos al lavabo para señoras, nos arreglamos un poco y ya nos disponíamos a volver a nuestro tren, cuando el edificio de la estación se tambaleó a consecuencia dé una fuerte explosión. Se oyeron gritos y maldiciones en alemán, comenzó un tiroteo. Estábamos asustadas y sin saber qué hacer. Sólo cuando se apaciguó un poco el ruido, decidimos salir. En la estación no había nadie más que los alemanes. Conseguimos volver al andén, pero cuando llegamos a la sexta vía, nuestro convoy ya no estaba allí, y del depósito sólo quedaba el esqueleto humeante.

De pronto, vimos a unos soldados alemanes que se dirigían hacia nosotras. "¡Ven aquí conmigo,

möchacha, -gritarondölce möchacha!"

Llenas de espanto huímos de ellos. Masha corría más de prisa que yo. Me rezagué y anduve largo rato empavorecida entre los vagones.

Cuando empezó a oscurecer se apoderó de mí una gran desesperación. ¿A dónde ir? ¿Dónde estarían los nuestros? ¿Cómo ir sola hasta Berlín? Tenía que llegar hasta allí, debía cumplir la misión que me habían encomendado. En aquel momento oí que me llamaba una voz conocida. Era Kurt, un camarada alemán de nuestro convoy, que apareció de súbito entre las vías. Me lancé a él con lágrimas en los ojos, preguntándole dónde estaban los nuestros y qué había ocurrido.

- Lo que ha ocurrido es una enorme provocación - dijo Kurt.

Resultaba que los oficiales alemanes del tren que había llegado trataron de apoderarse de nuestro convoy con el pan, para llevárselo a los Países Bálticos. Atacaron. Las fuerzas eran tan desiguales que los nuestros se vieron obligados a retroceder en dirección a Smolensk.

- No sé qué hacer contigo -dijo Kurt-. Mis camaradas y yo nos marchamos a Alemania.

- ¡Y yo con vosotros!

Meditó un poco y luego, exhalando un suspiro, dijo:

- ¡Es la única salida! ¡Vamos!

Camino de occidente

Viajábamos como podíamos: unas veces en vagones de mercancías acondicionados, otras en los techos de los vagones, en plataformas abiertas o a pie. Pasábamos las noches en fincas abandonadas, alrededor de las cuales aullaban unos perros salvajes y maullaban gatos de una manera horrible. Todo lo cubría la nieve que nos llegaba hasta la rodilla, nos azotaba el rostro, se metía por el cuello y las mangas, penetraba a través de las grietas de las casas en que parábamos a pasar la noche... Con su cegadora blancura caía y caía sin cesar...

¡Cornejas y nieve! Nunca, en ningún lugar del mundo hubo tantas cornejas como en aquellos lugares que ayer fueron campos de batalla. Los bichos, ahítos de carroña de soldados, habían engordado de tal modo que apenas si podían levantar el vuelo y, con sus insoportables graznidos, volaban a ras del suelo.

Íbamos siempre hacia el Oeste. A veces, nuestros pies tropezaban con algo duro. Eran cadáveres. Tratábamos de eludirlos, de no mirar, pero nuestros ojos tropezaban constantemente con ellos. Unos estaban tumbados boca abajo agarrados convulsamente a la tierra con los dedos como garfios, como tratando de asirse a ella en el momento de dar el último adiós a la vida. Otros estaban boca arriba, con los brazos extendidos, como si con las órbitas vacías contemplaran nostálgicamente el cielo. Sobre los cadáveres y por encima de nosotros, casi rozándonos con las alas, revoloteaban bandadas de cornejas, esperando a que también nosotros cayéramos a tierra.

El camino de Orsha a Eidkunen nos llevó más de un mes. Comíamos tan sólo hortalizas que arrancábamos de debajo de la tierra helada. Durante el viaje enterramos a tres de nuestros camaradas.

En Eidkunen conseguimos montar en un tren que iba directo a Berlín. En las estaciones intermedias la gente entraba y salía. Preguntábamos con cautela acerca de lo que pasaba en Alemania. Las novedades no eran muy halagüeñas. De los Soviets de soldados se habían apoderado oficiales y suboficiales bravucones sedientos de sangre de los "rojos". Los funcionarios del Kaiser continuaban en sus puestos actuando en nombre de los "representantes del pueblo". El Gobierno de Ebert-Scheidemann desarmaba a los obreros y armaba a la guardia blanca de Wels. El Congreso pangermano de los Soviets, en el que mangoneaban los de Sheidemann se pronunció por la autodisolución de los Soviets, para sustituir a los cuales "en nombre de la democracia" debía convocarse una Asamblea Constituyente investida de plenos poderes. A los pocos días del congreso de los Soviets, las tropas gubernamentales, mandadas por el general Lequis, atacaron a la división de marina revolucionaria acantonada en Berlín y abrieron sobre ella fuego de artillería y ametralladoras.

El tren se arrastraba lentamente hacia el Oeste, a un ignoto destino. Por fin, a la pálida luz de un día de invierno, aparecieron los grises tejados de Berlín.

Descendimos en la estación de Alexanderplatz. A la salida había dos filas de robustos mocetones con brazaletes de la "Guardia republicana de soldados". Comprobaban los documentos y escudriñaban con la mirada a cado uno que salía. Llevaban negros abrigos de paisano, pero por debajo se veían las flamantes botas de piel amarillenta que llevaban los oficiales.

Entrevistas en Berlín

Desde la estación nos encaminamos a casa de una hermana de Kurt llamada Erna. Kurt sabía que la única hija de ésta había muerto y el marido había caído en Verdún.

En las calles se agolpaba un gran gentío. Constantemente se oía un ruido extraño. Eran las suelas de madera que golpeaban las losas de las aceras. Un inválido ciego al que faltaban las dos piernas, sentado en un carrito, arrancaba a un acordeón las notas de una melancólica canción. En las paredes de las casas había pegados carteles en colores negro, blanco, rojo y verde. En letras gruesas repetían infinitamente: *"¡"Spartak" nos conduce a la tumba; el orden nos dará el pan!", "¡Orden o bolchevismo!", "¡Orden o hambre!", "¡Orden o muerte!" "Abajo "Spartak"!", "¡Abajo los bolcheviques!"*

La hermana de Kurt vivía en una casa grande de ladrillo, habitada por gente pobre de la ciudad. En el patio jugaban sin alegría niños macilentos y mal vestidos. Por una escalera estrecha y empinada, con barandilla de hierro, subimos al sexto piso. Nos abrió la puerta una mujer de rostro demacrado con las manos llenas de espuma de jabón. Hacía sólo tres años que no se veían los hermanos. Sin embargo, de momento, no se reconocieron.

Según habíamos convenido, Kurt previno a la hermana que debía presentarme a los vecinos como su esposa. Erna me sacó un vestido y ropa interior de su difunta hija y puso agua a calentar. Mientras Kurt y yo nos lavábamos uno después de otro, la hermana salió de compras.

Sobre la mesa apareció una pomposa tarta de bizcocho con fruta confitada, salchichón y el té servido en las tazas. Pero la tarta era de patata helada; la fruta confitada, de una viscosa pasta de almidón con sacarina; el chorizo, de guisantes y el té, una infusión de hojas de haya. Para comprar todo aquello, Erna había vendido su único anillo de oro.

Estábamos tan cansados que dormimos casi 24 horas como lirones. Al día siguiente, Kurt marchó a buscar a sus camaradas y yo me quedé en casa. Llamaban constantemente a la puerta: eran vecinas que venían a ver a la "pequeña mujer rusa". Conseguimos entendernos de alguna manera; ellas me preguntaban y yo les preguntaba a ellas. Cualquiera que fuera el tema de la conversación, ineludiblemente iba a parar a lo que más torturaba su imaginación: el hambre.

En Rusia conocíamos bien lo que era el hambre. Meses enteros vivimos con medio cuarterón de pan y hubo días que ni siquiera eso recibíamos.

Y de todos modos el hambre que nosotros sufríamos era distinta de la que me contaban las mujeres de los obreros alemanes. Nosotros pasábamos hambre a *causa* de la guerra; ellos, en *aras* de la guerra. Nuestro hambre era una desgracia de la que siempre teníamos la esperanza de librarnos tan pronto tomáramos el Poder, tan pronto derrotáramos a los blancos y a los intervencionistas y pusiéramos en marcha la producción. El hambre de ellos era el hambre de los condenados.

Era un hambre calculada, reglamentada por la máquina implacable de la guerra. Se había previsto con muchos años de antelación cada espiga que debía crecer, cada recién nacido que debía morir de hambre apenas venido al mundo, cada adolescente que debía llegar a mozo para después hacer de él carne de cañón.

Ahora la máquina militar alemana se había derrumbado, pero el hambre continuaba. La socialdemocracia encaramada en el poder rechazó el pan de los obreros rusos prosternándose ante el Presidente de EE.UU. Hacía ya mes y medio que estaba tirada a sus pies, y Wilson hacía con Alemania el frío juego del ratón y el gato. Hasta entonces, no había dado ni un gramo de víveres. En lugar de pan asaeteaba con incontables mensajes, en los que con repugnante gazmoñería e hipocresía se extendía en consideraciones acerca del humanismo y la civilización, exigiendo al mismo tiempo que Alemania acabara con "Spartak", estrangulara a los comunistas alemanes. Entonces Norteamérica daría pan. El pan lo serviría solamente sobre la tumba de la revolución.

Ebert y Scheidemann no deseaban otra cosa. Señalaban a la clase obrera alemana la muerte por hambre que se cernía sobre sus cabezas y decían: "¡Mira! ¡Esa es tu alternativa: el hambre o la revolución! ¡Si no quieres morir de hambre, acaba con la revolución!"

Al segundo o tercer día de llegar asistimos a una reunión sindical de los electricistas del distrito. La reunión se celebraba en una cervecería, repleta de gente. Los obreros estaban sentados alrededor de las mesitas, bebían cerveza adulterada, echaban bocanadas de humo de algo que quería parecerse al tabaco. Muchos estaban de pie en los pasillos o sentados en las ventanas. En el estrado, sobre la mesa de la presidencia, se elevaban las canosas cabezas de los "bonzos sindicales". Cada uno tenía delante una jarra llena de cerveza hasta los bordes.

Empezó la reunión. Se concedió la palabra a unos de aquellos "bonzos". Mostró suavemente su disconformidad con las acciones de Wilson y su acerba indignación contra la actuación de los espartaquistas y propugnó que se hicieran voluntariamente restricciones: solamente éstas podían asegurar la victoria de la revolución. Afirmaba que era necesario defender la propiedad y el capitalismo, pues sin el capitalismo no hay trabajo ni pan. Algún día, cuando llegara la hora, se degollaría al marrano, pero hasta entonces, debían evitar que estirara la pata, cebado bien, para que diera más tocino.

El discurso del orador era interrumpido por ruido y gritos que partían de distintos sitios.

La atmósfera se fue caldeando. Pero de pronto los "bonzos" de la presidencia se intranquilizaron y todos al mismo tiempo dirigieron la vista a la puerta de entrada. La sala se estremeció. En las filas de atrás se oyeron exclamaciones de saludo. Todos se pusieron en pie, muchos se quitaron los sombreros y empezaron a lanzarlos a lo alto gritando: "¡Viva Liebknecht!", "¡Viva el jefe del proletariado alemán!"

Liebknecht entró lentamente en la sala. Era un hombre de elevada estatura, entrecano, de cara delgada, ojos profundos y relucientes que parecían iluminar su rostro. En los últimos años, la vida le había deparado una cadena continua de pruebas: el frente, el tribunal de guerra, trabajos forzados; ahora,

hacía esfuerzos sobrehumanos para salvar la revolución.

El discurso de Liebknecht fue una resuelta condena a los scheidemannistas, que habían vendido y traicionado la revolución, una condena a las gentes fluctuantes: los Kautsky, los Haase y otros de su jaez, cuya traición enmascarada era más peligrosa aún.

Liebknecht dijo que el 9 de noviembre los obreros y soldados habían tomado el poder, pero lo perdieron inmediatamente debido a que los scheidemannistas, con la connivencia de los "independientes", débiles de carácter, fueron devolviendo por partes el poder a la oficialidad reaccionaria. Exigió que Hindenburg y los generales del Kaiser, que de hecho dirigían los Soviets de Soldados, fueran inmediatamente destituidos y arrestados. Desenmascaró a Ebert y Scheidemann y mostró que no se ocupaban de otra cosa que de perseguir al "Spartak", desarmar a los obreros y armar a las bandas contrarrevolucionarias. Citó hechos que atestiguaban con evidencia irrebatible que ya se había creado la guardia blanca, que disponía de infantería, caballería, artillería pesada y ametralladoras. Los regimientos de guardias blancos, acantonados entre Berlín y Potsdam, estaban destinados a aplastar al proletariado revolucionario de Berlín.

- ¡El Gobierno Ebert-Scheidemann ha asestado una puñalada a la revolución! -exclamó Liebknecht-. Si triunfa la contrarrevolución, estos perros sin escrúpulo alguno llevarán al paredón a decenas de miles de obreros. Si el proletariado tolera que Ebert y Scheidemann sigan mandando, pronto volverá la más negra reacción. ¡Que se vayan al infierno esos señores! ¡Viva la revolución alemana y mundial!

Desde la presidencia, los "bonzos" trataron de interrumpir a Liebknecht con gritos, pero luego optaron por callar, al darse cuenta de que los ánimos del auditorio no estaban de su lado. Parte de los que llenaban la sala ahogó las palabras de Liebknecht con sus clamorosos aplausos, los restantes escuchaban en medio de un silencio sombrío, abatidos por la incontestable verdad de sus argumentos. Aunque aquellos honestos proletarios berlineses experimentaban gran confusión a causa de los muchos años de mentiras scheidemannistas, la intuición de clase les llevaba hacia Liebknecht, hacia el "Spartak".

Para que esta tendencia interna se convirtiera en apoyo activo, real, hacía falta tiempo. Los scheidemannistas decidieron no dar este tiempo al proletariado alemán y empezaron a buscar pretextos para echar a las masas a la calle y provocar una matanza sangrienta.

Cuando partí de Moscú, el Comité Central del Komsomol me encomendó transmitir a los jóvenes espartaquistas alemanes un saludo del Primer Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas. Ahora hablaba dos y tres veces al día ante los jóvenes obreros berlineses.

Escuchaban con fija atención, hacían miles de preguntas, me ayudaban a hallar las palabras que me faltaban, a veces estallaban en carcajadas ante los inverosímiles descubrimientos que hacía en el idioma alemán.

Después de las reuniones me rodeaban. Todos deseaban reiterar una y otra vez las palabras de amistad y fraternidad revolucionaria que yo debía transmitir en su nombre a la juventud revolucionaria de la Rusia Soviética.

Aquellos días me entrevisté con Rosa Luxemburgo, "Rosa Roja", como la llamaban los obreros alemanes. A través de los camaradas me pidió que fuera a verla a una casa en Schöneberg. Difícilmente fuera su casa; debía ser de alguno de sus amigos.

Llegué un poco antes de la hora señalada. Rosa no había venido todavía. Hojeaba yo un volumen de Goethe, cuando sonó brevemente el timbre, como si lo hubiera rozado un pájaro con sus alas.

Rosa se quitó las botinas en el recibidor y, con el sombrero y el abrigo de piel puestos, corrió a la habitación y me atrajo hacia sí. Me conocía desde mi niñez y quería mucho a mi madre. La última vez que nos habíamos visto fue cuando estuvimos un verano en el litoral alemán siete años atrás. A la sazón hacía un tiempo claro, el cielo era transparente, y de la mañana a la noche nos estábamos en la dorada arena o recogíamos flores en el campo para formar un herbario.

Los recuerdos de aquellos tiempos reconfortaron por un instante nuestras almas. Rosa quería verme, ante todo, para conocer lo más posible de la Rusia Soviética, de la Revolución rusa. Me preguntó por Lenin, se interesó por su salud, me asediaba a preguntas acerca de los días de Octubre y de los frentes de la guerra civil, escuchaba con el semblante arrebolado y de nuevo volvía a preguntar.

... Estuvimos hablando hasta muy tarde. Antes de terminar, Rosa me dijo que soñaba con hacer un viaje a la Rusia Soviética.

- Iré, iré sin falta, iré en los próximos meses. ¡Necesito tanto ver a Lenin, hablar con él! -repetía.

Llegó la hora de separarnos. Nos despedimos. Rosa me contempló desde la puerta, alegre, animosa, con sus hermosos ojos negros.

- ¡Hasta pronto! -dijo.

¿Podía yo pensar, acaso, que era la última vez que la viera?

El 29 de diciembre, domingo, se enterraba a los marinos caídos en las calles de Berlín durante el sangriento desarme de la división revolucionaria de marina. Era el tercer entierro de víctimas, en Berlín, en las siete semanas de revolución. Pero esta vez, en los ataúdes forrados de tela roja iban los cadáveres de

los que habían sido masacrados por orden del Gobierno socialdemócrata.

Era un frío y nuboso día de diciembre. Cuando llegamos al lugar ya se había congregado mucha gente. Venían de todas partes. Llamaba la atención la multitud de banderas y carteles rojos.

El cortejo fúnebre se encaminó a Friedrichshain, el cementerio de los caídos en las jornadas de marzo de la revolución de 1848. El camino pasaba a través de los barrios de la burguesía. Sobre las casas ondeaban provocativas las banderas negro-blanquirojas. Los féretros con los cadáveres fueron colocados en elevados catafalcos, tirados por negros corceles cubiertos de gualdrapas fúnebres.

"¡Abajo Ebert y Scheidemann!" -decía la consigna escrita en las pancartas. Lo mismo gritaban los que acompañaban a los camaradas caídos.

En las aceras se agolpaba el público burgués. Cubría de improperios y maldiciones a los que iban en los ataúdes y a quienes formaban el cortejo. El aire mismo parecía pesado, hasta tal punto estaba saturado de odio.

Se acercaba el Año Nuevo. Aunque los tiempos que corrían eran alarmantes, los espartaquistas amigos de Kurt decidieron celebrarlo juntos. Organizaron la cena, aportando cada uno lo que pudo: éste, unas pocas patatas; aquél, unos nabos; otro, un paquete de café de bellotas. Un camarada consiguió, incluso, una botella de vino de Mosela.

Se bebió el vino; se dio buena cuenta de la frugal cena y la conversación giró en torno al tema que interesaba a los allí presentes: la suerte de la revolución alemana.

Entre los reunidos en la velada de Año Nuevo se pusieron de manifiesto profundas divergencias en los problemas de la lucha práctica; muchas cosas no estaban claras para ellos, otras las confundían y se equivocaban. Pero les unía lo principal: la decisión de luchar hasta el fin y una fé inquebrantable en el futuro. Parafraseando las famosas palabras de Lutero, uno de los camaradas dijo:

- ¡La Alemania socialista triunfará! ¡Esta es mi opinión y no puede suceder de otro modo!

Eran cerca de las dos cuando golpearon a la puerta de una manera convenida: dos golpes seguidos, el tercero después de un intervalo. Entró un camarada al que yo desconocía y a quien todos llamaban Walter.

- ¡Queridos amigos! -dijo-. En la vida del proletariado alemán acaba de producirse un gran acontecimiento: el Congreso de partidarios del "Spartak" ha tomado el acuerdo de crear el Partido Comunista de Alemania.

De haber estado allí solamente nosotros, los jóvenes, nos hubiéramos puesto a gritar de entusiasmo. Pero había gente que acababa de salir de la clandestinidad sufrida en la época del Kaiser y que sabían que el mañana habría de depararles quizás una clandestinidad más dura todavía. Se unieron las manos, entrelazándolas sobre la mesa en un solo apretón. Entonaron *La Internacional* como la cantan en los presidios, con la boca cerrada, pronunciando las palabras para adentro. ¡Qué impresionante fuerza, cuánta ira y esperanza había en aquellos solemnes acordes apenas audibles del himno de la clase obrera mundial!

Nos dispersamos al amanecer. Por la amplia calle desierta corría en dirección a nosotros un hombre que cojeaba un poco. En una mano sostenía un cubo con engrudo, en la otra un rollo de proclamas de vivo color verde. Corría de una casa a otra; con un ágil movimiento untaba la proclama de engrudo y la pegaba en la pared.

Kurt encendió la linterna de bolsillo y leímos un llamamiento de la "Liga antibolchevique", dirigido al pueblo alemán, en la que se anticipaba la futura voz de Hitler:

¡Duermes, Bruto!
¡Despierta!
¡Despierta, pueblo alemán!
¡Comprende el peligro que te amenaza: el bolchevismo!
. . . . .
¡Todos a la lucha contra el «Spartak"!
¡Pueblo alemán, despierta!

"¡Fui, soy y seré!"

Hacía ya una semana que habíamos llegado a Berlín. Se acordó que, en la primera posibilidad que se presentara, marcharía a Moscú. Mientras tanto, ayudaba a Erna; lavaba para las casas ricas. En Alemania habían quedado muchos señores, así que trabajo no faltaba.

El sábado, cuatro de enero, Kurt regresó antes de caer la noche; traía los bolsillos llenos de octavillas. Era portador de importantes noticias: el Gobierno había destituido del cargo de jefe de policía al "independiente" Eichhorn y designado en su lugar al socialdemócrata de derecha Eugen Ernst.

- Estos señores han decidido hacernos la guerra - dijo Kurt reuniendo en la escalera a la gente obrera de la casa-. ¡Pero nos veremos las caras!... ¡Los vamos a mandar al diablo!

A la mañana siguiente nuestra casa se puso en movimiento temprano, cosa que no era habitual los domingos. Por lo menos en una tercera parte de los pisos se oían portazos y silbaban los infiernillos en los que se hacía el café.

Al principio salieron de nuestra casa unas treinta personas. Luego se les unieron otras. Un inválido del tercer piso, que había perdido en la guerra el brazo derecho, tenía una bandera roja que había escondido después de las jornadas de noviembre.

De todas partes afluían grupos de gente que se

dirigía a Unter den Linden. En la densa niebla matutina surgían aquí y allá banderas rojas, se oían gritos: "¡Abajo Ebert y Scheidemann!", "¡Viva Liebknecht!", "¡Viva Eichhorn!"

Cerca del mediodía alguien propuso dirigirse al palacio del canciller del Reich, residencia del Gobierno. En el enorme edificio parecía que no había vida, las ventanas tenían corridos los tupidos y oscuros cortinajes; las altas puertas macizas parecían cerradas con siete candados.

Volvimos de nuevo a Unter den Linden. Los manifestantes continuaban de pie. Luego, no sabiendo qué hacer, empezaron a dispersarse. Regresé a casa con los vecinos. Kurt se marchó a buscar a los camaradas. Tardó en regresar y dijo que una parte de los manifestantes había ocupado las redacciones del periódico socialdemócrata *Vorwärts* y de varios periódicos burgueses y que se había acordado ir a la huelga general al día siguiente.

Aquella noche apenas si se durmió en nuestra casa. Antes de amanecer, los obreros se encaminaron a sus fábricas. No se publicó ni un sólo periódico burgués.

Kurt no quería llevarme con él; pero yo le convencí. Era muy temprano, la mañana se despertaba en medio de una niebla grisácea. Todavía estaban encendidos los faroles, proyectando sombras difusas.

En la plaza situada delante de la Jefatura de Policía se congregó mucha gente. Había empezado a clarear. La niebla se esfumaba. La muchedumbre se agolpaba cada vez más. Por todas las calles adyacentes a la plaza avanzaban acompasada e inconteniblemente oscuras columnas, sobre las cuales ondeaban las banderas rojas. Muchos llevaban armas. Kurt vio aparecer entre la niebla a un muchachillo obrero que llevaba en cada hombro un fusil.

- ¡Camarada: dame uno! -pidió Kurt.

- ¡Toma!

La plaza no podía dar cabida a todos los que llegaban; la gente llenaba las calles vecinas y se apretaba, formando una masa compacta que se extendía a lo largo de varios kilómetros. Se había reunido no menos de medio millón de personas. Nunca había visto Berlín una manifestación tan potente de proletarios revolucionarios.

Hacía mucho frío. Por el cielo se arrastraban muy bajas las nubes. La gente aterida y mal abrigada se movía sin cesar para combatir el frío, mirando pacientemente el edificio de la Jefatura de Policía. Allí se celebraba una amplia reunión de los "decanos revolucionarios" cuyos componentes eran en su mayoría "independientes". De vez en cuando uno de los reunidos salía al balcón y decía algo. El gentío transmitía sus palabras: "La reunión continúa", "Se examina la cuestión", "De un momento a otro se llegará a un acuerdo".

De este modo transcurrió una hora, otra y otra. La gente continuaba esperando. Una hora más, dos, tres. Ya oscurecía, la niebla se iba haciendo de nuevo más densa, pero la gente permanecía en pie, temblando de frío con finas cazadoras de poco abrigo, cosidas en su mayoría de viejos capotes de soldado. Había venido para vencer o morir, y estaba dispuesta a aguardar, en tanto le quedaran fuerzas, hasta que la lanzaran al combate.

En la Jefatura de Policía continuaban reunidos. Al fin apareció en el balcón el orador de turno.

- ¡Camaradas! -gritó-. Hemos acordado entrar en negociaciones con el Gobierno. ¡Marchaos a casa! ¡Si hacéis falta os llamaremos!

Por la muchedumbre rodó un murmullo de perplejidad y de ira: "¿Cómo? ¿Qué conversaciones puede haber con Ebert y Scheidemann?"

- Tenemos noticias de que el Gobierno está dispuesto a hacer concesiones de buen grado y acepta las negociaciones -gritó el orador-. ¡Como nosotros, está interesado en que lo haya derramamiento de sangre!

Pero el orador se equivocaba por entero. Mientras 500.000 proletarios berlineses permanecían en la calle y en la Jefatura de Policía estaban reunidos sin cesar, en el despacho de Ebert, en el palacio del canciller del Reich, en la Wilhelmstrasse, se habían reunido los líderes del partido socialdemócrata. Allí se encontraba también el socialdemócrata de derecha Gustavo Noske, ex gobernador de Kiel.

Los que habían visto a Noske decían que era un hombre de tronco corto y pesado y con unas manazas enormes que no correspondían a su estatura. Nunca intervenía el primero, escuchaba largo tiempo a los demás, volviéndose hacia el orador con todo su cuerpo. Luego se levantaba, apoyándose en la mesa con sus puños descomunales y empezaba a decir sin rodeos, con frases cortas y desabridas, lo que Ebert y Scheidemann aderezaban con todo género de equívocos.

Así ocurrió en esta ocasión. La destitución de Eichhorn fue el primer acto de la provocación tramada por estos señores, a fin de sacar las masas a la calle y a renglón seguido organizar una represión sangrienta. La provocación se había logrado, las masas se echaron a la calle; era llegada la hora de proceder a la represión.

Unos años después, en su libro de memorias *De Kiel a Kapp*, Noske contaba: "Alguien me preguntó: "¿No pones manos al asunto?" A esto respondí brevemente: "¡Por qué no! ¡Alguno de nosotros tiene que asumir el papel de perro sanguinario!"

Noske fue designado comandante en jefe de las tropas encargadas del orden. Sin perder ni un minuto, acompañado de un capitán joven vestido de paisano, se dirigió al edificio del Estado Mayor General, al objeto de examinar la situación con los generales del Kaiser que allí se encontraban y tomar las medidas

necesarias. Pasada la Wilhelmstrasse tropezaron en la Unter den Linden con una patrulla obrera; pero les bastó con urdir una patraña inverosímil para que les dejaran pasar.

En una habitación del edificio del Estado Mayor estaban reunidos muchos oficiales y varios generales. Tenían preparada la orden nombrando al general Hoffmann jefe de las fuerzas punitivas. La aparición de Noske y su declaración de que a él se le había encomendado el mando supremo de las fuerzas punitivas fueron acogidas con ruidosas muestras de aprobación: los oficiales y generales del Kaiser habían aprendido algo en los últimos meses y se daban perfecta cuenta de que, en aquellas condiciones, Noske era mucho más útil que Hoffmann.

En aquella reunión se acordó trasladar el Estado Mayor de Berlín a Dalem, y concentrar en la región de Potsdam las fuerzas de choque para reprimir al Berlín revolucionario.

Regresamos tarde a casa. Erna había preparado una sopa de nabos.

Después de comer, me senté en una silla junto a la estufa.

- ¿En qué piensas? -me preguntó Kart.

-En nada...

Sentía escalofríos; por mi imaginación pasaban ideas incoherentes. En un estado semiinconsciente vi un gran barco, brillantemente iluminado, que navegaba raudo en la noche por un anchuroso río. Luego me di cuenta que no era un buque, sino el Smolny resplandeciente de luces, tal y como apareciera en las grandes jornadas de Octubre.

Sonó el timbre. Vino uno de los camaradas con los que habíamos celebrado el Año Nuevo. Me dijo que no fuera a ningún sitio. Todos los ciudadanos soviéticos que se encontraban en Berlín debían permanecer en casa; los scheidemannistas podían organizar cualquier provocación si caía en sus manos alguien de los rusos.

El camarada propuso a Kurt que fuera con él. Kurt se vistió y tomó el fusil que le había dado por la mañana un joven obrero. Una fuerza incontenible me impulsaba a abrazarle y besarle. Permanecí de pie, acariciando la manga de su capote hasta que se marchó.

Entonces empezaron para mí tormentosos y duros días de espera. Kurt no regresó aquel día, ni al siguiente, ni al otro. No había periódicos y la gente que iba a la ciudad traía los rumores más fantásticos y contradictorios.

El jueves recibimos una breve nota de Kurt, Decía que se encontraba en la redacción del periódico *Vorwärts* ocupada por los obreros revolucionarios. El camarada que trajo la nota dijo que Liebknecht hablaba de la mañana a la noche en diversos lugares de la ciudad. Rosa también. Los obreros habían conseguido apoderarse de varios establecimientos oficiales y estaciones. En distintos confines de la ciudad se producían choques con los partidarios del Gobierno.

La noche del viernes al sábado llegó a nuestros oídos un fuerte tiroteo. Hasta entonces en la ciudad había fuego de fusilería, pero ahora se oían las ametralladoras y artillería.

El sábado llamó a nuestra puerta el inválido del tercer piso. Dijo que por la parte de Potsdam habían entrado en la ciudad tropas gubernamentales, a la cabeza de las cuales iba Noske. Habían asaltado el local del periódico *Vorwärts*.

Todo el día estuvimos esperando a Kurt; durante la noche del sábado al domingo no pegamos un ojo. Pero Kurt no vino.

Las tropas del Gobierno continuaron limpiando de insurgentes la ciudad. El lunes, los obreros fueron desalojados de sus últimos reductos fortificados. Después de un intervalo de una semana, salieron los periódicos burgueses y *Vorwärts*. En las primeras páginas se destacaba en gruesos titulares: "¡La tranquilidad es completa en Berlín!"

"¡La tranquilidad es completa en Berlín"! -escribía por aquellos días Rosa Luxemburgo- "¡La tranquilidad es completa en Berlín!" -afirma la prensa burguesa triunfante, corroboran Ebert y Noske, repiten los oficiales del "ejército victorioso", a los que la muchedumbre burguesa saluda en las calles de Berlín… "Spartak" es el enemigo y Berlín, el lugar donde nuestros oficiales pueden vencer. Noske es el general que sabe obtener victorias donde fuera incapaz de lograrlas el general Ludendorff".

Y dirigiendo a los enemigos del proletariado las últimas palabras que había de escribir en su vida, "Rosa Roja" exclamaba con odio:

"¡La tranquilidad es completa en Berlín!" Sois unos lacayos obtusos. Vuestra tranquilidad se asienta sobre arena movediza. La Revolución se alzará de nuevo mañana y a los sones de trompetas que os harán temblar anunciará: "¡Fui, soy y seré!"

Tristis[7]

Pasaron el sábado y el domingo. Erna y yo permanecimos todo ese tiempo tratando de vencer la emoción, atendiendo a cada ruido en la escalera. Pero Kurt no venía.

El domingo decidimos ir al lugar de donde había llegado la última noticia de él, a la redacción de *Vorwärts*.

Las calles eran un hormiguero de gente endomingada. Señoras y señores atildados se paseaban, contemplando alegremente las huellas del reciente combate; daban cariñosos golpecitos en la coraza de acero de los blindados que habían entrado en Berlín, encabezando el desfile de las tropas de

[7] Triste. Lat.

Noske; se deleitaban en la lectura de las consignas que se veían por todas partes: "¡Muera Liebknecht!" "¡Muera Rosa Luxemburgo!"

La soldadesca saciada, ebria de sangre, era el héroe de la jornada. Los oficiales, atusándose los bigotes a lo Kaiser, acogían benevolentes las sonrisas de las damas. Los soldados rebuscaban por sótanos y buhardillas a los obreros escondidos. Cuando la caza daba resultado, arrojaban al hombre golpeado y sangriento a la muchedumbre, y las engalanadas damas lo pisoteaban con los altos tacones de sus botinas de moda, sujetas con cordones hasta las rodillas.

Helada de espanto me agarré al brazo de Erna. Aquello me recordaba la represión contra los hombres de la Comuna de París, que conocía por mis lecturas. Estos señores no habían leído ni a Arnould ni a Lissagaray, pero actuaban exactamente del mismo modo que los versalleses. Evidentemente, para ser verdugo burgués bastaba ser simplemente burgués.

Por fin, conseguimos dominarnos y entrar junto con aquella enfurecida muchedumbre en la redacción del *Vorwärts*. Allí olía a sangre y a humo de pólvora. A la entrada se veían los restos de la barricada que los obreros habían levantado con resinas de periódicos y. rollos de papel. Los rollos formaban la base de la barricada, las resmas estaban reforzadas con alambre y colocadas de manera escaqueada, a fin de dejar orificios para las troneras.

Seguimos adelante, esperando y temiendo al mismo tiempo ver alguna cosa que denotara la suerte que había corrido Kurt. Por todas partes se veían salpicaduras de sangre, en las paredes había fragmentos de sesos humanos. Los que habían perecido allí no habían muerto en combate, sino rematados a culatazos por los feroces mercenarios.

Cinco días, cinco terribles días, estuvimos buscando a Kurt por hospitales, clínicas y depósitos de cadáveres. Todo estaba atestado de heridos y muertos. Los heridos se encontraban tirados en los pasillos, unos delirando y otros muriendo. Unos cadáveres estaban apilados, otros en informe montón. Aun después de muertos, los rostros conservaban la intensa y desesperada decisión que tuvieran en el momento del último combate.

El miércoles 15 de enero en *Die Rote Fahne* apareció un artículo de Liebknecht titulado "¡A pesar de todo!" Con inmensa emoción leímos sus ardientes palabras:

"... Nuestro barco mantiene decididamente y con orgullo su rumbo hacia la meta final, hacia la victoria.

Vivamos o no nosotros cuando esta victoria se logre, nuestro programa vivirá. ¡Abarcará a todo el mundo de la humanidad liberada, pase lo que pase!

Las masas proletarias ahora dormidas serán despertadas por el imponente estruendo del derrumbamiento que se aproxima, cual si sonaran las trompetas anunciando el juicio final. Entonces resucitarán los luchadores asesinados y exigirán cuentas a los asesinos malditos. Hoy se oye solamente el ruido subterráneo del volcán, pero mañana vomitará su fuego y en los torrentes de su lava ardiente enterrará a todos esos asesinos".

La tarde de aquel mismo día le mataron. A él y a Rosa...

Todos sabían que iban a la caza de ellos. La burguesía aullaba exigiendo que se diera con su paradero, que se les apresara y se les hiciera pedazos. Scheidemann prometió 100.000 marcos a quien los presentara vivos o muertos. Dos días antes del asesinato, Vorwärts publicó unos versos que terminaban con un llamamiento abierto al asesinato de Carlos y Rosa: "¡Los muertos están tendidos en fila por centenares; pero Carlos no figura entre ellos! ¡No están Rosa y compañía!"

Nadie creyó lo que decía un comunicado gubernamental publicado el jueves, en el que se afirmaba que Liebknecht había resultado muerto por intento de fuga, y que a Rosa la había despedazado una muchedumbre casualmente congregada. Investigaciones posteriores evidenciaron que el comunicado oficial fue del principio al fin una mentira consciente y premeditada.

Carlos y Rosa fueron capturados el miércoles, a las 9 y media de la noche, por los matones del regimiento socialdemócrata del Reichstag. Condujeron a los arrestados al hotel "Eden", situado en la parte oeste de Berlín, y los entregaron al estado mayor de la división de caballería de fusileros de la guardia, al frente de la cual se encontraba el capitán Pabst, mano derecha de Noske.

A Carlos y Rosa los tuvieron en el "Eden" muy poco tiempo; luego les comunicaron que les trasladaban a la cárcel de Moabit. Primero llevaron a Liebknecht. Le acompañaron el capitán Pflugk-Hartnung y el ober-teniente Vogel, futuro hitleriano.

Cuando conducían a Liebknecht al automóvil, tal y como había sido previamente ordenado por Pabst, se acercó a él un tal Runge y le asestó varios culatazos en la cabeza. Chorreando sangre, metieron a Liebknecht en el automóvil que se dirigía a Tiergarten. En medio del parque, el automóvil se detuvo simulando una avería. A Liebknecht se le ordenó salir y marchar adelante. Apenas anduvo unos pasos, el teniente Liepmann y el mencionado Pflugk-Hartnung le dispararon a bocajarro por la espalda, causándole la muerte. Llevaron el cuerpo de Liebknecht a un puesto de socorro urgente situado no lejos de allí y lo entregaron como el cadáver de un "desconocido".

Desde la salida de Liebknecht con sus asesinos del hotel "E den" hasta la entrega del cadáver en el

puesto de socorro transcurrieron solamente diez minutos. A las 23 y 20 minutos se informó a Pabst que el asunto había concluido. A los veinte minutos Pabst entregó Rosa Luxemburgo a Vogel.

Cuando Rosa, a la que conducían agarrada de los brazos el director del hotel y Vogel, bajaba por la escalera, corrió a su encuentro el mencionado Runge y con la misma culata le golpeó la cabeza.

Rosa perdió el conocimiento. La llevaron a rastras y la arrojaron al automóvil. Tan pronto el coche se puso en marcha Vogel y el teniente Krul dispararon sobre Rosa. Krul quitó a la muerta el reloj de pulsera y se lo metió en el bolsillo. El automóvil se detuvo junto al canal situado entre el puente Cornelius y el de Lichtenstein. Sacaron el cadáver de Rosa a la calzada, lo ataron con un alambre, le colocaron un peso y lo arrojaron al canal.

Fue descubierto tan sólo varios meses después.

La noche del jueves, ya muy tarde, al salir del depósito de cadáveres de la ciudad, oímos unos pasos sordos que resonaban en la calle desierta. Cuando llegó a nuestra altura reconocí a un amigo íntimo de Rosa, Leo Joguiches. Hablé con él. Preguntó con tristeza si no habíamos visto en el depósito el cadáver de Rosa. No, allí no estaba.

Dos meses después Leo Joguiches fue capturado por los perros de la jauría de Noske y asesinado en la cárcel.

Sólo el viernes por la mañana identificamos a Kurt entre unos cadáveres en el depósito de un hospital en Pankov. Tenía la cabeza destrozada, los ojos saltados de las órbitas, la cara era un cuajaron sanguinolento. Se le podía reconocer solamente por las manos y la ropa.

Al otro día dimos sepultura a Kurt, A la mañana siguiente vino a por mí un camarada. Dijo que había una ocasión y que podía ir a Moscú con dos colaboradores de la Comisión Soviética encargada de asuntos de los prisioneros. Se habían retenido en Berlín después de la expulsión de nuestra embajada, en vísperas de la Revolución de noviembre, y ahora regresaban a la Rusia Soviética.

Como mareada, me despedí de Erna, así mismo subí al tren y transcurrió para mí todo el camino; como mareada oí que en las elecciones a la Asamblea Constituyente de Alemania los socialdemócratas de derecha habían obtenido la mayoría. Mi boca tenía un sabor a herrumbre, en todas partes me parecía que había un olor denso a cadáveres y a fenal.

Una fría noche de enero nuestro tren llegó al andén de la estación de Moscú. Hacía tan sólo dos meses y medio que había partido de allí y me parecía que había transcurrido una vida entera.

Mis acompañantes se despidieron de mí y marché sola por las calles nevadas de Moscú. Era difícil andar, estaba resbaladizo. A causa de la inanición, me daban mareos.

Cerca del Soviet de Moscú había un coche cerrado. La puerta del edificio se abrió y apareció un hombre con cazadora de cuero. Era Yákov Mijáilovich Sverdlov. Ya se había subido al automóvil cuando me acerqué a él. La emoción me agarrotaba la garganta y no podía pronunciar ni palabra. Me miró y al reconocerme dijo algo en alta voz; luego me metió en el coche, me llevó al Kremlin y me condujo a la comandancia. Allí ordenó que inmediatamente calentaran el baño, que arrojaran todos mis efectos al fuego y me dieran ropa de soldado rojo. Dijo que luego le llamaran y vendría a recogerme para llevarme a casa.

Una hora después estaba sentada en la comandancia con las mangas de la guerrera recogidas por ser demasiado largas. Bebía té caliente en una jarra de hojalata. La comandancia estaba instalada en una habitación espaciosa y mal alumbrada. En los bancos colocados a lo largo de las paredes había sentados unos jóvenes soldados rojos que hablaban a media voz, evidentemente de algo relacionado conmigo. Oí palabras sueltas: "de Berlín", "los mencheviques han vencido allí...", "el pueblo las pasará muy mal..."

Descansé. Me sentía bastante bien y a fin de no restar tiempo a Sverdlov me fui a pie hasta mi casa.

Atardecía. El cielo tenía tonalidades verdes y argentadas.

Detrás de los dentados tejados de Kitaigorod apuntaba el disco anaranjado de la luna. Entre las columnas de la Casa de los Sindicatos pendían, enmarcados en rojo y con crespones de luto, los retratos de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, al pie de los cuales estaba escrito con grandes letras: "¡El mejor desquite por la muerte de Liebknecht y Luxemburgo es la victoria del comunismo!"

En el retrato, Carlos estaba mucho más joven que en los últimos meses de su vida. Rosa aparecía tal y como yo la vi al despedirme de ella en Berlín; era igualmente tierna y penetrante la mirada de sus hermosos ojos oscuros.

"El hombre debe vivir como una vela que arde por ambos extremos" -gustaba decir Rosa.

Así vivieron los dos: Rosa y Carlos. ¡Que su memoria perdure eternamente!

EL OTOÑO DORADO

Al pie de la muralla del Kremlin

¡De nuevo Moscú! Julio de 1919. Sol, calor... Un cartel propagando la instrucción obligatoria atraviesa Ojotni Riad de un extremo a otro de la calle: "¡El ciudadano solamente es digno cuando es ciudadano y soldado!" Los periódicos exhortan: "¡Todos a la lucha contra Denikin!"

Por la empinada y estrecha calle Tverskaia, empedrada de adoquines, descienden dos hombres. Uno de ellos, bajo de estatura, ágil e inquieto. Lleva

un gorro de marinero con una llamativa borla roja. El segundo es un tipo enorme, de piel oscura, cabellos rizados y fez color carmesí. El primero es francés, el segundo, un negro.

No tienen prisa, van mirando a todos lados. En la esquina cerca del "Nacional" se detienen sin saber evidentemente a dónde dirigirse. A su encuentro sale dando pasitos cortos una dama "de las de antes", con un bolso bordado en azabache negro. A sus labios asoma una gentil sonrisa; los lleva pintados en forma de corazoncito. Se adivina la intención de entablar conversación con ellos.

Me interpongo:

- ¡Camaradas!

Se vuelven jubilosamente hacia mí y exclaman a una voz:

- ¡Oh! ¡Továrish!

Eran un marino y un soldado del crucero francés "Mirabeau", cuya tripulación se había sublevado en el Mar Negro. Por orden del alto mando de los aliados el crucero había sido enviado a Odesa con cargamento de armas y tropas "de color" para el ejército de Denikin. Pero en el puerto de Odesa la tripulación se insurreccionó y enarboló bandera roja, manifestando que no estaba dispuesta a ayudar a la guerra contra sus camaradas rusos. Los oficiales trataron de persuadirles: "Vamos a descargar las armas y a los negros. Los descargamos y nos vamos". Pero la tripulación no se subordinó. Parte de los marineros bajó a tierra y no regresó más al buque. Su ejemplo lo siguieron los negros.

Los oficiales tuvieron que levar anclas y conducir ellos mismos el barco a un puerto francés.

Los camaradas del "Mirabeau" habían llegado a Moscú y deambulaban por sus calles. Todo les causaba admiración y les llenaba de entusiasmo: un cartel que mostraba a Kolchak atravesado por una bayoneta, los tenderetes de madera de Ojotni Riad pintados por los futuristas; y maquetas de hígados y bazos humanos expuestos en los escaparates de una tienda (para demostrar a los ciudadanos que no hay Dios).

El francés exteriorizaba sus sentimientos con gran alborozo repitiendo: "¡Oh, Moscú! ¡Oh, qué magnífica ciudad es Moscú!"

Ambos, el expansivo francés y el negro de hermosa figura y piel bronceada, con las cintas verdes y rojas sujetas al fez, resultaban tan llamativos y pintorescos que no pude contenerme y escribí la primera crónica de mi vida para un periódico. Comenzaba con estas palabras: "Un ardiente sol de julio brillaba sobre Moscú..." Un camarada de la redacción farfulló al leerlo: "La hierba verdea, el solecito brilla". Luego borró lo que había escrito acerca del sol y escribió: "Caía una lluvia fina..." y puso: Compóngase. Al darse cuenta de mi perplejidad me explicó: "Así será mayor el contraste: ¡el negro y la lluvia!" De este modo supe por vez primera lo que era la inventiva literaria.

El francés se sentía responsable de la suerte de su camarada. Constantemente le explicaba y repetía cada palabra de las que decía yo o cualquiera de los acompañantes, que se unieron a nosotros por el camino.

Nos acercamos a la muralla del Kremlin. Junto a las tumbas de los camaradas caídos en los combates de Octubre, se hallaba la tumba reciente de Yákov Mijáilovich Sverdlov.

Murió de un enfriamiento sufrido cuando hablaba a los trabajadores en un mitin en el depósito ferroviario de Oriol. Enfermo ya de la gripe llamada "española", continuó trabajando hasta que le postró la enfermedad. Ardiendo de fiebre, jadeante y sin conocimiento, no cesaba de hablar del Partido.

Fue empeorando. Poco antes de morir, vino a verle Vladímir Ilich. Hacía tiempo que trataba de visitar a Yákov Mijáilovich, pero no le dejaban por temor al contagio. Al saber que Yákov Mijáilovich se estaba muriendo, Vladímir Ilich no hizo caso de nadie y fue a verle. Yákov Mijáilovich se alegró al ver a Vladímir Ilich, trató de hablar de la convocatoria del congreso del Partido, pero no pudo. Lenin le agarró la mano, estrechándola fuertemente. Vladímir Ilich se retiró y, media hora después, Yákov Mijáilovich dejó de existir.

El francés escuchaba con la cabeza descubierta mi relato acerca de las tumbas que había al pie de la muralla del Kremlin. Luego, dirigiéndose al negro le dijo:

- Aquí yacen solamente camaradas. Ni un solo señor...

Luego agregó:

- Son hijos del pueblo que conquistaron con su sangre el socialismo...

Pero él sentía necesidad de decirnos algo a nosotros. Alzó los ojos, vio la roja bandera que ondeaba sobre el palacio del Kremlin, y exclamó con una elocuencia realmente gala:

- Vuestro Kremlin alumbra cual un faro a todo el mundo obrero. Sabemos que todos los pueblos de la tierra recorrerán este camino, de las fosas comunes a la roja bandera fraternal. Camaradas rusos: ¡Luchad con valor! Cuantos marinos y soldados sean traídos a las costas de la Rusia Soviética, enarbolarán la bandera roja y vendrán aquí, a vuestro Moscú. ¡A vuestro magnífico Moscú!

Nuestra "Sverdlovka"

Yo estudiaba entonces en la Universidad comunista Sverdlov, que era llamada simplemente "Sverdlovka".

En ella no había más que un aula común, en la

antigua sala del Círculo del Comercio. La cátedra para el conferenciante la colocaron en el espacio entre dos ventanas, y alrededor pusieron sillas. El conferenciante quedaba de esta manera en el centro de un semicírculo formado por los alumnos.

Los estudios empezaban a las siete de la mañana y terminaban después de la media noche. Primero nos daban las conferencias. Luego seguían las prácticas. A continuación, el estudio individual. Y luego, cantábamos, interveníamos en mítines, reuniones, sábados rojos, charlas y discusiones.

El plan de estudios era de tres meses. Una gran parte de los alumnos eran obreros y campesinos poco instruidos. Pero incluso para los que poseían conocimientos algo más elevados, todo lo que allí se escuchaba era nuevo.

Las conferencias corrían a cargo de los miembros del Partido que conocían mejor cada disciplina. Salvo raras excepciones, no eran hombres de ciencia, y sus amplios y a veces enciclopédicos conocimientos los habían obtenido en las "universidades carcelarias". Todos ellos ejercían importantes cargos del Estado. Para dar las conferencias tenían que sustraer varias horas a su jornada, recargada hasta el máximo.

El acontecimiento más memorable acaecido a lo largo de nuestros estudios fue una entrevista con Lenin, quien nos dio una conferencia acerca del Estado.

Desde hacía mucho tiempo sabíamos que Vladímir Ilich había de darnos una conferencia. Conocíamos incluso, aproximadamente, la fecha de la misma, fijada en el plan de estudios del 9 al 12 de julio. Pero ¿podría venir Vladímir Ilich?

Moscú atravesaba a la sazón días difíciles. Durante mayo y junio, Kolchak había ocupado la provincia de Ufá, de donde debía abastecerse de pan a los obreros de Moscú. Después Denikin nos dejó cortados de las regiones cerealistas de Ucrania, Moscú se quedó sin pan. La situación era grave. Y a pesar de todo, el 11 de julio a la hora señalada, Vladímir Ilich pronunció su conferencia en la "Sverdlovka".

La víspera supimos que vendría. Aunque el cuidado en el vestir y en el aseo exterior estaban entonces mal vistos, todos empezaron a arreglarse: se remendaban los codos rotos, se limpiaban las botas, se cosían los botones y se ponían cuellos blancos.

La sala de conferencias resaltaba por su limpieza; en la cátedra se colocó un ramo de flores; para recibir a Vladímir Ilich hacía guardia a la entrada una delegación especial, que debía pronunciar un discurso solemne.

Pero mientras los delegados miraban emocionados a los lejos, Vladímir Ilich entró por un acceso lateral, se dirigió a la sección de estudios, habló con los trabajadores de la Universidad, preguntó cuál era la composición de los estudiantes, se enteró de cómo estudiaban y de qué les daban de comer, y pasó a la sala.

La conferencia acerca del Estado, que dio aquel día, fue una brillante exposición de la teoría marxista sobre el Estado.

Cuesta trabajo hacerse a la idea que aquella conferencia se daba en tiempos en que -¡cuántas veces había ocurrido ya!- sobre la República de los Soviets se cernía un peligro mortal; cuando en Londres, en una casa de la Downing Street, se amalgamaba un bloque de 14 Estados para emprender una cruzada contra la Rusia Soviética, y cuando los intervencionistas, inclinados sobre el mapa, contaban los días que quedaban para la caída de Moscú. Mientras tanto, Lenin en Moscú, ponía fin a su conferencia con las palabras con que suelen terminar los profesores sus tranquilas conferencias: "Espero que volvamos a referirnos a este asunto en conferencias sucesivas, y en más de una ocasión".

Después de pronunciar la conferencia, Vladímir Ilich pasó a la habitación vecina. Allí le rodearon los alumnos de la Universidad y al instante le asediaron a preguntas sobre la situación en los frentes, la III Internacional, el abastecimiento de Moscú. Preguntábamos a Vladímir Ilich no sólo para saberlo nosotros, sino para transmitir sus palabras a los obreros de Moscú, ante los cuales teníamos que hablar todos nosotros.

Vladímir Ilich respondió atentamente a todas nuestras preguntas, luego dijo:

- Nuestra situación es difícil, archidifícil, y la principal salida, es más, la única que tenemos, es dirigirnos abiertamente a las amplias masas, decirles que estamos cercados por todas partes, que el Ejército Rojo derrama su sangre, que es preciso armarse de paciencia, poner en tensión las fuerzas, dar otro salto más, en medio del hambre y las necesidades, y entonces venceremos. Si ustedes esclarecen al pueblo toda la verdad, si abren ante él el alma del Poder soviético, los obreros rusos hambrientos obrarán maravillas y en la lucha contra los voraces carniceros de todo el mundo, salvarán a la Rusia Soviética. Será un milagro, pero este milagro se realizará...

La muerte de un comunista

Unos días después un grupo de estudiantes de nuestra Universidad -en el que me incluyeron a mí- fue enviado al campo. El motivo era la noticia de la muerte de Nikolái Antónov.

Nikolái Antónovich Antónov, obrero petersburgués de la fábrica Baranovski de laminación de tubos, miembro del Partido desde 1916, había sido uno de los organizadores de la Guardia Roja en la barriada de Víborg, tomó parte en el asalto al Palacio de Invierno. A raíz de la Revolución de Octubre, marchó al Don, a combatir a Krasnov. Resultó herido, marchó al campo, lo eligieron presidente de

un comité de campesinos pobres y luego, presidente del comité ejecutivo de una comarca.

El verano del año 1918 vino a Moscú para ver a Sverdlov. Cautivó a Yákov Mijáilovich por su inteligencia poco común, por su mentalidad obrera, por el exacto conocimiento que tenía de la situación en su comarca.

Hablaba con acertadas imágenes del estado de ánimo y las querencias de las diferentes capas campesinas, del kulak que decía: "Para el campesino pobre mi corazón era de perro, ahora es de lobo". Al referirse a los primeros pasos de los comités de campesinos pobres decía: "No siempre dirigen bien los asuntos nuestros camaradas: sufren tropiezos, se equivocan. El asunto es nuevo para ellos, difícil. Carecen de práctica para dirigir los asuntos estatales y a veces fallan: o bien consideran kulaks a los campesinos medios, o se dejan engañar y pisar el terreno por los kulaks". Pero lo que más le interesaba era la situación general y el trabajo de los campesinos. "Las pequeñas parcelas dispersas aquí y allá han encallecido el cuello al campesino -decía-. Este araña con su arado un campo erosionado, carente de fertilidad, y por su trabajo individual recibe tan sólo una joroba y una cruz de madera por añadidura. Y a pesar de todo esto, se aferra a su pequeña propiedad, y está tan acostumbrado a su arado de madera, a su barreño, que incluso roto lo estima".

La salida para el campesino, según él, era el paso a la gran hacienda socializada. Pero los organismos soviéticos debían actuar en esta cuestión con cuidado. "Que al campesino le quede al principio su propiedad; que continúe echando grano a su granero y sólo labore conjuntamente la tierra. De esta manera irá pasando gradualmente a la economía común".

A petición de Sverdlov, escribí para Lenin la conversación sostenida con Antónov. Y al año de esto, Vladímir Ivánovich Nevski, rector de la Universidad Sverdlov, llamó a un grupo de alumnos y un camarada que acababa de llegar de la provincia de Tver nos contó cómo había perecido Nikolái Antónov.

Hacia el verano de 1919, en la comarca de que era presidente Antónov, al igual que en muchos otros lugares, se organizaron bandas de desertores, que huían del servicio en las filas del Ejército Rojo. Las encabezaban elementos kulaks.

Ocultándose en los bosques, hambrientos, exasperados, los desertores tenían aterrorizada a la población campesina, se llevaban a los caballos, degollaban a las vacas y a las ovejas.

A mediados de junio, a una señal de alguien, todas las bandas de la comarca se reunieron en un bosque, no lejos de la cabeza de distrito. Desde allí le enviaron una carta a Antónov, exigiéndole que abriera el granero y les entregara harina y sal.

"Tú, pirata, venido de Petrogrado -le escribían-, comunista del diablo, vagabundo, estás implantando por todas partes la absurda comuna. ¡A tí, miserable, es al primero que vamos a colgar de un pobo; tus días están contados! O nos entregas lo que pedimos o despídete de los camaradas. ¡Y debes saber que te marcaremos en la espalda la estrella roja, en nombre de la cual realizas tu agitación!"

Antónov se negó a abrir el granero. Entonces, los desertores avanzaron sobre la aldea. Iban tocando el acordeón y cantando coplillas:

No nos cuadran a nosotros
Pantalones de montar,
Y no necesitamos
El servicio militar...

Al llegar al local del Comité Ejecutivo, llamaron a Antónov y exigieron de nuevo que abriera el granero. Antónov dijo que no lo abría, pues no tenía derecho a hacer tal cosa. Entonces los desertores empezaron a disparar, y cuando Antónov cayó herido en la cabeza, irrumpieron en la casa y se liaron a golpes de porra y culatazos con los empleados del Comité Ejecutivo. Algunos recibieron golpes mortales, los restantes quedaron sin conocimiento. Sólo Antónov, aunque le golpearon más que a nadie, quedó con conocimiento.

Cargaron a los vivos y a los muertos en carretas y entre gritos y echando a vuelo las campanas los llevaron al cementerio. Allí los desertores se pusieron a cavar una fosa. También obligaron a cavar a Antónov.

Una vez que la fosa estuvo terminada, arrojaron a ella los cadáveres y a los que quedaban con vida. Ya en la fosa; Antónov se incorporó. Comenzaron a golpearle de nuevo; pero pudo gritar: "No tememos vuestros crímenes. Hemos trabajado con honestidad y espíritu de justicia en bien del pueblo".

Le dieron un golpe en la cara con una pala. Cubierto de sangre cayó sobre sus camaradas. No obstante le quedaron ánimos para sentarse, quitarse las botas y la chaqueta y entregárselas al padre que estaba presente. "Toma, padre, como recuerdo, dijo, y vosotros, asesinos, ¡malditos seáis!" Luego se tumbó boca arriba y dijo que le cubrieran de tierra... Más de una hora se estuvo moviendo la tierra en la tumba y se oyeron sordos gemidos.

Un primer plano

En los primeros días de agosto regresamos del viaje al campo. Las ventanillas del vagón estaban abiertas y el viento irrumpía por ellas. Sobre la ciudad se cernía una cadena de pesados nubarrones. Oscurecía por momentos. Relucieron un instante las doradas cúpulas de las catedrales del Kremlin. Brillaron y se ocultaron, cubiertas por las oscuras nubes.

Nuestra ausencia había durado cerca de tres semanas, mas teníamos la sensación de que había

sido de años enteros. Corriendo por los charcos llegamos rápidamente a nuestra "Sverdlovka". La residencia estaba vacía; la gente se hallaba de prácticas. Corrí a casa a ver a mama y la encontré en la escalera. Iba a toda prisa a alguna parte, me entregó la llave de la casa, me besó sin detenerse, me dijo que mi padre estaba en Moscú y que pedía que fuera a verle.

El Estado Mayor General se había instalado en la antigua Escuela Militar de Alejandro, en la Známenka, la actual calle de Frunze.

Tenía encargado el pase. Subí al segundo piso. Mi padre se encontraba en una gran habitación, ante una mesa repleta de papeles. Detrás de él, en la pared, había un mapa que tenía marcadas con banderitas las líneas del frente.

Mi padre me habló brevemente de su vida. Había sido designado miembro del Consejo Militar Revolucionario de la República y ahora trabajaría en Moscú. Luego se interesó por mi vida. Nuestra conversación era interrumpida frecuentemente por llamadas telefónicas.

Nadie entró en la habitación. Todo el tiempo estuvimos solos. De pronto llamaron a la puerta. A fin de, no estorbar me senté rápidamente en un sillón un tanto apartado. Mi padre dijo: "entre".

En la habitación entró un hombre de unos cincuenta y cinco años. Su porte y la soltura con que movía su pesado corpachón denotaban a un militar profesional. Sus cabellos empezaban a clarear, la espesa barba negra parecía teñida. En su rostro se dibujaba la más bondadosa y acogedora sonrisa.

Nada más verle, aquel hombre se me hizo en extremo antipático. Como no me veía, yo seguí hostilmente cada uno de sus movimientos. Mi padre, por el contrario, le estrechó afablemente la mano, se interesó por su salud, le llamó por su nombre y patronímico Serguéi Alexéevich. Luego le tendió la pitillera y le ofreció un cigarrillo.

La conversación giró en torno al traslado de unidades militares. Serguéi Alexéevich proponía retirar de un frente considerables contingentes militares y trasladarlos a otro. Mi padre daba su conformidad, asentía; su rostro adquiría entonces una expresión un tanto estúpida. Escuchó a su interlocutor hasta el fin; le pidió que repitiera otra vez su propuesta y abrió el cajón de la mesa para sacar una hoja de papel.

Mi padre inclinó la cabeza y con la mano rebuscó algo en el cajón. Serguéi Alexéevich le miró, creyendo que nadie le observaba en aquel momento. ¡Qué mirada la suya! ¡Cuánto odio había en ella!

Esto duró posiblemente un segundo, y desapareció apenas mi padre alzó la cabeza.

- Le escucho- dijo mi padre.

Serguéi Alexéevich repitió sus propuestas. Se despidió marcialmente y fue hacia la puerta. Se volvió otra vez, sonriente, ceremonioso. Vio la amable sonrisa, un tanto bobalicona, de mi padre.

¡Pero cómo cambió mi padre apenas aquél se retiró! ¡Qué dura y sombría fue la mirada con que acompañó a su visitante!

- ¿Quién es? -pregunté sin poder contenerme.

¿Ese? -Mi padre hablaba como si volviera en sí, después de una profunda meditación-. Es Kuznetsov, el jefe de la Sección de Operaciones del Estado Mayor del Ejército Rojo Obrero y Campesino.

Su tono me pareció algo extraño, pero guardé silencio.

Hizo una pausa. Luego habló por teléfono; pidió que le pusieran con el despacho de Lenin. Le dijo que necesitaba hablar con él.

- ¿Ahora? -volvió a preguntar-. Bien, Vladímir Ilich. ¿Mi hija? La tengo aquí, a mi lado. La llevaré conmigo, la llevaré...

Aquello fue todo. Dos miradas, como vistas en un primer plano. Lo que se ocultaba detrás de ellas lo referiré más adelante.

Una noche en el Kremlin

Llegamos al Kremlin a las 9 y pico de la noche. Vladímir Ilich y Nadiezhda Konstantínovna estaban en casa. Su indumentaria era casera: él llevaba una vieja chaqueta de alpaca y ella, un vestido de percal con lunares.

La conversación de mi padre con Vladímir Ilich era rigurosamente secreta y pasaron a otra habitación. Nadiezhda Konstantínovna y yo quedamos en la cocina. Mientras remendaba una prenda, me habló de su vida durante el tiempo que no nos habíamos visto.

Luego, Vladímir Ilich y papá volvieron. "Caramba!" -dijo Vladímir Ilich ya en la puerta, volviéndose hacia mi padre, al tiempo que sacudía la cabeza como si quisiera ahuyentar alguna idea.

No se sentó inmediatamente a la mesa y se paseó por la cocina; luego, con un movimiento rápido volvió la silla, se sentó en ella a horcajadas, puso las manos en el respaldo y empezó a hacer preguntas a mi padre sobre asuntos militares.

La conversación transcurría a ritmo rápido. Vladímir Ilich hacía preguntas lacónicas: ¿Quién? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Cuánto? Al oír las respuestas, se enfadaba a menudo y profería expresiones como éstas: "badulaque", "papanatas", "desmanotado".

Primero hablaron de la situación en el Frente Sur, que inspiraba seria inquietud a ambos. Luego, de los nuevos jefes militares y generales que se habían formado en el transcurso de la guerra civil: Bliújer, Azin, Cheveriov, Budionny.

A Vladímir Ilich le interesó vivamente el talento y la improvisación creadora que ponían de manifiesto aquellos jefes en su arte militar.

Mi padre le refirió con entusiasmo que Budionny, cuya caballería acaba de formarse, conducía sus regimientos por las estepas. Cómo daba rodeos y más

rodeos y mantenía a sus caballos comidos y bebidos, mientras el enemigo que le perseguía estaba hambriento y sin agua. Cómo efectuaba los desplazamientos de noche con la fresca, y obligaba al enemigo a avanzar de día, asándose bajo los rayos de un sol implacable.

Mi padre habló mucho a Vladímir Ilich de Alexandr Mijáilovich Cheveriov, muerto prematuramente, a quien conocía de cerca.

Obrero del ramo de la madera, miembro del Partido desde 1908, Cheveriov, durante nuestras duras derrotas en el Frente Oriental en 1918, supo abrirse paso con su destacamento desdé Ufá a través del dispositivo enemigo y unirse a nuestras tropas.

Un rasgo notable de Cheveriov consistía en que, en la pequeña experiencia del mando de un destacamento de dos mil hombres, percibió con su intuición proletaria cuál era el talón de Aquiles de los métodos guerrilleros y comprendía que sin poseer conocimientos no se podía mandar. En más de una ocasión se dirigió al Estado Mayor del Segundo Ejército y habló con los miembros del Consejo Militar revolucionario.

- El mal principal -decía- consiste en que no sabemos mandar. Ordenamos atacar el flanco y no sabemos asestar golpes sobre el flanco. ¡Si estudiáramos un poco, terminaríamos pronto con toda esa canalla! ¡Estudiar, estudiar es lo que nos hace falta!

Escuchaba atentamente cada indicación y en los próximos combates demostraba que era un aventajado alumno. El regimiento de Cheveriov resultó ser el mejor de los que atacaban Izhevsk. Finalizada la operación de Izhevsk-Vótkinsk, consiguió que le enviaron a la Academia del Estado Mayor, pero antes de los dos meses huyó de la enseñanza escolástica carente de vida que reinaba allí.

- Comienzan el estudio de la artillería por las catapultas persa y griega -se quejaba a Gúsev-. ¿Para qué diablos me hacen falta esas catapultas, si la guerra civil se atiza más y más de día en día? ¡Que el diablo les lleve a ellos y a sus catapultas!

Luego, la conversación giró en torno a las nuevas formas de lucha, surgidas gracias a las peculiaridades del nuevo soldado revolucionario y del nuevo comandante, en un ejército nuevo, que sostenía la guerra civil.

¡Había de qué hablar! El pueblo creaba su ejército y ponía en esta obra todo su precioso talento. Había inventado la famosa "Tachanka", carro ligero armado de una ametralladora. Cuando faltaban trenes blindados debidamente pertrechados, montaba en plataformas de mercancías cañones y ametralladoras, sustituía el blindaje por sacos de arena y, dando a estos convoyes los rimbombantes nombres de "Léninets", "Relámpago", "Luchador" "Muerte a los blancos", los convertía en trenes blindados aptos para id combate,

Mi padre relataba a Vladímir Ilich cómo durante la ofensiva sobre Ufá nuestras unidades salieron a la orilla del río Bélaia. No se disponía de medios técnicos de ningún género para efectuar el paso. Hubo que atravesar el río en barcas y la caballería cruzó el río a nado. El ritmo de la operación disminuía considerablemente. Entonces se presentó al mando un soldado rojo, dijo que era carpintero y que se comprometía a hacer una pasarela con toneles vacíos y tablas, casi sin clavos. A pesar de la rápida corriente y del fuego del enemigo, se hizo la pasarela y las unidades y convoyes que quedaban fueron trasladados a la orilla opuesta.

Así, conversando, se pasó la tarde. Era hora de marchar. Pero en aquel momento, Vladímir Ilich, mirando con malicia a Nadiezhda Konstantínovna ("¿Lo permitiría o no?") dijo:

- ¿Y qué le parece, Serguéi Ivánovich, si aprovechando que está usted aquí y ya no va a trabajar, llamamos a Krásikov y hacemos un poco de música?

Nadiezhda Konstantínovna dio su asentimiento. Llamaron por teléfono a Krásikov, uno de los activos integrantes del grupo de bolcheviques de Ginebra en la época del II Congreso del Partido. Vivía en el Kremlin y, a los cinco minutos, se presentó con su violín.

Con su llegada todo cambió. Entró entonando una cancioncilla francesa. Mi padre le acompañó. Vladímir Ilich y Nadiezhda Konstantínovna cruzaron sus miradas y se echaron a reír. Por lo visto, aquella canción les traía a la memoria algo divertido.

Nadiezhda Konstantínovna propuso que pasáramos a su habitación. Vladímir Ilich se sentó en el diván y ella lo hizo a su lado.

Krásikov levantó el arco y miró interrogativamente a mi padre. Este movió afirmativamente la cabeza, y Krásikov abordó la obertura de la ópera *Payasos*.

Vladímir Ilich permanecía sentado, la cabeza echada hacia atrás y se tapaba los ojos con la mano izquierda. Se veía que estaba entregado en cuerpo y alma a lo que escuchaba. El violín no podía, naturalmente, transmitir la gama de sonidos de la orquesta. Pero Krásikov tocaba bastante bien. Y lo principal era que sentían todos tal ansia de oír música que aquello constituía para ellos un placer.

Cuando Krásikov llegó al momento en que se descorre el telón y aparece en escena un cantante que interpreta el "Prólogo", se oyó la voz de mi padre.

Había oído hablar en más de una ocasión de su voz a mama y a los camaradas de mi padre; que Fígner le había propuesto entrar de solista en el Teatro Mariinski; que el ruidoso canto de papá

durante el II Congreso del Partido fue la causa de que hubiera que trasladar las sesiones de Bruselas a Londres. Contaban que cuando mi padre estaba exilado en Beriózovo, su voz se escuchaba en la orilla opuesta del Obi.

Aquella noche, en casa de Vladímir Ilich, cantó bajito, a un cuarto de su voz. Vladímir Ilich tenía agarradas las manos, inclinándose ligeramente adelante. A través de la ventana abierta se contemplaba el cielo nocturno cuajado de estrellas. La voz de mi padre ora se hacía sonora, ora sorda.

De esta manera cantó todo el "Prólogo". Quedaba solamente una frase, la última. Entonces mi padre no pudo contenerse. Se levantó, dio un paso adelante, tendió hacia Vladímir Ilich ambas manos y emocionado cantó con toda fuerza:

- ¡Comenzamos, pues!

Había en ello tal impulso, tal profundidad de sentimientos e ideas, que para los oyentes y el cantante, aquello no sonaba a "Prólogo" del relato del trágico destino de una familia de payasos, sino al prólogo de los acontecimientos -completamente distintos- que vivía entonces la gran Revolución rusa.

Anécdota acerca de la casa de los sindicatos

Aprovechando que uno de los sectores de nuestro Frente Sur, en la dirección de Novojopiorsk, había quedado descubierto, Denikin lanzó el 10 de agosto el cuerpo de cosacos del general Mámontov, con un total de unos diez mil sables. Los de Mámontov irrumpieron en Tambov, a toque de campanas destruyeron el monumento a Carlos Marx, organizaron una matanza de hebreos asesinando y ahorcando a obreros y comunistas.

Unidades de soldados rojos, enviadas con toda urgencia, asestaron un golpe contundente a los de Mámontov y los arrojaron de la ciudad. Ya a los primeros choques se vio que los de Márnontov eludían el combate, se adentraban en la retaguardia soviética, por el camino fusilaban a mansalva a obreros, campesinos pobres, familias de comunistas y de soldados rojos; violaban a las mujeres, saqueaban a la población, se llevaban el ganado y los caballos, volaban los puentes, cortaban los cables, incendiaban y destrozaban locomotoras y vagones,

Con las acciones de Mámontov, Denikin pensaba sembrar el pánico en nuestra retaguardia y contaba con que esta fuerza contrarrevolucionaria organizada agruparía a desertores, kulaks y elementos inconscientes del campo y prendería el incendio de la guerra campesina contra los bolcheviques.

Pero no logró ni lo uno ni lo otro.

El Frente Sur, roto momentáneamente por la caballería de Mámontov, le abrió paso, pero, a continuación, se unió de nuevo y prosiguió las operaciones. De las comarcas donde estuvo Mámóntov llegaban noticias de que el campesinado no solamente no apoyaba a los blancos, sino que empezaba a alzarse por su cuenta a la lucha contra ellos, formando destacamentos armados de fusiles, mosquetes, horcas y hachas.

Pero, aunque Denikin no consiguió lo que se proponía, el golpe fue duro, muy duro. Las hordas de guardias blancos recorrían enfurecidas los bosques y campos de Tambov, Penza, Riazán, Tula y Vorónezh, asaltando aldeas y ciudades, saqueando, incendiando y destrozándolo todo. El transporte de trigo a Moscú y a los centros proletarios de nuevo disminuyó considerablemente. A medida que se aproximaban los blancos, la contrarrevolución interior levantaba la cabeza.

Por aquellos días, Piotr Lázarevich Vóikov, del Comité del Partido de nuestro distrito, (futuro embajador soviético en Polonia, muerto a manos del enemigo) y yo, después de un día entero de agitado ir y venir, en el intervalo entre dos sesiones, entramos en el "Café de los poetas" en la calle Tverskáia, donde a precio exorbitante se podía comprar un panecillo y beber un brebaje color café con sacarina.

A la misma mesa que nosotros se sentó un tipo, burgués a todas luces. Su lustroso rostro afeitado denotaba que había comido bien y se le veía con ganas de charlar para facilitar la digestión.

El mismo entabló conversación con Vóikov. Mi memoria no hubiera podido reconstruir aquella conversación a no ser por que Vóikov dejó testimonio escrito de la misma.

- Toda práctica tiene su filosofía -dijo el burgués estirando las piernas y acomodándose lo mejor que pudo-. Vea, por ejemplo, mi especialidad...

Sacó del bolsillo un puro y se puso a fumarlo con deleite. -Yo, puede decirse, que no siembro ni siego, pero meto grano en el granero... Comprar y vender no es lo mismo que redactar una resolución o un decreto cualquiera. Para comprar y vender hay que tener inspiración como para escribir versos. No se trata de cálculo: cuánto ganar y a cuánto vender. Lo importante es la inspiración... Claro que hay compras y compras. Por ejemplo. Ayer compré varios cajones de tabacos, a mil rublos la decena. ¿Qué fue: inspiración o cálculo? Claro que fue cálculo. Pues ya sabía que mañana me los comprarán a mil doscientos rublos.

Dio una chupada a su tabaco de cien rublos y, soltando una bocanada de humo azul, contempló soñadoramente, con aire de experto vividor, cómo se iba esfumando.

- Tomemos otro ejemplo -prosiguió-. Hace tres semanas, compré por dos millones cien mil rublos la Casa de los Sindicatos de Moscú. ¡A eso lo llamo inspiración!

Vóikov se quedó lo que se dice estupefacto.

- ¿Usted ha comprado la Casa de los Sindicatos? -preguntó sin disimular su extrañeza.

Su interlocutor se sonrió.

-¿Le asombra eso? Sí, la he comprado.

Vóikov y yo no dábamos crédito a lo que oían nuestros oídos.

-¿Habla usted de la Casa de los Sindicatos que se encuentra en Ojotni Riad?

- De ella precisamente. La he comprado y, a mi juicio, por una bagatela.

- Perdone, -dijo Vóikow-. ¿Cómo la ha adquirido usted?

El burgués se sonrió con burlona condescendencia.

- Usted, querido mío, no está al corriente de los negocios -dijo-. ¿Acaso no conoce usted que en Moscú se puede comprar una casa lo mismo que en los viejos tiempos? No crea usted que bromeó: en los últimos meses, todo lo que consigo ganar lo invierto casi exclusivamente en inmuebles. Ya tengo ocho casas en Moscú y dos en Petrogrado.

- Pero, ¿a quién entrega usted el dinero? -preguntó Vóikov.

- ¡Oh! No al Soviet de Moscú -respondió-. Lo entrego a los dueños legítimos, o sea, a los que poseen acta notarial de compra de estas casas. Los precios de las fincas aumentan ahora de día en día, a una rapidez verdaderamente fabulosa.

- ¿Pero con qué cuenta usted? -preguntó Vóikov.

- ¿Con qué cree usted? -dijo el burgués, respondiendo a una pregunta con otra.

Tverskaia, núm. 38

Una noche nos llamaron al Comité de distrito del Partido. Todos los miembros del Partido de los distritos Gorodskói y Krasnoprésnenski habían sido movilizados para efectuar una gran redada en los barrios centrales de Moscú. Patrullas reforzadas recorrían las calles. En las puertas de las casas había centinelas. En domicilios, buhardillas y sótanos se efectuaban registros.

Antes de poner manos a la obra se reunió a los que iban a participar en la batida en el patio de una casa del bulevar Rozhdéstvenski, donde se encontraba el Comité de distrito del Partido y el estado mayor del destacamento de misiones especiales. Martín Yánovich Lacis, de la Cheka, arengó a los presentes.

Dijo que en los últimos tiempos se habían dado muchos casos de traición, de espionaje y de gente que se había pasado al enemigo. Tras de todo esto se adivinaba un vasto complot contrarrevolucionario.

Los recientes hechos de deslealtad y traición en Krásnaya Gorka y en el sector de Carelia del Frente Norte; el complot en Petrogrado, de cuyo descubrimiento se había informado en los periódicos, eran eslabones de una misma cadena.

Mientras una localidad se hallaba lejos de la línea de fuego, los confabulados se ocultaban todavía como las chinches en una rendija. Pero bastaba con que el frente se aproximase, para que aparecieran los guardias blancos locales bien armados y nos disparasen por la espalda desde puertas y ventanas, provocaran sediciones contrarrevolucionarias y asesinasen a los nuestros.

Por ello, ahora que Denikin trataba de abrirse paso a Moscú y el cuerpo de cosacos de Mámontov campaba por nuestra retaguardia, debíamos tomar medidas de precaución, como la vasta redada que se efectuaba aquella noche. Cada casa, cada patio, cada buhardilla y sótano debían ser registrados. Habíamos de tener la seguridad de que en la capital no había depósitos secretos de armas ni de sustancias explosivas; de que los cachorros de los guardias blancos no estaban agazapados en apartados rincones, dispuestos a actuar a una señal; de que en algún patio no funcionaba alguna tipografía secreta que imprimiera octavillas contrarrevolucionarias, de que en los garajes no había automóviles al servicio de los sediciosos.

Al grupo del que yo formaba parte se le encargó una de las casas peores de Moscú: la de la calle Tverskáia Nº 38.

Esta casa sigue en pie, sólo que su número es más bajo, después de demoler las casas pequeñas en la parte inferior de la calle, habiéndose transformado la estrecha Tverskáia en la anchurosa calle de Gorki, El aspecto exterior de la casa no ha cambiado mucho. Claro que se ha revocado la fachada y en los escaparates de las tiendas, en lugar de los carteles que decían "¡No somos señores!" "¡No somos esclavos"! y las maquetas de propaganda antirreligiosa, ahora relumbran los objetos de una joyería y artículos sintéticos. Sí, la casa es la misma. Pero no es fácil hacerse una idea de cómo era en el año 1919, con sus escaleras sucias, sus oscuros pasajes, patios malolientes, callejones sin salida, sótanos, y, sobre todo, con sus apartamentos llenos de desertores, oficiales contrarrevolucionarios, especuladores de divisas, atracadores, cocainómanos y demás heces de la delincuencia incrustados en la charca de los pequeños burgueses y de los ex hombres.

Para facilitar la redada, la casa fue dividida en sectores: la escalera, los apartamentos que daban a la misma, el sótano y la buhardilla. Comenzamos por la buhardilla y el sótano. En éste no encontramos nada. En la buhardilla hallamos dos sables del modelo de la gendarmería, de los que entonces llamaban "arenques", un bote de hojalata con cartuchos de fusil, el cañón de una ametralladora "Lewis", varios pares de galones de capitán de estado mayor, dos revólveres de oficial. Todo estaba cuidadosamente escondido bajo la techumbre de la buhardilla.

Luego pasamos a los pisos. A la sazón no existían timbres eléctricos. Llamábamos tirando de un mango de madera unido a una campanilla que había detrás de la puerta. Sonaba la campanilla; pasado algún

tiempo se oían unos pasos y preguntaban: "¿Quién es?" Sólo después de insistir mucho, se entreabría la puerta, primero con la cadena echada. Ante nosotros aparecían figuras extravagantes: damas con capotas, rizos sujetos con papillotes que sobresalían por debajo de las cofias de noche, pálidos y temblorosos señores con batines y gorros de estar en casa, solteronas que lloraban dando gritos histéricos; jóvenes que nos echaban miradas altivas y saturadas de odio.

Casi siempre, quienes nos abrían la puerta comenzaban a decirnos ya en el umbral que no pertenecían a partido alguno: "sin partido, apoyamos al Poder soviético", "sin partido y sin trabajo", "revolucionario del año 1905, sin partido", "intelectual, sin partido", "víctima del régimen zarista, sin partido". Estos "sin partido" disponían invariablemente de abundantes productos: saquitos de harina que olía a heces de ratón, bolsitas, atadillos, botes de hojalata llenos de vituallas medio podridas. Estos "sin partido", como si se hubieran puesto de acuerdo, ocultaban, el oro, las divisas extranjeras y las joyas en medias y calcetines sucios sin lavar; los documentos y condecoraciones zaristas en saquitos con grano; los revólveres, bombas y armas blancas bajo el entarimado; a los desertores y a los señores cuyo continente de oficiales se olía a la legua, los escondían en los armarios de cocina y en las habitaciones de la servidumbre.

Ya cerca del amanecer llamamos a una puerta del cuarto piso. Se oyeron fuertes pisadas. La puerta se abrió de repente. Apareció un muchacho moreno, con camiseta a rayas. Puso mala cara y, frunciendo el ceño, nos miró de soslayo: "¿Qué queréis?"

Y entonces, por desgracia, apareció el camarada Jachin. El hermoso camarada Jachin, el blondo camarada Jachin, el elocuente camarada Jachin, el elocuentísimo camarada Jachin.

Al camarada Jachin lo conocía de Petrogrado, ¿Y quién no le conocía? Estaba en todas partes; sin falta, donde más se le viera, en primer plano. Pero ocurría una cosa extraña: cuando aparecía en alguna nueva organización, primero le elegían presidente, luego quedaba solamente como miembro del comité y en la siguiente votación ya no resultaba elegido.

Luego, ya en Moscú, encontré en más de una ocasión al camarada Jachin, que emergía sin que se supiera de dónde, siempre en algún nuevo papel. Aquel día, lo había encontrado en el estado mayor del destacamento de misiones especiales, bien ceñido el correaje nuevo, mandando y disponiendo alguna cosa. Ahora aparecía inesperadamente ante nosotros y, con ínfulas de mando, manifestaba que aquel piso, a cuyo registro debíamos proceder, corría de su cuenta.

Entró en él con dos testigos y nosotros llamamos en el piso de al lado. Nadie respondía. Volvimos a llamar una y otra vez. Continuaba un silencio sepulcral. Rompimos la puerta. Nadie habitaba aquel apartamento, pero había montones de ropa de toda clase, sacos de harina y cajones de botes de conservas. Estaba claro que aquello era una guarida de ladrones o el depósito de una banda de especuladores, o lo más posible de alguna organización contrarrevolucionaria.

Los hombres comenzaron a golpear las paredes y a comprobar los suelos; yo no tenía nada que hacer y salí al descansillo. Sentía mareos a Causa de todo lo que había visto. Abrí el ventanillo de la escalera y miré con tristeza el cielo grisáceo que anunciaba el próximo amanecer.

En aquel momento escuché la voz del camarada Jachin.

- Precisamente así planteo la cuestión -gritaba-. Precisamente la erupción en oleadas de metáforas en forma de avalancha...

El camarada Jachin apareció en el descansillo. Con él iba un hombre que llevaba una estrella de soldado rojo en el gorro. Tenía las facciones finas, era guapo y sus ojos tenían la mirada fría.

- Al verme, el camarada Jachin dio muestras de gran júbilo.

- Imagínate -gritó-. El camarada y yo, cada uno por nuestro lado, hemos llegado a ideas coincidentes por completo en cuanto a la misión de la poesía en la época actual. La poesía debe ser volcánica, al mismo tiempo debe resonar en ella un tema ascendente y precisamente en vuelo volcánico...

Sin cesar su peroración, el camarada Jachin comenzó a bajar la escalera. El hombre con la gorra de soldado rojo le seguía; llevaba bajo el sobaco un envoltorio de papel de periódico, atado con un cordel.

¡Ah! ¡Camarada Jachin! ¡Camarada Jachin! ¡De haber sido aunque sólo fuera un poco más inteligente, qué tremenda desgracia quizás se hubiera podido evitar!

En las primeras horas de la mañana, llegamos al estado mayor del destacamento de misiones especiales. En el patio habían colocado mesas, a cada una de las cuales estaba sentado un miembro de! estado mayor con un ayudante que se hacía cargo de los arrestados y de los objetos recogidos durante la batida.

Lo principal en aquella noche fue el descubrimiento de una imprenta clandestina de los S.R. en el local de una "Unión Cooperativa". En la tipografía había cuatro máquinas de imprimir. Allí estaban preparadas las pruebas del número ordinario de un periódico clandestino antisoviético bajo el inocente título de *La voz del soldado rojo enfermo* y varias decenas de miles de octavillas contrarrevolucionarias.

Las octavillas empaquetadas fueron colocadas en el patio. A su lado se habían volcado en un montón

tiras de papel en las que en gruesas letras se leía: "¡Abajo los comunistas!"

La explosión

Durante el mes de septiembre, la situación en el Sur devino más amenazadora. La contraofensiva del Ejército Rojo, emprendida a mediados de agosto, terminó en un fracaso. El enemigo continuaba manteniendo en sus manos la iniciativa de las acciones militares. Había concentrado en la región de Bélgorod el grueso de sus fuerzas y trataba de llegar a Moscú. Cada día se conocían noticias de las nuevas derrotas de nuestros ejércitos y de los nuevos éxitos de las tropas de Denikin,

Alrededor de los tableros en que se colgaban los partes de guerra de ROST se agrupaba constantemente el gentío. En una ocasión, al pasar por delante de uno de ellos, en la plaza Strastnáia, vi a unas cuantas jetas sonrientes. Un sujeto había extendido los cinco dedos de la mano, los iba doblando uno a uno y decía:

- Pongamos una semana hasta Kursk... Otra semanita hasta Oriol... Contemos todavía unos cinco días hasta Tula... Y desde allí, a la semana se plantan en Belokámennaia.

- ¡Hablas del fruto y no has visto todavía la flor! -soltó una voz de mal talante entre la muchedumbre.

- ¿No es, eso la flor? -dijo haciendo una mueca e indicando al parte con el dedo-. ¡Y vaya flor, querido!

Hay que decir que no sólo este sujeto razonaba así, Según informaba la prensa sueca, "el Ministro de la Guerra inglés, Churchill, ha informado en el último congreso del Partido Conservador del golpe mortal preparado por la Entente contra la revolución rusa. Una vez concentrados los pertrechos militares de todo género a lo largo de las fronteras de la Rusia Soviética, los ejércitos de catorce Estados comenzarán la ofensiva contra Moscú. Esta ofensiva deberá empezar a últimos de agosto o a comienzos de septiembre... Según cálculos de Churchill, Petrogrado debe caer en septiembre y Moscú, para navidad. Más adelante, hasta que se dé fin a la pacificación del país, gobernará Rusia una comisión mixta en forma de dictadura militar... "

¡Pero aquello no era todo!

El 23 de septiembre, los periódicos de Moscú publicaron en gruesos caracteres:

OBREROS:

¡LOS BANDOLEROS COSACOS Y LAS MANADAS DE LOBOS DE DENIKIN HACEN DESESPERADOS ESFUERZOS PARA LLEGAR A NUESTROS CENTROS!

¡LOS CONJURADOS Y LOS ESPÍAS EN LA RETAGUARDIA LES TIENDEN SUS MANOS SANGRIENTAS Y LEVANTAN EL HACHA SOBRE LA CABEZA DE LOS OBREROS HAMBRIENTOS!

¡EN GUARDIA, PROLETARIOS!

¡ANIQUILAREMOS A LOS ESPÍAS Y GUARDIAS BLANCOS EN MOSCÚ!

¡LOS DERROTAREMOS EN EL FRENTE!

Seguidamente, se publicaba un comunicado de la Cheka que daba cuenta de haberse descubierto el complot del "Centro Nacional". En él se explicaba detalladamente la actividad de esta organización contrarrevolucionaria, la mayoría de cuyos componentes fue sorprendida con las manos en la masa, con órdenes e instrucciones de Denikin, escritos cifrados, direcciones de participantes y armas.

La lista de miembros del "Centro Nacional" ponía al desnudo la verdadera faz de la contrarrevolución rusa. En ella figuraban dueños de casas y fabricantes, terratenientes y barones, constitucionales, mencheviques y monárquicos.

En tal compañía resultó estar Serguéi Alexéevich Kuznetsov, el jefe de la Sección de operaciones del Estado Mayor Central del Ejército Rojo Obrero y Campesino, al que hacía poco tiempo había visto yo en el despacho de mi padre, en el Consejo Militar Revolucionario de la República. Puede juzgarse de la índole de este sujeto siquiera sea por el hecho de que después de su detención, Denikin presentó por radio un ultimátum, exigiendo que se le pusiera inmediatamente en libertad. ¡Había que ser tan bruto como Antón Ivánovich Denikin para presentar un ultimátum semejante!

- ¿Y tú sabías ya entonces que Kuznetsov era un espía? -pregunté a mi padre.

-.No. Pero presentía algo malo -respondió.

- ¿Y por qué no le arrestaste?

- Procedí con más astucia. Me hice el tonto.

Los conjurados decidieron actuar a fines de septiembre. Su objetivo era apoderarse de Moscú, ocupar la estación de Radio y Telégrafos, informar a los frentes de la caída del Poder soviético, provocar el pánico y la descomposición en las filas del Ejército Rojo y abrir a Denikin el camino a Moscú.

Ya estaban preparados los depósitos de armas. Se había concentrado en Moscú a oficiales fieles a los sediciosos. Ya se habían impreso, en imprentas clandestinas, las órdenes que tenía que publicar el Ejército Voluntario, tan pronto como entrara en Moscú: "¡A la menor resistencia, fusilamiento inmediato!" Ya se habían trazado minuciosamente en el plano de Moscú las acciones militares de los sublevados.

En una carta a Denikin, el constitucional N. Schepkin, que encabezaba el complot, daba directrices políticas, aconsejando a los blancos las consignas que debían presentar al entrar en la capital.

"Los Soviets se derrumbarán por ellos mismos -

escribía-, si nosotros realizamos lo principal: *¡exterminar a los comunistas, sin dejar uno!*"

¡Exterminar a los comunistas! ¡A los dos días de haberse descubierto el complot del "Centro Nacional" pudimos ver cómo pensaban realizarlo!

Todos los miembros del Partido fueron movilizados. Unos quedaron acuartelados; a otros los enviaron a las fábricas, talleres y cuarteles de soldados rojos para explicar la situación con motivo de haber sido descubierto el complot de los guardias blancos. Todo estaba supeditado al objetivo, formulado por Lenin en la carta del Comité Central del Partido Comunista: "La República Soviética está sitiada por el enemigo y debe convertirse en un sólo campamento militar no de palabra, sino de hecho".

Y, no obstante, cuando todavía no se tienen dieciocho años, de pronto te das cuenta de que, por mucho que te inquieten las cuestiones de la lucha contra Denikin, la discusión de las mismas con algún camarada tiene para ti un interés particular; de que después de un día de ajetreo, de hablar en distintos sitios y de hacer instrucción militar, aún quedan ganas de permanecer hasta la mañana en un banco del bulevar Tverskói, hablando durante toda la noche con el mismo camarada. Pero sólo, claro está, de la lucha contra Denikin y no de ninguna otra cosa ¡por Dios!

La noche del 25 de septiembre yo debía asistir a una reunión de propagandistas y representantes de los comités distritales, convocada por el Comité de Moscú del Partido. En ella había de redactarse el plan de labor de las escuelas distritales del Partido y cambiar impresiones sobre la forma de realizar la agitación.

El camarada de que he hablado anteriormente no podía ir a esta reunión, ya que tenía que hablar en una empresa. Pero convinimos en entrevistarnos a las 9 de la noche, al pie del monumento a Pushkin.

La reunión fijada para las seis de la tarde, comenzó con algún retraso. A ella asistió mucha gente de gran talento e ingenio y, como todas las reuniones de este género, transcurrió alegremente, entre bromas y risas. En una pequeña sala se congregaron unas doscientas personas. Hacía calor. Las ventanas que daban al jardín estaban abiertas.

Yo escuchaba y miraba al reloj. La manecilla de las horas pasaba ya de las ocho y la reunión no terminaba. Decidí acercarme a la puerta de entrada y me situé entre los fumadores, que escuchaban al orador llenando de humo con sus cigarrillos la habitación contigua.

En aquel momento, Mijail Nikoláevich Pokrovski dijo algo muy gracioso y toda la sala rompió a reír ruidosamente. Sentí que alguien me empujaba ligeramente. Era Vladímir Mijáilovich Zagorski. Se había retrasado. Al parecer subió la escalera de prisa y respiraba con dificultad; gruesas gotas de sudor se deslizaban por su frente. Pisando con cuidado entró en la sala para llegar a la presidencia.

Pokrovski terminó de hablar. Alexandr Fiódorovich Miasnikov, que presidía la reunión, hizo sonar la campanilla y dijo:

- Camaradas: someto a votación el plan de labor de las escuelas del Partido, teniendo en cuenta las modificaciones introducidas. ¿Quién...

"Me da tiempo" -pensé con alegría- y levanté la mano en pro, antes de que Miasnikov procediera a la votación.

En aquel momento en la última ventana del lado de la presidencia, se oyó un ruido extraño; en el centro de la sala cayó un objeto pesado, se oyó una pequeña explosión; luego, el objeto empezó a dar vueltas por el suelo, silbando con fuerza.

Todos se levantaron. Los que estaban sentados en el centro de la sala se apartaron bruscamente a los lados; alguien lanzó un grito. Pero la voz de Zagorski se impuso dominando la confusión.

- ¡Calma, camaradas! -gritó-. ¡No tengáis miedo ni os dejéis ganar por el pánico!

Lo último que vi y escuché fue esta voz y la figura de Zagorski en el momento en que se adelantó hacia la bomba y la agarró para lanzarla a la ventana. En aquel instante se oyó una explosión que me derribó. Durante algún tiempo perdí el conocimiento o al menos la facultad de comprender lo que ocurría. Cuando lo recobré había desaparecido la pared que daba al jardín; en la gran brecha se veía la techumbre pendiendo de lo alto. Todos los cristales habían quedado rotos, parte de los marcos de las ventanas arrancados, los muebles hechos astillas; el suelo y las paredes estaban salpicados de sangre.

Recuerdo tan sólo confusamente lo que sucedió después: los gemidos de los heridos, los cadáveres, los rostros desesperados de los camaradas que se inclinaban sobre los restos de Vladímir Mijáilovich Zagorski.

A los tres días, el proletariado de Moscú daba sepultura a las víctimas. En la Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos se colocaron diez sarcófagos, guarnecidos de tela roja y negra. Se oyeron los acordes de una marcha fúnebre. En las cintas de las coronas figuraba la inscripción: "El asesinato de los jefes del proletariado no detendrá la lucha revolucionaria. ¡Habéis sido asesinados, pero continuáis viviendo para nosotros!"

¿Quiénes eran los asesinos?

La explosión en la travesía de Leóntiev se produjo a los dos días de haberse publicado el comunicado de la Cheka sobre el descubrimiento del complot del "Centro Nacional". Lo primero que vino a las mentes fue que la explosión era obra de guardias blancos no capturados todavía.

Incluso cuando apareció la "Información del

Comité insurreccional de guerrilleros revolucionarios de toda Rusia", imprimida ilegalmente, donde se decía que la bomba de la travesía de Leóntiev había sido arrojada por "elementos clandestinos anarquistas", se consideró que era una provocación de los guardias blancos.

Pero transcurrieron unos cuantos días y llegó a manos de la Cheka la carta de un anarquista, que atestiguaba irrefutablemente que la explosión había sido realizada precisamente por los anarquistas, con participación de los socialrevolucionarios de izquierda.

Todo el mes de octubre estuvo saturado de episodios dramáticos de la lucha de los organismos de la Cheka contra la organización clandestina anarquista. Al principio, se localizó un apartamento conspirativo de los anarquistas en Moscú. Se practicó en él un registro por sorpresa y se encontraron armas, listas de miembros de la organización, palancas para violar cajas fuertes, grandes sumas de dinero.

A base de estos datos, se efectuaron arrestos de elementos, ninguno de los cuales se entregó sin ofrecer resistencia armada. En una de las acciones resultó muerto Sóbolev, destacado organizador clandestino anarquista; fue él quien, subiéndose a un balcón, había arrojado la bomba en la travesía de Leóntiev.

Se publicó una fotografía de Sóbolev. Apenas le vi reconocí al "volcánico poeta", que había engañado al elocuentísimo camarada Jachin.

En el momento en que Denikin, después de apoderarse de Kursk, avanzaba hacia Oriol, todavía fresca la tierra que cubría las tumbas de las víctimas de la explosión de la travesía de Leóntiev y los contrarrevolucionarios de toda laya preparaban una matanza contra la vanguardia de la clase obrera, el Comité Central anunció una "semana del Partido" y llamó a todos los trabajadores a ingresar en las filas del Partido Comunista de Rusia.

El alto titulo de comunista

A comienzos de octubre, partí de Moscú. Lo primero que me saltó a la vista al regreso, cuando salí a la Plaza Kalanchóvskaia (actualmente Komsomólskaia) fue un enorme cartel en tela roja que decía:

¡NO NOS ENTREGAREMOS! ¡RESISTIREMOS! ¡VENCEREMOS!

Llegué a la "Sverdlovka" al tiempo que se celebraba una reunión del Partido. Era anochecido. La sala estaba casi a oscuras y sólo a través de la ventana situada detrás del informante, penetraban los últimos destellos del sol poniente.

Vladímir Sorin, representante del Comité de Moscú del Partido, en breves palabras, dijo que las reiteradas movilizaciones para el frente, el transporte, el acopio de productos alimenticios y de madera habían agotado las mejores fuerzas de los comunistas de Moscú y no sólo de Moscú. Desde los comunistas más desarrollados y enérgicos hasta los simplemente idóneos estaban combatiendo contra Kolchak y Denikin, perseguían a Mámontov, procuraban conseguir trigo en la provincia de Ufá. Las células habían quedado sin gente. Los distritos estaban exhaustos. En los más grandes, como los de Sokólniki y Zamoskvoretski, no llegaba a mil el número de miembros del Partido que quedaban en cada uno; en el de Suschevsko-Márinski había cuatrocientos cinco militantes y, en toda la organización de Moscú, en total, poco más de diez mil.

Entretanto, la República necesitaba más y más gente, nuevas promociones de comunistas. Por tanto, había que encontrarlos y prepararlos. ¿Pero dónde? En la clase obrera, entre los soldados rojos y los campesinos de vanguardia. Cada miembro del Partido estaba obligado a ir a las masas, buscar personas honestas, firmes y conscientes y traerlas al Partido. Si cada uno de nosotros reclutaba siquiera a un militante, duplicaríamos nuestras filas.

El proletariado ruso conocía a nuestro Partido a lo largo de dos decenios. Bajo sus banderas había marchado al asalto de las fortalezas del capital y durante dos años golpeó al enemigo. Pero en los meses últimos, tan difíciles, parecía como si hubiera visto bajo una nueva luz al Partido bolchevique y sus proezas.

Recuerdo que en la "Prójorovka" hablaba un tejedor al que una máquina le había arrancado un brazo.

- Es grande, camaradas -dijo-, la responsabilidad que han asumido los comunistas. Lo han hecho por voluntad propia y la mantienen sin cejar en su empeño. En lugar de decaer miran adelante con audacia y valentía. Y, apretando contra su pecho la manga vacía, dijo:

- Yo, camaradas, siento vergüenza ante vosotros, ante los comunistas. Como proletario, me considero hermano de los comunistas y os patentizo mi estimación...

A veces la conversación acerca del Partido se entrelazaba con palabras concernientes al Poder soviético, al pan y a la guerra civil. Pero solía ocurrir que el tema del Partido y de la moral comunista se convertía en el tema central, e incluso en el único tema de la reunión. ¿Quién es un auténtico comunista? ¿Qué actitud debe tener el comunista para con el pueblo? ¿Cómo tiene que ser en el trabajo y en la vida privada?

Dondequiera que tuviera lugar esta conversación, en la imagen del verdadero comunista se vinculaba sin falta el elevado ideal del hombre que ofrenda la vida en aras de la felicidad del pueblo.

Ahora esto nos parece la cosa más natural del

mundo. Pero es necesario recordar aquellos tiempos. Contra nuestro Partido actuaban enemigos de toda laya: socialrevolucionarios, mencheviques, anarquistas, personas mezquinas y murmuradoras, gentes de iglesia y pertenecientes a sectas. Todos ellos lo vilipendiaban y difamaban, alborotaban a propósito de la "potencia de los comisarios", de la "monarquía de los comunistas" y de otras mil cosas por el estilo. Sin embargo, el pueblo trabajador, presintiendo con su intuición de clase proletaria dónde estaba la verdad, hacía de la palabra "comunista" un sinónimo de honradez, de valentía, de nobleza, de servicio a una justa causa.

Mi cuaderno de propagandista, donde apuntaba lo que oía en las reuniones, estaba lleno de anotaciones como ésta:

- Es un hombre comunista. No dejará mal, no traicionará...

- ¿En quién veo yo al verdadero comunista? En el trabajador más honesto, de mayor consistencia ideológica, y más avanzado, que se rige únicamente por la equidad, que da a la vida más de lo que toma de ella...

- Actuemos, camaradas, a la manera comunista: estrechemos nuestras filas para la lucha, olvidemos las necesidades y todas las adversidades en aras del glorioso futuro. Ahora no causa miedo morir, porque se muere consciente de querer vivir como seres humanos, con dignidad de hombre. Incorporémonos a las filas de los combatientes que se olvidaron de todo, incluso de la familia, y solamente defienden y se cuidan de la felicidad de los oprimidos...

De este modo, en la entraña de las masas populares, surgió la atracción a las filas del Partido Comunista. Se incrementó especialmente después de descubrirse el complot del "Centro nacional" y de la explosión en la travesía de Leóntiev.

Durante la semana de reclutamiento estuve en unas diez reuniones en talleres, fábricas, depósitos ferroviarios y unidades militares.

Algunas de estas reuniones transcurrían a ritmo rápido entre risas y bromas, y en ellas se decía: no tienes que convencernos de nada. Nosotros mismos somos capaces de persuadir a quien quieras. Frecuentemente terminaban con el acuerdo de ingresar en el Partirlo del primero hasta el último, por talleres, compañías, etc…

En otras, el estado de ánimo era de profunda meditación. Se veía que era difícil para la gente. "Me sostengo en mis reflexiones como sobre pinchos" -dijo uno de los que asistían a una reunión.

No todos, naturalmente, manifestaban deseo de ingresar en el Partido. Había entre los obreros quienes decían que existían demasiados partidos y que cada uno tira para sí; todos disputan, se pelean y no hay manera de que se pongan de acuerdo. Nosotros -decían- somos gente ignorante. ¿Para qué vamos a meternos en líos?

Había quienes sólo oponían que en el Partido habían entrado egoístas y aventureros. Como en el Partido había semejantes individuos, el que hablaba no tenía nada que hacer en él y prefería a continuar sin afiliarse.

Otros decían que la lucha del Partido Comunista por emancipar a los trabajadores de la esclavitud capitalista era muy difícil, exigía del miembro del Partido enormes energías y sacrificios y que ellos no estaban en condiciones de hacerlo.

- Yo creo que si ingreso en el Partido, estará mal que compre el pan de especulación en la Sújarevka -decía uno de aquellos obreros-. Y la tripa hay que llenarla, ya que con la cartilla no basta para alimentarse...

Pero el cariz de la reunión lo determinaban otros. Los que vivían entonces el momento más puro, más luminoso, más inspirado de su vida.

Sobre el cajón que hacía las veces de tribuna, se hallaba un obrero de unos 30 años. Su rostro pálido, de barba rala, sonreía feliz.

- Camaradas -dijo emocionado-. Antes mi cabeza se llenaba de sombríos pensamientos. Yo pensaba: si me afilio al Partido de los comunistas, y de pronto el señor Denikin se planta aquí, esto será para mi la tumba. Bueno, pensaba yo, cuando lo echen más lejos entonces me afiliaré. Y ha resultado que a Denikin no lo han echado todavía, y yo ingreso en el Partido de los comunistas. ¡Y ahora mismo, además!... Ya no me oprimen los pensamientos de antes, de si Denikin está cerca o lejos, sino que quiero que triunfe la verdad, y esta verdad disipa mis sombríos pensamientos de antes. Y vosotros, camaradas, desechad también las sombrías reflexiones y venid a nuestro Partido, el Partido de los comunistas. Yo ingreso en él, y lo hago con la esperanza de que vosotros, los que os rezagasteis no abochornaréis a nuestra revolución, verdaderamente proletaria.

A continuación habla un hombre de rostro surcado por profundas arrugas. Lo hace apretando sus grandes puños. La reunión parece como absorta: se oiría el vuelo de una mosca.

- ¿Cómo me crié yo? ¿Qué he visto? -decía con voz sorda-. Siendo chiquillo, me enviaron a la fábrica. Allí me enseñaron tan sólo una ciencia: obedecer, ser servicial, recibir un coscorrón tras otro, correr al tenducho a comprar vodka, pero a la chita callando, sin que lo advirtieran, trayéndosela al de abajo sin que lo viera el de arriba. De esta manera me amaestraban como a un perro, hicieron de mi un esclavo. Y lo hubiera continuado siendo a no ser por la revolución. Y ahora, camaradas, yo pido con plena conciencia que se me dé el ingreso en el Partido y se me acoja bajo su roja bandera, a fin de luchar a vuestro lado por la emancipación de los trabajadores del mundo entero.

En las reuniones apenas si se interesaban por lo que en nuestros tiempos se denomina el nivel político del que ingresa en el Partido. Al pueblo le inquietaba otra cuestión: si el que se incorporaba a las filas del Partido tenía elevados ideales morales de comunista.

- ¿Dejarás la bebida? -gritaban en la sala.

- ¿Qué conducta tienes con tu compañera? -inquiría una voz de mujer.

En este plano se discutían las candidaturas. A éste hay que darle el ingreso, es digno del elevado título de comunista. A éste otro no: es borracho y malhablado; le ha dado una bofetada al aprendiz: solamente denigrará al Partido con su presencia.

También les tocaba algo a los que ya estaban en el Partido.

Se levantó un muchachillo y dijo:

- Yo, camaradas, soy poco instruido, así que perdonadme. No sé por qué, pero me gusta mucho discurrir. Pero claro, como tengo pocos conocimientos, más que nada discurro tonterías. Me regañan por este motivo. Piotr Frólovich me regaña, Iván Vasílevich me regaña. Pero no me enfado porque no son del Partido. Pero usted, Nikolái Kuzmich, usted es del Partido, es comunista, y cuando usted me regaña me duele. ¿Por qué me regaña? Usted debe enseñarme, y no regañar...

El muchachillo concluyó de hablar de manera inesperada:

- ¡Les pido, camaradas, que me permitan inscribirme proletario de todos los países!

Los comités distritales del Partido se reunían varias veces al día para aprobar las listas de los nuevos ingresados. Después, se convocaban reuniones en las que se hacía entrega del carnet del Partido a los nuevos militantes. Y dondequiera que estas reuniones se celebraran, en el taller, junto a la máquina, o en la pequeña habitación del comité fabril, siempre llena de humo de tabaco, todas ellas tenían particular solemnidad.

Después de la reunión, los comunistas, acompañados de los restantes obreros, portando banderas rojas y entonando canciones revolucionarias, se encaminaban al Soviet de Moscú. A menudo los miembros del Partido, los veteranos y los nuevos, manifestaban en la reunión su deseo de incorporarse inmediatamente al frente y se dirigían a la oficina de reclutamiento militar. Al día siguiente desfilaban ya por las calles de Moscú camino de las estaciones, con el fusil al hombro, y una libra de pan y dos gobios secos, en el macuto.

Se veía a hombres barbudos de edad madura al lado de chiquillos barbilampiños, a mujeres formando al lado de los hombres, a obreros de la "Manufactura de las Tres Montañas", en camisas manchadas del tinte del percal, hombro a hombro con los torneros de la "Bromley", ennegrecidos por el polvo del metal. Todos iban vestidos con su ropa, calzados muchos de ellos con botas o zapatos de confección casera, con suela de madera o de cuerda.

Estos combatientes tenían las mejillas hundidas del hambre, no sabían guardar la formación ni marcar el paso, apenas si acertaban a disparar. Pero la expresión de sus rostros denotaba tanta decisión, tanta fe en su causa, tal disposición a vencer o morir, que se hacía evidente que aquellas personas lucharían hasta exhalar el último aliento, antes que retroceder o dejar al enemigo el camino abierto a Moscú.

En octubre de 1919, cuando Denikin se encontraba en los accesos de Tula, y Yudénich, en las inmediaciones de Petrogrado, ingresaron en el Partido cerca de 200.000 hijos e hijas del pueblo soviético.

Por aquellos días, Vladímir Ilich escribió:

"... Esto es un milagro: los obreros, que han soportado los inauditos tormentos del hambre, del frío, de la desorganización, de la ruina, no sólo conservan su entereza de ánimo, su fidelidad al Poder soviético, toda la energía para el sacrificio y el heroísmo, sino que, a pesar de toda su falta de preparación e inexperiencia, cargan sobre sí el peso del gobierno de la nave del Estado. Y esto, en el momento en que son más terribles los vaivenes de la tempestad..."

Efectivamente, aquello era un milagro, una de esas maravillas que tanto abundan en la historia de nuestra gran revolución proletaria:

El otoño dorado

A fines de septiembre, el Comité Central se dirigió a todas las organizaciones del Partido, a todos sus miembros, exhortándoles a duplicar, a decuplicar la energía en la defensa armada de la República.

En esta carta se repetía con la mayor frecuencia un mismo verbo, que resonaba como el tañido de una campana que tocara a rebato: ¡debes! ¡debemos!

Las movilizaciones del Partido se sucedían una tras otra. El 20% de los miembros del Partido, el 30%, el 50%. Algunas organizaciones del Partido se marcharon al frente completas, íntegramente.

La labor de las instituciones del Estado se redujo al máximo y los colaboradores fueron enviados al frente. La movilización no afectaba solamente a tres departamentos: militar, de comestibles y de previsión social.

"¿Por qué de previsión social? -pensaba yo-. Está claro en cuanto al militar y al de los comestibles, pero ¿a qué viene eso de previsión social?"

En esto meditaba cuando iba por un pasillo del Kremlin hacia el despacho de Vladímir Ilich, para quien había preparado, a petición suya, anotaciones de unos libros.

La cuestión me interesó hasta el punto que la espeté apenas entré en el despacho de Vladímir Ilich.

El me miró enfadado.

- Es la decimoquinta vez por lo menos que escucho eso hoy -dijo-. Entre otros, me han preguntado lo mismo los trabajadores del Comisariado de Previsión Social. Para no perder tiempo en explicaciones he ordenado que copien este documento, y se lo entrego a los que preguntan. Léalo con atención.

Sacó de una carpeta que tenía sobre la mesa una copia a máquina del documento y me lo tendió.

"Nosotros, los soldados rojos de tal regimiento -leí- vamos al frente para defender y consolidar el Poder de los Soviets y ayudar a nuestros camaradas, que llevan combatiendo allí dos años. Muchos de ellos han caído ya, pero conocemos nuestro Poder soviético, el poder de las manos callosas, y tenemos en él más fe que en nosotros mismos; sabemos que inscribirá sus nombres en la historia y no se olvidará de sus familias. Por nuestra parte declaramos: no dejaremos las armas hasta que no demos su merecido a toda la canalla de guardias blancos, y también a los "socialistas" entre comillas. Demostraremos a nuestro propio Poder que nosotros, los soldados rojos, comprendemos perfectamente por quién y para qué vamos a morir al frente, pero no renunciamos a nuestros derechos. Sólo pedimos que os acordéis de nosotros y de nuestras familias. Y en el caso de que aquí, en la retaguardia, la contrarrevolución alce la cabeza, que sepa que haremos con ella como el cocinero con las patatas, o sea que no dejaremos uno vivo. ¡Viva el Poder soviético! ¡Viva el proletariado mundial!"

Mientras leí, Vladimir Ilich vio las anotaciones hechas por mí.

- ¿Lo ha leído? -me preguntó cuando hube terminado-. Recuerde para siempre las palabras: conocemos el Poder soviético y tenemos en él más fe que en nosotros mismos. Solamente es digno del alto título de comunista quien comprende las obligaciones que le imponen estas palabras...

En aquellos días Vladimir Ilich Lenin escribió en una carta a un grupo de comunistas extranjeros: "Queridos amigos: Les envío mis mejores saludos. Nuestra situación es muy difícil a causa de la ofensiva de 14 Estados. Hacemos esfuerzos sobrehumanos".

Es difícil medir la labor verdaderamente titánica que se ocultaba tras esas lacónicas palabras: "Hacemos esfuerzos sobrehumanos". En ellas se expresaba la inusitada tensión de fuerzas para producir un viraje decisivo en el Frente Sur; la organización de la defensa de Moscú; la ayuda al Petrogrado rojo que se !habría de defender hasta derramar la última gota de sangre.

Casi todas las noches, se oía en nuestra habitación del "Loskútnaia" la insistente llamada telefónica desde la centralilla interior del Consejo de Comisarios del Pueblo. Mi padre, de un salto, se ponía al habla y solamente se oía decir: "Está bien, Vladimir Ilich... Tomo nota, Vladímir Ilich...", y apenas si conciliaba el sueño, de nuevo volvía a sonar.

Mi padre era entonces jefe del sector de la defensa de Moscú, organizado por acuerdo del Comité Central del Partido.

Este acuerdo había sido tomado al día siguiente de la caída de Kursk, a causa del peligro que podría suponer para la región industrial del Centro, en particular, para Moscú y Tula, un ulterior avance del enemigo. De ahora en adelante, indicaba el Comité Central, la fundamental tarea militar y también política consiste en rechazar a toda costa, por cuantiosas que sean las víctimas y las pérdidas, la ofensiva de Denikin y mantener en nuestro poder Tula y sus fábricas y defender Moscú.

Todo anunciaba que el otoño que se echaba encima sería de infinita tensión de fuerzas y de lucha a muerte. Había algo grandioso en las silenciosas calles de Moscú, en las plazas desiertas, en la acompasada marcha de los obreros y obreras moscovitas, que iban al frente.

Por la mañana temprano mi padre y yo nos dirigíamos al trabajo. Era el único tiempo que pasábamos juntos, sin que lo interrumpieran las llamadas telefónicas y los ordenanzas con despachos urgentes. Nos despedíamos cerca de las puertas del Estado Mayor Central.

- ¿A qué hora vendrás a casa? -preguntaba mi padre.

- Por la noche, ya tarde -respondía yo.

- ¿Puede ser que, al menos hoy, vengas más pronto? -decía él.

- ¡No! -respondía yo con sequedad-. No puedo venir antes. Tengo mucho trabajo.

El dejaba asomar una sonrisa apenas perceptible.

- Yo también -decía- tengo mucho trabajo...

Por entonces, mi padre recorría con frecuencia el sector de la defensa de Moscú. En uno de aquellos viajes me llevó con él, diciendo que le era necesaria la ayuda de mis ojos "que todo lo veían".

En Sérpujov hicimos la primera parada prolongada. Se presentaron en el vagón unos miembros del Comité Revolucionario de la comarca. El presidente del mismo, en el pasado obrero de la fábrica de percales, informó del plan que había preparado minuciosamente el Comité Revolucionario, a fin de defender la ciudad de los ataques de las bandas blancas.

Ya habían empezado a construir fortificaciones delante de los puentes sobre el Oká y del ferrocarril. Alrededor de la ciudad se cavaban trincheras para disparar de pie, con troneras y nidos de

ametralladoras. De conformidad con las instrucciones del sector de la defensa de Moscú, los nudos de resistencia debían ser protegidos por múltiples alambradas. Pero el Comité Revolucionario no pudo conseguir alambre, y en su lugar se derribaron los árboles y se alzaron barricadas. Había algo emocionante en aquella combinación de "árboles derribados y barricadas". Lo primero provenía de la vieja Rusia moscovita cuando se defendió de los nómadas; las barricadas estaban indisolublemente ligadas a los combates revolucionarios de la clase obrera.

Partimos de Sérpujov ya avanzada la noche. La locomotora era de poca potencia y a duras penas tiraba del pesado convoy. Al otro lado de las ventanillas reinaba una fría noche otoñal.

De pronto, las ventanillas se iluminaron con una difusa luz vacilante. La locomotora lanzaba ronquidos a medida que vencía la cuesta. Abrí la ventanilla, y se oyó ruido de voces, el golpeteo de las palas, los acordes inseguros de una armónica que tocaba la *Varsoviana*. Salimos al puente. Abajo brillaba el negro espejo de las aguas. A derecha e izquierda, hasta donde abarcaba la vista, se veía el fuego ele las hogueras, figuras humanas envueltas en humo rojizo, y los elevados túmulos de la tierra recién cavada. En aquel lugar se construía una de las líneas de defensa.

Posteriormente nos parábamos con frecuencia. En las estaciones desenganchaban el vagón y venían a ver al jefe del sector miembros de los comités revolucionarios y representantes de las autoridades militares locales. Todos ellos iban sin afeitar, tenían las mejillas hundidas y los ojos hundidos por el insomnio.

Las cuestiones se resolvían con rapidez. Se referían a los asuntos más diversos. Se trataba de los pasos del río (había que prepararlos, para ser destruidos en caso necesario); se hablaba de los antiguos terratenientes que en los últimos tiempos habían aparecido como emergidos de la tierra. En sus manos tenían credenciales sacadas no se sabía de dónde, según las cuales se les encomendaba la custodia de sus haciendas como "monumentos históricos o de arte". El comandante del sector ratificó las disposiciones de los comités revolucionarios, en el sentido de que cuantos terratenientes fueran identificados había que detenerlos, recluirlos en campos de trabajo y, en caso de que ofreciesen resistencia, fusilarlos en el acto.

Se concedía mucha atención a la organización de pequeños destacamentos guerrilleros locales, integrados por cinco o diez hombres, con gran capacidad de movimiento y que pudieran ocultarse fácilmente. Su tarea fundamental consistía en hostigar constantemente y sin piedad al enemigo, agotarlo, causarle bajas por todos los medios, liquidando a los individuos aislados, realizando ataques nocturnos, sembrando pánico, espantando a las caballerías. En resumen: había que crear una atmósfera de peligro que acechase por todas partes.

- Les advierto, camaradas -dijo el jefe del sector-, que estos destacamentos son fuertes por ser numerosos y poseer gran movilidad y no deben fundirse en ningún caso formando grandes destacamentos, que exigen otras condiciones de formación y preparación.

Fuera soplaba el viento. Se sucedían las estaciones, los nudos fortificados, la gente, los asuntos que traían. En el vagón del Estado Mayor el trabajo no cesaba ni de día ni de noche.

Al fin, al caer del cuarto día, el vagón fue enganchado a un convoy que se dirigía hacia el Norte. El comandante del sector decidió aprovechar su viaje para revisar las defensas inmediatas de Moscú. La línea rodeaba la capital en un radio de 20 a 25 verstas y había sido trazada para caso de que el enemigo se aproximara a Moscú y la ciudad se viese directamente amenazada; todavía no se hacían en ella fortificaciones.

Antes de llegar a Bykovo, los del Estado Mayor descendimos del tren y anduvimos a pie. El camino pasaba a través de un espeso bosque. Habíamos andado ya bastante cuando por entre el ramaje de los árboles vimos la verja de hierro de un gran parque. Alguien dijo que era la antigua finca de un dignatario del zar, que ahora había sido convertida en sanatorio. Todos estaban muy fatigados y decidieron entrar en el sanatorio a tomar té.

Tras la cancela se extendía una ancha avenida festoneada de tilos centenarios. Al final de la misma se divisaba una casa, que, desde lejos, parecía una nube blanca. Nos encontrábamos no lejos de ella cuando aparecieron dos hombres que venían en sentido contrario. Uno de ellos iba sosteniéndose con un bastón en cada mano, y se apoyaba alternativamente en uno o en otro, a pesar de lo cual su andar era ligero y majestuoso. Cuando ya estábamos cerca, su rostro me causó admiración por la asombrosa hermosura espiritual que emanaba de él.

A su lado, y sosteniéndole a veces por el brazo, iba el médico vestido con la bata blanca. Mi padre y yo vimos que era el doctor Veisbrod, a quien conocíamos bien.

- Permítanme que les presente -dijo el doctor-. Kliment Arkádievich Timiriázev, Serguéi Ivánovich Gúsev.

Yo sabía, claro está, que Timiriázev vivía en Moscú. Pero no sé por qué se me antojaba que era un hombre de otro mundo, de otra época, de otra magnitud; un hombre con el que no se podía tan fácilmente entrevistarse y conversar.

Entretanto, Timiriázev se interesó vivamente por las personas que acababa de conocer y empezó a

preguntar a mi padre acerca del viaje y la situación en el frente. Yo apenas escuchaba; me limitaba a contemplarle casi con la boca abierta.

Subimos por la anchurosa escalera a la terraza de mármol. Estaba situada sobre un tajo. Alrededor, atravesado a largas franjas por los rayos del sol, se veía el bosque otoñal, de tonalidades cobrizas, de oro y bronce.

Klement Arkádievich miraba a lo lejos, embelesado por la belleza de aquel otoño, el último que había de ver.

- ¿Recuerda usted las proféticas palabras de Byron dedicadas a Moscú? -preguntó.

Thou stand'st alone unrivalled
till the fire
To come, in which all Empires
shall expire!...
¡Única, sin rival en la historia,
permanecerás hasta el incendio
del futuro, en el que todos los imperios
del mundo deberán sucumbir!

Miembro del parlamento

En cierta ocasión me llamaron al Comité Central del Partido, donde tenía que ver a Elena Dmitrievna Stásova. Me dijo que había venido a Rusia cierto coronel inglés y que, a la sazón, se encontraba en Tula. Su traductor había enfermado y era necesario enviar inmediatamente al coronel a una persona que conociera inglés, o francés en último caso. Elena Dmítrievna decidió que fuera yo.

Aquella misma noche monté en un tren que partía de la estación de Kursk. Al día siguiente me hallé en el Estado Mayor de la zona fortificada de Tula. Allí todo andaba revuelto. El camarada al que debía dirigirme gritaba algo, sin cesar de dar vueltas a la manivela del teléfono de campaña. Cuando le grité al oído que le quedaba libre cuál era el motivo de mi venida, me miró con ojos atónitos, sin comprender. Por fin, su entendimiento captó de qué se trataba. Profirió un juramento y dijo que el inglés aquel se llamaba rnister Malone y que esperaba en el hotel.

En el hotel la gente dormía tirada por los pasillos. Llamé a la puerta de la habitación reservada a míster Malone. Me abrió un soldado rojo de nariz chatilla. Era el ordenanza que habían puesto a míster Malone. Al instante me dijo que se llamaba Mishka.

- ¡Al fin ha llegado! -exclamó Mishka con alegria-. Ya estoy cansado. Ni él ni yo comprendemos ni fu ni fa...

Míster Malone estaba junto a la ventana con un libro en las manos. Luego supe que se trataba de un volumen de Tácito, del que no se separaba. Cuando entré, se levantó y se inclinó ceremonioso.

Yo conocía mal el inglés y, por ello, empecé a hablar en francés. Míster Malone tenía una pronunciación horrenda y además intercalaba en la conversación francesa interjecciones inglesas. Al miliciano le llamaba "policernan", al clérigo "clergyman", al especulante "businessman". Por lo demás, pronto empezamos a entendernos.

Yo supe por míster Malone, que era liberal, miembro del Parlamento. Había venido a la Rusia Soviética para cerciorarse personalmente de lo que era este país, acerca del cual la prensa inglesa contaba las cosas más fantásticas. Como el Gobierno británico se encontraba en estado de guerra no declarada con la Rusia Soviética, tomó pasaporte para hacer un viaje a Estonia. Una vez allí, se encaminó a la frontera rusa y, enarbolando bandera blanca, fue hacia nuestros puestos fronterizos. Los guardafronteras lo detuvieron y enviaron a Moscú. Aquí le sometieron a un interrogatorio y luego se le concedió el derecho a viajar en cualquier dirección.

Con el deseo de estudiar al "mujik ruso", al "cosaco ruso" y al "proletario ruso", lo primero que hizo fue dirigirse hacia el Sur, pero el intérprete que le habían asignado enfermó de repente y míster Malone llevaba ya dos días torturado por la espera y quería proseguir su viaje lo antes posible. El itinerario del viaje debía fijarlo él mismo. Mi misión era ayudarle a entenderse con todos aquellos "rusos".

Le expliqué esto a Mishka, quien prometió "ordenarlo todo en un instante". Salió a toda prisa y volvió rápidamente con un mandato de casi medio metro en las manos. Se nos concedía el derecho a utilizar gratuitamente y sin obstáculos todos los medios de transporte, a desplazarnos por el territorio de la zona fortificada, recibir alimentos, poner telegramas y poco menos que a hablar por cable directo.

Pero cuando llegamos a la estación, el comandante de guardia estaba rodeado por una muchedumbre de poseedores de mandatos semejantes, e incluso más largos que el nuestro. Malone indicó imperturbable que él, Mishka y yo nos abriéramos paso a través de la muchedumbre, le señaláramos con el dedo a él, a Malone, y haciendo esfuerzos por gritar más que todos los demás, vociferásemos que había que darnos preferencia precisamente a nosotros.

Los argumentos surtieron efecto. Nos metieron en un convoy con una compañía que se dirigía al frente. Antes de llegar a Oriol, míster Malone manifestó deseos de bajar del tren.

Anduvimos por un camino vecinal, perdido en los campos. A lo lejos se vislumbraban gavillas y las siluetas de los caballejos de los campesinos. Había llovido poco antes y el camino estaba intransitable, los pies se hundían en el barro. Sólo ahora me daba cuenta de lo difícil de mi situación. Me había visto ya en no pocos berenjenales, pero en otras ocasiones los que me rodeaban eran de los míos. Ahora Mishka y yo nos encontrábamos cara a cara con aquel inglés, tan flaco, el vivo retrato de míster Dombey, que

hubiera abandonado su oficina de la City, encaminándose al país de los bolcheviques.

"¿Qué es lo que quiere? -pensaba yo-. ¿Y quién será? ¿Qué le habrá traído a la Rusia envuelta en las llamas de la guerra civil, donde le acechan miles de peligros? Una de dos: su viaje era heroico o malintencionado, o como Lockhart, tenía una misión secreta, y en ese caso, posiblemente, la suerte del Poder soviético dependería de mi vigilancia o bien en su pecho latía un noble corazón, capaz de comprender la grandeza de nuestra revolución... "

Mis meditaciones fueron interrumpidas en aquel momento por la voz de míster Malone.

- Dígame, por favor, miss: ¿es usted bolchevique?

- Sí, soy bolchevique.

- IAh, oh, uh! -dijo míster Malone.

"¡Conque ah, oh, uh!" -pensé, y mostré la lengua a su larga espalda.

Difícil es apreciar qué giro hubiera tornado nuestra conversación de no aparecer en aquel momento la aldea tras un recodo del camino. Nos dirigirnos a una izba, que más bien parecía un montón de paja medio podrida, situada en un extremo. Mbter Malone sacó su bloc.

Así vi por primera vez aquel bloc. Luego, durante nuestro viaje, que duró tres días, lo vi más de una vez. Era un bloc magnífico, encuadernado en tafilete, que despedía un aroma de piel costosa. Quizá por eso le cobré un odio feroz.

A cualquier sitio que fuéramos, míster Malone abría su bloc, empezaba a hacer preguntas y yo cumplía mis obligaciones de intérprete.

En el programa de míster Malone, el primero que figuraba era el "mujik ruso", y por él empezamos.

Íbamos de aldea en aldea, de izba en izba. En todas partes todo era igual: la izba con su estufa; los rostros de los niños de un pálido azulenco; a las mujeres se les marcaban las paletillas por debajo de las blusas de percal; los ojos llorosos de los ancianos; los relatos rebosantes de amarguras y miserias.

Míster Malone hacía preguntas con todo detalle, luego anotaba en el bloc los resultados de sus observaciones.

"*Soloma* (paja). Para el campesino ruso la "saloma" es un producto universal. La emplea para los techos, con ella alimenta el ganado, añade paja al pan, duerme sobre una brazada de paja y alimenta la estufa con paja".

"*Zemliá*" (tierra). Objeto de extática adoración religiosa. Al hablar de la tierra, el campesino hace la señal de la cruz y dice: "Gracias a Dios, la tierrecita es ahora nuestra".

"*Sol* (sal): Algo específico del hambre rusa es su duración, unida a la total ausencia de sal. De ahí los tegumentos secos y el peculiar color azulenco, especialmente en los niños".

Las anotaciones eran poco más o menos de este género…

Ordené a Mishka que para pasar la noche buscara una izba lo más acomodada posible. Al principio, el dueño no quería dejarnos entrar, pero al saber que con nosotros venía un inglés cambió de actitud. Mientras míster Malone resoplaba, lavándose en el lavabo, en la mesa se puso el samovar, huevos cocidos, pepinos, repollo fermentado, una jarrita de vidrio con un gallito rojo en el fondo, llena hasta la mitad de vodka casera.

No sé por quiénes nos tomaría el dueño, pero sin duda creyó que éramos de los suyos, ya que, sin el menor recelo, soltó la lengua.

Sentada, indiferente, iba traduciendo al pie de la letra:

- Dice que "el Poder soviético se lo lleva todo y no da nada". Han organizado la comuna y, para él, esta comuna es tan molesta como una pulga debajo de la camisa. Dice: "Queridos aliados: con lágrimas en los ojos les pedimos que ayuden a Denikin, para que venga cuanto antes, pues los bolcheviques no dejan vivir".

Después de anotarlo todo en su bloc, míster Malone se interesó por conocer el destino del "landlord" de la localidad.

- ¿Dónde está vuestro señor? -pregunté.

- Al conde lo han metido en la cárcel -respondió el dueño.

Puso la taza boca abajo, colocó en su base un pedacito de azúcar y se disponía a proseguir su peroración. Pero yo dije que estaba cansada y quería dormir.

Los dueños se acostaron en lo alto del horno y nosotros en los bancos colocados a lo largo de las paredes. Por la noche sentía un cosquilleo repelente. A la débil luz de una lamparilla de aceite vi que verdaderos ejércitos de cucarachas corrían por encima de la mesa, por las paredes, sobre los que dormían.

Cuando nos despertamos, los dueños ya estaban levantados. Se presentía que durante la noche había ocurrido algo. Tenían encendidas todas las lamparillas ante los iconos; el dueño salía a cada momento a la calle, trataba de oír algo, luego regresaba diciendo: "No, no se oye nada".

Resultaba que en la aldea se había corrido el rumor de que los blancos se encontraban ya muy cerca. Aunque el rumor no se vio confirmado, decidí que debíamos marchar cuanto antes de allí, y metí prisa a míster Malone.

El dueño me explicó cómo ir "directamente" a la estación. O él nos confundió adrede o nos extraviamos por el camino; lo cierto es que anduvimos sin parar y la estación no aparecía.

Yo ya estaba agotada, incluso Mishka daba muestras de cansancio; pero míster Malone

continuaba tan tranquilo dando zancadas con sus piernas de grulla. A veces, me hacía preguntas, preferentemente acerca de la Revolución de Octubre. Eludía resueltamente mis intentos de educarlo políticamente o aclararle el sentido de lo que habíamos visto. Mirándome de arriba abajo, con el mismo desprecio que un perrazo mira a un cachorrillo ladrador, manifestó:

- Para usted, miss Bolchevique, existe sólo el síntoma de clase, según el cual divide a todas las personas en "nosotros" y "ellos". Todos los que no son "nosotros", son "ellos" para usted, o sea, enemigos. Yo tengo una actitud mucho más serena hacia la política y no exijo que el individuo se diluya en las pasiones políticas. He venido para formarme un juicio por mi cuenta de lo que ocurre en su país, y verlo con los ojos de una persona que no está bajo la influencia de una u otra clase.

- Está bien -dije retirándome de míster Malone. Y me acerqué a Mishka. En él encontraba sin falta el consuelo.

Anduvimos mucho tiempo a través de campos y pequeños bosques. Luego llegamos a una gran aldea que se extendía formando una sola calle a lo largo de la orilla del río. En ella reinaba una animación extraordinaria. En las afueras, hombre con capote de soldado enseñaba a desplegar a unos muchachos. En los patios los campesinos colocaban altas pértigas envueltas con paja y untadas de brea. Algunas habían sido clavadas en las inmediaciones del puente y en la colina.

En la plaza, delante de la iglesia, se celebraba una asamblea. El que hablaba era un hombre que llevaba una venda sucia en la cabeza.

Míster Malone sacó el bloc, y yo empecé a traducir.

- Dice: "Yo me pregunto, camaradas, ¿por qué todos ellos, los canallas, están contra nosotros? Porque nuestra vida actual, camaradas, no les gusta. ¡Cómo ha de gustarles! ¡Éramos como los cochinos, la plebe, y ellos, los señores entre nosotros! Se asentaban sobre nosotros, no dejaban que el pobre se enderezase y contemplara lo que había delante, nos oprimían más y más. Ahora somos personas y no queremos que vuelva nuestra lamentable existencia de antes." Dice: "¿Acaso puede gustarle a nuestro conde Bobrinski y a otros condes y príncipes que les hayamos arrebatado sus fincas, sus capitales, su oro? Si vuelven, los canallas nos colgarán a la mitad de nosotros, y a los que queden con vida les obligarán a rehacer, piedra por piedra, ladrillo por ladrillo sus fincas y millones; o les harán pagar diez veces más por cada clavo, por cada trapo".

Luego subió al tonel que hacía de tribuna un muchacho con la guerrera desgarrada. Se estremecía. Jadeante relató cómo en su stanitsa, cercana a Novojopiorsk, habían sofocado una rebelión contra Denikin,

- Traduje: "Los cosacos arrojaron a las criaturas al pozo, violaron a las mujeres, colgaron a varios hombres de un solo árbol de tal manera que parecía un manzano, pero con cadáveres en lugar de manzanas".

- ¿Cómo? -preguntó míster Malone.

Lo repetí.

Míster Malone tomaba apuntes en su bloc. Me di cuenta de que su mano temblaba.

Mientras tanto, el cielo se cubrió de nubes. Se distinguía claramente el fuego de la artillería. Al Norte, el firmamento estaba profundamente negro; al Sur, donde se desarrollaban los combates, se iluminaba con el resplandor de las explosiones. De pronto, a la izquierda de nosotros, se encendió una elevada columna de fuego, tras ella otra, luego otra más: los habitantes de las aldeas lejanas, encendían las pértigas, avisando de que allí habían llegado los blancos.

En la estación nos dijeron que no habría tren antes de la mañana. Entramos en la sala de espera. El aire era allí tan pesado que decidimos esperar en el andén.

Al amanecer llegó procedente del Norte un convoy militar y la gente comenzó a descender. Todo era como siempre sucede en estos casos: uno llevaba del ronzal, por tablas que se doblaban, a las bestias que se resistían, aquél las uncía a la "tachanka", el de más allá lanzaba rayos y centellas porque habían dado tan sólo los restos del azúcar mezclados con arena.

Y en medio de todo aquel ajetreo, míster Malone hizo por primera vez una pregunta acerca del comunismo. A decir verdad, no a mí, sino a un combatiente.

Este acababa de conseguir unas botas. Con ellas en las manos apareció a nuestro lado, se sentó en el suelo, se quitó las esparteñas y se calzó las botas. Satisfecho hasta más no poder, empezó a andar, a patear, a danzar, adelantaba una pierna, luego la otra mirando entusiasmado su adquisición, llena de remiendos.

- ¡Vaya botitas! -exclamó-. Las botas no están mal. Con estas botitas no será difícil llegar hasta el comunismo.

- ¿Qué dice? -se interesó míster Malone, al escuchar la conocida palabra.

Le traduje. Míster Malone abrió desmesuradamente sus ojos claros.

- Pregúntele si sabe lo que es el comunismo -me pidió.

Llamé al soldado y le hice la pregunta.

Me miró asombrado y respondió:

- ¿Cómo no lo he de saber? He escrito incluso una pequeña poesía al comunismo.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de papel en varios dobleces, que se había llenado de

polvo de tabaco, y me la tendió.

- Tómala, para ti -dijo.

"Poesía al comunismo" era una larga columna de renglones desiguales, trazados con lapicero de tinta. En lugar de su nombre el autor había escrito: "La compuso El Temerario". Contaba cómo habían de vivir las personas en el comunismo, cuando "habrá tanto pan, como agua en un lago". Una estrofa decía lo siguiente:

No con parcelitas y deciatinas
Sino con todo podremos,
Cuando paseen las máquinas
Por los campos y los prados.

Al llegar yo a esta estrofa, el rostro de míster Malone expresó asombro y me pidió que la leyera otra vez.

- Pregúntele, por favor, al cosaco, si esto lo ha escrito él mismo.

- ¡Cómo no! -respondió el "cosaco", dándose importancia, y echó a correr pateando con sus preciosas botas.

Los acontecimientos alrededor de nosotros se desarrollaban rápidamente. El lejano cañoneo de artillería se fue acercando más y más. Los de caballería ensillaron las bestias y fueron saliendo uno a uno al camino. Se oyeron voces de mando. Todo se puso en movimiento. Resonó el trotar de los caballos; los combatientes marcharon adelante, al combate.

En aquel momento, pitó la locomotora; llegaba nuestro tren. Míster Malone se lanzó al vagón para ocupar sitio.

- Corre que se las pela -dijo Mishka al verle tan diligente. ¡Cómo ha aprendido!

- Las personas nacen, aman, mueren -dijo míster Malone cuando el tren se puso en marcha-. A lo largo de su vida, como cachorrillos que todavía no han abierto los ojos, buscan la felicidad, cada hombre, cada pueblo a su manera; pero en sus acciones hay siempre algo comprensible para todos. Sin embargo, cuando trato de descifrar el enigma de la esfinge rusa, mis esfuerzos resultan inútiles. En efecto, ¿cómo fundir en un todo su bondad y su intolerancia, la plegaria y *La Internacional*, el mesianismo y el realismo frío, el odio implacable al enemigo y el abnegado amor a la humanidad?

- Cuántas vaciedades dice -dije suspirando, y, como pude, expuse a míster Malone varias ideas marxistas.

El me miraba burlonamente.

- Volvemos a nuestra vieja conversación -dijo-. De nuevo, aunque con expresiones algo distintas, oigo decir a usted, miss Bolchevique, las mismas cosas: proletarios y burgueses, "nosotros" y "ellos", héroes y malvados. A juzgar por las miradas que me lanza usted a veces, y por sus cuchicheos con Miguel (como míster Malone llamaba a nuestro Mishka) usted también me ha clasificado en la categoría de "ellos", o sea, de los enemigos.

- ¡Claro esta! -dije-. Quien no esta con nosotros, esta contra nosotros.

- Se equivoca usted en su actitud para conmigo, miss Bolchevique. He venido a Rusia porque en mi fuero interno estimo infinitamente el auge revolucionario de su pueblo. Pero he de decirle con toda franqueza: no tengo fe en la posibilidad de su victoria, pues las pruebas que tiene que soportar su pueblo son superiores a las fuerzas humanas. Llegará un día en que su capacidad de resistencia se desmorone; entonces Denikin les agarrará por la garganta y les estrangulará.

- ¡No! -dije resueltamente-. Eso no sucederá. Los derrotaremos a todos.

- Pero ¿en qué se basa su seguridad? Usted se enfada conmigo porque hablo del mesianismo de los rusos. ¿Acaso no es creer en milagros su convencimiento de que el hombre, al hacerse comunista, adquiere nuevas cualidades espirituales y puede, cual un profeta, con sus palabras, llevar a la gente a realizar proezas?

¿Qué podía contestarle? Considerando que el lenguaje de las cifras surtiría mejor efecto sobre míster Malone, le dije:

- Antes de partir he escuchado el informe de un militar destacado. Dijo que la unidad de soldados rojos tiene capacidad de combate si en ella hay un dos por ciento de comunistas y es invencible si cuenta un cinco por ciento. Así que su "mesianismo" no viene al caso, ya que como fenómeno divino no se puede expresar en cifras.

- ¿Qué quiere decir? Deme una explicación racional.

Pero yo no quería continuar la discusión. Durante el viaje por el sector de defensa de Moscú, cayó en mis manos una transcripción manuscrita de la "Promesa inquebrantable del comunista". Era una variante de los muchos "Testimonios", "Mandatos" y "Juramentos" que surgieron del seno de las masas del Partido y circulaban por el país, pasando de unos a otros como un canto que plasmara los sueños y anhelos de la mejor parte del pueblo.

Llevaban en el bolsillo del pecho una hoja con la "Promesa inquebrantable" y me disponía a leérsela a míster Malone si se presentaba el momento oportuno. Ahora, mirando al míster pensé: "Ya que quieres conocer al "rnujik ruso", al "proletario ruso" y al "cosaco ruso", ¡conócelos del todo!"

El vagón estaba un poco oscuro. Con dificultad pude traducirle:

"PROMESA INQUEBRANTABLE DEL COMUNISTA AL INGRESAR DE MANERA CONSCIENTE, DESINTERESADA Y SIN

COACCIONES EN EL PARTIDO DE LOS COMUNISTAS, DOY PALABRA:

de considerar como mi familia a todos los camaradas comunistas y a todos los que comparten nuestra doctrina no sólo de palabra, sino de hecho; de luchar, hasta exhalar el último suspiro, por los obreros y campesinos pobres; de trabajar en la medida de mis fuerzas y capacidad en provecho del proletariado; de defender el Poder soviético, su honor y su dignidad con mis obras y con mi ejemplo personal; de colocar la disciplina de Partido por encima de las convicciones e intereses personales; de cumplir por entero e incondicionalmente todas las obligaciones que el Partido me imponga.

ME OBLIGO:

a no tener compasión por los enemigos del pueblo trabajador ni a encubrirlos, aunque estos enemigos sean antiguos amigos y parientes próximos; a no mantener amistad con los enemigos del proletariado ni con nadie que piense de manera hostil a nosotros; a atraer a la doctrina del comunismo a nuevos discípulos; a educar a los miembros de mi familia como verdaderos comunistas.

PROMETO:

hacer frente a la muerte con dignidad y serenamente en aras de la emancipación de los trabajadores del yugo de los opresores; a no pedir piedad a los enemigos de los trabajadores si soy hecho prisionero, ni en el combate; no simular ante el enemigo que pienso de otro modo para obtener provecho o ventajas personales.

RENUNCIO:

a acumular riquezas personales, dinero y cosas; considero denigrantes los juegos de azar y el comercio como medio de lucro personal; considero vergonzosas las supersticiones, vestigio del oscurantismo y la ignorancia; considero que es inadmisible clasificar a las personas según su religión, idioma o nacionalidad, persuadido de que en el futuro todos los trabajadores se fundirán en una sola familia.

Me apiadaré solamente de quien haya sido engañado y arrastrado por el enemigo a causa de su ignorancia, y perdonaré y olvidaré los viejos delitos a quienes se arrepientan sinceramente, vengan con nosotros desde campo enemigo y borren con obras su pasado.

SI NO CUMPLO MIS PROMESAS CONSCIENTEMENTE, GUIADO POR EL AFÁN DE LUCRO Y DE BENEFICIO, SERÉ UN REPROBÓ Y UN TRAIDOR MISERABLE.

¡ELLO SIGNIFICARA QUE ME HABRÉ MENTIDO A MI MISMO, A LOS CAMARADAS, A MI CONCIENCIA, Y NO SERÉ DIGNO DEL TITULO DE HOMBRE!"

Terminé de leer. Mi alma estaba con quienes habían hecho aquella promesa inquebrantable. Todos mis camaradas habían marchado al frente y yo hubiese querido ir con ellos. Y estaba aquí, viajando con míster Malone. ¿Dónde estarían en aquel momento mis camaradas? Unos se ocuparían de un trabajo a veces invisible e insignificante, gracias al cual la influencia de nuestro Partido había saturado toda la vida del país. Otros lucharían a muerte contra el enemigo o yacerían en pleno campo, y el parte de la Sección Política informaba con severo laconismo: "Regimiento N. Durante tres días con sus noches, el regimiento contiene la presión de fuerzas superiores del enemigo. El comisario político del regimiento y más de la mitad de los comunistas han caído combatiendo como valientes".

Dominándome, miré a míster Malone. Estaba sentado y resollando, con la vista fija en un punto. Luego sacó la pitillera y la abrió. Estaba vacía.

- No tengo nada que fumar -dijo míster Malone como excusándose.

- Miguel -grité a Mishka-. Líale un cigarro.

Míster Malone fumó largo rato aquel cigarro al que no estaba acostumbrado. Tardó en romper a hablar.

- Nuestro escritor Wells -dijo- describe a un personaje, el de míster Britling, hombre inteligente, pero ingenuo, lento. Durante la guerra mundial sorbió hasta las heces el cáliz de la amargura y los sufrimientos que tuvo que padecer la humanidad. Sólo entonces comprendió muchas cosas del mundo circundante. Es posible que a mí me quede mucho que sorber todavía, hasta ver el fondo del cáliz de la comprensión...

En Tula nos aguardaba el intérprete, que ya se sentía mejor.

Con una mezcla de tristeza y alivio le hice entrega de míster Malone. Este manifestó el deseo de acompañarme a la estación.

- Le deseo que sea usted feliz, miss Bolchevique -repetía al despedirse-. Y no piense mal de este importuno inglés, que no le desea más que bien.

Dieron la tercera campanada. El tren se puso en marcha. Míster Malone continuó en el andén.

No volví a verle nunca, y desconozco cual sería su destino.

Meditación

Aquel año se prolongaron bastante tiempo los días claros, soleados. El frío se echó encima de repente. La víspera del aniversario de la Revolución de Octubre sopló de pronto un viento gélido y el segundo día de la fiesta se desencadenó una tormenta de nieve; los húmedos copos cubrieron las ventanas. Mama y yo estábamos dudando de ir o no a un concierto en la Gran Sala del Conservatorio, para el que teníamos entradas. ¡Qué bien que al fin nos decidimos a ir!

Las calles estaban cubiertas de nieve. Las

lámparas, cubiertas por la nieve, despedían una luz tenue. Junto a la Casa de los Sindicatos había una estatua de madera representando a un soldado rojo. Simbolizaba las victorias obtenidas sobre Denikin y Yudénich en las últimas semanas; su bayoneta ensartaba a generales, terratenientes y fabricantes.

Mama y yo íbamos agarradas de la mano en contra del viento que azotaba las banderas y sacudía los cables. Una senda, practicada en la nieve, conducía a la entrada del Conservatorio. El guardarropas no funcionaba. Nos sacudimos la nieve y subimos.

La sala estaba casi llena. Los empleados sacaban los atriles y colocaban en ellos las partituras. Nuestras entradas eran del patio de butacas: fila quinta o sexta. La localidad situada delante de la mía estaba sin ocupar. En la butaca de al lado había un hombre con gorro de orejeras, adornado con piel negra. Tenía levantado el cuello del abrigo y estaba sentado con los hombros hundidos, como si estuviera fatigado o quisiera calentarse.

Aparecieron los de la orquesta con los abrigos y gorros puestos. La pianista no se quitaba los guantes de lana. Sonaban lánguidamente los instrumentos al templarlos, como si los sonidos quedaran también congelados en medio de aquel frío glacial. Por fin salió el director de orquesta, Serguéi Kusevitski, si no me traiciona la memoria. Vestía de frac, pero en lugar de la blanca pechera almidonada se veía asomar un jersey de color gris. El director saludó rápidamente, se sopló las manos, y levantó la batuta. Comenzó el concierto...

Me hundí todo lo que pude en el abrigo y me disponía a escuchar, cuando mama me tocó suavemente con el codo. Con los ojos me señaló al hombre que estaba sentado delante, a la izquierda de nosotras. Se había quitado el gorro y bajado el cuello. Era Vladímir Ilich.

Había visto muchas veces a Lenin hablando en la tribuna, presidiendo reuniones, en su casa. Y siempre estaba en acción, en movimiento. Ahora le veía por primera vez en un momento de concentrada meditación, parecía que se encontraba a solas consigo mismo.

Mientras escuchaba -a veces, no- la obertura de "Coriolan", yo observaba imperceptiblemente a Vladímir Ilich. Permanecía sentado, sin moverse, absorbido por la música. La orquesta fue librándose paulatinamente del entorpecimiento, pero conservaba un sonido velado; el helado timbalero, cuando le llegaba el momento de tocar, golpeaba con fuerza excesiva su instrumento.

- Parece que patalea como un caballo -bromeó alguien, detrás, en voz baja.

Después del final sonaron los aplausos. Vladímir Ilich se movió ligeramente. Comprendí que trataba de colocar mejor el hombro izquierdo, del que todavía no habían sido extraídas las balas eseristas.

Este movimiento me hizo recordar cómo los empleados del Consejo de Comisarios del Pueblo e incluso del Secretariado del Comité Central del Partido, cuya sede se hallaba fuera del recinto del Kremlin, en los primeros días que siguieron al atentado contra Vladímir Ilich, andaban de puntillas y hablaban en voz baja. Luego empezó a mejorar y experimentábamos una gran felicidad cuando al ir al comedor del Kremlin le veíamos pasear por el patio.

Nuevos aplausos interrumpieron mis pensamientos. Ahora Vladímir Ilich estaba sentado de manera que le veía la mitad derecha de la cara. Su expresión era concentrada, un poco triste. Y un sentimiento de inmenso cariño hacia él invadió mi alma.

Recuerdo el día Primero de Mayo de 1919. La fiesta del proletariado internacional se celebraba de manera distinta de como se celebra ahora. Todo el Moscú revolucionario venía formado en columnas a la Plaza Roja, escuchaba los discursos de los oradores, desfilaba por delante de Lenin, cantaba, pronunciaba el juramento de fidelidad a la Revolución Socialista y, después de pasar en la Plaza Roja varias horas, se dispersaba por sus distritos, para terminar allí la celebración de la Jornada internacional de solidaridad de los trabajadores del mundo entero.

La Plaza Roja era también distinta de como es ahora. A lo largo de la muralla del Kremlin, estaban las tumbas de las víctimas de la Revolución cubiertas de césped. La Plaza estaba empedrada de adoquines. Por ella pasaban dos líneas de tranvías, que sonando los timbres y rechinando, subían la cuesta junto al Museo de Historia; luego descendían con estruendo hacia el pequeño puente de Moskvoretski. Al otro lado de la catedral de San Basilio había una fila de casas viejas y feas y debido a ello la plaza parecía más pequeña y estrecha que ahora.

Aquel Primero de Mayo de 1919, la plaza tenía un aspecto más festivo que otras veces. En los edificios que ahora ocupan los Grandes Almacenes Universales se habían colgado enormes telas escarlata; en una estaba dibujado un obrero, en otra, un campesino. En cada almena de la muralla del Kremlin ondeaba una banderita roja, e incluso a Minin y Pozharski, cuyo monumento estaba situado entonces delante de los edificios del actual GUM, les habían puesto a cada uno una banderita roja en la mano. En el Lóbnoe mesto, (que fue patíbulo en otros tiempos) una tela blanca cubría el monumento a Stepán Razin que debía ser inaugurado aquel día. La tumba reciente de Yákov Mijáilovich Sverdlov se hallaba cubierta de flores.

Brillaba, el sol. Los árboles llenos de yemas, se perfilaban como un verdean te encaje, en el fondo del

claro cielo. Reinaba un ánimo alegre. De los frentes llegaban noticias de las victorias del Ejército Rojo. La muchedumbre entonaba canciones, los conocidos se saludaban a grandes voces, con las palabras que entonces acababan de ponerse en circulación: "¡Un saludo en el Primero de Mayo, camarada!" La juventud declamaba a coro las estrofas de un reciente verso de Demián Bedni:

¡Oh, Scheidemann, bicho malvado!
¡Qué consuelo habré hallado
El día en que vea el farol
Del que te hayan colgado!

Cerca del mediodía, en la plaza apareció Vladímir Ilich Lenin, que fue aclamado por los reunidos. Lenin dirigió un ardiente discurso que finalizó con las siguientes palabras: "¡Viva el comunismo!" Luego bajó para dirigirse a la siguiente tribuna (había varias en distintos confines de la plaza, de manera que todos los que venían pudieran escuchar a Lenin y a otros líderes bolcheviques). Pararon a Vladímir Ilich y le tendieron una pala.

Aquel Primero de Mayo se había declarado Día de plantación de árboles. La República Soviética, rodeada de enemigos por todas partes, había decidido plantar arbolillos.

Vladímir Ilich, sonriendo maliciosamente, se frotó las palmas de las manos, agarró la pala y empezó a cavar la tierra junto a la muralla del Kremlin.

Cuando estuvo hecho el hoyo se acercó una carreta con plantones. A Vladímir Ilich le entregaron un frágil tilo. Lo colocó cuidadosamente en el lugar destinado para él, echó la tierra, lo regó y, cuando el trabajo estuvo terminado, prosiguió su camino y subió a otra tribuna.

En el primer discurso de aquel día, hizo el balance del pasado; ahora su pensamiento estaba enfocado al futuro, al nuevo mundo, que se perfilaba tras el humo de pólvora que envolvía a la Rusia Soviética. El veía este futuro en los niños que le escuchaban, situados al pie de la tribuna, y en los arbolillos que acababan de plantarse.

Apoyados en las palas, los reunidos escuchaban las palabras de Vladímir Ilich.

- Nuestros nietos -decía tendiendo delante de sí la mano ennegrecida por la tierra- contemplarán como algo curioso los documentos y monumentos de la época del régimen capitalista. Les costará trabajo hacerse idea de que pudieran encontrarse en poder de particulares el comercio de artículos de primera necesidad; de que las fábricas y los talleres pudieran pertenecer a particulares; de que un hombre pudiera explotar a otro; de que pudieran existir quienes no trabajasen. Hasta el presente, hemos hablado como de un cuento, de lo que verán nuestros hijos; pero a partir de ahora, camaradas, veréis claramente el edificio de la sociedad socialista, del que hemos sentado los cimientos, ya no es una utopía. Nuestros hijos construirán este edificio con un tesón aún mayor.

Contempló a los niños, y tras de una pausa, dijo lo siguiente:

- Nosotros no veremos ese futuro, como no veremos florecer a los árboles que hoy han sido plantados; pero lo verán nuestros hijos, lo verán los que hoy son jóvenes...

...La primera parte del concierto fue premiada con una salva de aplausos. Todos se levantaron de los asientos, haciendo esfuerzos por entrar en calor. Vladímir Ilich también se levantó.

Se puso el gorro, se golpeó los puños, luego volvióse y nos vio a mama y a mí.

- ¡Ah, Elizavet-Gorrioncito! -me dijo, llamándome por el apodo que me daban cuando era pequeña. Saludó a mama, después a mí con un fuerte y rápido apretón de manos...

Si, todo esto fue...

¡Y hoy, al recordarlo, se sienten deseos de ser mejor, más noble, de merecer siempre el alto título de comunista!